HERMES



Entre el amor y el deseo.

Miss Red


HERMES
Entre el amor y el deseo.
Miss Red

ÁLYMPOS

LIBRO 2

ADVERTENCIAS

Esta novela no es una historia dulce ni convencional de amor.



Trata de personajes imperfectos con comportamientos moralmente ambiguos, incluyendo manipulación emocional, y relaciones tóxicas. Refleja escenas de violencia, prácticas BDSM, lenguaje vulgar y contenido sexual explícito que puede herir la sensibilidad. La historia explora dinámicas de poder, consentimiento ambiguo y relaciones complejas que pueden resultar perturbadoras o desencadenantes para algunos lectores.

Esta novela no busca glorificar estas acciones, sino explorar narrativas intensas y complejas.

La autora no se responsabiliza del efecto producido en el lector, el lector leerá bajo su responsabilidad. Recomienda esta lectura para un público adulto que busque historias desafiantes, conscientes de que aquí las relaciones entre los personajes se presentan en su forma más cruda y controvertida.



Esta novela está ambientada en lugares reales, pero los hechos que acontecen y los personajes que aparecen en ella son completamente ficticios y no tienen ninguna base real. Cualquier parecido a la realidad es mera coincidencia.

Encontrarás terminología en otros idiomas, dada la nacionalidad de la protagonista y el contexto de la historia.

Primera edición: septiembre, 2025
Copyright © 2025 Miss Red
© Del texto: Miss Red
© Diseño de portada y banners: @ale_graphic5

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso de la autora, bajo la sanción establecida por la legislación.

BANDA SONORA

Aquí empieza **la verdadera obsesión:**

Sumérgete en la banda sonora oficial de la trilogía Álympos y déjate arrastrar por las melodías que acompañan cada página de este juego de tres.

Pulsa aquí. Sube el volumen. Disfruta.

PERSONAJES





Ναὸς τῶν Θεῶν
Ναὸς τῶν Θεῶν
Ναὸς τῶν Θεῶν
Ναὸς τῶν Θεῶν
Ζῆθι ἡδέως καὶ λατρεύε τοῖς θεοῖς
Vive con placer y honra a los dioses

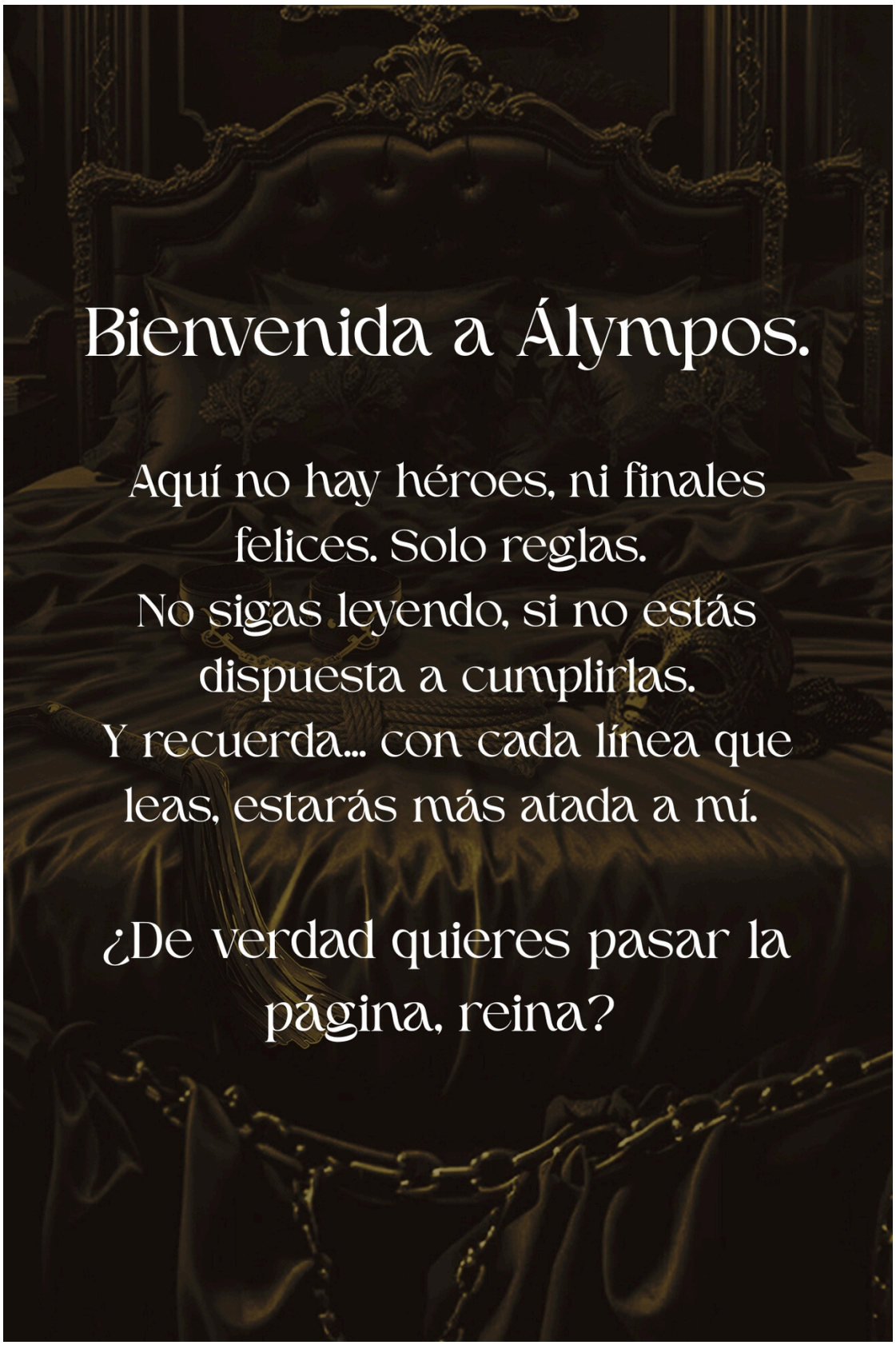
A ti, que alguna vez amaste a quien no debías.
Que encontraste belleza en la oscuridad, y peligro en un roce prohibido.
Que no temes a los amores que arden, incluso cuando duelen.
Que nunca dejas que alguien te diga a quién debes amar.

<u>A ti, que eres dueña de tu vida.</u>

CONTENIDO

PERSONAJES
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
LIBRO 3
EL PROFESOR
AGRADECIMIENTOS
ACERCA DE LA AUTORA

PRÓLOGO


Bienvenida a Álympos.
Aquí no hay héroes, ni finales felices. Solo reglas.
No sigas leyendo, si no estás dispuesta a cumplirlas.
Y recuerda... con cada línea que leas, estarás más atada a mí.
¿De verdad quieres pasar la página, reina?



La lluvia golpeaba los ventanales de la mansión como si quisiera avisarme de que esa noche no sería como las demás. Como si el Cielo estuviera en guerra con la Tierra. Como si nuestros dioses tuvieran cuentas pendientes con nosotros, unos simples mortales.

Tenía dieciséis años y recuerdo que esa noche estaba sentado frente al escritorio de mi padre, observando cómo encendía un habano con la misma calma con la que solía hablar.

—Bram… —su voz seca resonó en la estancia— ya no eres un niño.

El senador nunca fue un hombre afectuoso y siempre se dedicó más a la política y a sus vicios que a su único hijo. Y, curiosamente, fue justo esa misma noche que se dio cuenta de que su hijo ya no era un niño.

Qué irónico.

Douglas Sander tuvo que pagar veinte mil dólares por mi libertad condicional para saber que existo. Y ahí me encontraba, cruzado de brazos, dejándome caer holgadamente en una silla frente a él, con los labios tensos y las cejas fruncidas.

—¿Qué piensas de todo lo que has hecho? —Apagó el puro en un cenicero de cristal—. No has abierto la boca en toda la noche.

Coloqué un codo en el escritorio y alcé mi mirada.

—Quizá porque no tenga nada qué decir.

—Todos tenemos algo qué decir.

—Yo no —respondí.

—Las palabras son poderosas —señaló cruzando sus manos sobre el escritorio—. No tener nada qué decir no es una respuesta acertada y te traerá solamente problemas, Bram.

—Los problemas no me preocupan.

Carraspeó.

—Ya sé que no hay nada más que te preocupe aparte de esa pandilla de drogadictos —dijo—, pero recuerda a quién tienes delante. Y te he preguntado algo.

—¿Desde cuándo te importa lo que pueda pensar un crío que fuma marihuana, papá?

—Hijo… —respiró hondo y apretó sus manos entrelazadas— sé que he estado tan ocupado que no te he prestado la atención que mereces. No he sabido…

Me miró pensando que encontraría consuelo o perdón en mis ojos. Pero no. No encontró nada porque no había nada.

—¿No has sabido? —Sonreí.

—Estoy intentando hacer de madre y padre para que tú…

—No lo hagas —le corté antes de que siguiera con el mismo discurso de mierda con el que siempre intentaba impresionarme.

—Sé que tu madre dejó un gran vacío en ti, que por más que haya intentado llenar no he sido capaz y yo tan solo…

—¿Vacío? —Borré la sonrisa de mis labios—. Qué pena, papá. Me da pena que pienses que me siento vacío solo porque una mujer a la que apenas recuerdo decidió largarse con otro.

Mi respuesta flotó en el aire, densa y punzante como el filo de una navaja, tanto que él enmudeció. Su expresión apenas cambió, pero yo vi la grieta, la diminuta fisura en su máscara de hombre de hierro. Douglas Sander, el hombre que podía moldear la opinión pública con una sola frase, estaba ahí, al otro lado del escritorio, intentando comprenderme como si yo fuera un problema matemático imposible de resolver. Pobrecito.

—No volverás a meterte en problemas, hijo. No conseguirás mi atención así.

Me recliné el respaldo del sillón y ladeé la cabeza.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Que soy un adolescente problemático buscando llamar tu atención?

Me sostuvo la mirada.

—Si no fue por rebeldía, dime, ¿por qué lo hiciste?

Me mojé los labios.

—Porque me dio la gana.

Los ojos de mi padre apenas pestañearon, pero el tic en su mandíbula lo delató.

—¿Piensas que siempre esconderé tus desastres bajo la alfombra?

—No te he pedido nada.

—No lo hagas… —susurró amenazante—. No puedes ir por ahí creyéndote invencible, ¡maldita sea! —Se llevó un puño a la barbilla —. La impunidad no es un derecho, ¡es un privilegio! Y ten claro que, si no aprendes a medir tus pasos, te costará la cabeza.

Le sostuve la mirada por un instante, y luego me encogí de hombros. El senador se frotó el rostro y suspiró.

—Voy a encargarme de que esto desaparezca. Pero necesito que entiendas que no volverás a hacerlo.

—¿Sabes qué es lo que me hace más gracia? —me reí—. Que estás limpiando tus mierdas día sí, día también, pero le estás diciendo a tu hijo que se comporte.

—No estoy jugando.

—¿Y crees que yo sí? —le pregunté—. ¿Acaso crees que soy tan estúpido para no darme cuenta de lo que ocurre en ese sitio?

—Bram…

—¿Y si la opinión pública se enterase de que uno de los políticos más prestigiosos de Boston se dedica a fiestas lujuriosas en su tiempo libre? —le pregunté con una risita—. ¡Menudo marrón en el que te metería, papá!

—¡No me amenaces! —rugió, poniéndose de pie—. No te atrevas.

—¿Atreverme a qué? —le enfrenté, levantándome y poniéndome a su altura—. ¿A soltarte la verdad en la cara? Soy el hijo cabrón de un puto degenerado que finge ser un político intachable.

—¡Cállate! —bramó, golpeando el escritorio con fuerza—. Cállate la maldita boca.

Un nuevo silencio se instaló entre nosotros. Afuera, la lluvia seguía cayendo como un mal presagio.

—Me olvidaré de lo ocurrido y no te enviaré a un internado para que te enseñen disciplina solo porque…

—¿Por qué? —Me incliné hacia adelante—. ¿Porque eres un cobarde?

—No —replicó furioso—. Porque ha llegado el momento de que asumas tu papel en *El Templo*.

—*El Templo*… —balbuceé escéptico—. No necesito ese sitio para no sentirme vacío. No soy como tú.

—¡Escúchame bien! —Sus dedos acabaron en el cuello de la camiseta holgada que llevaba esa noche—. Eres mi hijo y yo decidiré sobre ti. Te advierto… no consentiré que me decepciones y no asumas el papel que te toca. No me dejarás en vergüenza delante de todos por tu jodida terquedad. No te atreverás a ir en contra de tu destino, Bram.

Apreté los labios y mis dedos quedaron anclados en sus muñecas.

—No, papá —negué con la cabeza—. No me arrastrarás a ese sitio. ¡No lo harás! —le grité, intentando hacerle frente, pero él era más fuerte que yo, con mis apenas cincuenta kilos. Tenía la figura de un adolescente delgado y enfermizo.

—¿Crees que te lo estoy preguntando? —se rio—. No es una elección, hijo, es tu legado*. El Templo* es mi legado, heredado de mi padre, y también será el tuyo. Lo será hasta mi último aliento, Bram. Porque los dioses de *Álympos* han decidido que así sea, y no hay nadie en este mundo que les pueda desafiar. Nadie, ¿lo oyes? Y tú menos.

—¿Ella se fue por eso, cierto?

—¿De qué diablos estás hablando?

—No me sorprende que se largara. —Sonreí—. Estás loco.

Lo miré, sin parpadear siquiera. Necesitaba pensar y asimilarlo. Y, aunque fuese solo un adolescente delincuente, esa noche lo entendí: en *Álympos,* el destino no es una elección. Es una condena.

CAPÍTULO 1



BERTA

—¿Por qué? —susurro.

—Porque nunca fui bueno para nadie. Y tú.... —Aprieta los labios mientras sus ojos se tornan brillosos—. Tú nunca quisiste a alguien bueno para ti. Somos almas gemelas, ¿no lo ves?

Lo miro horrorizada.

Bram no necesita una fiesta de disfraces para ponerse una máscara. Siempre la ha llevado, al igual que siempre ha sido el cazador. Desde el principio. Él, el cazador y yo… su presa.

Trago en seco y bajo la vista al suelo intentando no derrumbarme. ¿Quién en sus santos cabales le estaría diciendo a otra persona que es un dios salido de la puta mitología griega? ¿Quién en su santo juicio reconocería con tanta serenidad que no es buena persona? ¿Y quién demonios se atrevería a estar tan seguro sobre qué coño quiero?

—Lo premeditaste… —le acuso con un hilo de voz.

—¿Premeditar qué?

Me mira con la misma expresión de dureza que se está convirtiendo en algo habitual en él.

—Llevarme allí —respondo—. A ese sitio.

Me paso una mano por el rostro, aún sin poder creer esto. Por Dios. ¿Cómo podría borrarlo de mi memoria? Noa se acaba de cortar las venas en el baño de su casa, el mismo día de su cumpleaños.

Recuerdo sus lágrimas.

Recuerdo sus palabras: *Feliz cumpleaños, mi amor.*

—Ella te ha mentido —su voz interrumpe mis pensamientos.

Retrocedo un paso, mirándolo fijamente.

—¿Qué?

¿Acaso piensa que soy una imbécil? ¿Que me podrá seguir regalando los oídos? No. Ni en sus sueños.

—Roberta… —Alza la mano, queriendo tocarme, pero enseguida baja el brazo al notar mi expresión de miedo y desconcierto.

—No sigas —le amenazo—. No te atrevas a seguir mintiéndome —gruño mientras me limpio la mejilla con el dorso de mi mano.

—¡Mírame!

Su mano se alza con lentitud, como si temiera que fuera a desvanecerme. Siento sus palmas en mis mejillas, y el simple contacto me provoca un escalofrío que me recorre hasta la punta de los pies.

—Dímelo —insiste, con voz grave—. Dime que no sientes nada por mí.

Abro la boca, pero las palabras no llegan. Yo totalmente callada y él, en cambio, sonriente, como si ya conociera la respuesta.

—Dime que podrás renunciar a mí tan fácilmente y que…

—Puedo. Por supuesto que puedo —afirmo convencida.

—Yo no —niega—. Lo intenté.

—No te creo.

Aprieto la boca, intentando mantenerme firme. Tomo posición de combate, imponiéndome a mí misma ganarle esta vez.

—Dime que lo nuestro fue placer y nada más… —murmura con el mismo tono jodidamente seductor—. Hazlo y te juro que saldré por esa puerta.

Apenas me roza el labio inferior con el pulgar, y es suficiente para hacerme temblar.

—Eres cruel —susurro, con el corazón a punto de salirme del pecho.

—No más que tú —responde sin titubear—. No más que nosotros dos juntos.

Nosotros.

La palabra retumba en mis oídos como un eco, porque sé que, de alguna forma retorcida, tiene razón. Nos parecemos más de lo que yo misma puedo admitir. Y nuestro juego se ha convertido en algo más oscuro de lo que imaginaba.

—No hay un *nosotros*, Bram —contesto finalmente—. Ya no.

Me sobresalto cuando atrapa mi muñeca bruscamente y la desliza sobre su pecho, justo donde su corazón golpea con fuerza.

—¿Lo sientes? —murmura—. Late por ti.

Me muerdo el labio para no gemir. No, él no puede insinuar eso. No puede insinuar que siente algo por mí.

—No me hagas esto…

—¿Hacerte qué? —Su mirada se endurece, pero sigue sosteniéndola con un punto de dulzura—. ¿Decirte la verdad? Jamás te he mentido, ¿vale?

—¿Jamás?

Intento no llorar.

—Te dije y te mostré cómo soy desde el principio.

—No del todo, Bram. ¡Por Dios! —sollozo rogándole con la mirada —. Te lo pregunté miles de veces, te pregunté por qué te perseguían esos tipos. Te pregunté qué era ese maldito sitio.

—No te conozco, ni tú a mí —señala—. No podía traicionar a mi gente y hablar más de la cuenta.

—¿Más de la cuenta? —Retiro la mano e intento no temblar.

—¿Crees que podría confiar en ti tanto como para contarte una verdad que implica a cientos de personas?

—¿De qué hablas? —le pregunto.

Sus facciones se vuelven más duras y mira hacia la puerta, como si quisiera asegurarse de que nadie está escuchando detrás.

—¿Crees que tengo derecho a poner en peligro a tantas personas? No, Roberta, no lo tengo —continúa—. Puedo ser prepotente, malo, cruel, egoísta, pero *El Templo* es mi vida. No soy un traidor.

Agrando los ojos, totalmente desquiciada. Lo que menos me esperaba era que él se mostrara tan dócil y fiel a ese sitio. Su actitud me confunde.

—*¿El Templo?* —Estrecho la mirada—. Lo sabía. Sabía que ese jodido sitio era algo más. ¿Eres el dueño de ese hotel?

—Lo soy.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no podía.

—¿No podías? —susurro con una risita nerviosa, convencida de que me está mintiendo—. ¿Pues sabes qué? No me creo nada. Creo que Noa sabe perfectamente todo lo que está pasando y tú solamente estás intentando…

—Noa padece de bipolaridad. Noa… —se detiene y su mirada se vuelve brillosa— ¡maldita sea!

Sus rasgos se tuercen de repente y su boca y ojos se abren, como si estuviese procesando lo sucedido con retraso. Como si él no hubiese sido consciente de todo lo que acaba de pasar con su exnovia hasta este preciso instante.

—¡Maldita sea! —grita y le proporciona una patada a la puerta de uno de los apartados del servicio—. Ella lo ha vuelto a hacer. Ella… —Aprieta los labios, y juraría que hay lágrimas en sus ojos— odia verme feliz.

—Bram, tranquilízate. Tú…

—¡Demonios! —espeta con un gruñido mientras se apoya contra una de las paredes, elevando su vista al techo—. Tenía que elegir el puto día de hoy. Ella tenía que volver a hacerlo para estropear mi puto cumpleaños. Ella… —solloza con fuerza, ocultando su rostro entre las manos y bajando la mirada al suelo—. ¡Por Zeus!

¿Está llorando?

—No sabes cuántas veces lo ha hecho ya… —se lamenta con la cabeza agachada—. ¿Y tenía que ser justo hoy? ¿En serio?

Doy un paso hacia adelante y me froto las manos en el regazo, sin saber qué narices hacer. ¿Qué podría hacer? Por un momento,

me está dando pena, pero ¿y si es esa su intención?

El aire entre nosotros se vuelve denso, cargado de algo siniestro. Algo oscuro que no consigo identificar, más que nada porque esto, lo que nos une, no es una simple obsesión. ¿Por qué no puedo simplemente darme la vuelta e irme? ¿Por qué no puedo hacerlo?

—Roberta…

En un instante me agarra por los brazos y me acerca a él.

Empiezo a temblar.

—No, Bram… —aguzo mi voz— ¡No me toques! Esto acaba aquí, ¿vale?

Me retiro de él rápidamente, como si sus dedos fuesen puras llamas. No puedo fiarme de él.

—No lo acepto —murmura con voz rota—. Te estoy pidiendo una oportunidad.

La puerta se abre de golpe con un chirrido agudo y ambos nos damos la vuelta. Clara, la amiga de Noa, se queda en la entrada mirándonos fijamente y después su vista baja al suelo cubierto de sangre.

—Bram… —dice con la boca abierta y los ojos vidriosos— ¿qué está pasando aquí? Eddie me acaba de decir que Noa… ¡oh, Dios!

Yo también miro al suelo y me aparto de él rápidamente.

—Noa estará bien —bufa pasándose las manos por el cabello—. Ahora hay que limpiar esto.

Me doy la vuelta y camino deprisa hacia la puerta, sintiendo los tobillos como si fuesen mantequilla. Sé que necesitaré al menos un mes para recuperarme de esta mierda, y eso en el caso de que Noa siga viva, de lo contrario…

—¡Ehhhhhhhhhh! —su rugido y su mano atrapándome el codo me frenan—. Te daré lo que necesitas. Te daré tiempo. Seré paciente hasta que vuelvas a mí. Pero recuerda que ya no eres la misma. Conoces mi secreto y solo te pido que lo guardes bien. ¿Podrás hacerlo?

Siento mi garganta oprimida.

—Si piensas que me dedicaré a contar por ahí que regentas un hotel que organiza orgias y cuyos dueños se creen dioses, tranquilo —le respondo intentando que mi voz no tiemble—. Tengo mejores cosas que hacer.

Me suelto de un tirón y me doy la vuelta con una rabia contenida y las lágrimas amenazando con salir. Si piensa que volveré a él, lo lleva claro. Ya he conseguido lo que quería, y es hora de pasar página. Tengo un curso por delante y él no va a estropear mi vida. ¡Qué narices! No se lo permitiré.

—¡Eh, Bert! —me grita Lyn desde la otra punta del salón de la mansión del senador—. ¡Aquí!

Me obligo a sonreír y agito la mano intentando caminar dignamente, sin dejar de mirar hacia atrás por el rabillo del ojo. Me quiero asegurar de que él no me está siguiendo. No lo hace, así que respiro aliviada.

—¿Dónde te has metido? —me pregunta Rebe con una mueca—. Llevo buscándote toda la noche. ¿Y Bram?

—Bram está ocupado.

—Pues no sabes lo que ha pasado, tía. La alarma de incendios se ha activado y fíjate en el desastre. Bram debe estar furioso.

—Lo sé… —balbuceo, pasándome una mano por la frente.

Por el rabillo del ojo observo que él sale deprisa junto a Clara por la puerta trasera, no antes de lanzarme una mirada perturbadora.

—Toma.

Lyn tira de mi brazo y me tiende un chupito. La miro como si estuviera en otro mundo. Tiene las mejillas sonrojadas y sus ojos se ven turbios.

—¡Vamos a brindar, *ragazza*! —dice con una risita y me abraza con ímpetu, señal de que está borracha. Lyn no es muy cariñosa por naturaleza, solo lo es después de unos cuantos tragos de alcohol.

—¿Estás bien? —le pregunto, intentando relajarme.

—Yo sí, pero tú no tanto.

Me conoce.

—Es por él, ¿verdad? —susurra en mi oído.

—No sé de qué hablas.

—¡Salud! —Choca mi vaso con fuerza y unas gotas salpican nuestros vestidos—. ¡Que vivan las mujeres fuertes y que se vayan al cuerno los capullos que se creen dioses!

Woods. Debe estar así por el profesor. Y no sé si él piensa que es un puto dios que tiene a todas las mujeres a sus pies, pero Bram se lo cree de verdad. Joder. ¿Esto va en serio? ¿Me acaba de decir que es el dios Hermes? ¿Por qué Hermes y por qué no el maldito Zeus, o Poseidón, o… Ares? U otros. Ni idea, me llegan a la mente solo los nombres más famosos de la mitología.

Pongo los ojos en blanco cuando mi amiga se tambalea y tira de mi hombro para no caerse. La miro suspicaz, no tengo dudas de que le ha sucedido algo con el profesor.

—¡Que viva la soltería!

—¡Que viva! —Elevo mi vaso al aire y sonrío.

Definitivamente necesito este chupito, aunque sé de sobra que no me va a servir para olvidarle.

Bram Sander. El tipo que vino a desmontarme la vida y se ha quedado a vivir gratis en mi cabeza desde el puto verano. El que consigue que mi corazón se descontrole solo con pensar en él. El que me ha mentido, decepcionado y, para rematar, traicionado.

El hombre que, objetivamente, debería odiar.

Y, aun así, aquí estoy, buscando mil excusas para perdonarle.

***

Tendré paciencia hasta que vuelvas a mí…

La noche se disuelve en pesadillas, susurros y sombras. Bram aparece en mis sueños, pero no como lo recuerdo. Su rostro está

cubierto de sombras, y sus ojos brillan como carbones encendidos. Me llama, pero su voz suena distorsionada, como si viniera de un pozo profundo. Su mano se estira hacia mí, y cuando intento tomarla, su piel se convierte en cenizas que se escapan entre mis dedos.

Ya conoces mi secreto y solo espero que lo guardes bien. ¿Podrás hacerlo?

Intento correr, pero siento los pies enterrados en un suelo negro y pegajoso. Bram susurra mi nombre, cada vez más cerca, y más amenazante.

Despierto con un jadeo, empapada en sudor.

Joder, ha sido escalofriante.

Ya es por la mañana, y la luz del sol así me lo confirma. Mi respiración es errática, y tiemblo cuando me aferro a las sábanas con los puños cerrados, intentando recordar dónde estoy. La habitación está oscura, pero sé que ha sido solo un sueño.

Sin embargo, no puedo desprenderme de la sensación de que Bram sigue aquí, cerca de mí. En algún rincón de mi cuarto, mirándome atentamente con esos ojos verdes.

Me levanto tambaleante y descorro la cortina, deseando despertar y simplemente olvidar. Voy hasta el frigorífico casi de bruces, por el gran dolor de cabeza que tengo. Cojo una bolsa de cubitos de hielo, que tengo guardada para situaciones urgentes como esta. A continuación, me sujeto en la mesa y en los sofás de vuelta a mi cama.

Siento cómo el frío de la bolsa de hielo cala hasta mis huesos cuando la aprieto contra la cabeza, poniendo una mueca de borracha veterana. No sé qué me duele más, si la cabeza o el orgullo después de anoche. Le doy al botón de la televisión con torpeza, entre quejido y quejido. Miro la televisión sin prestar atención a nada en particular, hasta que escucho la puerta abrirse.

Levanto la vista y ahí está Lyn, fresca como una lechuga.

—¡Me voy a morir! —exclamo dramáticamente, esperando al menos un poco de compasión por parte de mi amiga.

En lugar de eso, me mira con esa cara de *ya estás otra vez con tus dramas*, y se ríe.

—¡Llámame cuando eso pase, Bert! —se burla, lanzándome un guiño antes de tirar las llaves sobre la mesita de la entrada.

La entiendo, seguro que me veo desastrosa: siento el cabello revuelto, el rímel corrido y el flequillo empapado por el agua que suelta la bolsa de hielo.

—¡No me fastidies, nena! —me quejo con una mueca de dolor—. Siento que me va a explotar la cabeza.

—*Bicho malo nunca muere*, tú misma lo dices.

Observo cómo se encamina directamente a la cafetera. Cómo la envidio en este momento, a mí me duele hasta el alma, pero ella parece inquebrantable. Y anoche iba tan borracha como yo, así que no lo entiendo.

—¡Ya en serio! —gimo, removiéndome en la cama.

—Voy a ser buena y te haré un café para que despiertes.

Agradezco su gesto, aunque sigo con el mismo rostro de convaleciente. Me oculto la cara con la bolsa gélida cuando la escucho jadear levemente al quitarse la camiseta.

—¡No me digas que vienes de correr! —La miro incrédula.

—Sí, ¿por?

—¿Acaso eres de Marvel y no lo sabía? —Hago una mueca de dolor—. ¿Tienes superpoderes, o qué?

Por su sonrisa alegre, sospecho que hay algo más detrás de su repentina necesidad de ejercicio matutino.

—¿Te doy una pastilla?

—Creo que no hay nada ahora mismo que me quite el dolor de cabeza. Ni siquiera un buen polvo, que eso ya sabes, te quita todas las penas y dolencias —le respondo desganada.

—Bueno, igualmente no estás a falta —replica, mirándome acusadora—. Anoche desapareciste con Bram en al menos dos ocasiones.

Suelto un bufido y ruedo los ojos.

«Si tú supieras…»

—Y tú no te moviste de la pista —contrataco con un deje molesto —. Habiendo habitaciones en esa mansión y pudiendo haberte ido con Adam. Tienes suerte de que ahora mismo no tenga ganas de discutir y te mande a tomar viento.

—Y yo no te mando por ahí porque me das mucha pena, Bert, que lo sepas.

Vuelvo a gemir, acomodando la bolsa de hielo sobre mi frente.

—Creo que se me está helando el cerebro. Encima que tenía pocas neuronas, ya me estoy quedando sin nada.

Escucho su risa mientras revuelve su café. Me encanta cuando se ríe, aunque no lo admitiré en voz alta.

De repente, algo en la encimera llama mi atención. Algo que, no sé cómo, no he visto antes. Son rosas.

¿Rosas?

Mis ojos se abren como platos y, en un impulso, salto de la cama y corro hacia la mesa, como si se me hubiese olvidado por completo mi resaca.

—¡Ese ramo no es mío! —grito impactada—. ¿Es tuyo? Es tuyo, ¿verdad?

Ella baja la mirada, avergonzada.

—Sí, es mío.

Me llevo una mano al pecho, fingiendo dramatismo extremo.

—¡Lyn! ¿Lo has hecho ya? ¡Dime que ya no eres virgen y lo celebramos ahora mismo!

Ella suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Berta... soy igual de virgen que hace dos semanas.

—¿Y esoooo? —señalo las rosas multicolores, expectante.

—Flores —contesta encogiéndose de hombros.

—¡Sé que son flores, *ragazza*! —exclamo, acercándome más a ella—. ¿Pero de quién coño son?

—Del profesor Woods.

Frunzo el ceño y sonrío con picardía.

—¿Te intenta conquistar, o qué?

Su respiración se agita levemente. Ahí está, Lyn tartamudeando. Y eso pasa cuando esconde algo.

—No, es una señal de agradecimiento por la implicación que tengo en la investigación del libro.

Me cruzo de brazos, arqueando una ceja.

—¡Sí, claro! ¡Y yo soy virgen!

Ella me observa con una expresión resignada.

—El profesor es... es muy caballeroso. Además, te quería decir que le voy a acompañar a Miami este fin de semana. Volvemos el domingo.

La miro boquiabierta, agradeciendo que Lyn me está distrayendo de la pesadilla que tuve anoche.

—¿Y sigues diciendo que no te gusta? ¡Vais a dormir juntos!

—Bueno... juntos no. En el mismo hotel, pero habitaciones separadas.

Niego con la cabeza y poco me falta para darle una colleja.

—No seas tonta.

—Voy a ducharme —recalca, esquivando mis preguntas.

Antes de que desaparezca en el baño, le grito:

—¡Nena!

—¿Qué? —pregunta, asomando la cabeza.

—¡Tíratelo!

Ella pone los ojos en blanco y levanta los brazos antes de cerrar la puerta tras de sí. Sonrío de medio lado, disfrutando de estos momentos donde yo soy la mala y Lyn la buena.

Vuelvo a acostarme y fijo la mirada en el techo, pensativa.

Quizá Bram tenga razón.

Quizá sea mala. Mala de verdad.

Y quizá me fijé en él justo por eso. Al fin y al cabo, la gente mala se siente atraída por los de su condición.

Tú nunca quisiste a alguien bueno para ti. Somos almas gemelas, ¿no lo ves?

CAPÍTULO 2



BRAM

El pitido constante de las máquinas en la habitación del hospital me resulta insoportable. Noa está recostada sobre la camilla, con el rostro pálido y los labios cortados. Su muñeca vendada es un recordatorio de su última estupidez. Me apoyo en la pared, furioso, observándola.

No es la primera vez que hace esto. Hace un año, en un hotel de mierda, también tuve que llevarla a urgencias porque se tragó una caja entera de pastillas después de que le dijera que no iba a pasar la noche con ella. Entonces también lloró, también juró que no podía vivir sin mí. Y mírala ahora, de nuevo en la cama de un hospital, con los mismos ojos vacíos y la misma escena de siempre. Hay personas que nunca aprenden, vaya.

Sé que está enamorada de mí, o al menos eso cree. Pero mala suerte para ella: en mi mundo, el amor es un invento barato para los débiles. Para mí solo cuentan el placer, el poder, el control. El amor te debilita, y cualquiera que siga la doctrina de *Álympos* lo sabe. O debería saberlo.

En mi mundo no hablamos de sentimientos, a menos que sea para usarlos, venderlos o romperlos. Sentirlos es otra historia.

—Estás aquí… —murmura cuando apenas entreabre los ojos y me ve.

—Me alegro de que estés despierta.

—Yo no.

Me rasco la barbilla y me cruzo de brazos.

—¿Por qué lo has vuelto a hacer?

—¿Hacer qué? —habla débilmente—. ¿Querer morirme?

Gira su rostro hacia mí para mirarme mejor. Yo, en cambio, procuro controlar las ganas que tengo de gritarle como un desquiciado. A ratos incluso acabar con ella. Pero no, ella debe vivir.

Respiro hondo, intentando poner en orden mis pensamientos.

—No volverás a hacerlo —le advierto.

—Tranquilo, la próxima vez elegiré mejor el sitio.

—¡No estoy bromeando! —elevo mi voz—. Te lo he dado todo, ¡joder! Tienes lo que tienes gracias a mí.

Doy unos pasos en su dirección mientras me señalo con el dedo.

—¿A qué precio?

—Al precio que tú elegiste pagar.

Noa cierra los ojos, inspirando hondo antes de abrirlos de nuevo y clavarlos en los míos.

—Ojalá pudiera renunciar a ti —susurra—. Ojalá pudiera dejar de sentir, ser inmune al hecho de que ahora es a ella a quien quieres. Pero no puedo.

Me acerco a la cama para que sienta mi presencia y se dé cuenta de lo enfurecido que estoy. De lo inmensamente jodido que me siento.

—Noa… —suspiro— ¿piensas que así conseguirás llamar mi atención? ¿Haciendo estas mierdas? ¿Jugándote la puta vida en mi puta casa? ¿Y si te llegara a pasar algo de verdad?

—¿Te importaría?

Curiosamente, sí me importaría. Me importaría porque Noa me pertenece y porque un hombre como yo está acostumbrado a proteger su *territorio*. Ni más ni menos.

—Contesta… —sigue, con un hilo de voz—. ¿Te importaría?

Elijo no responder. No quiero que se siga haciendo ilusiones conmigo, con esa idea estúpida de que le correspondería, nos casaríamos, viviríamos felices y comeríamos perdices. Eso jamás ocurrirá, y no es algo que la favorita de un dios desconozca. Aun así,

aquí está ella, con esa mirada perdida, mendigando mi amor cuando sabe perfectamente que eso no tiene cabida en mi vida.

—Tienes dos opciones —le sostengo la mirada, rezando para que elija la opción correcta antes de que sea demasiado tarde—. Aceptar que las cosas han cambiado en *El Templo* y ser un poco más lista, incluso podrías ganarte el favor de los demás dioses y ascender. O, de lo contrario…

—¿Qué?

—Enfrentar el castigo que se te impondrá.

Breve y al grano.

—Elijas la opción que elijas, te exijo que corrijas tu error —le aviso—. Si lo haces, ellos no se enterarán de que has incumplido las cláusulas de tu contrato y cerraré los ojos ante tu maldita insensatez.

—No me importa ese contrato —afila su voz.

—Pero a mí sí, y como líder no toleraré errores, ¿ha quedado claro?

Me inclino sobre ella para que note la furia que hierve en mí. Que entienda que no podrá oponerse a la voluntad de un dios.

—Y ahora recupérate… —Coloco a su lado una flor de loto bellamente adornada—. Recuerda que eres mi mano derecha. Eres una *ninfa* y una parte imprescindible de *Álympos*. No juegues con fuego, porque ten claro que no quedarán ni siquiera las cenizas de ti, tesoro. Me encargaré de que así sea y es mi última advertencia, ¿vale?

Acto seguido, enderezo la espalda y tenso la mandíbula, dando por concluida mi visita, y sin un atisbo de cariño por mi parte. No se lo merece.

—Mi dios… —oigo su débil voz detrás—. No te vayas.

—No has sido buena chica. No lo has sido, así que asumirás las consecuencias —balbuceo, dándome la vuelta.

Maldita sea.

Espero que Clara no tarde en llegar para acompañarla. Y también espero que continúe sedada por mucho tiempo de ahora en adelante. No necesito que me sigan jodiendo la vida, bastantes problemas tengo ya. Debo seguir manteniéndome fiel a mis principios y sé que el incumplimiento de las normas es equivalente a putearle la vida a quien haga falta. Incluso a una de mis favoritas.

Miro el reloj anclado en mi muñeca mientras le doy la espalda y salgo disparado por la puerta. Me quedo sin tiempo. Ya he faltado a una clase en la universidad y tengo menos de media hora para arreglar este asunto antes de irme para asistir a un examen. Si no lo hago, el senador se pondrá histérico y lo que menos me apetece ahora mismo es tenerlo detrás de mí como una mosca cojonera.

—Señor Sander, siento lo de su novia, pero no…

—Doctor —saludo con un apretón de manos—, ya he visto los informes.

—La señorita no está bien, siento decírselo, pero…

—Lo sé… —bufo—. No se está tomando la medicación.

—Usted verá —dice este acompañándome hasta la salida— esto podía haber acabado en una tragedia. Sin la medicación, ya sabe que no podemos hacer nada.

—Auméntele la dosis, la mantendré vigilada —respondo y camino con prisas hacia la salida—, cargue todos los gastos a mi cuenta.

Salgo del hospital con el ceño fruncido dejando al doctor Parker atrás. Me dirijo al aparcamiento del hospital privado de la capital. Todo huele a desinfectante barato y café recalentado. Un par de médicos jóvenes charlan apoyados en la barandilla, hablando de cosas que suenan graves. Me limpio las manos en el pantalón, como si pudiera quitarme de encima el ambiente de ese lugar.

Joder. No me gustan los hospitales.

Nada más montarme en mi deportivo, veo la llamada perdida de Jack. Mientras pego un volantazo y acelero desquiciado, deseando que el día de hoy acabe lo más pronto posible, pulso el botón de la llamada.

—Dime —activo la opción de manos libres.

—¿Qué cojones te pasa?

—¿Por?

—Te veo distante —dice—. ¿Es por la rubia, cierto?

—No sé de qué me hablas —disimulo.

En realidad, sí sé de qué me habla. Mi amigo y socio, Jackson Woods, me habla de la noche en la que tuvimos un encontronazo por culpa de Roberta. La noche que…

Intento controlar mi respiración y borrar de mi memoria esa maldita noche en la que se me ocurrió drogarla y entregársela a cuatro rusos pervertidos.

Lo recuerdo todo con una claridad incómoda. Esa noche me di cuenta de que Roberta no era una zorra más para mí. Un coño más que necesitaba tener. Una boca más que decidí corromper. No. Hay algo en su forma de resistirse que me vuelve demente. Tanto que me estoy empalmando con tan solo pronunciar su nombre en mi cabeza.

No. Roberta ya no es solo una presa más en mi lista: se ha convertido en la excepción en una cacería que realmente despierta el instinto del cazador. La tensión de que no se rinda a mis pies me provoca un placer y una adrenalina que no había sentido jamás. Porque nunca me ha pasado que una chica confíe tan poco en mí y que muestre tanto orgullo.

A veces me pregunto si esto es normal. El sentirme tan vivo cada vez que ella intenta escapar de mí, cuando se me resiste, cuando no se rinde. Si es parte de lo que soy… o solo una prueba de que mi cabeza está más destrozada de lo que pensaba.

Desde esa noche, supe que mis sentimientos por ella no iban a desaparecer. Al contrario, solo iban a crecer. Y fue justo por eso que la seguí a Staten Island y le mostré una pequeña parte de mí. Decidí instruirla para después hacerla mía al completo, sin embargo, presiento que eso no pasará por ahora. Ella simplemente… no me quiere ver.

Sonrío y me muerdo el labio, relajándome en el asiento.

Bien.

El hecho de que no me quiera ver, activa mi mente y mi polla. Ambas en igual medida.

—Bram, ¿dónde cojones estás?

La voz ronca de Jack me saca de mis pensamientos.

—En la Interestatal —le aviso—. Y lo que me tengas que decir dilo rápido, J. He pasado una noche de mierda y encima ahora tengo un examen de Derecho Penal.

—¿Noa está bien?

—Lo está, ya la conoces —aclaro—. Le gusta llamar la atención, pero ya he hablado con Parker y le aumentará la dosis.

—Me han informado de que le dio un ataque de celos. ¿Y si habla más de la cuenta?

—No lo hará.

Recuerdo que Noa se atrevió a confesarle a Roberta lo que sabía de nosotros, en uno de esos jodidos ataques de ansiedad que le dan. Sé que Jack acabaría con su vida en cuestión de segundos si no fuese por mí. A veces pienso que J es un asesino en serie encubierto, aunque no quiera reconocerlo. Y también pienso que los psicópatas y los delincuentes me atraen como la miel a las abejas. Desde siempre me han atraído. Sin duda, Zeus los crea, y ellos se juntan.

—¿No sería más fácil…?

Las palabras de Jack quedan suspendidas en el aire y sé exactamente a lo que se refiere. Insiste en que nos quitemos a Noa de enmedio. Ya la considera un estorbo por haber llamado la atención de esa manera y, obviamente, los estorbos no tienen cabida en *El Templo.*

—No es necesario —le aviso, nervioso—. Noa es mi favorita y no puedo prescindir de ella, ¿entendido?

¿Cómo podría decirle que aún no me siento preparado para renunciar a ella? Y, lo más importante, ¿cómo le haría entender que la muerte de Noa haría que Roberta sospechara aún más de nosotros?

Es imposible que algo le pase. No puedo cometer semejante fallo y menos contarle a mi socio y amigo que esa maldita insensata se fue de la lengua y le contó todo a Roberta. Solo aceleraría su ingreso forzado a nuestro clan, y no es lo que pretendo. Él sabe que ella es una *ninfa* porque yo se lo conté.

—Bueno, tío, espero que no te equivoques —habla con voz seria en el teléfono—. Tenemos otras mejores cosas en las que pensar ahora mismo.

—Lo sé. —Doblo una esquina, a tan solo cinco minutos de Harvard—. La pandilla de Gambino sigue detrás de nosotros, pero pronto encontraré una solución. JB logró encontrar al hijo de puta que colocó la bomba en tu coche. ¿Recibiste mi mensaje?

—Sí, y está solucionado —me responde seco—. Ese tipo está en libertad.

—¿Qué? —Agrando los ojos y clavo el pie en el freno, justo frente a la universidad, en la calle Stanford.

—Lo solté.

—¡Demonios! —bramo con la sangre hirviéndome en las venas—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué?

—Para que vaya con el cuento —se ríe—. No nos vio la cara, no sabe que fuimos nosotros, pero sí le he dado todas las pistas para que su jefe sepa quién agujereó a su hermano en el Bronx, hace un mes.

—Entonces Gambino irá a por Ares —susurro.

—Esa es la idea.

—Sabes que eso implica que todos estaremos en peligro.

—No si acaba con él rápido —responde con una risita de triunfo, el muy cabrón—. De todas formas, ya estamos en peligro, ¿o debo

recordarte los atentados de esa escoria? Tú mismo y esa rubia que te la pone dura lo vivisteis en el restaurante, ¿recuerdas?

Jack es el puto amo. Claramente, su plan es eliminar al líder supremo de *Álympos* y así pasar a serlo él. Con Ares fuera de juego, seríamos Jack y yo quienes manejaríamos el clan y seguiríamos adelante con nuestra idea de expansión en la costa este de los Estados Unidos. Eso sin duda, me daría la independencia suficiente para mandar al diablo al senador y la puta universidad de Harvard. ¿Qué decir? Es un plan cojonudo, sin embargo, se le olvida algo.

—No querrás saber qué ocurrirá si Gambino no acaba con Ares.

—Te equivocas —me contradice—. Si él no lo hace, lo hará otro por mí.

—Vale —suspiro—. Venga, te dejo.

Cuelgo.

El cambio es brutal al llegar a Harvard. Aparco mientras vigilo el reloj y salgo del coche deprisa, cogiendo una carpeta de cuero y perdiéndome entre la multitud de estudiantes de la explanada principal.

Cruzo el campus, rodeado de estudiantes que parecen salidos de un catálogo de moda: portátiles nuevos, abrigos de marca, mochilas que cuestan lo que muchos ganan en un mes. Aquí la gente sonríe, pero no engañan a nadie: cada uno está en su mundo, demasiado ocupado en no parecer un perdedor.

La universidad está repleta de murmullos y gente que tiene prisa, pero mi atención está en otra parte. En la entrada de la facultad de negocios. Busco con la mirada a alguien en concreto. Unos nervios extraños me atraviesan cuando veo a lo lejos a una rubia y, por un momento, pienso que es ella. Pero, cuando se da la vuelta, compruebo que la vista me está jugando una mala pasada.

Menudo idiota estoy hecho.

Entro en la facultad. El olor a papel, café y colonias de lujo me recibe como siempre. Muchas veces me he preguntado por qué mi olfato está tan desarrollado, y me fijo tanto en los detalles. Las

paredes están llenas de fotos de antiguos alumnos que ahora son ministros, CEOs o jueces de alguna Corte Internacional. Pero ninguno tiene en sus manos lo que yo tengo: un verdadero imperio. *El Templo* es una tapadera, pero también una mina de oro. Lo malo es que sea compartida, y eso tiene sus desventajas. Los conflictos de poder y ego estallan en cada junta donde nos tenemos que poner de acuerdo.

Camino con firmeza, desabrochándome la americana de cuero que llevo hoy, buscando el aula. Me obligo a no pensar en mi cumpleaños. Harvard puede presumir de excelencia, pero la mierda nunca deja de perseguirte, por muy bonito que lo pinten. Y sé que ahora mismo Bram Sander está en la boca de todos.

Imbéciles.

Maldigo por lo bajo, esperando que el examen no haya empezado sin mí. Igualmente, deberán dejarme entrar, saben quién soy y dudo que algún profesor quisiera quedar mal con el senador.

Un par de tipos de mi clase hablan de la última fiesta y Charles, uno que se cree el *playboy* de la facultad de Derecho bromea sobre los exámenes mientras saca un *Red Bull* de la mochila. Tiene suerte de que hoy no tenga ganas de hablar, de lo contrario, le robaría el protagonismo.

Me dejo caer en el asiento mientras Ed me observa con una ceja levantada.

—Ya veo que no sabes dar ni los buenos días, macho —murmura con cara de culo—. ¿Cómo está Noa?

Apoya un brazo en el respaldo de mi silla, y se me queda mirando.

—Bien.

—No te ha metido en un marrón por los pelos.

—Escríbele un mensaje a Clara, dile que se vaya ya cagando leches al hospital. Que la lleve a comprar vestidos, que la saque a comer, que se vayan a una puta peluquería, me da igual —le ordeno, sin entrar en detalles.

Ed se queda en silencio un momento, pero sé que está pensando en algo más.

—Y la italiana…

—Ed, no tengo ganas de hablar, ¿vale? —refuto mientras preparo un bolígrafo y bajo el volumen del móvil.

Miro los mensajes con la esperanza de que haya recibido algún mensaje de ella, pero son puras ilusiones. Anoche mi chica estaba demasiado afectada como para correr a escribirme al día siguiente.

—No me digas que te has rendido con la rubia.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago y, joder, parece que Ed está en mi maldita cabeza. ¿Tan asquerosamente obvio soy?

Un calor oscuro se enreda en mi pecho. Más que nada porque sé que no podría rendirme con ella, aunque quisiera. Roberta ya corre por mis venas como la sangre, con lo cual significaría morir si intentara alejarla de mí.

—Es solo cuestión de tiempo. —Miro hacia delante y entrelazo las manos bajo mi barbilla.

—¿Por qué no la estás obligando si lo tienes tan claro? —sugiere.

Me río, pero no hay humor alguno en esa risa. Entonces, lo miro con sarcasmo, como si lo que estuviera diciendo fuese la mayor idiotez que he escuchado esta mañana.

—No sabes lo que dices, tío —recrimino—. No todo se consigue a la fuerza, ¿sabes?

—¿Crees que nuestros dioses aprobarían que ella estuviera ahí fuera sabiendo lo que sabe?

Apoyo el codo en la mesa, y me giro hacia Ed. Lo miro con dureza, sintiendo un horrible nudo en la garganta por la furia.

—¿Y quién es uno de esos dioses?

—Tú, tío —dice velozmente—. ¿Pero y los demás?

—Te callas —ordeno serio, frotando el bolígrafo entre mis dedos.

—No lo entiendo, te juro que…

—Si la obligara tendría su cuerpo, ¿verdad? —le pregunto con una ceja en alza.

Él me mira embobado, sin saber a dónde quiero llegar, pero yo lo sé. Tengo claro cuál será mi próximo paso y solo espero que el tiempo no se convierta en un infierno.

—Así es, ¿no es lo que quieres?

—Ya veo que no estás entendiendo nada… —Sonrío, enfocándome de nuevo en el bolígrafo—. Las mujeres no funcionan así y deberías saberlo a estas alturas.

Ed me observa perplejo. Me conoce demasiado bien como para no captar lo que realmente quiero decir.

—¿Entonces qué piensas hacer? —pregunta con un deje de curiosidad.

Levanto la vista, reflexivo.

—Ella es como una llama, Eddie. Si la atrapas entre tus manos, te quema. Si la ahogas, se extingue. Y yo… yo quiero que arda solo para mí.

Él suelta un resoplido, apoyándose en la mesa con los brazos cruzados.

—Te gusta complicarte la vida, colega.

—Me gusta hacer las cosas bien —corrijo—. Si la tuviera solo por obligación, me odiaría. Y si me odiara, jamás sería mía de verdad.

Ed me observa unos segundos, luego sacude la cabeza con una sonrisa ladeada.

—¿Y cómo piensas lograrlo?

Mi sonrisa se ensancha mientras tamborileo los dedos sobre la mesa.

—Paciencia, Eddie. Paciencia…

Porque al final, todo se reduce a eso.

A paciencia.

A hacer los movimientos correctos. A cortar los hilos adecuados. A esperar el momento preciso. Y cuando ese momento llegue,

Roberta no tendrá otra opción más que caer. Lo hará.

CAPÍTULO 3



BERTA

¡Pásalo muy bien EX-santurrona! A la vuelta nos vemos. Te quiero.

Miro la nota mientras sonrío, aunque nadie me vea. Confieso que me estoy muriendo de ganas de saber qué hará Lyn con el profe buenorro en Miami. Solo espero que no vuelva igual de virgen que se ha ido, porque de lo contrario, le practicaré un exorcismo profundo para asegurarme de que Dios no se ha apoderado de ella y la está guiando hacia un monasterio, sin que yo lo sepa.

Joder. Me rasco la frente, pensativa. ¿Por qué siempre tengo que meterme en la vida de los demás?

«Porque eres así, Berta».

Me respondo a mí misma mientras salgo de nuestra habitación de la residencia con el bolso al hombro y un nudo en el estómago. Siento un vacío que intento deshacer, pese a que mis gestos indiquen lo contrario y eso es porque he aprendido a fingir muy bien.

Pocos minutos después, el bullicio habitual de un viernes en la universidad, me recibe de lleno. En el interior, las puertas de las aulas se abren y cierran de golpe, cada vez que alguien entra tarde o sale corriendo a por otro café de máquina. El dolor de cabeza punzante hace que el murmullo constante de pasos apresurados y notificaciones de móvil me arañen el cerebro.

La luz fluorescente del pasillo no perdona ni una ojera, y el sonido lejano de la señora Brown, que pasa lista, se mezcla con el ruido de las sillas arrastrándose. Entonces, miro el reloj acelerada porque ayer me prometí no desviarme del que debería ser mi objetivo este curso: estudiar. Ya lo estoy cumpliendo. Me he despertado un cuarto de hora antes de lo normal y hasta me ha

dado tiempo a preparar el desayuno. Y eso es un logro, sin duda. Aunque sé que Lyn no me creerá.

—¡Espera! —Siento una mano en mi codo de repente, estando a un paso del aula.

Es Pamela, que me mira sonriente, como si se alegrara de verme. Sus brazos quedan enlazados en mi cuello, y su cariño me desconcierta.

—Joder, tía —susurra—. No veas lo preocupada que estaba, llevas días sin responderme a los mensajes.

—He estado ocupada.

—Pensaba que te había pasado algo y que tú…

—¿Por qué me va a pasar algo?

—Ayer me enteré de que Noa tuvo un ataque de pánico y que llevaba un cuchillo, y justo tú estabas ahí, en el cumpleaños de Bram. Llámame idiota, pero pensé que estaba celosa y te hizo baño. Todos lo están comentando.

—¿Qué? —Estrecho la mirada.

Genial. Es por esto que me está buscando, por el cotilleo.

—¿No es cierto que te quería apuñalar?

—No, Pam.

—Pero está ingresada —afirma—. Todos dicen que le robaste el novio y que se quería vengar.

—No le he robado nada —le digo, dándome la vuelta—. Bram y yo no estamos saliendo.

—¿Ah, no? Todos piensan que sí.

Pam sigue pegada como una lapa y lo que menos deseo en este instante es tener que dar explicaciones.

—Que piensen lo que quieran. —Camino apresuradamente, dejándola atrás.

—Pero…

Maldigo.

La facultad se ha convertido en un nido de víboras y paso de estar desmintiendo nada. Bastante tengo con que llego tarde y que la vida se interponga en mis planes de ser formal. Parece que, si no es por una cosa, es por otra.

—¡Berta! —Adam me saluda desde la otra punta de la clase, y me hace una señal con la mano, indicándome que hablaremos.

No hay nada de qué hablar y, si su intención es sacar a su amigo en la conversación, lo tendrá muy difícil. Me distraigo mientras llega la profesora de *Marketing* y leo un mensaje de Rebe, diciéndome que me espera en la entrada para hablar de los planes de este fin de semana, aunque dudo que ese sea el motivo.

Me apoyo en un codo, sintiéndome avasallada por miradas indeseadas y cuchicheos. Rebe también debe estar deseando saber más y paso de volver a hablar del maldito tema.

Cuando termino de sacar la libreta y mi bolígrafo de la suerte, el que lleva unas plumas rosas, la profesora ya está en el aula.

***

Una hora más tarde, mis amigas están en el mismo lugar de siempre, riéndose de algo que Mary Anne acaba de decir.

—Hablando de la italiana… —dice Rebe con una sonrisa—. Hay que ver, me he tenido que enterar por Pamela de lo que ocurrió el miércoles.

—No sé de qué hablas. —Le doy a la máquina de café y pulso el botón *Capuchino.*

—¿Te han dicho que estás muy rara últimamente, *güey*?

Me acomodo junto a ellas, fingiendo que estoy en la misma sintonía e intento ocultar la presión que siento en el pecho desde el miércoles. Le doy unos sorbos al pequeño vaso que tiene una calidad pésima, pero no funciona, porque sé que no me dejarán tranquila.

—Berta, sabes que me tienes para lo que necesites.

—Lo sé.

—Estás pasando por una mala racha con Bram, ¿verdad?

—Algo así… —le respondo deprisa, intentando olvidarme de todo, sin embargo, Rebe me tira del codo, antes de que dé un solo paso.

—Tía, a Bram le gustas de verdad y siente que te veas salpicada por la mierda de Noa.

—¿Has hablado con él?

Me detengo en seco e intento no parecer una desesperada insensata, deseando saber más.

—Sí, me llamó —murmura, acercándose a mí, como si intentara que nadie más se enterase—. Estaba muy mal y me confesó que llevaba tiempo sin querer estar con ella, pero no podía dejarla porque siempre le amenaza con suicidarse.

—¿Te dijo eso?

—Sí, y que no te buscará porque no quiere hacerte daño. Dice que te mereces algo mejor.

Mi aliento se intensifica cuando mi atención se desvía en otra dirección. Y eso es porque… lo veo.

Bram está allí, en la salida de la facultad de Derecho, rodeado de amigos suyos, y concentrado en una conversación con el tipo de la cicatriz y unos cuantos más. Hay también chicas.

—¿Qué? —Rebe me despierta del pensamiento cuando gira la cabeza y observa lo que estoy mirando—. Ah, está ahí. ¿Y por qué no hablas con él?

No soy capaz de responderle, ya que temo que me tiemble la voz.

Menuda imbécil.

Me mojo los labios, e intento no mirarlo fijamente, pero no lo puedo evitar. Por un instante, sus ojos se apartan de Ed y se encuentran con los míos. Pero no hace nada. Me da la espalda como si deseara sacarme de su campo de visión. Sigue sin prestarme

atención y no se acerca. Casi ni me mira, y eso hace que una sensación extraña me invada. Algo muy muy extraño.

Y ahora me pregunto cómo haré pare evitarle, y agradezco mentalmente que no estudie en mi facultad. No podría soportarlo. Y tampoco soporto la manera en la que las chicas que lo rodean lo absorben con la mirada.

Joder.

Un cosquilleo me recorre el cuerpo, pero no es agradable.

Él ni se inmuta y simplemente está conversando con la facilidad con la que siempre lo hace, sonriendo de esa manera suya que resulta irritantemente encantadora. La misma con la que me conquistó a mí.

¿Son celos? No dejaré que lo sean.

Aprieto la mandíbula y aparto la vista, pero no lo suficiente. No puedo evitar notar cómo una de las chicas le toca el brazo al reír, cómo él inclina la cabeza con interés, como si realmente le importara lo que dice. Todo eso sin mirarme.

—Berta, ¡joder! —me llama Rebe, dándome un leve codazo—. ¿Me estás escuchando?

Parpadeo, regresando al presente.

—Por supuesto —miento.

Respiro hondo y me obligo a centrarme en la conversación. En cualquier cosa que no sea Bram y sus estúpidos juegos. Pero entonces, Rebe interrumpe de nuevo mi intento de normalidad.

—No deberías dejarla ganar.

Me congelo mientras aprieto el pequeño vaso entre mis dedos, sin saber a qué narices se refiere mi amiga. ¿Pero qué cojones les pasa hoy a todos?

—Berta… —dice con esa voz persuasiva de futura abogada que Rebe emplea cuando me quiere convencer de algo—, ¿no te das cuenta de que esa muñeca operada lo hizo justo para estropear lo vuestro?

Mantengo la respiración por un momento y después tiro el vaso con medio capuchino a la papelera.

—¿O te da miedo esa tipa? —remata.

Oh, Dios.

—¿De qué coño vas? —le digo ahogada y furiosa—. No te metas.

—Berta…

—Simplemente no… te metas —murmuro sintiendo las lágrimas amenazando con salir.

Les doy la espalda y camino con paso veloz hacia la izquierda, deseando cruzar la calle y llegar ya a la residencia. Ni siquiera me importa cuando oigo los chillidos de Rick y Mary Anne detrás, llamándome.

Yo solamente…

¡Ohhh!

Torrentes de lágrimas fluyen por mi cara y mis pies no dan abasto. Tan solo necesito alejarme de ellos. De él. No quiero sentirme presa de esta angustia constante que guardo en mi interior desde hace dos días. No puedo permitir que mi otro yo me domine y me grite que quizá su versión de los hechos sea una real y que solamente me estoy dejando cegar por el orgullo. Que quizá él tenga razón y Noa quiera separarnos.

Lo ama. ¿Por qué no jugaría todas sus cartas?

No quiero pensar que tal vez yo represente algo más para él que un simple juego. Que esas lágrimas y arrepentimiento que me mostró eran ciertas. Que él significa más de lo que mi mente puede soportar, y que quizá… lo esté echando de menos.

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhh! —grito enfurecida, cerrando la puerta de la habitación con un fuerte portazo—. No… no… —niego con la cabeza, completamente enloquecida—. No dejaré que juegue conmigo, ¡no lo haré!

De un manotazo, lanzo al suelo una taza de café que hay encima de la mesa, probablemente la taza vacía de Aylin.

Me llevo las manos a la cabeza y me seco los ojos con el dorso de la mano, mirando las huellas de rímel que quedan en mi piel. Cojo una servilleta y me sueno los mocos, desplomándome en el sofá.

Aylin no está, ya ha cogido el vuelo a Miami y estará fuera todo el fin de semana. La soledad me aplasta y, con manos temblorosas, cojo el teléfono móvil. Busco su nombre en la agenda con el pulso en aumento. Pero no puedo. No puedo estropearle a mi amiga el viaje con mis arrebatos de inmadurez. No puedo preocuparla y no es justo revolver el pasado. Porque Bram es parte del pasado y debo olvidarlo. Sin más.

—Bram… —sollozo, aún con los dedos anclados en el móvil.

Instintivamente, busco su nombre en la agenda y mi dedo tiembla. Pero entonces, lo recuerdo todo.

—Te volveré tan loca que me necesitarás a cada instante de tu vida…

—Ya te necesito… —le respondí.

—Yo te necesité desde el principio.

Disfruté de esa sonrisa perversa. Disfruté de la *caza,* tanto como él. Disfruté de su visita a mi casa en Staten Island, a pesar de cogerme desprevenida.

«¿Entonces qué coño estoy haciendo?», me pregunto en voz baja.

Y, cuando mi raciocinio se ve completamente nublado por los recuerdos y lo que él me hizo sentir, hay otra parte que irrumpe en mi cabeza como un terremoto.

—Todos ellos son dioses, y nosotras sus putas, ¿lo comprendes?

Salto del sofá cuando oigo un golpe sutil en la puerta. ¿Es él? ¿Es Bram el que me ha seguido? ¿O quizá sea mi imaginación deseando que sea él?

Me acerco con pasos lentos, sin saber qué hacer.

Un tercer golpe.

Me armo de valor y abro la puerta, decidida a enfrentarlo. Sin embargo, para mi sorpresa, no es él. Es ella. Noa.

—Hola —dice.

¿Hola?

—¿Podríamos hablar?

Doy un paso hacia atrás y miro su figura perfecta, como si la jodida chica hubiese resucitado. Su cabello lacio y su maquillaje que la hacen parecer una muñeca, me confunden. Lleva un vestido de manga larga con un gran escote, unos tacones de infarto y un bolso de marca. Unas gafas de sol que podrían costar casi tanto como un coche, sujetan su flequillo. Tan solo un sutil vendaje en la muñeca revela que hace unas cuarenta y ocho horas intentó quitarse la vida.

—¿Qué quieres?

—Darte las gracias por… —se frota las manos— lo que hiciste por mí.

Bajo la guardia y doy otro paso hacia atrás, dejándola entrar en la habitación.

—Me tengo que ir dentro de poco, así que dime realmente por qué estás aquí, Noa.

Estoy harta de esta gente, así que no me contendré, lo tengo claro. Y si tengo que echarla de mi cuarto, lo haré.

—Vengo a contarte que… —murmura, con la vista clavada en el suelo.

Noto sus mejillas ruborizadas y cómo baja la mirada, como si le costara hablar. Por un lado, es normal, casi se muere dos días atrás.

—No tenía intención de asustarte, solo que hay momentos en los que no me puedo controlar y mis emociones se magnifican, ¿sabes? —habla controlándose, a juzgar por sus manos, que retuerce en el regazo—. Es como si lo más insignificante me afectara. No te voy a mentir, amo a Bram y siento celos, pero él nunca se ha portado mal conmigo ni me ha hecho daño. Yo solo… quería que dudaras de él.

—¿Y por qué me cuentas todo esto?

La miro, cruzándome de brazos.

—Porque, en el fondo, sé que me equivoqué —recula—. Y él no se lo merece.

—Vale. Si has terminado, ya te puedes ir —respondo seca, harta de la mierda de estos dos—. Bram y yo no tenemos nada. Follamos y punto, así que te puedes quedar tranquila.

—Se nota que fue solo eso —Me sonríe—. Quizá necesitó pensar que me perdía para darse cuenta de que siente algo más por mí. Me trajo flores y me cuidó mucho en el hospital, Roberta. Pero ya no te quiero quitar tiempo… —Se da la vuelta, dispuesta a salir de la habitación—. Me alegro de que todo se solucionara entre nosotros. Él mismo me dijo que sigo siendo su favorita en *El Templo*. Además, me está protegiendo de los demás dioses, aunque, a estas alturas, seguramente ellos ya sepan que tú…

—¡Espera! —Tiro de su brazo, sin entender ni una puta mierda—. ¿De qué hablas? ¿Quiénes son ellos?

La miro, con el aliento entrecortado. ¿A qué narices está jugando esta chica?

—La Comisión. —Sonríe mientras retira su brazo lentamente, obligándome a soltarla—. Los dueños del hotel.

—¿Los conozco?

—Nadie los conoce.

—Sin embargo, Bram es uno de ellos.

—Sí, tú y yo lo sabemos porque es él quien nos llevó ahí, pero no tengo más información —explica, abanicándose con una mano—. Solamente sé que son personas pudientes de la zona, que decidieron crear una sociedad bajo identidades falsas. Lo manejan todo tras las máscaras y se apodan con nombres de dioses. Pero bueno, eso ya lo sabes.

—Hermes… —digo boquiabierta—. Bram es Hermes.

—Así es —afirma—. Pero no te preocupes, llevabas una máscara, así que nadie se enterará de que fuiste a ese sitio. No hay constancia de que…

—En realidad… —digo casi sin aliento, rememorando el momento de la fiesta de disfraces— firmé algo. Un acuerdo de confidencialidad o algo parecido.

Me rasco la cabeza, sin comprender muy bien qué está pasando.

—Entonces… —Ella se lleva un dedo a la boca, pensativa—. Lo saben.

—¿A qué te refieres?

—A que seguramente firmaste un contrato, el mismo que firmé yo.

Pestañeo boquiabierta.

—Imposible.

Siento cómo todo se mueve a mi alrededor.

—Bram me lo hubiese contado, él no sería capaz de…

Me detengo y la miro con el aliento entrecortado.

—¿Lo hizo, verdad?

—No sé hasta qué punto. A mí jamás me engañó —dice con un aire de superioridad—. Quizá solo fuese un documento de confidencialidad, está claro que no te quería ahí para más de una noche. ¡La fiesta, ya sabes!

Se detiene en el centro de la habitación y me observa con una sonrisa suave, casi condescendiente.

—No hace falta que sigas insistiendo. Y creo que tampoco hace falta que te diga que Bram no me interesa, por más que intentes hacerme creer que es él al que no le intereso yo. Aunque bueno… —le pago con la misma moneda— si pensar que soy una más para él hará que duermas mejor por las noches, piénsalo. Y piénsalo saliendo de mi cuarto.

Le abro la puerta para que se largue ya de una puñetera vez.

—Me tienes miedo… —dice con un susurro cargado de falsa ternura.

Cruzo los brazos sobre el pecho, intentando no dejarme intimidar. Y honestamente, estoy harta ya de este par de psicópatas.

—¿Sabes a lo único que tengo miedo? —replico, apoyándome en el filo de la puerta entreabierta—. A romperme una uña en el caso de que te arrastre del pelo y te saque de mi habitación. Puesto que no entiendes por las buenas…

Noa ladea la cabeza, evaluándome como si fuera un experimento interesante. Y después, suelta una carcajada, y camina hacia la salida con ese aire arrogante de diva impostora.

—Claro que lo tienes. Pero no es a mí. —Se acerca un paso—. Tienes miedo porque sabes que, por más que lo intentes, nunca vas a ser suficiente para él.

Mi estómago se revuelve.

—Fuera. —Aprieto los labios.

—Sé que te has dejado llevar, que Bram te ha hecho sentir especial, diferente… Pero te equivocas.

—Yo jamás me dejo llevar, quizá estés hablando de ti, Noa —Mi voz se endurece más aún, y juro que siento dolor al clavar las uñas en las palmas de mis manos.

Noa deja escapar otra risita, como si mi desafío le divirtiera.

—Siempre elige a una. Al principio, es un juego. Bram necesita algo nuevo, una distracción. Y tú, con tu carita de niña buena queriendo ser mala, le diste justo lo que necesitaba. Pero eso no significa nada, y quería que lo tuvieras claro.

Un escalofrío me recorre la espalda, pero no dejo que lo note.

—¿Y cómo puedes estar tan segura?

Se acerca aún más, hasta que casi puedo sentir su respiración en mi piel.

—Porque siempre vuelve a mí.

El aire se espesa y jamás he reprimido tanto las ganas de barrer el suelo con alguien. Sin embargo, no lo hago. No lo hago, porque, en el fondo, me da pena su condición. Noa está atrapada en un mundo de depravación en el que piensa que es la protagonista, y lo peor de todo: cree que significa algo para él.

—¿Sabes qué me sorprende?

—¿Qué?

—Que después de mandar a su colega a sacarte del baño después de cortarte las venas por él, lo sigas defendiendo, Noa. Te mandó al hospital y él… —sonrío con punzadas de dolor y asco en el pecho— se quedó conmigo. Me intentó convencer de que estás loca, y me pidió que le perdonara. No quiero formar parte de vuestras mierdas, así que…

—¡Qué mentirosa! —exclama.

—¡No he terminado! —Le atrapo el brazo y la acerco a mí—. No pruebes mi paciencia, ¿estamos? Porque la próxima vez no tendrás tanta suerte como hoy.

—¡Eh, tranquila! —Alza los brazos y sale fuera, pero aún no se larga, es más, juraría que está buscando provocarme—. Me da igual lo que digas, ¿sabes? Porque sé exactamente cómo funciona Bram Sander. Nadie lo conoce mejor que yo, fui yo quien le enseñó a hacerlo.

Mis dedos se crispan en el borde de la puerta, y estoy a una milésima de segundo de cerrársela en toda la cara.

—Si tan segura estás de tu lugar, ¿por qué te molestas en venir a decirme esto?

Noa parpadea, sorprendida por mi respuesta. Pero se recupera rápido.

—Porque quiero ahorrarte la humillación. Al final, te enamorarás y te quedarás destrozada. Como todas.

Aprieto la mandíbula, pero no le daré la satisfacción de verme caer.

—Entonces, si sabes que volverá a ti… ¿por qué estás tan asustada?

El brillo de su mirada cambia por una fracción de segundo. Un parpadeo. Una sombra de duda.

—No es que vaya a volver… —dice con voz melosa—, es que ya lo ha hecho.

Noa habla y yo la escucho, pero por dentro me muerdo la lengua. Qué fácil lo hace parecer. Siempre perfecta, siempre tan tranquila. No tiene ni idea. Noto cómo la rabia me sube por la garganta y me gustaría mandarla a la mierda, pero no me sale la voz. Solo quiero que se largue. ¿Por qué siempre consigue que dude de mí misma? ¿Por qué siempre me siento una impostora a su lado? Aprieto los puños. No soy débil. No pienso llorar delante de ella.

—Entonces dile de mi parte que sea muy feliz —respondo, reprimiendo las lágrimas que están a punto de salir—. Y que no debe caer tan bajo como para mandar a su amante para dejarme las cosas claras.

Aparta los ojos, juguetea con las correas de su bolso, y vuelve a mirarme como si nada.

—¿Amante? —se ríe—. Soy su novia, cariño. Bram no me pidió nada, solo pensé que era justo aclarar malentendidos y dejarte las cosas claras.

Mentira.

Pero no tengo pruebas. Solo ese nudo asfixiante en el pecho que me grita que todo esto está perfectamente orquestado. Bram la mandó. Y si la mandó, es porque está asustado. ¿De mí? ¿De lo que sé? ¿O de lo que puedo hacer?

—Gracias por la visita —digo al fin, con una sonrisa que no me llega a los ojos—. Pero la próxima vez, asegúrate de venir sin guion.

Tras salir del cuarto, Noa se detiene en seco, se gira y me mira.

—¿Perdón? —pregunta, tensándose.

No le respondo, solamente le cierro la puerta con fuerza, queriendo que desaparezca de mi vista lo antes posible, ella y él.

—Joder… —suspiro con la vista nublada y el cuerpo sacudido por mil terremotos.

¿Por qué ha venido esa tipa aquí? ¿A hacer qué? ¿A fastidiarme? ¿A meter más el dedo en la llaga? ¿A lanzarme una advertencia sutil de que debo callarme la boca y no contar nada de lo que ocurrió en ese hotel de la colina?

Siento que la cabeza me explotará, y únicamente soy capaz de llegar hasta la cama, antes de cerrar los ojos. Me dejo caer sobre la almohada, con los puños cerrados, la mandíbula tensa y las piernas temblando.

No, no soy estúpida. La morena no ha venido a disculparse. Ha venido a marcar su territorio. A recordarme que, aunque Bram no la ame, ella sigue teniendo el poder de desestabilizarlo. Y de hacerme dudar.

Pero esta vez no va a funcionar.

O eso me repito mientras me levanto, voy al baño, y abro el grifo con furia. Me echo agua en la cara. El espejo me devuelve el reflejo de alguien que llevo tiempo sin ver: ojos enrojecidos y tristes y labios apretados.

Porque sí. Me duele que Bram la cuidara en el hospital, aunque eso es lo mínimo que podía hacer. Me duele que hayan vuelto —según ella— y me duele que, a pesar de todo, lo sigo sintiendo bajo la piel como un veneno que derrumba mi mundo.

Justo entonces, suena el móvil. Leo el nombre de Rebe en la pantalla. Suspiro, respiro hondo y contesto.

—¿Hola? —mi voz suena nasal, pero intento disimular.

—Tía… ¿estás bien? —pregunta con suavidad—. He intentado llamarte antes, pero me salía como ocupado o apagado.

—Estoy bien —miento, y se me escapa un temblor.

—Ya. Y yo soy Lady Gaga. No me jodas, Berta. Te has ido sin decir nada y después he hablado con Pamela. Me ha contado que te has puesto fatal. ¿Qué ha pasado?

Cierro los ojos, sosteniendo el móvil contra la sien.

—Nada importante —le respondo ausente—. Solo necesito un poco de espacio. Ya sabes… dramas.

—¿Tiene que ver con él?

—No lo sé —murmuro.

—Vale. No voy a insistir —dice Rebe con ese tono que usa cuando en realidad sí quiere hacerlo—. Pero si necesitas algo, cualquier cosa, llámame. ¿Vale?

—Sí. Gracias.

—Te quiero, tía. Aunque seas una borde.

—Y yo a ti, aunque seas una pesada.

Ambas reímos, apenas un segundo. Luego, la llamada se corta.

Vuelvo a dejar el móvil sobre la cama, me tumbo, y respiro por la nariz. Profundo. Intento centrarme en nada. Quizá en el silencio. Pero el teléfono vibra otra vez. Es el Instagram y un mensaje entrante nuevo.

Por un momento, creo que es Rebe, que me ha escrito también por ahí, honrando lo pesada que es. Abro la app con una sonrisa torcida, anticipando una frase tonta, algo tipo *¡No te olvides de cenar, bruja depresiva!*

Pero no.

No es Rebe. De hecho, es un número desconocido, y sin foto.



—Si quieres respuestas, ve a Boston Common. A las 8 p.m —leo en voz alta.

Me congelo mientras miro fijamente el mensaje. El icono, el nombre que no hay y el tono me llaman la atención. Esa seguridad que desprende, como si alguien tuviera claro que necesito respuestas. No, esto no es una broma, es un mensaje de amenaza. Un maldito mensaje donde me chantajean prometiéndome respuestas.

Recuerda que ya no eres la misma, Roberta. Conoces mi secreto y solo te pido que lo guardes bien. ¿Podrás hacerlo?, me dijo.

Mi corazón late fuerte, y mi cabeza va a mil por hora. Me quedo mirando la pantalla, y de pronto noto los dedos fríos y rígidos, como si la sangre me hubiera abandonado las manos. Un hormigueo eléctrico me sube por la piel, hasta el cuello, erizándome cada centímetro.

Miro por la ventana enrejada que da a la calle principal de Stanford. Estoy paranoica, esperando ver a alguien ahí fuera, pero no percibo ningún movimiento extraño. Por un momento, escucho el latido acelerado de mi propio corazón resonando en la habitación. Cualquiera me lo podía haber enviado.

¿Es de Noa? ¿De Bram? ¿De esa gente de la que Bram me habló?

Cojo mi abrigo con prisas y salgo por la puerta como un cohete.

«Roberta, en qué te has metido?», me pregunto, buscando un Uber.

—¡Taxi!

CAPÍTULO 4



BERTA

Las ocho y diez minutos.

—Genial, tarde como siempre —mascullo en voz muy baja mientras intento deshacer el nudo de mis auriculares con una mano y sujetar mi abrigo *Max Mara* con la otra.

Seguramente la persona que me ha citado ya se habrá largado, porque aquí no hay nadie. Es probable que incluso haya sido una broma pesada, alguien que sabe que estoy enganchada a Instagram y ha decidido fingir, como si se tratase de un acosador, mandándome mensajes de coña. Y yo como una imbécil, aquí, en un parque.

Boston Common por la noche no es especialmente terrorífico, pero tampoco da paz. Hay farolas con buena luz y gente montando en bici o corriendo como si los persiguiera el karma. Cada banco oculta a adolescentes fogosos, que se mueven incomodos cada vez que pasas por su lado.

Lo sé porque yo misma probé uno de esos bancos hace un par de años. Corté con el tipo al día siguiente, porque tenía halitosis aguda y de lo único que me arrepiento es de que tuve que perderme el cumpleaños de Mary Anne porque nuestra cita coincidió con su cumpleaños. Me gustaba de verdad el chico, y tenía un aura de malote, pero no fue mi culpa que su aliento apestara peor que el camión de la basura.

¿Y si me ha envido el mensaje el tío de la halitosis? Imposible. Me odia, y ha pasado mucho tiempo desde entonces.

Mis botas resuenan contra el asfalto con ese eco de película de miedo, cuando estás a punto de ser atacada por un fantasma o un psicópata. Me abrazo a mí misma, porque hace un frío que cala hasta los huesos esta noche. Y también porque, honestamente, empiezo a arrepentirme de haber venido. El mensaje decía *Si*

quieres respuestas, pero a este paso lo único que voy a recibir es una jodida hipotermia.

Y no sé por qué, pero el frío me recuerda a él. A Bram. Los dos sumergidos en las aguas del Atlántico, después de que una bomba destrozara su yate al completo. Él preguntándome si quería ser su novia, y después besándome. Los dos atrapados en esa habitación frigorífica, dándonos calor mutuamente.

Respiro hondo mientras me froto las manos y escaneo la zona por enésima vez. Nada. Ni un alma. Pero justo cuando decido dar media vuelta y regresar a la seguridad de mis paranoias en la residencia, una luz se enciende a lo lejos. Parpadea una vez. Dos. Luego se queda fija.

Frunzo el ceño. No hay nada allí tan solo una zona medio oculta por los árboles, una especie de mirador improvisado que da a los edificios del *Downtown*. ¿Habrá algún evento? ¿O alguien con una linterna?

«Esto ya me está acojonando», pienso, recordando que *Halloween* es este mismo fin de semana. Y, entonces, veo una silueta. Cuando sale de la penumbra, sus ojos brillan como dos faros. Justo como un animal acechando en las sombras.

—¿Tú? —pregunto, con cara de idiota nivel dios.

Me quedo clavada ahí, delante de él, sintiéndome como una víctima en una novela de lo más retorcida. Y también confieso que estoy intentando recordar el nombre del chico rubio que habré visto en tres ocasiones, como máximo. ¿Qué hace el guardaespaldas de Bram aquí?

—No me digas que ya se te olvidó mi nombre —sonríe.

Es una de esas sonrisas tranquilas y letales, que lo hacen parecer un ángel caído, un tanto peligroso.

—Podías haberlo usado en el mensaje que me has enviado, ¿no te parece? —suelto, aún boquiabierta y cruzada de brazos.

Lo examino mejor. Aunque este chico me caiga como una patada en el culo, sus ojos y su sonrisa llaman mi atención, y debo

reconocer que el agente de seguridad es todo músculo. Diríamos que está… bueno. Bueno, no. Jodidamente bueno. Pero también es insoportable y, por lo visto, tramposo.

—¿Pensabas que te había dejado plantada, o qué?

—No. En realidad, pensaba que me había citado un psicópata, no tú. Aunque ahora que lo pienso, no estoy tan segura de que no seas un acosador —contesto, acercándome unos pasos más.

Analizo su *Harley*, aparcada a unos metros, y el casco que acaba de colocar en el manillar. Entonces, él ríe bajo mientras se pasa una mano por el cabello revuelto. Me irrita que su risa suene tan jodidamente auténtica.

—No te culpo. Lo del mensaje ha sido excesivo, pero no tenía tu número, y quería que vinieras.

—¿Excesivo? —pregunto irritada—. Podrías haber dicho *Ey, rubia, soy Liam. Quiero verte. No soy un asesino*. Hubiera sido más efectivo que ese mensaje siniestro.

—Vale —sonríe complacido—. Primero, veo que recuerdas mi nombre.

—Por desgracia.

—Y segundo, si te pones así por un mensaje, imagina si te hubiese llamado. Me habrías bloqueado antes de que dijera *hola*.

Tiene razón.

—Vale —bufo—. ¿Qué quieres?

Es él el que se acerca a mí esta vez, intentando explicarse.

—Me acabo de enterar de lo que pasó con Noa. Solo quería saber si estabas bien.

Se calla, viéndome la cara descompuesta. Entonces, nos quedamos unos segundos en silencio; de esos silencios extraños que lo dicen todo sin decir nada. Una pausa que me hace sentir como si estuviera caminando sobre arenas movedizas. Sobre todo porque este tipo trabaja para Bram, aunque sea un chulo al que de la noche a la mañana le caí en gracia. Y eso es muy raro, ya que suelo espantar a los chulos, porque casi siempre, les supero en chulería.

—¿Y esa preocupación repentina? —Mis facciones se afilan, al igual que mi lengua—. ¿No será que te ha mandado Bram? Porque si es así, te puedes dar media vuelta.

—No me manda nadie —contesta con voz firme—. Trabajo para *El Templo*, pero no soy el perro de Bram.

Eso me desconcierta. No tanto lo que dice, sino cómo lo dice. Como si con solo escuchar su nombre se encendiera, siendo este el que le paga. Aunque no sería el primer empleado que odia a su jefe y es cierto que Bram es tan arrogante que probablemente tenga más enemigos que amigos.

—¿Entonces me has citado aquí para saber cómo estoy? —continúo, intentando comprender.

—Solo quería que confiaras en mí, y que vieras que no tengo malas intenciones. Quizá fuera un poco brusco la última vez que nos vimos.

Menuda estupidez.

—Eso lo dicen todos los psicópatas con encanto —replico agria—. ¿O acaso no has visto películas de *Halloween*?

—¿Y tú eres la chica lista que sobrevive hasta el final, o qué?

Ese "o qué" suena muy natural en su boca. Un desafío disfrazado de pregunta, sin duda.

—Yo soy la cabrona que escribe el final, Liam —respondo, dándole la espalda—. Y gracias por el intento, pero me piro de aquí.

—¡Eh, espera! —Su mano acaba en mi brazo—. Aún no me has escuchado. Y créeme que, si me dejas aquí plantado, quizá me convierta en uno de esos psicópatas.

—¿Qué haces? —Miro su mano apresándome el codo.

—Aunque esta vez te secuestraría en moto. Y sin metralletas de por medio. Bueno… —prosigue, con una risita espontánea, como si a él mismo le hiciese gracia él mismo— también tengo una pistola escondida en los calzoncillos y un cuchillo en la bota derecha. Por si acaso.

Se sigue riendo. ¿Qué tiene tanta gracia?

—¿Pistola en los… calzoncillos?

Está loco.

—¿Sabes qué? —Lo miro fijamente, retrocediendo—. Si te digo la verdad, no me apetece que me vigilen tipos pesados y con actitud de pantera en celo. Seguro que en *Tik Tok* encontrarías muchas fans.

Él me suelta cuando me sacudo, pero no se aparta del todo y ahora está demasiado cerca.

—Yo no… —parpadea y suelta una carcajada sonora—. ¿Me estás llamando pantera en celo?

—Sí… —digo despacio, sin saber cómo reaccionar—, ¡¿y?!

El rubio se cruza de brazos, y eso realza aún más sus hombros anchos y sus músculos tensos bajo la *chupa* de cuero. Toda su ropa es del mismo estilo: camiseta ajustada, pantalones rectos, botas de cuero. Todo negro. Oscuro como un eclipse. Y en su cuello, un collar con la forma de una horca cuelga alegremente.

—Ya veo, hay un malentendido. No me refería a eso exactamente, llevo una pistola de verdad, hoy no me he traído el cinturón. Pero no te asustes, no la sacaré, a no ser que sea necesario.

—¿Acaso piensas que se podría repetir la escena del restaurante?

Miro a mi alrededor, recordando el ataque del restaurante donde Bram me citó con Lagerfield, el diseñador.

—No sé, pero yo no hablaba de mafiosos, me refería a ti.

—¡Ah, genial! —espeto, aún asimilando que me acaba de amenazar con una pistola que guarda en los calzoncillos—. ¿Sabes qué? ¿Te parece bien ir a tomar por culo un rato? Y cuando vuelvas, te vas otra vez.

Se ríe con ganas, y sigo teniendo la sensación de que Liam es un niño grande, aunque seguramente sea un hombre que le falte poco para los treinta. No aparenta ser muy mayor, pero sí más que Bram, que ya tiene veinticinco. Los cumplió el miércoles.

«El miércoles. Cuando todo empezó», me recuerda mi conciencia.

—Bueno, haré como si no me acabaras de mandar a la mierda, en cambio, te invitaré a cenar. ¿Sabías que, en ese sitio, hacen el mejor tiramisú de Boston?

Veo que se agacha sobre mí y me señala una especie de restaurante que hay a unos metros. Las ventanas empañadas dejan entrever siluetas moviéndose dentro; el cristal refleja neones rojos y verdes, y en la puerta, una camarera limpia el cartel de *Benvenuti* con un trapo. Parece que hasta a elección del restaurante italiano ha sido premeditado.

—¿Es una cita?

—No, no es una cita —aclara, con una mueca relajada—. Tómatelo como un interrogatorio amable. Tú haces preguntas, yo respondo. Y el tiramisú corre por mi cuenta.

—¡Qué generoso! ¿Y si no me gusta el tiramisú?

—Me adapto. Es una de mis mejores cualidades. Sobre todo en la cama.

¿De verdad acaba de soltar eso? No he conocido a nadie con tan poca vergüenza como él. Me dan ganas de girarme y largarme, pero no puedo negar que estoy intrigada.

Me sostiene la mirada, muy seguro, como si realmente disfrutara viendo hasta dónde puedo llegar. Ni se inmuta. Solo se queda ahí, parado delante de mí, esperando. ¿A qué espera? ¿A que le siga el juego? Entonces, un silencio incómodo se instala entre nosotros. Lo noto en la piel, como si el aire picara.

—¿Y qué? —insiste, todavía con esa sonrisa de *sé que tienes curiosidad*—. ¿Te vas a quedar o vas a huir, como siempre?

Qué cabrón. Me provoca a quedarme solo para no darle el gusto de verme salir corriendo.

—Me quedaré —murmuro—. Pero solo porque necesito azúcar. No por ti.

—Por supuesto. El poder del tiramisú —responde con una media sonrisa, haciéndome un gesto cortés hacia el restaurante.

Una vez dentro, miro alrededor. El lugar tiene un aire acogedor, con una iluminación tenue y olor a masa horneada. Él se quita la chaqueta y deja ver su camiseta negra ajustada. Yo mantengo el abrigo puesto, cruzada de brazos. Cuando aparta mi silla para sentarme, elevo una ceja. Y al mirar mi abrigo, me encojo de hombros. No pienso quitarme nada.

—¿Vas a estar así de simpática toda la noche? —pregunta mientras hojea el menú.

—Depende —contesto—. ¿Vas a responderme o seguirás tirando indirectas?

Levanta la vista y entrecierra los ojos. Me está midiendo, y lo noto. Joder. Estoy harta de misterios, y lo cierto es que me ha dado un jodido susto de muerte con ese mensaje.

—Vale. Dispara —dice.

—¿Por qué tanto interés en mí?

—¿Así, tan directa?

—Mejor eso que tus bromitas con pistolas —hablo sarcástica—. Y más te vale que tengas una muy buena explicación y no sienta que estoy perdiendo mi tiempo contigo.

El camarero llega y me callo. Pedimos lo mínimo: una ensalada, raviolis, un tiramisú y dos refrescos.

—Tienes algo que no encaja —responde, al quedarnos solos, con los dedos jugando con la cucharilla—. No eres como las otras chicas que rondan *El Templo.*

—¿Y tú cómo sabes cómo soy yo?

—Intuición. Tengo buen ojo para eso.

La forma en que lo dice no suena empalagosa. Liam es más inquietante que seductor, y eso, sin duda, me hace tragar saliva.

—¿Y eso lo haces con todas? ¿Las vigilas, las analizas como si fueran un bicho raro y luego las invitas a tiramisú?

—No, solo con las que llaman mi atención. No me dedico a investigar al sexo opuesto, y tampoco a acojonar a las mujeres, si es lo que insinúas.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo que tú digas —refuto disimuladamente—. Dime, Liam… —junto las manos en la mesa—, ¿cuál es exactamente tu papel en ese hotel?

Percibo un pequeño temblor en sus párpados y no sé exactamente si es porque se está poniendo nervioso.

—Me encargo de la protección, ya sabes. Cámaras, accesos, personal, protocolos. Lo habitual.

—Entonces sabrás a qué se dedican tus jefes.

—¿A la… hostelería? —murmura, con las cejas en alza.

Se hace el loco, como si no supiera nada más. Pero conmigo no puede.

—Y a las fiestas de disfraces —sonrío mordaz.

—Cierto.

Mueve un dedo en mi dirección, hablando con naturalidad.

—Se me olvidaba que hace no mucho te rescaté de un balcón, justo después de una de esas fiestas. Pero no es mi trabajo hablar de ello.

—Porque hay algo más, ¿verdad? —Aprieto mis manos, entrelazadas. Intento ver hasta dónde puedo tensar la cuerda, y si vale la pena mostrarle lo que sé.

—¿Algo más? ¿A qué te refieres?

Muestra un interés que, por un momento me hace dudar.

—Son una especie de secta… encubierta —explico, con un nudo en la garganta.

Entonces, se ríe relajado, dándole un sorbo a un vaso de agua.

—Yo pensé lo mismo la primera vez. Es normal, no organizan fiestas corrientes. Pensé que se trataba de un puñado de degenerados con toga, que se aburrían en fiestas convencionales, y

necesitaban gastar su dinero en algo más… —se relame la comisura de los labios— excitante.

Le aparto la mirada, nerviosa.

—Pero eso no es un delito, créeme —sigue—. Es placer y libertad de elección.

—Qué conveniente.

—¿Conveniente?

—Sí. Que me mientas en mi cara.

Carraspea.

—Crees que estoy mintiendo.

—Sé que estás mintiendo —le devuelvo, apoyándome en la mesa.

Se inclina un poco hacia mí, bajando el tono de voz.

—No necesitas desconfiar de mí, ¿vale? No soy como ellos, tan solo soy un empleado.

—Eso es justo lo que pensaba que dirías —murmuro con sarcasmo—. Aunque comprendería que no pudieras hablar del tema, por ética profesional, claro.

—*Touché* —sonríe.

Me inclino hacia atrás y lo estudio con la misma mirada que uso para la ropa. Analizo lo físico, pero también lo que esa prenda en concreto me transmite. Cómo me hace sentir. Y a este chico es bastante difícil encasillarlo: tiene algo suave en los ojos, pero su mandíbula marcada y esa forma de no pestañear lo delatan. Es como si sintiera que parece inofensivo, pero en realidad es peligroso a su manera.

El camarero deja el tiramisú. Yo ni lo toco. Él parte un pedazo y se lo lleva a la boca con un gesto tranquilo.

—¿Y tú? —pregunta— ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Ahora?

—Con Bram.

A veces las preguntas más simples son las que más duelen. Me encojo de hombros, fingiendo que me da igual, pero una tormenta se desata en mi interior.

—Bram es parte del pasado.

—Ajá.

—¿Ajá qué?

—Nada, solo que no pareces del todo convencida. —Me analiza con la mirada mientras se lleva el café a los labios—. Lo dices como quien promete que el lunes empieza la dieta.

Sonrío, un poco más relajada. No porque me haga gracia, sino porque me ha pillado. El muy idiota me ha pillado.

—Liam… ¿qué ocurre verdaderamente en *El Templo*? —le lanzo de repente, sin pensar.

Liam baja la taza, pero no contesta. Sin embargo, noto que algo cambia en su expresión, como si mis palabras le hubieran dado una bofetada inesperada.

—De verdad que no sé a qué te refieres —contesta, con voz grave.

—Noa me contó algo que… —me detengo, sin saber muy bien si seguir.

—¿Qué te contó?

Coloca sus grandes brazos en la mesa y me mira con atención.

—Habló sobre las personas que llevan ese sitio. Sé que Bram es uno de los dueños, pero también sé que hay más personas, y me preguntaba si…

No dice nada. Se queda mirándome con esa cara neutra que los hombres en general usan cuando están pensando más de lo que quieren decir. Soy experta en expresión corporal.

—Olvídalo —concluyo—. Es el sitio donde trabajas y no quiero ponerte en un compromiso.

Él desvía la mirada, y se pasa una mano por el cabello.

—Creo que, ya que Bram es parte del pasado, también lo debería ser *El Templo.* Al fin y al cabo, solo te invitó a una fiesta y ya está.

—Así es.

—No le des una importancia que no tiene, ¿vale? —sigue, como si quisiera desviar el tema con delicadeza—. ¿Y cómo está Noa?

—No lo sé. La verdad, no me interesa mucho —respondo rápido. Muy rápido. Demasiado rápido.

Él lo nota, claro.

—Ajá —dice otra vez, como antes—. Celos.

—¿Celos? —chasqueo la lengua—. No me hagas reír. Que una mujer intente suicidarse por un hombre como Bram no me da celos. Me da lástima.

Pero miento. Lo sabe él, y lo sé yo.

—Ya… —dice sin más, clavando su cuchara en el postre—. Pero sientes algo por él, ¿no?

No contesto. No podría hacerlo porque ni yo misma sé qué es esto que siento y que me devora por dentro. Si es adicción al moreno de ojos verdes, si estoy empezando a sentir algo, o si se trata del orgullo propio de una cazadora como yo.

Y justo entonces, vibra mi móvil.

Lo cojo casi sin interés, aunque aliviada porque básicamente he sido salvada por la campana. Y por mi padre.

—¿Sí? —respondo con una sonrisa.

—¡Berta! —exclama papá— *Bambina*[1]*!* El restaurante…

—¿Qué pasa con el restaurante?

—Se ha quemado —declara angustiado—. *Porca puttana!*[2] Está todo destruido.

—¿Qué?

Me levanto de un salto, arrastrando la silla, y con el corazón saliéndome del pecho. Golpeo accidentalmente el vaso de agua y

este empapa la servilleta. Liam también se pone de pie, de un movimiento seco, y con los ojos agrandados.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos. El seguro está revisando todo, pero hay pérdidas enormes, hija. ¡Y tu madre está con un ataque de nervios!

—¿Pero estáis bien? —balbuceo, llevándome una mano al pecho.

—Sí, pero el negocio… —llora al otro lado—. *Piccola*[3]*…*

—Tranquilo, papá —susurro, sin aliento—. Voy para allá. Te dejo.

—Está demasiado lejos, ni se te ocurra.

Cuelgo, con mucha tensión en el cuerpo.

Joder.

—¿Qué ha pasado?

—Mi restaurante —murmuro—. El de mi familia. Se ha quemado. ¡Joder! Tengo que ir a Staten Island, Liam.

Salgo del restaurante casi a trompicones, con el móvil aún temblando en mi mano y la cabeza a punto de estallar. Siento la adrenalina en las venas, y el frío del parque golpeando mi cara. Liam viene detrás, hablando rápido por teléfono, pero en voz baja. Me adelanto, sin saber a dónde voy realmente. Solo sé que necesito moverme, hacer algo, lo que sea.

—Te llevo.

—¿Qué?

—Vamos —dice sacando las llaves de su moto del bolsillo.

—Está lejos.

—¡Eyyy! —interrumpe con voz firme, pero sus manos ya se encuentran en mis brazos—. No vas sola a ninguna parte. Te llevo, ¿vale?

—¿Tú? ¿Cómo? ¿En la moto? ¿Me vas a llevar cuatro horas en esa moto a las tantas de la noche? —le espeto, cabreada, buscando ya el móvil para pedir un taxi.

—Olvídate del taxi. No vas a ir sola.

Me mira fijamente y siento un efímero momento de calma cuando sus ojos celestes me atraviesan con esa fuerza que me es familiar en él. La misma fuerza que a mí me falta en estos momentos.

—No quiero molestarte, ¿vale?

—Molestarme sería dejarme aquí, preocupado.

Ruedo los ojos, dándole la espalda.

—¡No digas tonterías, chico! —Me alejo a trompicones, con el miedo en los huesos—. ¿Por qué te preocuparías? No soy nadie para ti. Buenas noches, ¡gracias por el tiramisú!

Agito una mano en el aire, pero no llego ni a cruzar la acera. Un zumbido ensordecedor sacude el parque. El viento levanta mi abrigo y las luces me ciegan unos segundos. Me giro. Un helicóptero negro, con el logo de una empresa de seguridad, está descendiendo en mitad del descampado, justo al lado de la verja.

Me quedo petrificada, con la mano paralizada en el bolso. Estoy con la boca abierta, mirando el helicóptero. Un puto helicóptero. En el parque.

Me doy la vuelta lentamente y miro a Liam.

—Staten Island en menos de una hora, espero que no tengas vértigo —dice con una sonrisa, abriendo los brazos para recibirme.

Yo ni siquiera puedo articular una palabra. Me quedo paralizada un segundo, mirando el aparato, el piloto que nos hace señas y el parque vacío iluminado a fogonazos.

—¿Te vienes? —Liam me tiende la mano.

La agarro casi sin pensar, más por impulso que por valentía, y dejo que me guíe hasta él. El aire es frío y denso por el movimiento de las aspas, y tengo que agacharme para no llevarme una bofetada de viento en la cara. El rubio me ayuda a subir y me empuja suavemente hacia el asiento, como si lo hiciera todos los días.

—Espero que tus jefes no te descuenten esto en la nómina —digo mientras me abrocho el cinturón y lo miro todo, muy sorprendida.

Pero me quedo más sorprendida aún cuando el piloto baja y se aleja del helicóptero, dejándonos solos. El rubio se acomoda al mando, pero antes de encender nada, se inclina sobre mí para revisar el cinturón. Entreabro los labios.

—¿Sabes pilotar? —pregunto, alucinando.

Por Dios. Menuda idiotez, por supuesto que sabe. No creo que sea un suicida que le ha dado por impresionarme jugando a pilotar un helicóptero.

—¿Tú qué crees?

Sus labios se arquean y me doy cuenta de que el color blanco de su dentadura destaca en la oscuridad. Además, un hoyuelo se le forma en una de las mejillas. Sus manos, firmes y seguras, tiran un poco de la hebilla para comprobar que todo está bien sujeto. Por un segundo, casi olvido dónde estoy. Nuestros rostros quedan a apenas un suspiro. Siento cómo mi pulso se dispara y dudo entre apartarme o quedarme quieta. Él sonríe, chulesco, y se separa solo un centímetro, sin desviar la mirada:

—Sirvo para todo, rubia —susurra—. Y si quieres, luego te lo demuestro.

«Genial. El héroe multifunción», pienso mientras me hago una cruz mentalmente.

—Espero que también sirvas para aterrizar.

Y antes de que pueda decir nada, me guiña un ojo y se endereza, con esa sonrisa suya de *no tienes ni idea*.

El helicóptero empieza a elevarse, pero yo sigo con el corazón desbocado y con una gran pregunta en mente: ¿Cómo se ha incendiado nuestro restaurante?

CAPÍTULO 5



LIAM

El aire en Staten Island huele a humo, por el incendio, y sé que esta noche no va a acabar bien para nadie.

El helicóptero aterriza a lo grande en medio de un descampado. El ruido de las aspas me retumba en la cabeza cuando salto al asfalto, y le tiendo la mano a Roberta. Ella pone cara rara, no parece necesitar ayuda, sin embargo, me agarra como si el mundo se estuviera cayendo a pedazos. Y lo peor de todo es que creo que esta vez sí se le está cayendo.

Caminamos juntos bajo esas luces de policía que hacen que todo parezca más real y más dantesco al mismo tiempo. Un par de agentes intentan cortarnos el paso, pero *mi tigresa* les suelta su apellido como quien reparte cheques: Monticelli. El cordón se abre y ya tenemos pase VIP al desastre familiar.

Ella no pierde el tiempo. Va directa a los suyos, como una bala. Yo, detrás, pero sin acercarme demasiado: no soy parte del cuadro, ni falta que hace. Soy el tipo que pilota helicópteros para chicas que le gustan demasiado y que, para colmo, se da cuenta de que el viaje se le ha hecho corto.

Sí, corto. Porque solo ahí, a miles de metros del suelo, con ella a mi lado, he podido disfrutar de su sarcasmo, de su lengua afilada y de esa sonrisa que me tiene medio gilipollas desde hace semanas. Y claro, justo cuando la conversación en el aire empezaba a ponerse interesante, Staten Island ha aparecido bajo nuestros pies y se ha acabado la magia. Casi me dan ganas de dar la vuelta y pedirle otros cuarenta minutos solo para mí.

Me detengo a unos metros, y me cruzo de brazos. Yo ahí, en la sombra, viendo cómo todo se viene abajo y pensando que, por una vez, preferiría seguir a tres mil metros de altura antes que volver a poner los pies en la tierra.

El restaurante de su familia es ahora una masa ennegrecida. Un camión de bomberos sigue aparcado con las luces apagadas y las mangueras aún estiradas. Hay policías hablando entre sí, vecinos alzando los móviles como si el sitio chamuscado fuera un espectáculo, y una mujer llorando con gritos angustiosos. En italiano. Su madre, probablemente.

—¡Papá!

El hombre que la abraza tiene los ojos llorosos y los hombros caídos. A su lado, un chico de mirada perdida —su hermano, quizá— observa el local.

Me mantengo al margen. No quiero interrumpir, pero tampoco puedo irme. Miro a mi alrededor, en silencio, memorizando cada detalle.

—¡Dime que estáis bien!

—Lo estamos, cariño. Pero esto…

—¡Massi! —La rubia abraza al chico con el que comparte rasgos, y eso me indica que, sin duda, es su hermano.

—¿Qué ha pasado?

—Parece que ha sido una bombona de butano.

—¿Qué?

Intento escuchar su conversación más de cerca, pero las voces se pierden en el ambiente. Y entonces, alguien me empieza a hablar. Justo a mi izquierda.

—¿Usted viene con la señorita Monticelli? —pregunta un tipo con una libreta en la mano y un uniforme de policía. Me mira con sospecha.

—Sí.

—Debe liberar el perímetro. El sitio está bajo investigación policial.

Se da media vuelta, apuntando algo. Y entonces lo percibo: a primera vista, parece una bombona de butano más, de esas que los

bomberos suelen apartar sin darle demasiada importancia. Sin embargo…

Bajo la mirada.

Mierda.

Me acerco a la bombona con las manos en los bolsillos, fingiendo indiferencia. A simple vista, parece una bombona más. Pero la válvula está hundida, no reventada, y el metal tiene una quemadura pequeña y circular, perfecta, justo en la base. Demasiado limpio, demasiado profesional. Esto no ha sido un accidente de cocina. Ha sido alguien que sabe exactamente lo que hace. Alguien como yo.

Hago como que estiro la chaqueta y, mientras me agacho para *atarme el cordón* —aunque voy con botas—, deslizo dos dedos por el borde del hollín, y localizo un fragmento metálico extraño, una especie de micro esquirla que no debería estar ahí. Me la guardo en el bolsillo antes de que ningún poli curioso mire de cerca.

Me enderezo despacio, barriendo el perímetro con la mirada. Los agentes siguen a lo suyo, tomando notas a vecinos medio histéricos y discutiendo por dónde empezó el fuego.

Idiotas.

Me alejo unos metros, hacia la esquina opuesta del cordón de seguridad, aún con la vista fija en el escenario del crimen. Saco el móvil.

—Max —digo apenas responde. No saludo. No hay tiempo para formalidades—. Necesito que mandes a alguien al 145 de la Calle Vineyard, de Staten Island.

Hago una pausa para leer el cartel quemado que aún cuelga, milagrosamente, sobre la entrada ahumada.

—Restaurante *Mia Bambina* —le indico—. Lo quiero todo: informes, análisis, registros. Cámaras si es que hay alguna en la calle, cobertura de vigilancia en la zona.

Max guarda silencio por un segundo. Sé que está tecleando algo rápido.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al fin, con tono tenso.

—Un incendio en el negocio de una amiga.

Las teclas otra vez.

—Comprendo —responde, en tono neutro, como solo él sabe hacer. Por supuesto que lo comprende. Sabe que, si yo uso ese tono, no es porque me haya dado por el drama.

—Y Max… —añado, antes de colgar—. Que no se enteren los demás. Esto es mío.

—Entendido, mi dios.

Cuelgo, y me giro, preocupado, esperando que nadie —y menos la policía— se dé cuenta del origen del incendio. Todo tiene un por qué.

Enseguida vuelvo a centrarme en Roberta, que está hablando con un agente, muy nerviosa. Cuando nuestras miradas se encuentran, le hago un movimiento sutil con las manos diciéndole silenciosamente que se tranquilice. Pero ella deja de hablarle al policía y corre en mi dirección. Sin previo aviso, enlaza sus manos en mi espalda y me da un abrazo apretado.

Me quedo embobado, sin saber qué cojones hacer. Es un abrazo largo y real, como si en ese gesto se le fuera el alma por un segundo. La aprieto contra mí, disfrutando de su vulnerabilidad en este instante, y es por eso que siento que soy un cabrón. Sé que, en circunstancias normales, ella no me abrazaría. De hecho, juraría que no le caigo muy bien.

—Gracias —murmura.

—No hay de qué —le sonrío, con el alma vibrando en mi tórax.

Para mí es impensable que la rubia me esté abrazando. ¿Es esto real?

—Creo que el paseo en helicóptero te ha sentado bien. Ya sabes, te traeré a Staten cuando quieras si me vuelves a abrazar así —le digo al oído, aferrándome a ella.

Cuando se separa, me mira con los ojos enrojecidos.

—No seas idiota —esboza una sonrisa sutil, pero sus ojos se vuelven a llenar de lágrimas.

—Es una broma.

—Lo sé.

—Estoy aquí, ¿vale? —le digo, cogiéndole la mano en un gesto espontáneo—. Hoy, mañana y siempre.

No le da tiempo a añadir nada más, ya que su madre la llama con un gesto nervioso.

—Hija, el comisario quiere hablar contigo y hacerte unas preguntas.

—¡Voy! —suelta, con voz enronquecida y me mira—. Ahora vuelvo.

La veo alejarse, limpiándose el rostro con la manga del abrigo, y por un instante me queda la sensación de que me han arrancado algo del pecho. No sé qué tengo con esta chica, pero cada vez que sonríe o disimula el dolor con una réplica sarcástica, algo en mí se rompe y se recompone al mismo tiempo.

Me quedo solo entre el humo y los restos chamuscados, con las sirenas apagándose al fondo. Aprieto la mandíbula. No soporto esta sensación de impotencia, este temblor callado que me provoca verla dolida. No soy su novio, ni su héroe, ni su salvador. Soy solo un tipo que trabaja en la sombra, y que ya está demasiado metido en esto como para fingir que no le importa.

Entonces vibra mi móvil.

—¿Señor Welson? —dice la voz femenina que hay al otro lado.

La reconozco al instante. La enfermera de mamá.

—¿Qué pasa? —pregunto, dando la espalda a las llamas moribundas.

—Su madre ha tenido un bajón repentino. Una crisis respiratoria. El médico está con ella, pero le recomendamos que venga cuanto antes. Está estable, pero muy débil.

Joder. Tenso la mandíbula y camino deprisa hacia el helicóptero. Siento el corazón encogerse, como si el mensaje no hubiese sido una frase, sino un puñetazo.

—Llego en una hora.

Antes de perderme en el descampado donde hemos aterrizado, la busco con la mirada. Roberta está rodeada de su familia. Su madre permanece con la vista nublada y una taza de café en una mano, otra mujer gesticula, y el padre habla con el policía, haciendo aspavientos como si intentara reconstruir el momento exacto de la explosión. Ella, en medio de todos, asiente, consuela, pregunta. Está desbordada, pero sigue en pie. Me da la impresión de que siempre lo ha hecho porque su calma me aturde.

Me quedo unos segundos más observándola. Joder, qué fuerza tiene esta mujer. Una fuerza que oculta bajo esa fachada de ironía, con esa lengua afilada que usa como escudo. Pero yo ya he visto lo que hay debajo: ternura.

Me dan ganas de acercarme, de decirle que me voy, de prometerle que no desapareceré. Pero no. Sería forzar una presencia que ahora no le hace falta. Y me doy cuenta de algo más: no me ha presentado a su familia. No ha dicho quién soy ni por qué estoy aquí. Y no me molesta, de hecho, lo prefiero así porque tampoco quiero forzar nada. Simplemente quiero que me acepte en su vida cuando esté preparada.

Me subo al helicóptero y me coloco los cascos. Enciendo la maquinaria, aún perdido en mis pensamientos.

—Voy a irme, rubia —murmuro para mí mismo, aunque imagino que la tengo delante—. Pero estaré de vuelta. No he terminado contigo.

.

***

Una hora y pico más tarde, entro en la habitación del hospital con el corazón encogido. Ese olor típico de los hospitales, que no sabría describir, me golpea en la cara. Pero estoy acostumbrado, ya que llevo tres años así, viviendo más aquí que en mi casa.

La luz intensa sobre la cama es despiadada. Cruel. No perdona nada: ni las arrugas profundas en el rostro de mamá, ni el tono

ceniza que le cubre la piel, ni la delgadez de sus muñecas, que parecen ramas frágiles a punto de romperse. Pero ahí está ella, curiosamente, despierta.

—Mi amor… —susurra con la voz temblorosa.

Se me afloja algo por dentro, al oírla. Sonrío, aunque no estoy seguro de si por alivio o por miedo. Me acerco sin soltar su mirada, como si temiera que cerrara los ojos otra vez y no los volviera a abrir.

—Estoy aquí —le digo, cogiendo su mano entre las mías—. ¿Cómo estás?

Mi piel está helada, pero la suya siempre fue fría. Desde niño recuerdo esas manos acariciándome el pelo.

—Bien —dice despacio—. Tranquilo, solo ha sido un susto.

—Menudo susto, mamá. —Me siento al borde de la cama, vigilando la aguja del suero clavada en su delgado brazo.

Ella sonríe con dificultad, con los labios secos y pálidos, pero su mirada no ha perdido ese brillo testarudo que siempre la ha definido.

—Deberás acostumbrarte, hijo —replica con una media sonrisa—. Quizá algún día ya no despierte.

—No digas eso —le corto con suavidad.

Pero ella no se inmuta. Está acostumbrada a mirar de frente las verdades que el resto de nosotros evitamos. Lleva años enfrentándose a esta condena sin anestesia. A algo que tiene nombre: cáncer.

Miro alrededor. Las paredes son de un blanco sucio y el armario de metal apenas sostiene una bata doblada con descuido. Pero en la mesita de noche, hay un jarrón con flores frescas. Margaritas y lirios, sus favoritas. Se las traigo siempre, cada semana. No importa si ella no las mira, es nuestro ritual.

Ella me observa con una ternura que me desarma.

—¿Dónde estabas?

—Con una amiga, mamá —respondo, como si eso bastara.

Pero no basta. Porque su ceja se arquea levemente y me doy cuenta de que incluso al borde del abismo sigue siendo madre. Intuye más de lo que digo.

—¿Una amiga de la que hablas dormido?

Trago saliva, un poco avergonzado.

—No hablo dormido.

—Claro que sí.

No respondo, sé que lo que dice es verdad. Porque cada vez que pienso en esa chica, se me va la cabeza.

—No sé qué es, mamá. Solo sé que no puedo dejar de pensar en ella.

—Entonces no lo hagas —susurra—. El mundo está lleno de razones para rendirse. Si encuentras una para quedarte, aunque sea una sola… quédate.

«Me ha abrazado.»

¿Es eso suficiente para quedarme y seguir luchando?

—¿Y si… la estoy cagando? —pregunto—. ¿Y si no me la merezco?

—Ten fe, hijo.

Me agacho un poco, apoyo la frente en su mano huesuda, cerrando los ojos. Sé de lo que estoy hablando. Sé los fallos que estoy cometiendo, pero simplemente no puedo parar.

Entonces, me hundo en el silencio con mi madre, respirando su olor. Pero es por un breve momento. Se abre la puerta y entra el médico, con el rostro demasiado tenso. Richard. Me aparto lentamente y le cedo espacio.

—Liam, ¿puedes acompañarme un momento?

Asiento sin decir nada. Camino tras él por el pasillo, donde la luz parece más blanca que en cualquier otra parte del hospital. Su voz es directa, sin adornos y al instante pienso que odio a los médicos que se saltan la compasión.

—Lo siento, pero el tratamiento ya no responde. Está estable, pero no sabemos por cuánto tiempo.

—¿Cuánto? —pregunto, como si la cifra pudiera contener todo lo que siento.

—Semanas. Tal vez algún mes que otro. Es mejor que empieces a prepararte.

BERTA

La luz de la mañana se cuela entre las cortinas mal cerradas. El cuarto aún huele a humo, aunque ya haya metido mi ropa dos veces en la lavadora y una en el congelador, truco italiano de la *nonna.* No ha servido de nada. Staten Island sigue pegada a mi piel, como el sudor, pero no se lo cuento a nadie. Ni a Lyn. Y eso ya es decir mucho.

De repente, mi móvil vibra sobre la mesilla. Aylin Vega, pantalla iluminada, y tono escandaloso. Me froto los ojos, dejo que suene una vez más y al final lo cojo.

—*Ragazza*! ¿Qué tal Miami? Pensaba que no iba a saber de ti hasta mañana —le digo con la voz aún ronca.

Escucho la voz de Lyn y ya me preparo mentalmente para el interrogatorio. Últimamente es la única que consigue arrancarme una sonrisa, aunque ni siquiera ella se imagina el desastre en el que ando metida. Me revuelvo en la cama y fijo la mirada en el techo de la residencia, el móvil en una mano, y el pelo hecho un cristo; y, para qué mentir, con las ojeras de haber llorado hasta quedarme dormida.

—¿Dónde estás? Se escucha un viento de cojones —le suelto, porque me distrae el ruido al otro lado de la línea.

—En la playa.

Seguro que está en bikini y yo aquí, en Boston, oliendo a humo y con el corazón centrifugado.

—¡Espera! Te hago videollamada —interrumpe ella.

Cuelga. Me froto la cara rápido y me coloco el suéter como si eso fuera suficiente para disimular las ojeras del apocalipsis. En cuanto se conecta la imagen, la veo: gafas de sol, copa gigante en mano, y piel bronceada. ¡Qué envidia!

—¡Ya! —digo como si no acabara de vivir una noche de mierda.

—¿Te he despertado?

—No… —niego—. En realidad, Bram se ha ido hace media hora.

Mentira. Pero decir su nombre en voz alta me mantiene cuerda. Fingir que está cerca, que sigue siendo parte de esta historia, aunque solo esté en mi mente. Y tampoco me apetece darle explicaciones, no sabría cómo hacerlo y prefiero ganar unos días más para inventarme la razón por la cual que hemos cortado. Lyn tiene un máster en pillarme las mentiras, me pregunto cómo lo hace.

—¿Bram ha pasado la noche en la residencia?

—Pues sí —me lanzo—. Espero que no te moleste.

—¡Para nada! ¿Y cómo vais?

—Bien. Muy bien —respondo con una sonrisa falsa, que espero que no descubra.

Porque no puedo decirle que lo odio, pero que al mismo tiempo lo deseo. Que tengo miedo de que el incendio tenga algo que ver con él y con esa gente de la que Noa me habló. Que estoy agotada, y que me siento sucia. Que me estoy enamorando como una idiota de alguien que forma parte de un círculo de depravados que se dedican a fiestas privadas, ocultos tras la tapadera de un hotel de lujo.

No se lo cuento. Mi amiga merece seguir creyendo que todo es sencillo, que los chicos guapos se quedan a dormir aquí conmigo por amor. Ella merece pensar que lo mío con Bram es una de esas historias donde el amor borra los errores y que el sexo hace que esté tan dispersa con mis estudios. Aunque no sea así.

—Adam preguntó por ti… —digo, cambiando de tema.

No es mentira, y me viene genial para distraerla. Ella, cómo no, intenta cambiar de tema.

—Bert, ¿no le habrás contado a Adam lo del profesor Woods?

—¿Qué va! —respondo, aunque a estas alturas, que lo sepa medio Harvard es cuestión de tiempo—. Pero venga, ¡cuéntame tú!

Me engancho a su entusiasmo porque lo necesito. Necesito que alguien esté bien, aunque sea por WhatsApp.

—¿Qué tal anoche? ¿Abro una botella de champán o qué?

Me río, pero la risa es tan forzada que hasta yo me doy cuenta. Mientras la escucho hablar de la playa, veo mi reflejo en la pantalla: la típica tía a la que le ha pasado un camión por encima, pero que se niega a reconocerlo. Echo de menos tener motivos para salir de fiesta y seguir estudiando en Harvard.

—¿El profe es potente? —pregunto, porque necesito reírme de algo, lo que sea.

Las mejillas de Lyn se ponen coloradas y, por un segundo, me olvido de mis dramas.

—¿Potente?

—Sí, ya sabes. Bueno en la cama, ¡joder!

Miro la pantalla y no puedo evitar pensar en la noche del helicóptero, en cómo Liam me agarró la mano, en ese momento absurdo de película en el que te das cuenta de que el guardaespaldas buenorro es también piloto. Mientras tanto, Bram ni un mensaje. Ni un puto mensaje.

Pero mejor así.

—*Ragazza*, habla ya, joder —le digo cuando tarda demasiado en confesar.

Necesito saber si al menos a alguien le están saliendo bien las cosas. Aunque sea a medias. Y cuando me lo cuenta, cuando admite que ha perdido la virginidad con el profesor casado, no la juzgo. No puedo. Porque yo tampoco soy nadie para hablar de moral, cuando me estoy hundiendo en un infierno.

—Vamos a dejarlo en que *bueno* se quedaría corto, Bert.

—¡Lo sabía! —grito, mientras me dejo caer en la almohada, medio riendo, medio con ganas de llorar. Porque me gustaría preguntarle si a ella también le pasa. Si también siente que se está perdiendo a sí misma mientras se entrega a alguien que no puede —ni debe— amar.

En el fondo, me alegra verla feliz, aunque una parte de mí quiera gritarle que es mejor que se quede en Miami, porque en Boston todo se está yendo al cuerno.

—El señor Woods está casado —añade—. Estoy mentalizada de que esto no tiene futuro.

Y en esas palabras hay toda la resignación del mundo. La escucho a ella, y me escucho a mí misma. Estamos jodidas, pero seguimos. Porque somos así.

La veo mover la cámara, enseñarme la playa como si eso pudiera limpiar el humo de mis pulmones. Sonrío por inercia. Le hago preguntas, la animo. Me convierto en su italiana de siempre. La que grita, la que bromea, la que opina sin pedir permiso.

Y por primera vez en días, me río de verdad. Me río fuerte. Porque Aylin es mi trocito de normalidad. Porque mientras ella tenga algo que celebrar, yo también tengo algo por lo que fingir que sigo viva. Mentimos las dos, imagino. Ella no me cuenta lo más grave. Yo tampoco. No le digo nada sobre el restaurante, ni sobre Noa. Ni sobre *El Templo*. Mucho menos sobre Liam. Porque hay cosas que, si las nombras, se vuelven reales y, joder… todavía no estoy lista para enfrentar todas las realidades a la vez.

Cuando se despide y corta la llamada, me quedo sola con mi reflejo en la pantalla apagada del móvil. Y por un segundo, lo confieso en voz baja, solo para mí.

—No estoy bien.

Pero después me levanto y me lavo la cara. Respiro hondo por un instante, animándome por dentro, pensando en que quizá sean paranoias mías y el incendio verdaderamente haya sido provocado por una bombona de butano.

Pero ese pensamiento dura poco porque de repente, oigo un golpe suave en la puerta. No, son dos golpes. Y luego silencio.

Me giro hacia la entrada, y miro fijamente. No espero a nadie, aun así, abro. Noto que el pasillo está vacío, pero hay un sobre dorado en la alfombra. El sobre no lleva remitente y tampoco marca,

es como si fuese anónimo. Mi corazón da un vuelco. Tomo el sobre y lo abro con cuidado mientras siento la sangre correr velozmente por todo mi cuerpo. Leo.

Has sido marcada. Una madre, un padre, un hermano, una amiga.

¿Cuánto tiempo estás dispuesta a esperar antes de que uno de ellos se queme?

Esta es tu primera advertencia. No habrá segunda.

Me quedo paralizada, con una corriente gélida recorriéndome la espalda.

¿Qué coño es esto?

Me tiemblan las piernas y las manos cuando miro por el pasillo, pero no hay nadie. Ningún sonido, ningún movimiento extraño, solo el murmullo lejano del campus y la certeza de que ya no hay vuelta atrás.

Alguien sabe que yo lo sé.

Alguien me está observando.

Alguien provocó el incendio de Staten Island. No, no me cabe duda.

—Bram… —susurro.

Maldita sea.

CAPÍTULO 6



BERTA

Me quedo inmóvil, con esa nota aún temblando en la mano. Es por el miedo, pero también por la rabia que siento. Mucha rabia.

Vuelvo a mirar el pasillo, que sigue vacío. Estampo la puerta con fuerza, y echo el cerrojo. Doy dos pasos atrás, con la mirada fija en la entrada. El corazón me late con fuerza porque sé que alguien me está cazando en la sombra. Miro la ventana de reojo y corro la cortina deprisa, sin ni siquiera atreverme a mirar fuera.

Me encojo, alejándome unos pasos de las ventanas, como si no me sintiera segura.

—Me estoy volviendo loca, joder…

No tengo tiempo para pensar en qué significa *marcada*, pero debe ser alguna de esas personas de las que Noa me habló. Saben que asistí a una fiesta en *El Templo*, y saben que estoy informada del nombre en clave de Bram.

¿Pero quiénes?

¿Y si es Bram intentando acojonarme para así volver con él?

Primero el incendio, y ahora esto. Menuda mierda.

Me siento en la mesita con las rodillas temblando, y dejo la nota bocabajo, con la necesidad de soltarla. Finjo que estudio para el examen de Finanzas que tendremos dentro de poco. En realidad, llevo veinte minutos mirando un bolígrafo sin tapa y planteándome si la mejor opción sería clavarme el boli en el ojo antes que repasar otro caso financiero. O clavárselo a alguien.

Lyn no está, y Rebe lleva toda la tarde llamándome. Ha amenazado con venir a sacarme de la habitación a rastras si no respondo antes de las diez.

Joder. Odio que la gente insista.

Y justo cuando estoy por levantarme para hacerme un triste sándwich, suenan tres golpes secos en la puerta. Me sobresalto.

—¿Otra puta nota? —murmuro tensa, sin ironía esta vez.

Pero no.

—¡Tía, abre ya, sé que estás dentro!

Pongo los ojos en blanco y abro sin ganas cuando reconozco ese timbre de voz. Rebe entra como un misil humano, seguida por Pam, que trae una bolsa de maquillaje y la cara cubierta de pintura amarilla.

—¿Qué hacéis aquí? —gruño molesta.

—¿Cómo que qué hacemos? —Rebe alza las cejas como si eso lo explicara todo.

Se planta en mi habitación con una peluca fluorescente en la cabeza y un corsé rojo en una mano.

—¡Es *Halloween*, chica!

—Y tenemos fiesta —añade Pamela, agitando unos cuernos rojos en la otra mano—. ¿Creías que te ibas a librar?

Miro su disfraz. Es una versión pervertida de la Abeja Maya, y las antenitas me producen urticaria visual.

—¿De verdad…? —se me escapa.

—¿Qué? ¡Las antenas son *fashion*! —responde ofendida.

—Tienes que venir, sí o sí —me riñe Rebe—. No puedes pasar la noche en pijama llorando como una magdalena por un tío. Aunque este sea el puto dios de Harvard.

«Por supuesto. El puto dios», pienso.

—Yo nunca lloro por un tío —replico irritada—. Solo que no estoy de humor.

—No te hemos preguntado. Te arreglas y punto.

—Cielo, la fiesta es en casa de los Omega, y él va a estar. ¿Sabes que, si no fueras, con lo que tú eres, pensaría que no has ido por él, verdad? —añade Pamela, en tono inocente, pero sé que no hay nada inocente en esa afirmación.

Me congelo un segundo. Omega. El mismo lugar donde todo comenzó. Donde lancé el anzuelo por primera vez, pensando que me haría con el *pececito*. Pero en vez de eso, conseguí un universitario psicópata que estudia Derecho de día, y de noche se oculta tras una máscara dorada y se cree un dios griego. Mis descerebradas amigas me quieren llevar al mismo sitio donde él me prometió tormentas y cumplió cada una de ellas.

—No, ni de coña —respondo, retrocediendo—. Vosotras id. Yo paso.

—Tú nunca pasas —dice Rebe, arrojándome el corsé a la cara—. Esta noche nos vestimos como para hacer estallar la cabeza de más de uno, ¿estamos?

Me guiña el ojo, demasiado simpática, y eso claramente significa que lleva más de dos cervezas en el cuerpo.

—Si me conocierais un poco, sabríais que estáis perdiendo el tiempo.

—Yo creo que a esta niña se le ha pegado la madurez de su *amiguita* Lyn —añade Pamela, con cara de asco. Y sé por qué es: a Adam le hace gracia mi amiga, y es algo que Pam no tolera.

—Justo porque te conocemos, sabemos que no eres una cobarde, *güey* —añade Rebe —. Y bien, ¿qué dices?

Frunzo los labios mientras las dos me miran fijamente, esperando que reflexione mi decisión. No quiero ir. Juro que no quiero. Pero entre la nota, la incertidumbre y las malditas ganas de verlo hacen que…

Bufo con fuerza y miro el techo.

—¿Y por qué coño habéis elegido este disfraz? —Agito el corsé en el aire, con una mueca antipática.

—Porque pensábamos que nos mandarías a la mierda si te traíamos uno de monja.

Les muestro el dedo del medio, y desaparezco en el cuarto de baño, sabiendo que tienen razón. Cuando tienes a Rebe en modo comando emocional, no tienes escapatoria, porque es la versión

moderna de una madre-amiga. Añade tacones, pintalabios y una invitación a una fiesta universitaria y *voilà*.

Genial. Fiesta de *Halloween*, esto era lo que me faltaba.

Cojo un vestido corto de color negro, con tirantes y me deslizo el corsé con un quejido. No podría ser más estrecho. Después de hacer un esfuerzo sobrehumano por subirme la cremallera, a la vez que me pregunto si he engordado, me miro al espejo. Solo con pensar en esa palabra (engordado), me estremezco y recuerdo mi infancia y parte de mi adolescencia. No parezco yo, siempre me cuido la tez y me coloco parches antiojeras, pero las sombras oscuras de mis ojos me delatan. Por suerte me maquillaré esta noche y no se notará nada.

Espolvoreo sombra oscura brillante en mis ojos, me pongo colorete. Me pinto los labios de rojo sangre mientras oigo las risas de las dos locas que han invadido mi habitación. Y no, no me los pinto de rojo por coqueta, sino por advertencia. Esta noche no tengo ganas de gustar, tengo ganas de entender. Y si para eso tengo que meterme en una jodida fiesta de *Halloween* donde probablemente esté Noa comiéndole la boca a Bram, disfrazado de demonio, pues que así sea.

Salgo del baño antes de que Rebe ruja por segunda vez porque estoy tardando demasiado, y cojo la nota de la mesita con disimulo.

—¿Nos vamos?

—Sí, *baby.* —Aplaude esta, tras cerrar deprisa la nevera. Ya imagino lo que estaba buscando.

Doblo la nota sin que ellas me vean y me la guardo en el sujetador. Respiro hondo, luchando contra el corsé, y finjo una sonrisa, intentando resetearme.

—Espero que no hagáis que me arrepienta —amenazo.

Ellas sueltan una carcajada y me empujan hacia la salida.

—*Cazzo*, se me ha olvidado la chaqueta —digo refunfuñona cuando salimos fuera y siento el frío erizándome la piel.

—No hace falta —dice Rebe—, el alcohol calienta.

Mentira. El alcohol no calienta, y nada podría calentarme ahora mismo, salvo hablar con Bram. Necesito controlar la situación y salir de dudas. Él debe saber algo sobre esa nota, al fin y al cabo, es uno de los dueños de ese maldito hotel.

Caminamos hacia la fraternidad Omega, cruzando el parque que hay en el campus mientras Pam canta, y Rebe se saca *selfies.* Yo solo intento no pensar. En mamá, papá, y Massi. En la nota que tengo guardada en el sujetador, como una bomba que guardo a propósito, solo para hacerla estallar esta noche, cuando le vea la cara.

—¡Ya estamos, *ragazza*! —grita Rebe y mira la fachada de la casa Omega, maravillada; como cuando llegas a Disneyland Paris, pero sin menores de por medio. Me sigo preguntando de qué va disfrazada.

El reguetón retumba hasta los cimientos y los gritos se mezclan con carcajadas y vasos chocando. La música se escucha desde la calle, a través de unos altavoces bestiales, rugiendo tan fuerte que te sacuden el esternón incluso antes de que cruces la puerta. La noche vibra con una *playlist* de reguetón, trap y R&B.

Jesús.

Pongo una mueca, observando todo atentamente. La fraternidad está decorada hasta el ridículo. Hay telarañas falsas por doquier, luces en tonos morado y verde neón, y un letrero gigante en la entrada que dice: *Trick or Drink*[4]*.*

«Originales, como siempre»*,* pienso. Es por eso que Omega es la mejor fraternidad.

—Joder, ¿esto es una fiesta o un exorcismo? —dice Rebe, haciéndose un moño improvisado con una calavera de plástico.

—Yo apuesto por posesión demoníaca. A juzgar por la cantidad de culos al aire que se ven desde aquí... —añade Pam, mientras se ajusta las medias de abeja sexy que se le están bajando por cuarta vez.

—Parece que *Halloween* se juntó con la desesperación y tuvo hijos —digo yo, esquivando a una *Barbie* zombi que va tambaleante hacia la barra.

Pam nos señala con un abanico oscuro.

—A ver, repasemos: yo soy abeja, Rebe es una vampiresa y tú, Berta…

Se lleva una mano a la boca, soltando una risa.

—¿Yo qué?

—Tía, pareces una diablilla cachonda que no tendrá piedad.

—Así es —respondo sarcástica—. Mi frase de esta noche: *Me follas o te destruyo. No hay punto medio.*

Las tres nos reímos, y por un momento, casi, casi me olvido del nudo que tengo en el estómago desde anoche.

Cuando entramos, huelo a cerveza derramada, lo clásico en nuestras típicas fiestas universitarias. El suelo está pegajoso, y los disfraces son un catálogo completo de lo que Amazon vende por menos de veinte dólares.

Miramos a nuestro alrededor, entretenidas. Hay vampiros que se creen sexys, zombis bailando como si les fuera la vida en el perreo, y una versión lamentable de Chucky bebiendo tequila con un Power Ranger azul. Una chica con alas de murciélago tropieza contra mí. Huele a perfume de *Dior,* y no sé por qué, pero me pone los ojos en blanco. Qué estúpida. O será que todo me parece fuera de lugar esta noche.

Todo, incluso… él.

De repente, le veo. Lo ubico en el rincón más oscuro del salón, donde la luz apenas llega, pero todos saben quién es el amo y señor. Está sentado en un sillón, como si este fuese suyo. Nada nuevo. Actúa como si el resto de la fiesta fuera un escenario montado únicamente para su entretenimiento.

Bram.

No. No solo Bram. Es Bram disfrazado de … ángel.

¿Ángel?

—No me jodas… —susurro.

Lo examino, aún boquiabierta. Viste una camisa blanca abierta hasta su fuerte tórax, donde sus tatuajes asoman, unas alas blancas de plumas cuelgan en su espalda, y una aureola torcida le cae precariamente sobre su pelo oscuro. Tiene un vaso en la mano, y una sonrisa indecente en los labios. Y, como no podía faltar, Noa lo acompaña. Está sentada en el brazo del sillón, lleva un conjunto de virgen satánica de color negro, unos cuernos diminutos y el ego inflado como un *airbag*, porque está sonriendo feliz. De vez en cuando, apoya la cabeza en el hombro de él, dejando claro que le pertenece. Bram no la aparta, pero tampoco le hace mucho caso.

¿Y si es verdad que han vuelto? ¿Y si en el fondo a ella la ama, y no es solo una más del harén de mujeres que le rodean? O eso, o juega sucio. Conociéndole, simplemente deja que lo vea con ella. Que lo contemple en silencio como una idiota. Que luche conmigo misma por no sentir ese tirón en el pecho que ya me resulta insoportable.

Y entonces, me mira fijamente. Tan fijamente que se me corta el aliento.

Joder.

Trago en seco, e intento mantenerme fuerte. Al segundo siguiente, alza la mano elegantemente y mueve la cabeza en mi dirección, como si me saludara a propósito. A mí. Entonces, esboza una sonrisa maquiavélica y deliciosamente cruel. Juro que se comporta como si supiera exactamente en qué segundo iba a mirarle. Como si esa jodida aureola fuese una broma privada entre él y el demonio que le susurra al oído.

—¿Estás viendo… lo mismo que yo? —dice Rebe, bajando el vaso lentamente.

Miramos las tres en dirección al grupo, con caras desfiguradas.

—Sí —respondo—. El ángel del apocalipsis acaba de darme la bienvenida.

—Qué hijo de puta más guapo —murmura Pam, aunque está buscando a Adam con la vista.

—Sí —repito mientras mi sonrisa desaparece.

Pero no porque sea guapo. Es porque sé exactamente lo que está haciendo, y no pienso quedarme cruzada de brazos.

—¿Te pido algo? —pregunta Rebe, ajena a mi cortocircuito emocional.

—Sí. Lo más fuerte que tengan.

—¿Vodka?

—Sí. Y sin disfraz.

—¡Esa es mi chica! —exclama la morena mientras Pam se acerca, y me habla al oído.

—Cielo, estás muy rara conmigo últimamente, y te juro que no sé qué hice mal.

Veo su sonrisa y su mano en mi hombro. Me apoyo en la barra improvisada de la casa Omega. Tomo el vasito de vodka y la miro con los labios fruncidos, preguntándome si de verdad Pam tiene la caradura de mirarme a los ojos y preguntarme por qué estoy enfadada con ella.

—Deberías saberlo, eres lista, ¿no? —le pregunto seria, dándole otro sorbo al vaso y desvío mi mirada en dirección a Bram y su pandilla.

Veo que está charlando con ese capullo de la cicatriz y se ríe de algo. Después, se lleva la copa a la boca y bebe profundamente, mientras se vuelve y le dice algo a Noa. Sin prestarme ni la más mínima atención. Y eso, por supuesto, me saca de mis casillas.

—¡Mírame! —oigo a la pesada de Pamela—. Supongo que ya sabes que le conté a Bram que te interesaba. Yo… —se pasa una mano por el cabello y le da un trago a una copa que Rebe le acaba de colocar delante—, lo hice con buena intención. Quería que él supiera que te gustaba.

Alzo una ceja, aún en silencio.

—No sé, me dio la impresión de que te costaba acercarte y dar el primer paso. ¿Qué hay de malo en eso?

Tenso tanto la mandíbula cuando acerco mi rostro a ella, que siento los dientes chirriar.

—Le dijiste que hicimos una apuesta, Pam —susurro dolida—. Eso sí tiene algo de malo, ¿vale?

—Pero…

—Yo… —me señalo con el índice, furiosa— confié en ti.

—Lo siento. Lo siento mucho —murmura con los ojos llorosos.

Le doy un sorbo contundente al vaso, y me tomo hasta la última gota. Ella no sabe los demonios que me llevan poseyendo desde anoche, y de lo que soy capaz de hacer con aquellos que me intentan joder.

—Deberías haberlo pensado antes —digo, con una presión muy grande en el pecho. Por ella y por ese idiota vestido de ángel. Porque necesito hablar con él para salir de dudas y no me hace ni puto caso.

—No volverá a pasar —me dice nerviosa.

—Ten claro que no.

«Porque jamás volveré a confiar en ti», pienso por dentro.

—Berta, quería preguntarte por…

—Disculpa —le digo toscamente, y doy un paso a un lado, sin muchas ganas de hablar con ella.

Me enredo los dedos en el pelo, la nota ardiéndome bajo la ropa, pero debo salir de dudas ya. No soporto esta mierda. Bram Sander, el mismo tío que hace dos semanas era capaz de perseguirme hasta en los pasillos de la facultad, ahora finge que ni respiro. Y lo hace tan bien, que hasta duele. Sí, joder. Duele tanto, que aprieto los dedos en el puño hasta sentir mis uñas de gel.

Movida por una furia desorbitada, camino hacia él con pasos firmes, atravesando la pista. Me hago hueco entre los cuerpos disfrazados de personajes que no les pegan ni de coña. Lo miro,

pero él no se mueve. Noa, en cambio, me ve acercarme y sonríe como si acabara de encender la cámara para grabar mi caída en directo. Me planto delante de él y su plantilla de inútiles.

Pero él sigue sin mirarme.

Enseguida me agacho y cojo un cigarrillo de un paquete que hay en la mesa, intentando llamar su atención.

—¡Eh, loco! —dice el capullo de Ed—. Roberta Monticelli aquí. Impensable.

Me callo.

—Y tan maleducada como siempre —añade Noa y suelta una carcajada.

Me callo. Solo le clavo con la mirada. A él, a Bram.

—Chica, ¿has pedido permiso para coger un cigarro? —pregunta uno más que ni sé quién es, pero es más feo que un mono chupando un limón.

Sigo en silencio. Me enciendo el cigarro, sin prestarles atención a los demás. Bram tuerce la cabeza en mi dirección cual dragón a punto de quemarme. Aprovecho y suelto el humo lentamente.

—¿Qué coño hace ella aqu…? —otro capullo.

—¡Ya! —ordena, con un movimiento de mano, como si fuese un rey en su trono.

Todos se callan cuando él alza la voz, y me mira fijamente, pero me niego a que me vea jodida. Aunque lo esté. Muy muy jodida.

—Hola, Roberta —dice, inclinándose hacia delante—. ¿Qué tal estás?

No le aparto la mirada, pese a que sus ojos actúen como una corriente eléctrica en mi piel.

—¿No te falta una máscara para completar el look? —le pregunto jocosamente, intensificando la sonrisa.

Él también sonríe. Enseguida noto que coloca la mano en la rodilla de Noa y juega con las yemas de sus dedos en su piel. Quizá piense que me afecta.

Sé que me está castigando con su indiferencia. Indiferencia que nadie se cree, por supuesto. No viniendo de una persona que casi se desploma de rodillas delante de mí días atrás rogándome que no le abandonara.

—¿Y por qué llevaría una máscara? —pregunta con una ceja en alza.

—Porque creo que te quedaría mejor. Podrías haberte disfrazado de dios griego, por ejemplo… —suelto mordaz, soltando el humo al aire lentamente.

El rostro de Noa cambia, y veo que coloca la mano sobre la suya, mirándole con atención. Está esperando su reacción. Él, en cambio, ni pestañea, y su actitud me resulta intrigante. Y no, no es el Bram que conozco, el arrogante, burlón y seductor. Parece otro, otro al que no puedo leer.

—Pensé que ir de dios era demasiado predecible —responde—. Preferí disfrazarme de lo que nunca creerías que soy.

Me río con fuerza, aunque por dentro esté desquiciada. Porque no puedo aguantar más la rabia y la incertidumbre de saber si él es el maldito culpable de haber destrozado mi restaurante, en Staten Island.

—¿Un ángel?

—Inocente —dice sereno—. Alguien inocente.

—No me hagas reír —suelto, casi histérica—. Sabes que ese disfraz no encaja contigo.

Intento mantenerme cuerda, y confieso que el vodka me ha relajado lo suficiente para tener el valor de enfrentarlo.

—Ya veo… —Baja la mirada sutilmente a mi disfraz y sus ojos se detienen en el corsé rojo—. Siento no haber sido tan literal como tú.

—A diferencia de ti, yo no tengo que fingir ser lo que no soy.

Noa se incorpora como una cobra al acecho.

—¿Vienes a buscar pelea o atención, Roberta?

—Venía a buscar un cigarro.

—Pues ya lo tienes —responde Bram, frío como el hielo.

—Tenemos una charla pendiente —le suelto, con el rostro más agrio que el vinagre.

Me intento mantener firme, aunque por dentro esté temblando cuando él arruga la frente, y aparta la mirada.

—Estoy ocupado.

El silencio se rompe en risas. Ed, ese baboso que hoy va disfrazado de toro, carcajea sin filtro.

—Vaya… ¿ha venido a mendigar atención?

—¿Quieres un autógrafo? —suelta otra voz femenina, creo que Clara, una de las satélites operadas de Noa.

Noa se ríe bajito, rozando a Bram con un gesto que parece casual, pero es puro teatro. Sin embargo, algo dentro de mí estalla.

Ya basta, joder. Ya basta.

Doy unos pasos en su dirección y me agacho sensualmente sobre él, intentando mantenerme serena. Coloco una mano en su rodilla para apoyarme. Me inclino, arqueándome con una postura sexy que sé que no pasará desapercibida para nadie, aunque el apartado esté en la penumbra. Me acerco tanto que puedo oler su perfume masculino y el hielo de su copa.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de los disfraces, *dios Hermes*? —le susurro al oído, llena de ira—. Que te permiten mentir. Pero tú… solo podrás fingir hasta que te arranque las alas. Y ten claro que pagarás por el incendio que provocaste en el restaurante de mis padres. Te lo… —remato— juro.

Mis labios rozan su mejilla en un beso apretado, siendo consciente de que le dejaré la marca de mi pintalabios rojo. Quiero que sienta la determinación en mi voz y la rabia en mis labios. Quiero marcarlo, igual que él ha hecho conmigo.

No se mueve cuando me enderezo, pero los músculos de su mandíbula se tensan. Su copa queda abandonada sobre la mesa, y sus ojos me buscan obsesivos.

Me doy la vuelta, con la misma calma con la que una bomba cae desde el cielo. Camino hacia donde están mis amigas, elegantemente y contoneando las caderas a propósito, ignorando el murmullo y la exaltación que he dejado atrás. Tenso los párpados deseando que funcione y cuento mentalmente, mientras cierro los ojos.

«Uno… dos… tre…»

Antes de llegar siquiera cerca de Rebe y Pam, su mano, caliente y firme se cierra en mi cintura.

—Fuera.

—¿Qué?

—Ahora.

Su tono no admite réplica. Bram me inmoviliza la cintura con su brazo de hierro, y me arrastra con él como si acabara de perder el control. No hay margen para protestar, solo la música de la fiesta se diluye en mis oídos, y mi pulso desbocado. Mientras tanto, él me empuja toscamente por el pasillo, sin soltarme. No me suelta la cintura ni cuando pasamos junto a un par de borrachos disfrazados de *Harry Potter* y *Hermione* perreando contra una pared de cartón. Ni cuando una pareja se está metiendo mano en el hueco de la escalera.

Él me sigue manteniendo pegada a su cuerpo.

—Espero que valga la pena esta charla —siseo, sintiendo su aliento arder en mi sien.

—¿Tú qué crees? —dice, mirándome con esos ojos que me abrasan.

—Suéltame.

—Y ahora dime… ¿de qué maldito incendio me estás hablando?

La pregunta me desarma un segundo. No la esperas de alguien que se comporta como si gobernara el mundo con una máscara ocultando su rostro.

—¿Te haces el idiota? —respondo, cruzándome de brazos, una vez fuera.

Estamos a unos metros de la entrada de la fraternidad, y sé que mi voz suena firme, pero aun así, me tiembla el mentón.

—El restaurante de mis padres, Bram —aclaro—. Staten Island. ¡Anoche!

Él ni parpadea.

—No sé de qué demonios hablas.

—¿Ah, no? —Doy unos pasos en su dirección para encararlo—. ¡Qué coincidencia que justo alguien quemara mi puto negocio, y después me mandara una puta nota amenazándome!

Abre los ojos como platos y, por un segundo, hasta parece que se ha quedado sin aliento. Le cuesta digerir la noticia, y eso me descoloca. Su mirada fija, llena de consternación me sorprende. O eso, o este maldito hombre finge muy bien.

—¿Tu familia está bien? —pregunta.

¿Qué? No, no me volverá loca. Solo está fingiendo.

—¿Eso importa? —contraataco—. ¡Ya está hecho y tú me dirás qué está pasando!

—Roberta… —susurra perplejo, como si no entendiera nada—. Te juro por mi madre que no sé de qué me estás hablando.

Bram se apoya contra una farola, con los brazos cruzados, y me observa como si no tuviera prisa por defenderse. Su actitud me desconcierta y me niego a creerlo. Sé que es el mismo que se disfraza de ángel mientras juega a ser el Diablo con mi cabeza. Entonces, saco la nota doblada del sujetador, y se la lanzo a la cara. Literalmente. El papel rebota contra su mejilla y cae al suelo.

—Hablo de esto —siseo—. ¿O prefieres que hablemos de tu perra favorita colándose en mi residencia?

Su ceja se arquea apenas.

—¿Noa?

—Sí, Noa —afirmo enfadada—. Me ha visitado.

Entonces exhala el aire con fuerza, mientras recoge el papel del suelo y lo lee atentamente. Noto cómo tensa sus labios y su ira

incrementa.

—Yo no sé nada de esto… —dice, alzando la mirada—. Y si Noa te ha visitado, eso significa que está mejor.

—¿Mejor?

—El médico le ha aumentado la dosis —suspira nervioso—. Lleva tres años luchando con la depresión.

—Te parece divertido, ¿verdad? —pregunto escéptica—. Que me despierte con una nota y con tu novia o lo que mierda sea en mi puerta… ¿te parece divertido?

Bram guarda silencio unos segundos. Me mira con la expresión de alguien que no siente culpa y que no sabe de qué estoy hablando.

—Ya te he dicho que yo no he enviado esta nota. —Agita el papel en la mano, y su mirada se afila.

—¿Y qué me dices de Noa?

—No lo sé, Roberta —insiste—. Tengo muchos jodidos problemas para estar vigilándola. Noa no es nada mío.

—Solo tu sumisa en ese sitio.

—Sí —afirma, con el rostro enrojecido, a la vez que aprieta la nota en el puño—. Pero eso no es nada. No tengo ni idea de lo que hace cuando no está en mi cama, ¿comprendes?

Oh Dios. Lo dice para provocarme. Lo sé. Pero le sale tan natural que por un segundo me lo creo. Mi corazón empieza a latir más deprisa cuando se acerca a mí.

—¿Qué quería?

Lo miro, con el rostro desencajado.

—Tú sabes bien lo que quería.

—No. No lo sé, aunque no me creas.

Lo quiero matar. De verdad. Quiero hundirle las uñas en la cara.

—Bram… —susurro con un hilo de voz—, ¿qué está pasando?

Él vuelve a mirar el papel arrugado, y después lo tira al suelo, como si le quemara la mano. Suspira hondo y se frota las mejillas por un instante.

—Lo saben y no te voy a mentir. No pararán… —dice de pronto, con una mano en la cadera. A tan solo un metro de mí.

La farola lo ilumina a medias, recortando sus facciones como si estuviera tallado en sombras.

—¿Y eso qué significa?

—Que ya no hay vuelta atrás. Y que estás en… —suspira— peligro.

Me quedo atónita.

—¿En peligro?

No responde, tan solo me observa y por un momento, entre su mirada llena de preocupación y ese disfraz de ángel, siento que me está contando la verdad. Que de verdad no sabe nada.

—No he hecho nada. Nada, Bram. ¿Por qué estaría en peligro?

—Tranquila, yo… —dice con la misma mueca llena de incertidumbre—. No dejaré que nada malo te pase.

Me quedo sin aliento. No, esto no puede ser. Esto es jodidamente surrealista y jamás me esperaría que él reaccionara así; todo lo contrario.

—Estás de coña. —Doy un paso atrás—. ¿Quién te crees, el héroe que viene a salvarme? ¿Después de llevarme a ese maldito sitio?

Pero no me da tiempo a alejarme, ya que se me acerca de golpe. Sus manos acaban en mis codos y su aliento me golpea el rostro. Me habla tan cerca que siento la vibración en los labios. Me odio por sobresaltarme de este modo cuando su cuerpo entra en contacto con el mío, pero no puedo evitarlo.

—Yo no mando notas con amenazas —dice más irritado que antes—. Yo no necesito intimidar con palabras cuando puedo hacerlo con actos, ¿entiendes?

Me tiembla el mentón. Lo odio. Lo odio tanto que duele. Y, aun así, deseo que me diga que no ha sido él. Que me jure que no me está volviendo loca como parte de su ritual personal.

Sus brazos fuertes me envuelven y tenso los ojos por un momento, queriendo llorar. Me abraza con fuerza.

—Mi bebé… —susurra apretándome la nuca con la mano, enterrando mi rostro en su cuello.

—Joder… —me lamento.

—Shhh, cariño. Lo siento mucho de verdad.

Sus labios acaban en mi mejilla y le rodeo los hombros con las manos, apretándole contra mí con la misma fuerza que él.

—¿Qué está pasando?

—Lo averiguaremos, te lo prometo.

Siento mi corazón galopar en mi pecho, y, una vez más, el karma me demuestra que no soy inmune a su acercamiento.

—¿Y por qué debería creerte? —le pregunto con la voz entrecortada y los mocos invadiéndome la nariz por las ganas de llorar que siento.

Inhalo su aroma con fuerza, hundiendo los dedos en su cabello. Su mejilla aún sigue pegada a la mía y sus latidos retumban contra mi pecho.

—¿Por qué, joder? —insisto, con un sollozo.

—Porque si hubiera querido quemar tu restaurante, por despecho y odio, tú… —me habla al oído— tú estarías dentro.

La frase me golpea como una bofetada, y eso hace que me separe de él bruscamente. Suena a advertencia, pero también a protección. Y ese puto matiz me descoloca.

—¿Qué?

—Nos vamos —dice, sacando las llaves del coche.

Aprieta la mano en mi cintura con un gesto posesivo, algo que me resulta demasiado familiar en él.

—¿A dónde?

—A un sitio donde podamos hablar tranquilamente.

—No iré a ningún lado.

Me mira como si lo supiera todo de mí y ya tuviera claro que voy a decir que sí. Porque me conoce y sabe que no estoy dispuesta a darme por vencida tan rápido. Sabe que yo no pararé hasta que ellos —o él— paren.

—Súbete al coche, Roberta. —Me muestra su deportivo, aparcado a unos metros.

Clavo los pies en el suelo y no me muevo ni un milímetro.

—Juro que como no lo hagas, te subiré yo, aunque me haya prometido a mí mismo que me mantendría alejado de ti.

Parpadeo indecisa, pero por dentro, sé que no puedo decirle que no.

No sé si esto es el principio del fin o solo otra noche más en la cual decido dejar que él me arrastre a su juego. A estas alturas, esa duda es algo que llevo tatuada en la frente, la mismo que me convierte en un robot mientras camino, flanqueada por su mano firme llevándome al coche.

Porque odio no saber. Odio sentirme otra vez esa chica vulnerable.

Y es que me prometí que jamás volvería a sentirme como con quince años, cuando era la gorda invisible del instituto, la que prefería comer a solas antes que soportar las miradas o las bromas. La que perdió la virginidad con el típico chulo solo para descubrir, al día siguiente, que él ya lo había contado todo en el grupo de *WhatsApp* de la clase, que se había reído de mí, que incluso inventó detalles.

Desde ese momento, entendí que si quería sobrevivir tendría que ser yo la que humillara primero. Que, si iba a perder algo, al menos sería en mis propios términos. Y esta noche, aunque el miedo me pese, sé que no pienso volver a ser la víctima de nadie. Ni siquiera de Bram Sander.

CAPÍTULO 7



.

BRAM

—Ponte el cinturón —le ordeno en voz baja—. Si nos estrellamos, prefiero que mueras por mi culpa, no por la tuya.

Ella lo hace en silencio.

El motor ruge como si entendiera lo que estoy sintiendo. Mis nudillos se tensan sobre el volante mientras dejo atrás la fraternidad Omega. El asfalto de Boston todavía brilla bajo la lluvia, y el sonido de los neumáticos al pisar los charcos es casi terapéutico.

No me responde, ni dice una maldita palabra cuando se ajusta el cinturón, pero sé que está muy cabreada. Lo noto en la forma en que respira, y en cómo aprieta esos labios que se han convertido en mi obsesión. Lo noto en cada gesto tenso de su cuerpo, porque sé que Roberta siente rabia y confusión. No miedo. Y justo es esto lo que más me fascina de ella: no tiene miedo. Es por eso que la deseo como un puto loco que ha probado el veneno y ahora no quiere parar. Porque ella se recompone y no agacha la cabeza ante mí. Porque me hace sentirme vivo y porque cada uno de sus *no* me sabe a… oxígeno.

Tal vez por eso no puedo pensar con claridad desde que la llevé a ese lugar que sólo pisan los que se lo han ganado con lealtad y obediencia. *El Templo*. Mi Templo.

Acelero. No tengo prisa, pero me excita verla ahí, en silencio, tragándose las preguntas y los reproches. Sé que no se callará por mucho tiempo. Sonrío disimuladamente cuando pienso que ella es la que va disfrazada de diabla, pero la verdadera tentación para ella soy yo.

Sin embargo, lo que ahora mismo me preocupa, aparte de averiguar quién demonios se ha atrevido a quemar el negocio de sus padres, es esto que me está pasando con ella. Y sí, me lo he

preguntado ya miles de veces: ¿por qué estoy tan obsesionado con esta chica? ¿Por qué me despierta estas ganas de seguir jugando? ¿Por qué le estoy dando tiempo y no estoy imponiendo mis normas como siempre hago?

Ni idea. Siempre obtengo la misma respuesta. No es por su físico, ni por su piel que tanto deseo marcar con mi látigo. Tampoco por sus labios que anhelo corromper de mil maneras. Es por todo lo que es. Como si fuera ese caso jurídico imposible, el que ningún profesor resuelve en clase, y yo fuese el único idiota empeñado en encontrarle sentido.

Quizá porque Roberta sea lo que siempre quise encontrar, pero jamás busqué.

O quizá porque siento culpa.

No, jamás la he sentido y no entiendo por qué con ella sentiría eso. Al fin y al cabo, es una mujer más. Y las mujeres son malignas y engañosas, no se merecen mi respeto.

—No me digas que ahora vas a guardar silencio todo el camino.

Su voz me despierta de mis pensamientos.

—No. ¿Estás bien? —le pregunto, mirándola por primera vez desde que se ha montado en mi coche.

Mi mano descansa sobre el volante, y las luces LED del salpicadero le dan a su piel ese tono azul, haciéndola verse más guapa aún. No dice nada, pero yo la escucho igual: el clic de su móvil al desbloquearse, sus uñas repiqueteando el cristal, el modo en que aprieta los muslos.

Joder.

Confieso que ese corsé es demasiado sexy.

—No lo estoy y lo sabes —responde—. Podíamos haber hablado ahí, en la fiesta, no en ese sitio. Porque sé que es allí donde me llevas.

Sonrío.

—Quiero que confíes en mí —hablo tranquilo, como si hablara del clima.

—¿Confiar?

Silencio. El motor ruge bajo nuestros pies.

—Estás enfermo —suelta, cambiando la vista hacia la ventanilla.

—Posiblemente —admito con una sonrisa seca—. Pero tengo principios, aunque no lo creas.

—Vaya, ¡ilumíname! —se burla.

No hablo. Necesito procesar y tomar una decisión para esclarecer este asunto cuanto antes, así que marco un número de teléfono desde el *manos libres* y espero.

—¿Sí? —responde una voz conocida al otro lado.

Respiro hondo, sin saber muy bien con qué me voy a encontrar.

—Jack —digo cortante—. Necesito rastreo de actividad en Staten Island. Anoche hubo un incendio en un restaurante italiano de renombre.

—¿Cuál?

—El de los Monticelli —le explico—. Quiero cámaras, matrículas, todo.

—Pídeselo a Max, tío. Estoy ocupado. Mi puto hermano se ha largado a dar charlitas por ahí, y me tengo que encargar de todo. Menos mal que tengo el apoyo de Lorraine.

Por supuesto. Aquí, el que no corre, vuela. Presiento que esa zorra rubia que tiene al senador detrás, también se está follando a Jack. Fuera del *Ritual*, me refiero. Me entra una arcada pensando en que mi padre, el jodido senador, sigue siendo un calzonazos; el blanco fácil de cualquier puta con cierto grado de inteligencia.

—¿Sigues ahí? —oigo su voz.

—No puedo pedírselo a Max y sabes bien por qué.

Me giro con sutileza y veo que Roberta escucha la conversación con atención y se frota los brazos como si tuviese frío. Subo los grados de la calefacción.

—¿Por qué no puedes? ¿Por su lealtad? —pregunta este.

—Así es.

Me ha faltado añadir un *idiota,* pero no lo hago por respeto a ella. Max es nuestro jefe de operaciones y el mejor rastreador que tenemos, de eso no hay duda, pero es completamente fiel a Ares, el líder supremo de *Álympos,* y hermanastro de Jack. Y si ha sido ese cabrón el que ha ordenado el incendio en el restaurante de Roberta, probablemente Max me lo oculte. Aun cuando su deber es brindarles lealtad a todos los dioses por igual, últimamente se le está viendo el plumero, así que simplemente no me fío.

—¿Qué cojones ha pasado?

—Que alguien la está intentando asustar —contesto, apretando los dedos en el volante—. Y si descubro que tiene relación con Ares, te juro que lo quemaré en su propio trono, tío.

—No sé a qué estás jugando. Sabes que ella debería estar ya aquí.

Frunzo los labios cuando Roberta me mira con los ojos abiertos, como si no pudiera creerse eso que Jack acaba de decir. Quizá piense que estaba bromeando cuando le decía que no había marcha atrás.

—Ella está aquí, en el coche, J. Te está escuchando —confieso—. Y no se nos unirá a no ser que ella lo desee. Y creo que ya hablamos de esto.

Por un momento, sus ojos incrédulos se cruzan con los míos y, en el fondo, me alegro que pueda escuchar nuestra conversación para que así se dé cuenta de que le estoy diciendo la verdad.

—Hola, tesoro… —saluda J con una voz extraña; lo conozco—. No sabes la suerte que tienes, pero me gustaría que le dijeras a ese necio que tienes al lado que, si conoce el decálogo, debería saber que ni Ares ni Hefesto permitirán que no se cumplan las normas —suelta una carcajada sonora en el teléfono—. Y Poseidón ni te cuento.

Silencio por un momento. Roberta no dice nada, es como si estuviera bloqueada. Jack tiene razón, y eso me jode. Sé que mi plan se está tambaleando. La quiero dentro, por supuesto que sí, pero a mi manera. Y bajo las reglas de mi propio juego.

—Pues se las verán conmigo —agrego.

—Menuda mierda en la que te estás metiendo —continúa este con voz grave—. ¿Has pensado en Gambino?

Reflexiono por un momento, mientras me sacudo el pelo con una mano.

—¿Crees que ese cabrón podría atentar contra la vida de una de nuestras *ninfas*?

Miro de reojo a Roberta, que está expectante en la conversación. Imagino que está asustada y es normal que lo esté. No todos los días te enteras que el tipo al que te has follado maneja una sociedad secreta clandestina y es perseguido por un capo italiano porque sospecha que se quiere adueñar de su territorio. Y, obviamente, no son solo sospechas. Es la verdad, y es lo que acordamos Jack y yo hace un año: ser los reyes de la costa este de los EE.UU.

—Recuerda que en el restaurante te vieron con ella —añade.

—Lo sé, sé que pudo haber sido ese cabrón —le respondo con los músculos tensos y tomo la mano de Roberta, manteniendo el contacto visual—. Pero esto solo está empeorando su situación. Sabes que eso hará que cace a Gambino antes de lo previsto.

Roberta retira su mano de la mía. Genial.

—Tranquilízate, tío —oigo la voz de Jack, y el sorbo que le da a un vaso.

—Encárgate ya de lo que te he pedido, J. Debemos descartar primero a los nuestros.

—Vale. No tardes, están todos aquí y *El Ritual* empezará en breve.

Cuelgo. Respiro hondo, pero el veneno ya está corriendo por mi sistema.

—¿El Ritual?

Ella rompe el silencio, pero no le respondo de inmediato. Acelero un poco más, pensando en qué hacer.

La ciudad se extiende frente a nosotros, y las luces parecen guiarnos directamente al infierno. Pero no me importa. Nada me importa ya, solo la puta mierda en la que estoy metido. En teoría, nadie sabe de la existencia de Roberta, solo Jack y Noa. ¿Entonces quién cojones le ha mandado una jodida nota para amenazarla y ha quemado el negocio de su familia?

¿Quién?

Noa no podía haber sido porque no hace nada sin mi permiso y dudo que su cerebro parecido a una nuez le dé para movilizar todo lo necesario para amenazar a una persona. Y Jack está tan metido en la jodida guerra que libra con Ares y con Gambino, que tampoco lo haría. Confió en mí cuando le dije que no incumpliré el protocolo, solo que necesitaba tiempo.

—Bram… —murmura ella, pero es como si no pudiera centrarme —. Ve más despacio.

Joder. Me está diciendo que vaya despacio, cuando no puedo. No con tantas cosas imprevistas ocurriendo últimamente. Cosas que no puedo controlar, y eso… me jode. Me jode muchísimo.

—¿No podemos ir a otro sitio, debe ser a ese hotel?

—¿A otro sitio? —Le lanzo una mirada sarcástica, intentando olvidarme de que nada ha salido según lo previsto—. No, reina. Te llevaré al único lugar donde puedo hablar contigo de cara, sin más secretos de por medio. Solamente con la verdad por delante.

—¿Y crees que ahí descubriré la verdad?

Está cabreada, yo también lo estaría.

—No lo sé. Pero al menos estarás más cerca que nunca de la verdad.

Asiento. No sonrío, pero por dentro sí. Está volviendo, aunque aún no lo sepa. Pero no era así como lo quería. No, joder. No lo era. Quería que volviera de otra manera, y esto es lo que me pasa por ser tan malditamente obsesivo y perfeccionista.

—Bram, mírame…. —susurra, y eso hace que gire la cabeza en su dirección—. Estás loco si crees que voy a seguirte el juego.

—Ajam —asiento—. Y, sin embargo, aquí estás. En mi coche.

Guarda silencio, pero en realidad sé qué está pensando. El silencio de Roberta nunca es vacío: es una batalla que está librando contra sí misma.

No digo nada más hasta que el coche entra por la verja trasera de *El Templo*. Dos guardias saludan con un movimiento de cabeza y bajan la mirada cuando me ven. Ella se tensa.

—Mi dios…

—¿Están todos? —le pregunto al agente de la entrada.

—Todos salvo nuestro dios Ares.

Asiento, porque lo sabía. No sé qué está tramando Ares, pero pronto lo averiguaré.

—Lo debí imaginar la otra vez —dice ella—. Estáis todos locos.

—¿Por qué lo dices? ¿Por qué me brindan respeto?

Aparco en el garaje subterráneo privado, con acceso directo al ascensor de la planta cero. Solo abre con mi huella dactilar.

—¿Que bajen la cabeza ante ti como si fuesen esclavos es respeto?

—En mi mundo sí —digo con una risita, y me adelanto para abrirle la puerta del coche, pero su salvajismo me vuelve a impresionar cuando me estampa la puerta del copiloto en los huevos. Siento el rostro caliente al sentir el duro portazo que me provoca pinchazos.

—Eso ha… dolido.

—Esa era la idea.

—Vale —me sale una sonrisita de frustración mientras cierro la puerta de mi deportivo—. Es por aquí.

Cuando alzo la mano para alcanzar su cintura y acompañarla hacia la zona de los ascensores, se aparta de mí, rápida y tajante. Perfecto. Eso me confirma que aún siente algo por mí, por más que se quiera mantener fuerte. Que aún me pertenece.

Clavo mis ojos en su nuca.

—¿Te he dicho antes que ese disfraz te queda genial?

—Corta el rollo. —Se da la vuelta, indignada.

Sonrío con picardía y simplemente busco unos bolsillos imaginarios, intentando controlar las manos, pero el disfraz de ángel no los tiene. Incluso se me había olvidado de qué voy disfrazado con esta mierda.

Me obligo a caminar erguido, con ella taconeando delante de mí, y meneando ese culo sumamente sexy. Me está dando la espalda y se está dirigiendo a la señal parpadeante que pone *Ascensores.*

—¿Te atreves a montarte conmigo en ese ascensor? —pregunto, caminando detrás.

—¿Atreverme? —Mueve los hombros con la misma sonrisita sarcástica, llena de furia—. Atrévete tú a tocarme con un solo dedo y no te quedarás solo sin alas, sino también sin herederos.

«Uhm, menuda fiera.»

Vuelvo a sonreír, y saco un paquete de tabaco que guardo de un bolsillo minúsculo que hay en la parte interna del disfraz. Me enciendo un cigarro, reprimiendo una risa. No sabe con quién se está metiendo, definitivamente.

El ascensor se abre con un zumbido metálico. Ella entra sin mirarme, pero yo sí la observo fijamente, como un lunático en trance.

—Tranquila —digo esforzándome en fingir que su actitud me da igual—. No pienso tocarte. No si tú no me dejas.

Entonces, nuestras miradas se encuentran de una manera inquietante. Ni parpadea, tan solo abre la boca, confusa, y también altiva.

—Déjate ya de formalismos, ¿estamos? No finjas ser un caballero.

La sigo dentro y no pulso ningún botón aún.

Inspiro profundamente, antes de darle una calada al cigarro. Ella en una esquina del ascensor, y yo en la otra. Por unos instantes, no digo nada. El aire se siente denso y lleno de todo lo que despierta

mis instintos, como por ejemplo el olor de su perfume, que tanto he echado de menos estos días. Es un aroma dulce, a gominola y fresas. El recuerdo de su cuerpo debajo de mí, desgarrándome la camiseta, y gimiendo mi nombre, se adueña de mi cabeza.

Lo ocurrido en su casa me persigue cada noche, y ahora, que la tengo delante, necesito hacerla recordar también. Asegurarme de que no soy el único gilipollas que no para de pensar en ese momento que la hice mía. El momento en el que empezó su preparación como *ninfa.* Mi *ninfa.*

—No estoy fingiendo ser un caballero. —Chasqueo la lengua con desgana, dejándome caer contra la pared con la misma actitud pasiva que usaría un león observando a su presa desde la sombra—. No pienso hacerlo, Roberta. Bastante tengo con que esta noche deba fingir ser un ángel.

—A mí no me engaña ese disfraz.

Exhalo el humo con una sonrisa agria.

—¿Qué te pasa a ti con los ángeles? ¿No te gustan? —pregunto jocosamente, pero me porto bien. Aún me porto bien, porque no me queda otra.

—¿En serio? —se cruza de brazos, enfadada—. No me pasa nada con los ángeles. A todo el mundo le gustan los putos ángeles.

—Pero a ti no.

—No se trata de los ángeles, Bram. Se trata de ti.

Las puertas se cierran y sé que estamos solos en todos los sentidos. Doy un paso. Solo uno, pero lo suficiente para obligarla a levantar el rostro hacia mí.

—Yo no vine a este mundo para gustarle a todo el mundo y cuanto antes lo comprendas, mejor para ti.

Ella retrocede instintivamente hasta que su espalda toca la pared del ascensor. No le hace falta más para saber que estoy jugando. Pero lo más jodido —para ella—, es que también sabe que va perdiendo.

—¿Qué estás haciendo?

Apoyo una mano en la pared, a su lado. No la toco porque no necesito hacerlo.

—Todo el mundo quiere un ángel, sí… —susurro, dándole una profunda calada al cigarro—. Pero tú no.

Inclino la cabeza hasta que mi aliento le roza el cuello.

—Tú quieres un demonio, Roberta.

La oigo tragar saliva. Su aliento se acelera, aunque me siga diciendo que me odia con su mirada.

—Entonces no me conoces.

—Yo sí. Eres tú la que aún no se conoce a sí misma. —Miro sus labios con descaro, y solo entonces deslizo mis dedos por su brazo desnudo, lentamente.

Su vello se eriza, y es justo esto lo que quería provocar.

—No lo hagas, por favor —susurra.

—¿Hacer qué? ¿Recordarte eso que ya no puedes borrar? —sonrío, acercándome aún más, sin llegar a tocar su boca—. Porque yo sí lo recuerdo, tenlo claro. Recuerdo cada detalle, preciosa. Cada jadeo. Tu calor, tu… sabor.

Ella me empuja, leve, y eso me encanta. No. Me enloquece.

—No hemos venido aquí para esto, ¿vale?

—Tú no. Yo sí.

—¿De verdad quieres que te lo recuerde?

—¿Recordarme qué? —pregunto con voz ronca.

—Que no soy una de tus putas.

La miro fijamente, y ni siquiera sonrío. Ahora no.

—No, no lo eres. Eres mi reina. Mi… —murmuro apretando el puño— *ninfa.*

Silencio de por medio.

Ella quiere irse y yo, en cambio, quiero besarla, pero no pienso hacerlo. No ahora.

—¿Recuerdas cómo fue? —le pregunto solo para joderla y hundirla en el mismo infierno que me consume—. ¿Recuerdas cómo te hice mía?

Sus labios se entreabren. Y juro por todos los dioses que, si diera un paso más, se derretiría en mis brazos.

—Sueño contigo todas las noches —murmuro—. A ti no te follo en mis sueños, bebé. A ti te hago arder entre mis brazos. Te someto y te adoro. Te rompo… —Inhalo su aroma—. Porque eso es lo que haces tú conmigo, Roberta. Sin ni siquiera tocarme.

Ella cierra los ojos, huyendo de mis palabras. Se apoya contra la pared y respira hondo. No sé si podré controlarme teniéndola tan cerca. Por el maldito Zeus. No lo sé y no me gustan las pruebas.

—Mientes.

—No —niego, soltándole otra vez el humo casi en la cara—. Para tu desgracia, no estoy mintiendo. Aunque a ti te gustaría para tenerlo más fácil, ¿verdad?

—¿Más fácil para qué?

—Para olvidarme.

Tiro del cuello del disfraz y respiro ahogado. El ascensor se hace demasiado pequeño. Si me acercara un poco más, la desnudaría aquí mismo, y la empotraría contra esa pared, sin esperar a llegar a la habitación. Pensaba que sería fácil tenerla cerca y jugar a hacerme el duro, pero siento que se me está yendo la cabeza.

Y no. No me gusta no tener el control.

El timbre del ascensor suena y, cuando las puertas se abren, me aparto de ella y camino fuera, intentando calmar mi pulso. Miro el cronómetro, valorando el logro de hoy. En la fiesta lo he activado, y me he dado una hora para traerla aquí. El cronómetro marca 00:53. Bien. Incluso antes de tiempo.

—¿Preparada? —le pregunto, señalando la galería oscura que lleva a mi habitación.

Que Roberta Monticelli conozca la habitación de su dios solamente representa el siguiente paso en su instrucción.

Excelente. Ya casi la tengo.

CAPÍTULO 8



BERTA

Cuando las puertas del ascensor se cierran detrás de mí, el aire se me queda atascado en la garganta. No hay vuelta atrás y ya estoy en su terreno. ¿En qué leches he pensado cuando he aceptado acompañarle hasta aquí? No me ha traído para jugar a las casitas, ni siquiera para hablar. O puede que sí, después de conseguir tenerme en su cama. Sin duda, su actitud me demuestra que solamente estaba fingiendo que no le importo.

¿Es eso bueno o malo?

Para mi cordura, definitivamente, es lo peor.

Intento respirar hondo, pero mis pulmones se niegan a colaborar. Sus palabras aún me arden en la piel como si me las hubiera escrito con fuego: *Sueño contigo todas las noches. A ti no te follo en mis sueños. A ti te hago arder entre mis brazos. Te someto y te adoro. Te rompo… Porque eso es lo que haces tú conmigo, Roberta. Sin ni siquiera tocarme.*

Hijo de puta.

Lo odio. Lo odio porque me conoce y porque sabe cómo joderme. Pero principalmente porque sé que, si me hubiese besado en ese maldito ascensor, habría cedido. Lo odio tanto como me odio a mí misma por lo que acaba de provocarme con solo una mirada y esas palabras inquietantes. Me odio por la forma en que me ha vuelto a remover algo en el pecho y en el vientre.

Bram me ha dejado hecha polvo. A mí. A mí, que no soy una de esas universitarias que lloran porque el tipo al que se tiraron no les contestó el mensaje. Yo tengo los ovarios bien puestos. O eso creía.

«Reacciona, joder. Él juega a esto», me doy un toque de atención necesario.

Bram me muestra una media sonrisa y me señala el pasillo con una mano. Mis tacones resuenan en el mármol del suelo. Un suelo que, curiosamente imita un tablero de ajedrez a la perfección, y el cual no vi la otra vez que vine a este sitio. Eso me hace sospechar que verdaderamente algo extraño me pasó en la fiesta de disfraces, si no recuerdo este detalle.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando me ve clavada en medio del pasillo mirando hacia abajo.

—Sí, solo que…

Me retiro al notar su mano en mi cintura. Alzo la barbilla, a la vez que los recuerdos del desfile de Navidad me llegan a la mente: en blanco y negro.

—Esto me recuerda a un sueño que tuve hace días.

—¿Qué soñaste? —me pregunta, deshaciéndose de su disfraz de un movimiento.

Lo miro atónita.

—¿Piensas quedarte en pelotas aquí, en el pasillo?

Al instante me culpo por la pregunta estúpida que le acabo de hacer. Está claro, porque se ríe y aprieta en una mano el disfraz de ángel, quedándose solamente con el bóxer puesto.

—Lo siento si pensabas que ibas a tener una charla formal, con un tipo vestido de traje. Yo estoy más cómodo así.

Cuando camina delante de mí, me esfuerzo por no mirar demasiado sus hombros anchos y su espalda definida, cubierta de unas serpientes escalofriantes. Cada tatuaje en su pecho, brazos, y cuello, me aceleran los latidos. Cada músculo está donde debe estar, con una simetría que roza lo ilegal. Incluso los huesos de la cadera, esos malditos huesos afilados, parecen marcadores diseñados por el diablo para señalar el puto pecado que esconde bajo ese bóxer.

Trago saliva y me distraigo con lo que veo alrededor.

—Qué bien, muy decorado todo, sí —murmuro, fingiendo que el diseño me interesa más que sus abdominales. Sí, no puedo ser más patética, sé que estoy huyendo de una trampa de carne y hueso.

—Gracias.

—¿Así que este es tu castillo? —añado sarcástica, al cruzar una galería larga—. ¿O debería decir tu… templo?

Todo está en penumbra, iluminado sutilmente con lámparas que parecen sacadas de un burdel barroco. Literalmente. Solo faltan los espejos en el techo y las plumas de pavo real.

—Eso parece.

Se le curva la comisura del labio, como si le divirtiera el hecho de que lo estoy evitando. Pero no me importa, tan solo me importa salir viva de aquí esta noche. Cruzo el umbral de su habitación —o más bien *cuarto de la lujuria*— y me tenso automáticamente. Una vez dentro, la puerta se cierra detrás de mí con un leve chasquido.

Ya vi su cuarto una vez, en la fiesta de disfraces, pero esta vez es un poco distinto. La cama es, sin exagerar, obscena. *King size* no, emperatriz absoluta. Sábanas de satén negro, y un cabecero acolchado que le proporciona elegancia. Y sobre él, porque claro, todo esto no podía terminar en lo básico, hay un cuadro.

Un maldito cuadro dorado.

Se trata de un retrato de una criatura mitológica. Por el porte, juraría que es un dios griego. No el de la mitología clásica, sino una reinterpretación moderna: un dios con alas en los tobillos, cuerpo tallado como una escultura viva y… joder. Unos ojos verdes que me resultan peligrosamente familiares.

Me acerco a la cama, boquiabierta.

—¿Qué coño es esto?

Sí, esos ojos me hacen tragar saliva. Porque los conozco.

—Hermes —dice Bram, a mi espalda.

—¿Tu nombre en clave, cierto?

—Hermes no es un nombre, es un título. Un legado.

Lo dice sin pestañear, como si no fuese la afirmación más esquizofrénica que he escuchado en toda mi vida.

—Hermes… —repite, ladeando la cabeza—. El mensajero de los dioses. El dios del Inframundo.

—El embaucador —añado, con una ceja en alza.

—Sí… —susurra él, dando dos pasos en mi dirección—. El ladrón.

—El mentiroso —recalco.

—No, reina —sonríe—. Es el que negocia y el que seduce. El que siempre consigue lo que quiere.

—Modestia, ante todo —digo con sarcasmo, aunque algo en mí tiembla. Porque el puto Hermes me da igual, pero Bram Sander claramente es el que sonríe mientras te hace dudar hasta de tu maldito apellido.

Él se acerca por detrás y me susurra al oído:

—¿Sabes por qué elegí este nombre?

—No lo sé ni me interesa.

—¿Estás segura? —pregunta—. Te aseguro que no hay nadie mejor que yo para hacerte cruzar de un mundo al otro. Pero solo si estás dispuesta.

Me alejo un paso, con el corazón acelerado y una carcajada nerviosa atrapada en la garganta.

—Si esperas que me tire al suelo a adorarte, vas mal encaminado… *Hermes.*

—No espero eso —responde con voz grave—. Solo que mires a tu alrededor y decidas, ¿vale?

Y entonces lo veo. A mi derecha, medio oculto tras una pared deslizante, hay otro espacio.

—¿Y eso?

—¿Qué crees que es?

—¿Tu museo privado del sexo?

No responde. Se adelanta, y empuja la puerta suavemente, invitándome con la cabeza. Entonces, percibo una zona más oscura, cerrada con una mampara de cristal tintado.

Camino lentamente, y entro en la habitación. Cuando avanzo un paso más, con él detrás, una luz de un tono rojizo se enciende.

Observo paredes forradas en terciopelo negro. Un armario abierto con látigos colgando como si fueran corbatas de gala. Arneses perfectamente ordenados, esposas acolchadas, cuerdas de todos los tamaños dispuestas meticulosamente. Un diván rojo sangre, y una cruz de madera barnizada con correas de cuero negro. Todo brillante y cuidado hasta el más mínimo detalle. No hace falta entrar para entender que es una sala BDSM.

Un nudo se me forma en la garganta.

—Joder, esto es…

Él no responde enseguida. Solo cierra la puerta de la sala con calma, se gira y clava sus ojos en los míos.

—Este es mi cuarto favorito.

—Por supuesto. —Aprieto los labios.

Él se acerca más a mí, y eso me produce un escalofrío en la espina dorsal.

—¿Tú… usas todo esto? —pregunto, sin poder disimular el desconcierto.

—Sí, y tengo mis preferidos —suelta una risita, barriendo la habitación con la vista—. Todo aquí se basa en la entrega, la obediencia, y la fe.

—¿La fe?

Asiente, como si acabara de hablar de una religión.

—Fe en mí, Roberta. En que sé lo que hago y en lo que provocaré en la otra persona. —Vuelve a mirarme mientras toma un látigo entre sus dedos y lo acaricia lentamente—. Y la protección es lo primero.

—¿Protección? —me echo a reír, incrédula—. ¿De qué?

—De todo lo que hay ahí fuera —habla en un tono que me parece demasiado sensual para el problema serio que tenemos entre

manos—. De quien te mandó esa nota. Del que quemó el restaurante de tu familia.

—¿No es un poco incongruente que quieras decir que en esta… —muevo la mano y me encojo de hombros— *habitación* estaré a salvo?

—No. —Me mira fijamente—. Te estoy diciendo la verdad.

—¡Ah, vale! —Alzo las manos, aún en estado de shock—. Tú eres el dios poderoso con un cuarto BDSM que protege a las mujeres. Y de paso, también las azota. Uy, ¡qué idea tan reconfortante!

Está pirado de la cabeza, sin duda.

—No solo yo, todos los dioses lo tienen. Es un sitio sagrado —responde con una calma que me pone todavía más nerviosa.

—¿Sagrado? —me río, girándome asfixiada.

Ya he visto suficiente y necesito salir de este sitio. No por la habitación BDSM, sino por sus palabras. Por lo absorto que está en este mundo y el miedo que me da pensar que estoy delante de un desequilibrado mental.

—Atar a la gente a esa puta cruz es un acto espiritual —continúo oyendo sus pasos detrás—. Y esto es una maldita secta, aunque tú digas que no.

Me mira con serenidad, y sus labios se arquean suavemente. No me mira como un depredador, no esta vez. Más bien como un sacerdote que se aproxima al altar con mucha paz.

—*Álympos* no es un club, ni una secta. Es un legado. —Hace una pausa, y señala el retrato sobre la cama.

—¿Un legado?

—Una herencia de responsabilidad —murmura, cada vez más cerca de mí—. De poder. Pero también de… placer.

—No me digas —me río burlona—. Zeus te mandó un mensaje de texto para decirte que eras su heredero.

Me dan ganas de decirle que se meta su mitología por donde no llega la luz, pero mis ojos no dejan de escanear *el cuarto sagrado* —

por no decir *sado*—. Pero en cierto modo, tiene sentido. En un mundo sin moral, cualquier delirio parece lógico si lo vistes de oro.

—No… —Baja la mirada—. Fue mi padre.

Me giro, sorprendida. ¿El senador Sander también es parte de esto?

—¿El senador?

—Sí, él también lo heredó de mi abuelo. Y mi abuelo de su padre. Una pena que esto se pierda conmigo.

—¿Por qué?

—No puedo tener hijos —replica con la misma calma que me eriza el vello—. ¿No lo recuerdas, o piensas otra vez que miento?

Me quedo muda, sin poder pensar mucho. Bram pronuncia estas palabras con cierta dureza, sin embargo, intenta fingir que no le importa.

—Me sorprendería mucho que quisieras tenerlos, aunque pudieras.

—Me estás empezando a conocer —sonríe maquiavélico—. Y eso me gusta.

—¿Por qué?

No responde y simplemente tuerce el látigo en la mano, tensando el cuero entre sus dedos. La luz le marca el cuerpo, las gruesas venas en el antebrazo, y los tatuajes. Lleva solo el *bóxer* y se planta delante de mí, tan seguro de sí mismo que el suelo podría temblar y no perdería el equilibrio.

—Bram…

Mi garganta se cierra y los pezones se me endurecen bajo el corsé. Saca una caja de cuero de un cajón, la abre delante de mí sin prisa, mostrándome lo que hay dentro: una especie de cilindro metálico, unas esposas y un condón negro.

—¿Sabes lo que es esto? —Me lo muestra, sujetándolo entre los dedos.

No soy tan inocente, y eso parece un juguete sexual. Lo observo, sin moverme.

—¿Quieres que te lo explique? —dice con esa voz grave—. Es un *plug*, Roberta. Se mete en el culo. Y no, no es para decorarte, esto sirve para provocarte placer. Imagínatelo dentro mientras te penetro.

—Oh, Dios… —musito, sin aliento.

—Pero también sirve para recordarte quién soy. El que te tiene abierta, preparada y dispuesta, aunque estés vestida delante de todos. ¿Te imaginas llevarlo puesto dando clases, mientras escuchas las explicaciones aburridas de Woods? Pero esto también es para mí. Porque cuando te vea andar, sabré que lo llevas puesto solo por mí.

Me lo acerca, y lo deja caer sobre la palma de mi mano. El metal pesa y está frío.

—¿Te imaginas? —dice en voz baja—. Saldrías de aquí con esto dentro. Nadie lo sabría, pero yo sí. Y tú también.

Me aparto de golpe, con el pulso disparado. Siento el calor subiéndome entre las piernas, al mismo tiempo que la rabia.

—Ni de coña —le escupo, devolviéndole el *plug* sin mirarlo. —Eso no va a pasar.

Él sonríe, sin inmutarse. Y sigue. Maldita sea, sigue.

—Jamás te lo he ocultado, ¿sabes? —dice, mascando las palabras —. Vas de dura, pero sé que esa coraza se te caerá, más temprano que tarde. Cuando estés en esa cruz, atada, con esto dentro —levanta el *plug* y lo hace girar—, te va a encantar obedecerme.

De repente, me levanta la falda con una mano y lo lleva a mi entrepierna. El tacto gélido del artefacto contra mis bragas me inmoviliza. Entonces, se me escapa el aliento y siento que no puedo moverme. Siento la presión entre las piernas, y me humedezco sin poder controlarme. No puedo evitarlo, su presencia activa todos mis sentidos.

Trago saliva cuando mis muslos se aprietan. Siento la humedad pegada a la piel y mariposas en el vientre. Me acerco hasta casi

rozarlo, con la respiración acelerada. No hemos venido aquí para esto.

—Aleja eso de mí, Bram. Ahora. —Le atrapo la muñeca, sosteniéndole la mirada.

Se ríe. Es una risa seca, típica en él.

—Solo si me prometes que no volverás a pronunciar mi nombre.

—¿Por qué? —pregunto, con los ojos fijos en los suyos, y el pulso en aumento.

—Porque aquí dentro no soy Bram. Es sencillo… —dice tan tranquilo como antes, alejándose y guardando esa cosa en el estuche—. Aquí soy otra persona.

—Ya sé. —Muevo las manos exasperada—. Tu padre te obligó a asumir este papel, y tú como un niño obediente, lo hiciste. ¿Pero por qué querrías ser otra persona? ¿Por qué, joder?

—Por… morbo —dice—. ¿A ti no te ha pasado nunca? ¿Querer ser otra persona?

Esto es demasiado y necesito salir de este sitio lo antes posible. Ni siquiera sé por qué he venido.

—¿Por qué no me dices ya qué hago aquí, aparte de decirme que me quieres meter ese trozo de metal por el culo?

Se queda callado un segundo. Después, me da la espalda y camina lentamente hacia un mueble que hay en un lado. Toma una botella de alcohol, que tiene pinta de whisky o coñac. Se gira, preguntándome con la mirada si quiero uno. Niego, expectante. Se pasa la mano por el pelo mientras le da un sorbo potente, y suspira con una calma que me altera todavía más.

—Necesitaba que lo vieras —dice por fin—. Que vieras quién soy, qué soy, y en qué mundo me muevo.

—Ok, ya lo he visto —respondo, cruzándome de brazos—. Muy decorado todo, con látigos, máscaras y un precioso cuadro de dios con tu rostro en la cabecera de la cama. Lo que cualquier chica quiere ver en una cita.

—¿Es esto una cita? —Sonríe.

Esa maldita sonrisa.

—Según como lo mires. Me acabas de proponer ser tu sumisa, ¿no?

—Ah, Roberta… —me interrumpe con esa voz grave me hace mojarme los labios—. Te han intentado hacer daño y estás aquí de broma como si nada.

—Y tú hablas como si te importara.

Se vuelve a acercar, con pasos lentos y el cuerpo entero a la vista. Sus ojos no se apartan de los míos y su mirada se me antoja demasiado profunda.

—Te lo voy a decir una vez. Solo una. Y después, podrás decidir si te vas a tomar esto en serio o no —hace una pausa y piensa—. El clan al que pertenezco no es un club nocturno. Ni un simple juego. Es una organización secreta con poder real, ¿vale? —Mueve la copa en una mano.

—¿A qué te refieres?

—Tenemos poder político, judicial y financiero. Digamos que tenemos contactos en todas partes.

¿Está hablando en serio?

—Una de nuestras normas —continúa—. Una de las diez del decálogo es simple, pero aun así, te la resumiré: *la información no sale de Álympos.* Nunca. Y si lo hace… —me explica mientras se encoge de hombros— solo hay dos caminos. O esa persona desaparece, o se convierte en uno de nosotros.

—Ya veo que sigues con esa locura. —Me echo hacia atrás.

—No es una locura.

Su voz se quiebra, como si la furia lo volviera a poseer.

—Bram… —murmuro—. Me estás diciendo que me matarás.

Miro al suelo, intentando no desmayarme cuando oigo esas tenebrosas palabras salir de mi boca.

—Créeme que prefiero hacerte otras cosas más placenteras antes que matarte. Te recuerdo que has recibido una amenaza, que el

restaurante de tu familia fue atacado… —lo enumera con los dedos de una mano—. Y que tú misma estás ahora mismo aquí porque no sabes qué hacer.

—Por supuesto que sé que hacer —le suelto—. Irme. Eso es lo que tenía que haber hecho ya.

Me doy la vuelta como un torbellino, decidida a acabar ya con esta conversación sinsentido que me jode y me nubla la razón hasta el punto de que no sé qué coño haré.

—Firmaste un contrato, Roberta.

Me detengo en seco, de espaldas a él. Me vuelvo lentamente, mirándolo sorprendida.

—Repite qué has dicho.

—Firmaste.

No. Es mentira. Yo no firmé nada.

Entrecierro los ojos y siento un nudo en el estómago.

Intento recordar cada conversación, cada cosa que me dijo, y luego me llega un *flash*. Una carpeta negra de cuero, con el símbolo de un triángulo invertido. Unos documentos que él me entregó en la noche de la fiesta de disfraces, cuando me trajo por primera vez aquí. Unos documentos que yo, como una gilipollas, firmé sin leer. El mismo contrato del que Noa me ha hablado.

—No es verdad… —murmuro.

—Lo es —dice él, con calma—. Firmaste un acuerdo de confidencialidad.

Camino de vuelta a su lado con grandes zancadas.

—¡Pero yo no sabía lo que estaba firmando, maldita sea! —grito, furiosa, con un calor que me sube al rostro—. Además… ¿qué tiene que ver un acuerdo de confidencialidad con… esta mierda?

—Lo tiene.

—¿Por qué?

—Porque eso se ha convertido en un contrato.

—¿Me estás diciendo que me obligaste a firmar un puto contrato sin saberlo? —pregunto, bajando la voz, ya que hasta mi propia garganta me está fallando.

No. No doy crédito. ¿Qué maldita pesadilla es todo esto?

—Tú… —susurro, con ganas de llorar. A dos centímetros de su cara—. ¿Me engañaste?

Él tan solo me mira y juro que no le conozco. No parece el mismo tipo arrogante e intenso que conocí en el Campus, el que estaba bromeando y seduciéndome a cada momento. El que pensaba que simplemente era un picaflor gilipollas y fanfarrón que estudiaba Derecho.

¿Y si él tiene razón y me está contando la verdad, y yo estoy bromeando sobre cada detalle que me revela?

—Estás… —tartamudeo, incrédula— hablando en serio.

—Nunca he hablado tan en serio.

—¡Me mentiste! —le grito llena de ira y, sin pensarlo, le golpeo el pecho con ambos puños—. ¡Me engañaste, joder!

La vibración sorda de mis nudillos contra su pecho me recorre el brazo hasta el hombro. Siento su piel caliente y la firmeza de sus músculos. Estoy al borde del colapso, con la respiración agitada, temblando de rabia.

Bram no se defiende. No retrocede ni un milímetro. Deja que le golpee, con los labios apretados, y la mirada fija en la mía, desafiante. Solo entonces me atrapa las muñecas, sujetándome suavemente. Me acerca de golpe contra su pecho, tan fuerte que noto el latido desbocado de su corazón mezclado con el mío. Su aliento me roza la cara.

—¿Ya? —musita, conteniéndose—. Si te sirve de consuelo, eres la única que se ha atrevido a golpearme aquí dentro. Y, joder, me pone tan duro que hasta se me ha olvidado de qué coño estábamos hablando.

Me quedo helada. No sé si soltarle otro puñetazo, gritarle o dejarme arrastrar por la locura. Pero él no me suelta, no me acaricia,

solo me sostiene ahí, ardiendo de rabia y deseo.

—Oye bien lo que te voy a decir. No te engañé, ¿vale? Mientras no supieras nada, era solo un protocolo. Un protocolo que aplicamos a todos los clientes. Todos. Pero si algo se tuerce… —su voz es un susurro—, ese documento se convierte en un contrato, ¿lo entiendes ya?

Su aliento me roza la barbilla, y siento una descarga eléctrica recorriéndome la columna. No sé si lo odio más por manipularme o porque, después de todo, sigue teniendo el control de mi cuerpo.

—No, no lo entiendo.

—Mi intención nunca fue meterte en esto. Al menos no así —prosigue—. Solo quería probarte.

—¿Probarme?

—Sí —asiente asfixiado—. Solo quería llevarte a esa maldita fiesta. Quería que conocieras una parte de mi mundo, y llámame estúpido, pero estaba seguro de que podrías... encajar. Pero todo se jodió. —Se pasa la mano por la mandíbula y me suelta antes de que yo se lo pida—. Noa habló y la información se filtró.

Retrocede un paso como si mi cercanía le molestara.

—¿Y por qué no me lo contaste antes? —susurro, sintiéndome traicionada. Peor aún, usada.

—Porque me gustas. Porque quise creer que tendría tiempo y que podría instruirte y atraerte hacia aquí poco a poco.

—¿Atraerme a… qué?

—Hacia esta habitación y… hacia ese cuarto. Hacia mí.

—¡Ya me tenías, maldita sea! Estábamos construyendo algo, ¿te lo tengo que recordar?

—Jamás te he tenido. No como yo necesito.

—¿Y qué demonios necesitas?

—Que seas mi *ninfa,* Roberta. ¿Te lo tengo que repetir?

El silencio es total. Hasta oigo el pulso galopando en mis sienes y, por primera vez esta noche, no sé qué decir.

—¿Cuántos sois?

—Nueve.

—¿Nueve qué? ¿Nueve locos? ¿Nueve enfermos que juegan a ser dioses?

—Nueve herederos —responde él con firmeza—. Cada uno con un legado, un nombre, un rol. Y todos ellos con el poder de decidir sobre otras vidas. Incluida la tuya.

Sus palabras me golpean como una losa y ni siquiera soy consciente de cuándo retrocedo unos pasos, viendo cómo él camina tranquilamente hacia la cama. Se sienta, se inclina hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas y me mira desde abajo.

—Te oculté cosas porque intentaba prepararte y protegerte. En el fondo, me porté bien contigo. Mejor de lo que piensas, porque tú no eres una más, Roberta. Nunca lo fuiste.

Me río.

—¿Se supone que debo darte las gracias por eso?

—No —responde—. Solo que escuches.

Me cruzo de brazos.

—Ya he oído bastante. Que atraes a mujeres aquí, a este *puticlub* de mierda. Que vendes placer, y vete a saber qué más —enumero—. Que juegas a ser dios y a la vez te escondes detrás de cláusulas legales.

—No vendo placer. Lo construyo y lo administro. Aquí nadie toca sin consentimiento. Y nadie se une sin desearlo, a no ser que pase esto que te ha pasado a ti.

—¿Y Noa? ¿Ella también deseaba todo esto?

Silencio.

Un músculo le tiembla en la mandíbula. Me acerco, porque necesito presionar.

—¡Contesta!

Él levanta la cabeza y sus ojos se endurecen.

—Noa no es tu problema.

—Tienes razón… —digo asintiendo, sumamente decepcionada—. Ella no lo es, pero tú sí.

—No —responde, poniéndose de pie. Su voz baja más, como si temiera que alguien pudiera oírnos—. Yo soy tu única salida.

—¿Salida de qué?

—De la situación en la que estás, obvio.

Por supuesto. Y yo soy imbécil.

—¡No me hables como si fuese idiota!

—Aquí podrías estar a salvo. En este sitio, aunque no te dé confianza. Podrías proteger a tu familia, y podrías protegerte a ti.

—Mi familia estaba a salvo antes de conocerte a ti, Bram. Mi vida era sencilla, ¡maldita sea! Normal.

—Pues mala suerte.

—No me lo puedo creer. —Me llevo una mano a la frente.

—Tendrías poder e influencia —sigue, como un disco rayado—. Las *ninfas* tienen un buen sueldo y reciben muchos favores.

—¿A cambio de qué?

Él me mira sin pestañear.

—De ti.

Un escalofrío me recorre la espalda, y esta vez es de miedo. Porque sé que Bram no está bromeando. Sé que él me quiere en su mundo, y bajo sus reglas. Me sigo preguntando de que van esas jodidas reglas y ese jodido decálogo.

Respiro hondo, vencida.

—¿Y qué te hace pensar que aceptaré?

—Porque sigues aquí. Porque no has cruzado esa puerta —señala la salida—. Porque podías haberte ido y, en lugar de eso, estás exigiendo explicaciones.

—Porque alguien intentó matar a mi familia.

—Y no serás tú quien lo castigue. Pero yo sí podría.

Mi mandíbula se tensa.

—No me vendas justicia cuando juegas a la mafia con un antifaz griego, ¿vale?

Él sonríe sutilmente.

—Eso ha sonado muy poético, bebé…

—Para ya de burlarte.

Lo miro endemoniada, a punto de saltarle al cuello.

—Vale. —Alza las manos—. Sé que no me crees, pero te juro que soy leal a quien lo merece.

—¡Oh, Dios!

Me llevo una mano a la frente, sin poder creer esto que está pasando.

—¡Mírame! —Me toma por los brazos y la firmeza de su mirada me produce un escalofrío—. No permitiré que nadie te haga daño. Te lo juro por Zeus.

Su roce en mis brazos me hace dudar, y ojalá fuese solo su presencia y la convicción que destilan sus palabras. No. Se trata de sus ojos y de esa mirada tierna y segura que me dedica. La fuerza que arrastran sus pupilas al jurarme que no dejará que nada malo me pase.

No soy capaz de responderle y tampoco de apartarme de sus manos, y por momentos incluso siento que no tengo salida y que simplemente estoy perdiendo el tiempo mientras él y yo libramos una guerra cruel, sin balas ni cadáveres de por medio. Pero sí con heridas abiertas, desconfianza y decepción.

—Dame una noche —dice, más suave—. Solo una.

—No. —Bajo la mirada, con la cabeza hecha un desastre.

No puedo más con la incertidumbre.

—Bebé… —suplica, sus ojos tornándose vidriosos—. No te tocaré, solo quiero enseñarte y que veas que esto no es tan malo como piensas. Quiero presentarte a los demás dioses, a clientes importantes. Que asistas a tu primer *Ritual.*

—¿De qué hablas?

—Es una fiesta que celebramos todos los sábados. Aquí hospedamos a cientos de clientes de todo el mundo —sonríe mientras desliza sus dedos en mis brazos, hasta llegar a mis hombros—. Todos nos adoran y nos brindan culto. Permitiré que te sientes conmigo en la mesa de los dioses. Bailaremos, y luego… te vas. Te lo prometo, ¿vale? Sin compromisos.

Lo miro con los ojos entrecerrados, sin poder creer que me está ofreciendo quedarme para saber más de su puta secta de psicópatas disfrazados de divinidades griegas.

Y entonces, me da un vuelco el corazón cuando recuerdo el restaurante en el que me crié en ruinas. A mi madre llorando desesperada, a mi padre con un ataque de ansiedad y yo… el miedo que siento cada vez que oigo un golpe en la puerta. Esas amenazas.

Aprieto los dientes, aún con la furia moliéndome las entrañas.

—O eres un iluso, o crees tanto en tu poder de manipulación que piensas que me convencerás para sentarme en la misma mesa con personas que me están amenazando de muerte —suelto—. Tú incluido.

Recuerdo lo que me prometí al principio de curso. Que este año no me metería en problemas y estudiaría para terminar la carrera. Me prometí que no sería esa chica alocada y risueña que solamente piensa en la diversión, en la moda y en los hombres.

—No, Bram —niego—. No me quedaré.

Él asiente y retira su mano de mí lentamente. Aprieta el puño por un momento y se aparta hacia una pared donde hay una repisa con máscaras doradas. Coge una de ellas, la más atractiva y bellamente adornada. Las piedras que bordean el antifaz brillan tanto como los diamantes. Podrían ser diamantes, ya no me sorprende nada de este sitio después de decirme que gente de todo el mundo viaja hasta aquí.

Me la tiende.

—Quédate solo una hora. Con esto puesto, reina. Por favor.

Miro el antifaz en su mano y trago en seco, dudando.

Joder. Ese antifaz es como la serpiente del jardín del Edén tentando a Eva. No sé a quién narices estoy intentando engañar: no es el puto antifaz, es él. Él es la puta serpiente.

—Buenas noches.

Me giro con la sangre fluyendo locamente en mis venas y la cabeza a punto de estallar. No quiero seguir tan cerca de la tentación, porque sé que caeré. Sé que, si sigo un minuto más en este sitio, tomaré ese antifaz, y cogeré su brazo. Y no porque sea lo correcto o porque le perdone, sino por ese lado mío que me cuesta tanto frenar: la curiosidad, el morbo, la lujuria.

—Te llevo, ¿vale? —oigo su voz detrás cuando abro la puerta de la habitación como un rayo—. No estás bien.

Siento su mano en mi brazo.

—Estoy perfectamente —miento, bajando la mirada para no encontrarme con sus ojos.

Es eso. No puedo huir de sus ojos, por más que quiera y eso hace que esté al borde de un colapso. Quiero llorar, quiero gritar, pero sobre todo quiero correr. Correr lejos de él, y de esta habitación. De esta versión retorcida del deseo.

—Roberta…

—¡No me toques! —le corto, alzando una mano—. No me sigas, Bram. No me presiones. Solo necesito… respirar.

Él se detiene, y por un segundo, juraría que no es el dios Hermes el que me mira, sino alguien tan perdido como yo.

—Y rompe ese maldito contrato, ¿entendido? —Lo amenazo con dureza.

—Te llevo.

—Te he dicho que no —susurro dolida, lanzándome deprisa a unas escaleras que veo a mi izquierda.

—Entonces uno de mis hombres te llevará.

No le respondo, tan solo bajo las escaleras con prisas, presa de las dudas y de estos sentimientos que me avasallan.

—¡JB! —dice cuando llegamos a una salida donde un grupo de tres hombres están hablando. Parecen agentes de seguridad porque son fuertes y llevan un auricular en el oído, parecidos a los hombres que siempre lo acompañan. A él y al senador, que curiosamente, es otro socio de este sitio.

—Mi dios… —Agachan la cabeza y no nos miran.

Lo prefiero así. No quiero que me vean, ni ellos ni nadie.

—Lleva a la señorita a la residencia que hay en la Calle Stanford, cerca de Harvard.

Me giro bruscamente y lo miro boquiabierta.

¿Cómo sabe dónde puñetas vivo? Jamás se lo he contado, pero a estas alturas nada me sorprende ya. Noa ha estado en mi cuarto hoy. Quizá fuese Liam el que se lo dijera, o quizá alguno de esos dioses que me están vigilando. Lo tenía que haber pensado desde el primer momento, cuando hace semanas me mandó los tulipanes y la pulsera. No sé por qué no me lo pregunté, pero ya lo veo todo claro. Quizá su objetivo desde siempre fuese obligarme a ser su sumisa en este sitio.

No intenta detenerme y solamente se queda apoyado en la entrada, casi en pelotas, con las manos en las caderas, sin decir nada. Salgo del hotel con pasos rápidos, casi torpes, porque me tiemblan las piernas. Mis tacones se hunden entre las piedras del camino que bordea el edificio.

—Por aquí —me dice ese chico al que ha ordenado que me acompañe.

Sé que es tarde y debo esperar que el taxi llegue, así que, si no me ha obligado a quedarme en este sitio, doy por hecho que no me pasará nada si me monto en el coche.

Dicho y hecho.

A los dos minutos, el vehículo sale por las puertas blindadas del hotel. Entonces, giro la cabeza para mirar hacia la entrada, pero Bram ya no está en el umbral. Sé que debe estar furioso, pero no es mi problema. No soy capaz de pensar con claridad, solamente me

llevo una mano al cuello cuando me empiezo a sentir asfixiada, y recuerdo sus palabras: *Firmaste un acuerdo de confidencialidad. Eso se ha convertido en un contrato.*

Dios. Un puto contrato.

Ese triángulo invertido en la carpeta de cuero me produce escalofríos, y ahora que lo pienso, es el mismo dibujo tatuado en su ingle, justo al lado del otro tatuaje de las serpientes enlazadas en un palo. ¿Puedo ser más idiota? ¿Por qué no lo relacione cuando en la fiesta de disfraces me mintió y me dijo que él era un simple cliente?

Estoy jodida.

Miro por la ventana, con la piel erizada, pero no por frío, aunque debería tenerlo porque no llevo ninguna chaqueta. Es el sentimiento de que me ha subido la tensión y, cuando el coche se adentra en la ciudad y pasamos por al lado del puerto, no puedo más.

—Para el coche —digo con voz tosca.

—Señorita…

El hombre se vuelve hacia mí, pero no le dejo hablar siquiera.

—Me quedo aquí, me está esperando una amiga. Buenas noches.

Necesito tomar aire y aclarar mis pensamientos. Hay personas que toman un trago, otras que se encierran en su cuarto y otras que se dan un paseo. Yo soy de las que van de compras y miran el mar durante horas. Y, teniendo en cuenta que la primera opción no es factible, porque todas las tiendas están cerradas, me queda la segunda.

Maldita sea.

Tras oír el coche derrapar, camino deprisa hasta el puerto, a una zona de rocas, apartada del muelle turístico, aunque se trata de una zona iluminada. Mi cerebro va a mil, pero el cuerpo no le sigue: estoy a punto de perder el equilibrio, de caerme en mitad de la calle. Camino a zancadas, sin rumbo, ignorando los coches que pasan, las luces de la ciudad, y las piernas me llevan al único sitio donde puedo respirar: la orilla.

Siempre ha sido así. En Staten Island, cuando era niña, había un muelle cerca de casa. Me sentaba en el borde con Massimo y contábamos los barcos que pasaban. Cuando todo se desbordaba y sentía que no podía más, simplemente huía al agua.

Y ahora, aquí en Boston, hay un rincón entre el puerto y una pequeña playa rocosa que descubrí sin querer el primer mes. Trepo con torpeza hasta una piedra plana que asoma sobre la orilla. Me siento ahí, abrazando las rodillas, con la mirada fija en la línea del horizonte, a mi izquierda. Lo he hecho ya miles de veces y sí, prefiero este sitio porque calculé que es el punto más cerca de Staten Island. O al menos, lo que imagino que es, porque Staten está a cuatro jodidas horas de aquí.

Las lágrimas me caen sin permiso. Lloro en silencio y aunque odio este tipo de dramas, solo dejo que me vacíen, una a una, mientras el mar ruge frente a mí como un animal en la oscuridad. Aun así, lo adoro. Algo bastante incongruente, ¿cierto? No entender, y sin embargo atraparte.

Justo como él… como Bram.

—Bonito disfraz.

No sé cuánto tiempo llevo aquí, pero la voz masculina que emerge de la nada, me sobresalta. Me giro bruscamente, y veo a alguien en la penumbra. No estoy segura de lo que estoy viendo hasta que percibo un cabello rubio.

—¿Liam?

CAPÍTULO 9



BERTA

Lo miro atónita. Reconozco a ese hombre que me citó ayer y que me acompañó hasta Staten, para ver a mi familia: Liam. El mismo tipo que me llevó en un helicóptero como si fuera su obligación, aunque no nos debamos nada.

Lo miro atentamente y noto que está empapado porque su pelo está mojado. Me parece ver que lleva el torso desnudo bajo una chaqueta de cuero que cuelga medio abierta, y una camiseta negra, mojada, arrugada entre sus dedos. Los vaqueros le chorrean hasta las botas.

Me intento levantar, pero él alza las manos con calma.

—Tranquila.

—¿Qué haces aquí? —susurro, bajando la mirada para ocultar mis ojos enrojecidos. No quiero que me vea así.

—Nada, paseando.

Frunzo los labios, sin poder creer que se quede porque al instante se sienta tranquilamente sobre otra roca. Se acurruca en ella como si este sitio le perteneciera tanto como a mí.

—¿Pero tú no tienes vida, o qué?

—No mucha —murmura, pasándose una mano por el cabello empapado.

—Ya veo —balbuceo irritada—. Te dedicas a asustar a la gente por la noche.

No digo nada más, y guardo silencio. No me apetece ver a nadie. Solo quiero estar sola.

—Pues no era mi intención, aunque hoy es *Halloween* —se ríe—. Creo que al menos hoy podría pasar desapercibido, sin que piensen que soy un psicópata.

—Lo dudo.

Pero él sigue, tan pesado como siempre.

—Simplemente me gusta el mar. Tiene buena acústica. —Se acerca un poco más a mí, disimuladamente—. ¿Estás bien?

Me encojo de hombros, evitando su mirada. Al instante tiemblo porque el frío se cuela entre las costuras del disfraz, y mis piernas desnudas empiezan a entumecerse. Entonces veo que, sin decir nada, el rubio se quita la chaqueta de cuero y me la coloca sobre los hombros.

—Tienes pinta de necesitarla más que yo.

—No la necesito —mascullo, quitándome la prenda, pero él ya se ha girado, ignorando mi comentario.

—¿Has ido a una fiesta de *Halloween*?

—No es asunto tuyo —replico.

Oh Dios. Tenso los labios y apoyo el mentón en las rodillas. Quiero que se vaya. Necesito que se vaya.

—Lo decía por el disfraz —matiza—. Te queda bien. Aunque te diré que esperaba cuernos más grandes.

Suspiro, harta de que incluso en la peor noche que estoy viviendo, él siga de buen humor y se muestre tan encantador. Y a la vez insoportable.

—¿Qué quieres?

Giro la cabeza en su dirección, amenazante. Él, en cambio se queda callado un segundo. Me mira, como si buscara las palabras exactas.

—Nada. Te he visto, y he pensado acercarme para saludar, por si necesitabas hablar.

—Pues no. No necesito a nadie.

—Entendido —dice, alzando las cejas, aunque no se mueve.

Se hace un silencio entre nosotros, solo interrumpido por el sonido del agua rompiendo contra las rocas. Me siento demasiado aturdida y cansada para darle conversación.

—Te mandé un mensaje ayer —añade—. Para saber cómo estabas.

—¿Con número oculto?

—No, no volveré a hacer eso. Además, dijiste que me responderías si te escribía desde mi número.

—Jamás dije eso.

—Entonces me lo imaginé. Tengo esa mala costumbre de escuchar lo que quiero.

—Deberías hacértelo mirar. —Lo miro de soslayo—. Y no estaría de mal que no aparecieras de improviso, en medio de la noche. Ya en serio… ¿qué haces aquí?

—Lo siento si te he asustado. —Alza la camiseta mojada—. Me estaba dando un baño. Suelo venir aquí por las noches. No está muy lejos de mi trabajo y me viene genial.

Tuerzo la cabeza y miro la colina a lo lejos, donde unos puntos centelleantes señalan el hotel *El Templo*. El Templo de los Dioses.

—¿Un baño a las once y media de la noche, en otoño? ¿No hace demasiado frío? —Lo miro por el rabillo del ojo.

—Podría decir lo mismo de ti —replica.

—No tengo frío.

—Ajam.

Me castañean los dientes, pero sé que no es solo por el frío.

—¿Cómo está tu familia? —pregunta, cambiando de tema.

—Bien —gruño, abrazándome con más fuerza.

Ni me muevo cuando él vuelve a colocarme la chaqueta en los hombros. El calor de su cazadora de cuero me hace temblar más.

—Vale —suspira—. Ayer me tuve que ir de Staten por un problema personal, y siento no haberme despedido —sigue, buscando disculparse, o poner excusas—. No quería molestar.

—Ni me di cuenta de que te fuiste —miento mientras me limpio la cara con la manga, torpemente.

—Estaba preocupado.

—No tienes por qué preocuparte. —Me levanto de golpe, dejando que la chaqueta resbale por mis brazos—. No nos conocemos y no sé por qué siempre me ayudas.

—Porque me sale así —responde con voz determinante mientras se pone de pie, casi a la vez.

—¿Por qué? —murmuro.

Nos quedamos mirándonos y, sin querer, mis ojos bajan a las gotas de agua que resbalan por su torso surcado de músculos. No tiene tatuajes, y solamente lleva el colgante de la horca, que brilla contra su piel. Él, empapado, con el torso al descubierto, recién salido del mar y yo disfrazada de una diablilla huyendo de su propio infierno. Menudo cuadro.

—¿Estás bien?

Parece sincero sí, pero aun así, no le creo. No me creo ya a ningún maldito hombre de este planeta, porque todos son iguales. Enseguida me aparto y camino a un lado, esquivándole, con las únicas ganas de pillar la cama y dormir hasta el infinito. O morirme ya.

—¿A dónde vas?

—A mi casa.

—Has llorado.

¿Será posible? No entiendo como este maldito hombre no se cansa de perseguirme. No lo entiendo.

—¡Ehhh! —Veo de reojo que se coloca la camiseta mojada al vuelo, y escucho sus pasos veloces detrás—. ¡Espera!

No le respondo, no estoy capaz de nada ahora mismo, tan solo agilizo el paso hacia la carretera. Necesito un taxi.

—¿Por qué has llorado?

—¿A ti qué te importa?

—Lo siento, pero me importa. ¿Qué puedo hacer si mi madre me hizo así, demasiado empático? —añade, tirándome del codo.

—Liam… —digo sin fuerza, y retiro mi brazo como si me estuviera quemando—. No necesito nada de ti, así que sigue tu paseo. Tú por tu lado y yo por el mío, ¿vale? Y más te vale que no le digas a tu *jefe* que me has visto aquí.

—Sabía que era por él —afirma, su rostro cambiando drásticamente—. Lo has visto.

Maldita sea. Lo miro sin aliento y bastante enfadada. Muy enfadada. Lo odio porque acierta, y porque sin conocerme de nada, me lee la mente.

—¿Has pensado que fue él quien pudo provocar el incendio de tu restaurante?

Mi estómago se encoge.

—¿Qué has dicho? —Alzo los brazos y me llevo las manos a la cabeza, más que nada porque el chico rubio me está diciendo lo mismo que yo he estado sospechando. Aunque no sabe ni la mitad. No sabe que Bram me acaba de decir que firmé un contrato sin ser consciente de ello.

—Que si has considerado que pudo haberlo hecho para acercarse a ti. Un movimiento estratégico. Suena como algo que él haría, ¿no?

—¿Y tú qué sabrás, chico?

—Cierto, no sé nada. —Levanta los brazos, con una mueca seria —. Solo soy un tipo mojado, al que le gusta bañarse de noche. Tienes razón.

—No necesito tus charlas graciosas.

—¿Qué necesitas, entonces?

Lo miro atentamente. Su pelo está pegado a la frente y sus labios entreabiertos por el frío. Sus ojos son tan jodidamente claros que incluso brillan en la oscuridad.

—¡Nada! —le grito desquiciada—. ¡Que desaparezcas de mi vista!

—*Ok*.

Me voy. Y, aunque no doy más de tres pasos sin sentir el peso de su mirada clavada en mi espalda, pronto lo oigo alejándose.

Respiro aliviada. Menos mal que me he librado de él.

Camino por la calle desierta, todavía temblando. El aire frío me quema los muslos, las luces de la ciudad parecen más lejanas de lo normal, como si todo se hubiese desplazado unos centímetros más allá. Y me pregunto cómo llegaré a la residencia a estas horas de la noche. Levanto el brazo y miro a ambos lados, después de al menos diez metros. Ni un puto taxi.

—Perfecto —murmuro para mí misma.

Entonces, el rugido de un motor me hace detenerme en seco. Giro la cabeza, molesta. Una moto negra avanza por la calzada con toda la calma del mundo, hasta que se detiene justo frente a mí. El piloto lleva el casco puesto, pero no hace falta que adivine quien es. Es él. Otra vez él.

—¡Por Dios!

El rubio se quita el casco con una lentitud premeditada, dejando caer su pelo húmedo y me dedica una sonrisa socarrona.

—Mira tú por dónde —dice, recostando un antebrazo sobre el manillar—. ¿Te he dicho ya que tengo un superpoder para detectar mujeres cabreadas caminando solas por calles desiertas?

—¿Te he dicho ya que me importan una mierda tus superpoderes? —respondo, cruzándome de brazos.

Nos quedamos los dos en medio de la calzada, de noche y con un frío que hiela.

—Lo siento, rubia. Cuando alguien me dice que no, mi cerebro lo traduce como *insiste más.* —Se encoge de hombros con aire cínico —. Además, hace un frío de cojones y no hay ni un taxi libre. ¿Me vas a negar que es el destino?

—¿El destino? —repito con desdén—. Me estás vacilando.

—Solo un poco. —Hace girar las llaves de la moto con el dedo índice y saca un casco de la parte trasera—. Pero si te subes, prometo no abrir la boca más en todo el viaje.

—Dudo que seas capaz de cumplirlo.

—¿Eso es un sí?

—Es un no, en mayúscula. —Pongo los ojos en blanco y sigo caminando, pasando de largo.

—O me dejas llevarte o llamo a tu padre y le digo que estás disfrazada de diablilla dando vueltas por el puerto a medianoche.

—No tienes su número.

—No subestimes mi capacidad para conseguir información solo para tocar las narices.

Suspiro, cansada hasta las narices de este hombre, pero aun así, mis labios se curvan con una sonrisa involuntaria. Él la ve, por supuesto. Al macarra gracioso no se le escapa ni una.

—No hablarás. —Alzo un dedo.

—Prometo que no abriré la boca.

—Ni una sola palabra —le advierto mientras cojo el casco que me tiende, con resignación.

—Ni una. Voy a ser el chófer más sexy y silencioso que hayas tenido nunca.

—Y no te hagas ilusiones conmigo, eh.

—¡Jamás! —responde con una inocencia fingida—. Agárrame con toda la confianza, y si me tocas más de lo políticamente correcto, juro por Dios que pensaré que es por culpa de un bache.

—Liam… —bufo de nuevo—. ¿Quieres que me arrepienta?

—No —dice deprisa cerrándose la boca con una cremallera imaginaria—. De verdad que no soy tan malo en eso de guardar silencio.

Me señala su moto con un movimiento de cabeza.

—Por ahora lo eres, y te estás ganando una patada —le digo, subiéndome con desgana y colocándome el enorme casco.

—Avisa si va en la entrepierna, que tengo que mentalizarme.

Me subo detrás de él con un bufido. Enlazo las manos en su cintura y coloco la cabeza en la chaqueta de cuero. Sus músculos se mueven bajo la cazadora mojada mientras arranca. Cuando la moto

empieza a avanzar, siento el viento azotándome el cuerpo y me obligo a cerrar los ojos.

Es una sensación rara. Extrañamente liberadora.

Durante el trayecto, él no dice nada, y lo peor de todo es que cumple su promesa. Ni un comentario, ni un chiste. Ni un maldito susurro.

Intento no pensar demasiado, solo me agarro a su cintura. No lo suficiente como para que piense que me aferro a él, pero tampoco como para caerme. Entonces, lo huelo sin querer: sal marina y un toque cítrico, como si acabara de salir del mar con medio limón en el bolsillo. Me cabreo. Me cabrea aún más que su olor me guste. Y ahí, en medio de esa absurda tormenta aromática y emocional, mi mirada se posa en un detalle: una pequeña insignia plateada en el lateral del casco. Apenas un símbolo, una letra griega tallada con precisión: *Π.* ¿Se trata del *número Pi* que todo el mundo conoce?

Ni idea, y no tengo más ganas de pensar.

Pasados unos quince minutos, aparca frente a la residencia y me bajo sin mirarlo. Le dejo el casco de mala gana, pero él lo recoge como si le acabara de dar una flor. Con la misma sonrisa extraña y jocosa en los labios.

—Gracias —digo, mirándolo de soslayo.

Se apoya en la moto con un codo y parece relajado y expectante.

—¿Gracias? ¿Tú? ¿Y sin insultos? —se ríe, visiblemente afectado —. ¡Qué noche tan mágica!

—Eres idiota.

—Uf, eso me ha dolido. —Se lleva la mano al pecho como si le doliera de verdad—. Pero si alguna vez quieres repetir, ya sabes, estoy disponible para paseos, confesiones e insultos frente al mar, viajar en una moto, y pa...

—Ni lo sueñes.

—Entonces llámame solo si necesitas que le pegue un tiro a alguien, o que te ayude a *hackear* la NASA. O si te apetece desayunar con alguien que sabe freír huevos sin quemarlos. ¡En fin,

lo que sea! —dice con una risita y una energía desbordante, más de la que yo suelo tener—. Mi *Instagram* está abierto, *¿ok*?

—Liam...

—Ya, ya. Me voy.

Pero justo antes de que se ponga el casco, lo veo girarse.

—Ah, y por cierto, si alguien pregunta, yo no te he visto. Y tú a mí tampoco. Esto ha sido solo un sueño húmedo y frustrante.

Sonrío tras escuchar sus palabras, mientras camino hacia la entrada de la residencia.

—¡Más bien lo segundo! —respondo moviendo una mano, entrando al portal.

Oigo el motor detrás, pero no me vuelvo, ¿por qué lo haría? A ver si así entiende que no tiene ninguna posibilidad conmigo y que no le necesito en absoluto. Lo único que necesito es llegar a mi habitación y tirarme en la cama.

Abro la puerta del piso de la residencia y me quito el disfraz a toda prisa. Todo me asfixia y tan solo necesito una ducha caliente y librarme del frío que llevo en los huesos.

Tras asegurarme de que la puerta está cerrada y que nadie me ha seguido, me dejo caer boca abajo en la cama. Lo primero que veo al encender el móvil son varias llamadas perdidas.

Seis en concreto. De Bram.

Joder.

Resoplo mientras me pongo de pie, aún con las bragas puestas, y me dirijo al pequeño armario de la cocina con el móvil en la mano. Lo abro sin pensar, buscando algo de consuelo en forma de carbohidratos baratos, pero mis dedos se deslizan hipnóticamente por la pantalla. *Instagram*.

Una notificación nueva. Alguien me ha agregado. O más bien me agregó ayer. Liam Welson.

«Parece que el guardaespaldas ha decidido salir del anonimato», pienso.

Muevo el dedo en la pantalla y veo sus fotos. El rubio sale en la foto de perfil surfeando, con el torso mojado, el pelo más despeinado que de costumbre y esa media sonrisa suya, jocosa y a la vez sexy.

Deslizo hacia abajo. Una foto con su moto, otra en un mirador en Perú, otra en Colombia en un bar. Otra en Ibiza, y otra en Nueva York, vestido elegantemente, con un grupo de hombres que no me suenan, aunque todos tienen pinta de haber salido de una agencia de modelos con un gran poder adquisitivo. Y lo digo porque están posando justo en una calle concurrida de Wall Street, que la visitan solamente los que tienen cuentas bancarias engrosadas por los mercados bursátiles.

Me resulta raro, porque él es agente de seguridad, pero al mismo tiempo se me ocurre que quizá esté escoltando a algunos de esos tipos trajeados.

Veo otra en un campo de tiro. Va vestido de negro, con gafas oscuras y una pistola en la mano. Es preocupante lo bien que se le ve, como si estuviera más cómodo sujetando eso, que con una hamburguesa de *Carl´s.*

No sé si busco distracción, pero me sorprendo cotilleando su perfil como una acosadora. Le daría un *like*, pero mejor no.

Y después está la foto del perro. Un bicho enorme, marrón, y con orejas caídas, que parece una mezcla entre un león tibetano y un peluche. Leo el pie de la foto: *Zeus cumple dos años. Aún piensa que es un gato.*

¿Zeus? Claro. Me pregunto si sabe a lo que se dedican sus jefes, o si sigue pensando que está trabajando en un hotel normal y corriente.

Me detengo en esa imagen más de lo que debería. Hay algo en ella —o en él— que no encaja con el cliché de tipo duro. Después veo el mensaje del cual me ha hablado esta noche. Un mensaje privado, enviado anoche, a las 2:02.

¿Estás bien? Me he tenido que ir por una urgencia. Aunque no duermo bien desde que te he dejado allí. Zeus

tampoco.

Hay una foto suya y del perro, junto al mensaje. Lo leo dos veces. Tres. Vale, me ayudó llevándome a Staten en un helicóptero, pero el hecho de que haya pensado en mí a esa hora, me confunde. Lo que más me abruma de este chico es su aura seductora y protectora al mismo tiempo.

«Respira, Roberta. Venga.»

Cierro *Instagram* de golpe intentando protegerme de lo que empiezo a sospechar: ese tío me va a joder el sistema nervioso más que los exámenes finales y Bram juntos.

Menudo lío.

Me meto una galleta en la boca como si fuera un antidepresivo y decido que necesito una ducha. Urgente. Suelto el móvil sobre la encimera con el mismo dramatismo que si fuera radioactivo. Me acerco al espejo del baño y me obligo a mirarme. Tengo los ojos algo enrojecidos y las mejillas encendidas. Me froto la cara con fuerza y empiezo a llenar la bañera. Agua caliente, mucha espuma y cero hombres en mente. Esa es la receta.

Media hora después, apago el grifo, me envuelvo en una toalla blanca y salgo de la bañera mientras me seco el pelo con otra. Y, de repente, un pitido rompe el silencio. El corazón me da un vuelco tan violento que la toalla se me resbala un poco.

Me tranquilizo pensando que son mis amigas del grupo de *Los Fantásticos de H* —el grupo de *WhatsApp* que tenemos—. Camino descalza por la habitación hasta la cama y cojo el móvil para leer el mensaje que me acaban de enviar.

Estás preciosa con esa toalla. Una pena que la belleza no sea eterna. Una navaja no tarda más de tres segundos en desfigurar un rostro.

Número oculto.

¿Qué?

Me llevo una mano al pecho y me miro. Llevo una toalla. Ahora mismo. Y eso significa que…

—Mierda —susurro, alzando la cabeza lentamente hacia la ventana.

Me tiemblan las manos. El móvil casi se me escurre entre los dedos. Trago saliva y noto el pulso desbocado en la garganta. Quiero gritar, pero ni siquiera puedo abrir la boca, así que pienso en llamar a Rebe, a Lyn, a cualquiera… pero el miedo es tan físico que me deja pegada al suelo. Solo puedo mirar el mensaje una y otra vez, como si las letras fueran a saltar de la pantalla y pudieran cortarme el rostro.

Me armo de valor y camino hacia la ventana, casi sin respirar. Mi mente piensa que cualquier ruido podría alertar a quien está ahí fuera, mirándome.

Maldita sea. ¿Quién hay ahí? ¿Y si me está mirando justo ahora?

Me asomo un centímetro. Luego otro. La cortina ondea con la brisa que entra por el marco ligeramente abierto. Me acerco del todo, temblando, y deslizo la tela hacia un lado con los dedos tensos.

Afuera no ocurre nada fuera de lo normal. Todo está oscuro y tranquilo, como siempre. Las farolas iluminan algunos puntos: el banco donde suelo tomarme el capuchino con Lyn, el paso de cebra que da a la biblioteca, la esquina del jardín con los setos altos. Un coche pasa, lejano, sin detenerse. Una sombra camina con prisa, y se trata de una chica; o eso parece. Lleva auriculares y no levanta la vista.

Cierro la ventana de golpe y el marco cruje. Corro las cortinas con las dos manos, como si fueran un escudo, y retrocedo de espaldas hasta chocar con la pared.

—Tranquila, Roberta. No pasa nada… —murmuro mientras mi mente repite eso de lo que quiero huir, en bucle: me han visto.

Alguien estaba mirando, y sabía que llevaba una toalla blanca.

Siento el pulso en los oídos, en el pecho, en las sienes. El teléfono sigue apretado en mi mano. Lo miro, pero no hay nada más, solo ese mensaje. Entonces, me obligo a volver a la cama para

sentarme, pero en cuanto cierro los ojos, lo veo escrito otra vez en mi cabeza:

Una navaja no tarda más de tres segundos en desfigurar un rostro.

Me aprieto las mejillas con las manos, como si pudiera protegerme.

Cierro los ojos, y me repito una y otra vez que nadie puede entrar, y que estoy a salvo. Mentiras útiles, claramente. Y de la nada… un sonido parecido a un leve *clic*. Como el de una cerradura mal cerrada, o abierta.

—Joder —digo cuando veo el mango de la puerta moverse con fuerza.

Corro deprisa hacia la puerta y tomo un jarrón de la mesa donde hasta hace poco estaban las rosas multicolores que el profesor Woods le envió a Lyn. Empiezo a temblar mientras me escondo detrás. Siento que el corazón me saldrá por la boca de un momento a otro.

Otro tirón fuerte y un golpe sonoro me sacan un grito que enseguida ahogo con una mano. Siento los dedos entumecidos en el jarrón, pero no pienso venirme abajo. No, maldita sea. No ahora.

Y después… silencio.

Miro el mango con atención, aguantándome la respiración. Ni parpadeo.

—Berta, ¿estás?

—¡Ohhh, joderrrrrr! —Doy un respingo violento hacia la pared, estampándome casi contra el muro.

Me acerco a la puerta sin aliento.

—¿Pam? —pregunto con voz temblorosa, pegando el oído.

—Joder, sí, soy yo... —responde la voz, más cerca ahora—. Estoy en la mierda, tía. Necesito hablar contigo.

La escucho trastabillar al otro lado, y reconozco el sonido torpe de su sandalia cayéndose. Me relajo un poco, lo justo, pero la

tensión no se va.

—Abre, porfa. Me siento fatal por lo que hice —murmura, con voz borracha y llorosa.

Me paso una mano por el pelo, intentando serenarme mientras abro la puerta. Pamela está delante de mí con su disfraz de abeja Maya hecho un desastre: las antenas torcidas, un ala rota colgando por un hilo, el mono de rayas desabrochado de un lado y el maquillaje amarillo mezclado con rímel, como si hubiera llorado. Me mira, pero antes de abrir la boca para decir algo más, sus ojos se clavan en algo.

—¿Qué es esto?

Cambia el tono de voz y agranda los ojos, señalándome la puerta de mi habitación.

—¿Qué? —pregunto, sin moverme.

—Esto.

Al nivel de la mirilla, hay un triángulo invertido pintado con algo que parece tiza roja o pintura gruesa. Roja como la sangre. Bajo él, hay letras griegas deformadas. *NYMΦH.*

—*Ninfa* —leo en voz alta.

La imagen me taladra los ojos y se me contrae el estómago. Pam levanta la vista, y nuestros ojos se cruzan. Ya no parece borracha, o si lo está, se le acaba de pasar el efecto del alcohol. El miedo es el mejor antídoto.

—Tía —murmura—. ¿Esto estaba aquí antes?

No respondo. Solamente miro el triángulo fijamente. El trazo rojo aún brilla, pegajoso, como si alguien acabara de dibujarlo hace un minuto. No soy capaz de hablar, tan solo pienso y asimilo la realidad: no importa lo rápido que corra o lo alto que grite, siempre van un paso por delante.

Soy un objetivo.

Soy el objetivo de los dioses del hotel *El Templo.*

CAPÍTULO 10



BERTA

El móvil vibra en la mesita de noche. No debería ser legal que un lunes empiece con una llamada.

Gimo, me doy la vuelta sin abrir los ojos y tanteo la mesita hasta que lo encuentro. Lo miro entrecerrando un ojo.

—¿Sí? —respondo con la voz rasgada, aún pegada a la almohada.

—*Sono io*[5]*.*

Parpadeo.

—¿Papá? ¿Qué hora es…?

Me froto la cara, intentando desperezarme, pero su suspiro al otro lado me congela el pecho. Es el tipo de suspiro que precede a los problemas, así que me incorporo en la cama, muy tensa y espero, atenta a sus palabras.

Giro la cabeza lentamente y miro hacia la cama de Lyn. La santurrona sigue dormida, con medio cuerpo fuera del edredón, abrazando el cojín, y los auriculares todavía puestos. Ronca suavemente y sé que está reventada después del viaje a Miami. Hoy es lunes y me muero de ganas de que me cuente más detalles.

—Hija…

Me pongo de pie en silencio, cojo el móvil y entro al baño, descalza. Cierro la puerta con suavidad y me siento en el borde de la bañera.

—¿Qué pasa? —pregunto, ya con la voz más clara.

—Alguien ha pagado el desastre. ¿Sabes que el seguro no ha querido cubrir todos los gastos porque, según ellos, fue negligencia nuestra? ¡Cabrones de mierda! —dice mi padre.

—¿Qué? —susurro.

—Lo que has escuchado —sigue—. No sé quién, pero han pagado los daños del restaurante, *bambina*[6]. Todo. Reparaciones, equipo, gastos, e incluso han dejado un cheque adicional.

Tardo unos segundos en reaccionar. Me froto la frente, como si pudiera borrar la información. Debe haber sido Bram, porque es el único tipo podridamente rico que estaría dispuesto a regalar miles de dólares por algo ajeno.

Mi estómago se cierra como una trampa letal, intentando asimilar las palabras de papá.

No, no se trata de regalos, me quiere a mí dentro de ese sitio. Es un favor a cambio de mi obediencia. Sin duda, no tiene pinta de que Bram lo haya hecho gratis, pero esto también me indica que verdaderamente él no está detrás del incendio y que lo que me contó anoche sobre esas personas que me amenazan es cierto.

—Ten cuidado —oigo la voz ronca de mi padre—. Nadie da tanto sin esperar algo a cambio.

—Papá…

—¿Me oyes? Confía en quien te merezca, no en aquellos que te intentan comprar, *va bene?*[7]

—Yo… —digo nerviosa—. No es lo que te imaginas.

—No sigas, hija.

—Vale, pero no te enfades. Te prometo que no sé nada de esto.

—¿Quieres que no me enfade? —pregunta mosqueado—. Aún debes contarme cómo se te ocurrió presentarte con dos hombres distintos en mi casa en menos de una semana.

Me muerdo el labio inferior al oír su tono autoritario, y siento que está decepcionado.

—¿Y mamá? —intento cambiar de tema, aun cuando las lágrimas me invaden.

—*Mamma* está bien, ¿pero cómo estás tú? —añade después de un segundo.

—Estoy bien.

Guarda silencio por unos instantes y exhala el aire con fuerza. Hasta parece que lo tengo delante de mí, porque me imagino su rostro serio mientras me regaña y se rasca la barbilla.

—Me estás mintiendo, te conozco. Solo hablabas así cuando llegabas llorando del instituto y te encerrabas en tu cuarto, ¿te acuerdas?

Me dejo caer hacia atrás, apoyando la cabeza en los azulejos fríos.

—Solo estoy cansada. —Cierro los ojos—. Nada más, papá.

—Eh —dice con dulzura—. Cuídate. *Ti voglio bene, lo sai?*[8]

—Lo sé.

—Ahora vuelve a dormir, *mio cuore*[9].

—Ohhh… —me trago las lágrimas con un suspiro hondo—. Gracias.

—Sabes que eres la princesa de papá. Te prometo que reconstruiremos el restaurante.

Cuelgo con una media sonrisa. Papá jamás ha prometido algo y no lo ha cumplido, y sé que, si siempre lo ha hecho, esta vez pondrá todo su empeño para levantar de nuevo nuestro restaurante.

Me levanto de un salto, aún con un horrible nudo en el pecho. No volveré a dormir, aunque hoy entre más tarde a clase. Vale. Sé que tengo que aclarar esto, y ya.

Cuando salgo del baño, le echo un vistazo a Lyn, que duerme hecha un ovillo. Me visto a toda prisa con una camiseta rosa de cuello en v, y unos vaqueros azules muy ajustados. Cojo mi bolso favorito, de *Loewe*, y una chaqueta vaquera, mientras saco el teléfono móvil. Llamo a Bram, pero está comunicando.

Segundo intento. Nada.

«Contesta, joder.», le ordeno mentalmente.

Le escribo a Rebe: **¿Está Bram en clase? Dime que sí.**

Su respuesta llega con un *sticker* de un unicornio bostezando: **Estamos en Derecho Penal. ¿Por qué?**

Perfecto. Una clase sobre crímenes, nada podría ser más apropiado.

¿Berta? —escribe Rebe, pero no le respondo. Ni siquiera me detengo a pensarlo. Salgo como un rayo, echando una última mirada a la puerta de la residencia —la misma que estuve limpiando anoche con estropajo y lejía para borrar el maldito símbolo griego.

Salgo fuera, pero no antes de mirar por todos lados. El frío de la mañana me corta las mejillas, y muy pocas veces me he despertado tan temprano para ir a clase; hoy lo he hecho por una buena causa.

Camino rápido, pero mis pensamientos van aún más rápido: el mensaje, la amenaza, las letras rojas, la palabra *NINFA* escrita como un sello de propiedad. Confieso que no he dormido en toda la noche porque no he parado de tener pesadillas con alguien encapuchado siguiéndome, atrapándome y cortándome la cara con una navaja. Instintivamente, me llevo una mano a la mejilla mientras me dirijo a la Facultad de Derecho de nuestro campus, en lugar de a la mía. Sé que debo solucionar esto antes de que llegue el profesor Woods. A primera hora tenemos Finanzas y me niego a quedarme fuera del aula.

«Pero ahora céntrate, Berta», me digo.

Si Bram está detrás de todo, quiero una respuesta. Ahora.

El edificio de Derecho está en silencio cuando entro. Se nota que ya están en clase, y tengo suerte de que el profesor de Finanzas nos avisara que llegaría media hora más tarde, de lo contrario, debería estar en otro lado ahora mismo, y no aquí.

Debo llegar al aula 109, en la primera planta. Lo recuerdo porque visité a Rebe varias veces el curso pasado.

Subo las escaleras de dos en dos. Tomo una bocanada de aire y toco en la puerta dos veces. Cuando la abro, todos se giran.

—Buenos días.

El profesor se interrumpe a mitad de una explicación y veo escrito en la pizarra *jurisdicción*. El hombre cincuentón se quita las gafas cuando me ve y agita unos folios en la mano. Localizo a Rebe deprisa, en la cuarta fila, mientras avanzo unos pasos dentro del aula. Mi amiga hace una señal con los ojos, como diciendo *¿qué coño haces?*

Enseguida veo a Bram en la primera fila. Este tarda una milésima de segundo en reaccionar, y se tensa cuando nuestras miradas se cruzan. La mandíbula se le mueve con un crujido, es un *tic* sutil que sólo notas si ya lo has visto desnudarse contigo. Va con una americana de *tweed* de color negro y una camisa blanca —sin corbata—. La camisa se ajusta a su pecho fuerte y muestra parte de sus tatuajes debajo. Lleva unos dos botones desabrochados y el pelo perfectamente peinado; aun así, ese mechón rebelde de color negro azabache cuelga en su frente.

Bram Sander podría pasar perfectamente por el prototipo de estudiante brillante de Harvard, sin que nadie sospechase lo que oculta. Analizo los rostros de sus compañeros, todos embobados, mirándome, y me pregunto si parte de esas personas que participan en las fiestas lujuriosas son sus propios amigos, o incluso compañeros. Hasta dudo de los profesores. Si el senador Sander, es uno de los dioses de *El Templo,* ¿por qué no podría serlo este profesor mismo? Tiene cara de viejo verde.

—¿Señorita?

Vuelvo a la realidad.

—Disculpe —digo, aclarándome la garganta—. Soy la asistente de prácticas del Decanato. Necesito al señor Sander para una gestión urgente.

El profesor duda, pero Bram no, porque ya se ha levantado sin soltar ni una sola palabra. Tampoco pide permiso. Con la misma arrogancia y aire de superioridad de siempre, recoge su cuaderno y un libro, además de una carpeta de cuero negro, muy elegante. Y cuando sale del aula detrás de mí, el profesor no se atreve a abrir la boca. No me extraña, todos saben quién es.

Me doy cuenta de la tranquilidad que destila, como si no le sorprendiera en absoluto la visita. Pero cuando la puerta se cierra tras él, su tono cambia.

—¿A qué se debe este honor? —pregunta sonriente mirando ese eterno reloj que tiene en la muñeca y veo que presiona un botón—. Y dilo rápido porque dentro de nada tengo un examen.

—Ven conmigo.

Lo empujo hacia el final del pasillo, donde los servicios de los estudiantes deberían estar vacíos a estas horas. Él no dice nada, solamente me sigue y entra. Cierra la puerta y se apoya contra ella.

—¿Pagaste tú los gastos del restaurante de mi familia? —disparo cuando oigo el *clack* de la puerta.

Se cruza de brazos y me mira con el cejo fruncido, sus facciones tensándose drásticamente.

—Y yo que pensaba que me estabas echando de menos.

Parpadeo, decidida a no perder el tiempo.

—Los pagaste, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—Papá me acaba de llamar y me ha dicho que alguien lo ha pagado todo, Bram. Sé que has sido tú, no podría ser nadie más.

Se calla, pensativo, analizándome como si estuviese en otro planeta. Quizá se ha metido una raya a primera hora de la mañana y de ahí su comportamiento.

—¿Qué pretendes, eh? —Alzo la voz, irritada—. ¿Comprarme?

—¿En serio crees que esto va de ti?

—Es mi puto restaurante. Y tú lo pagaste todo, ¿por qué? —insisto—. ¿Quieres que me sienta en deuda contigo para convencerme ir a ese… sitio?

Él baja la mirada un segundo. Y no, no necesito su respuesta. Sé que hará todo lo posible para convencerme de unirme a ellos y respetar ese contrato.

—Anoche recibí un mensaje —le digo en voz baja, a unos centímetros de su rostro—. ¿Pero qué te voy a contar a ti? Sabes perfectamente lo que ponía.

—No, no lo sé, Roberta…. —suspira tenso—. Aunque no me creas.

—Me dijeron que estaba preciosa con la toalla puesta. Que una navaja tarda tres segundos en desfigurar un rostro.

Sus ojos cambian. No se inmuta físicamente, pero su mirada se afila.

—Alguien estaba ahí fuera, vigilándome, ¡joder! —continúo.

—¿Qué?

Avanza en mi dirección, escaneándome con esa mirada gélida. Sus gestos denotan preocupación, midiendo cada centímetro de mí. Sus rasgos se tuercen como si le sorprendieran mis palabras, y juro que su actitud es una dura bofetada.

—No, esto ya no es una maldita amenaza —sigo, con la misma firmeza en mi voz—. Marcaron mi puerta con pintura roja. Escribieron una palabra griega, y me dejaron un triángulo al revés. ¿Te suena?

—¿Qué ponía?

Se sigue haciendo el ingenuo y eso me cabrea más. Me río desquiciada en su cara, pero él no responde.

—No sé qué coño está pasando en ese hotel, pero ya basta. Detén esto, Bram. Si esto viene de ti o de los otros socios de ese puto infierno que tenéis montado ahí dentro… detenlo. O juro que voy a ir a la policía. Hoy mismo.

Él me aprieta los hombros y se agacha sobre mí, aunque intente huirle. Ahora está lo bastante cerca como para que huela ese perfume embriagador, jodidamente masculino, y que no tiene nada que ver con el olor a cítricos de Liam.

—Aún no lo entiendes, ¿verdad? —dice en un susurro—. Veo que nada de lo que te dije anoche te sirvió.

Me separo de él y poso las manos en las caderas. Aprieto los labios, encolerizada.

—Explícamelo entonces.

Silencio.

Me mira fijamente, con un vacío extraño en su mirada. Ni siquiera tiene esa mirada diabólica a la que me tiene acostumbrada.

—¿Crees que puedes comportarte así cuando lo único que he hecho ha sido protegerte?

—Si me hubieses querido proteger, no me hubieses llevado allí, y no me hubieses mentido.

—¿Sabes cuál fue mi mayor error? —habla como si yo le estuviera haciendo daño a él—. Que me mostré tal y como soy. No te dije nada porque te quería mostrar una parte de mí y porque no era peligroso.

—No lo era… —murmuro—. Tú lo has dicho.

—Por supuesto —dice con un gruñido, como si su cabreo aumentara—. No era peligroso porque nada de esto debía pasar. Yo solo quería que descubrieras por ti misma quién eres y que me perteneces, ¿te lo tengo que repetir?

—No, no me lo tienes que repetir. Solo quiero que detengas ya esta mierda.

—No puedo… —dice con el rostro desencajado—. Noa lo jodió todo, ¿comprendes?

Me lanza una mirada escalofriante.

—Y eso significa que ya no tengo opciones.

No sé cómo hacer para explicarle que no quiero saber nada de él y de ese sitio. Que solo quiero vivir en paz.

—Tienes opciones, Roberta. Siempre las has tenido. Lo que no tienes es… información.

—Pues dámela.

Bram suspira, gira un poco el rostro, y suelta eso que tanto necesitaba.

—Mis hombres han localizado una grabación de la noche del incendio. No de las cámaras públicas, porque las grabaciones ya no están. Son imágenes de un dron de seguridad de una empresa privada de mensajería. Se ve a alguien merodeando alrededor de tu restaurante. A eso de las seis de la tarde. Poco más de una hora después empezó el incendio.

—¿Y?

—Estamos rastreando quién podría ser. Jack cree que podría tratarse de alguien interno, pero yo no descarto a un capo italiano que anda pisándonos los talones desde que nuestro líder asesinó a su hermano en el Bronx.

—¿El tipo ese que nos atacó en el restaurante?

—Ese mismo. El capo de los Gambino.

—¿Y qué tiene que ver conmigo y con ese hotel?

—Nada, bebé —dice cariñosamente—. Solo está siguiendo las pistas de todos los miembros de nuestro clan, y de aquellas personas que son importantes. Y tú eres una de ellas.

Me quedo boquiabierta. Bram me dice todo esto sin parpadear, y sin cambiar el tono. Hasta parece que está recitando un parte médico.

—¿Y si fuiste tú? —le pregunto respirando hondo, con las palabras de Liam aún rayándome el cerebro: *¿Has pensado en que Bram haya provocado el incendio de tu restaurante?*

Entonces, su expresión cambia.

—¡Ah, por Zeus! —exclama dramático—. Odio repetirme, ¡maldita sea! Ya te dije que no fui yo.

—O no sé, alguien a quien tú mandaste —finalizo, bajando el tono—. Alguien que obedece tus órdenes.

Un segundo de silencio mientras nuestras respiraciones se entremezclan y sus labios se aprietan. Y luego, explota. Pero, como siempre, a su manera: lanzándome palabras como puñales y sin subir el tono. De hecho, no necesita subirlo.

—¿Sabes qué es lo peor de ti? Que tu mente te dice que me veas como un enemigo, pero tu corazón sabe que te estoy diciendo la verdad. —Sus mejillas se ruborizan y su mirada se afila—. Y mientras te aclaras, me acusas como si nunca te hubiese salvado la vida. Como si nunca hubieses estado en mis brazos.

Tiemblo de rabia cuando él da un paso más. Está tan cerca que noto el calor de su cuerpo en el mío, aunque todavía no me haya tocado.

—Si hubiese querido obligarte a entrar ahí, lo habría hecho. ¿Quieres saber cuándo? La noche en que Noa se cortó las venas. En mi puto cumpleaños —subraya—. Esa noche tenías miedo, estabas vulnerable. Podía haberte llevado al *Templo*, podía haberte encerrado en mi habitación. Y créeme, nadie te hubiese encontrado jamás.

Me quedo helada.

—Bram…

Él sigue.

—Pero no lo hice. Porque no quería tenerte así. Quería tenerte sabiendo que me habías perdido y que me necesitabas. Que tu vida sin mí era un error. Quería que lo entendieras ignorándote y guardando silencio. ¡Aunque por dentro me muriera de ganas de verte y darte un puto beso! —Golpea con la palma la puerta que hay detrás de mí—. Como ahora…

Su mirada baja a mis labios, y eso me hace temblar.

—Ya ves lo que es un beso en mi mundo, cielo. No es nada…

—No sigas, por favor —imploro, haciéndome pequeña.

Porque está tan cerca de mí, que sé que podría hacerlo en cualquier momento. Darme ese beso que él está deseando. Que yo deseo, a pesar de todo.

—Quería que entraras en ese sitio y miraras a tu alrededor sabiendo que todo es tuyo, porque tú eres mía, Roberta.

Me llevo una mano a la frente.

—Soy así de retorcido, sí —él sigue—. Así de real.

Trago saliva por lo abrumada que estoy. Porque es el único maldito hombre en el universo que me hace vibrar el corazón en el pecho y funde cada centímetro de mi cuerpo, como si se tratara de una forja. Y eso me debilita y me hace daño.

—Y ahora basta —dice más suave—. Basta de hacerte la víctima cuando sabes que este mundo no está diseñado para ser justo. Estás dentro, y ahora no puedes salir sin pagar un precio.

—Sois unos… cabrones.

Bram sonríe despiadado, pero también jodidamente guapo e irresistible.

—Mírate.

Y entonces me sujeta por los hombros, me gira bruscamente y me inmoviliza con fuerza contra el lavabo, embriagándome al completo. Me presiona desde atrás, rodeándome la cintura con una mano y pegándome contra el mármol. La otra sube por mi brazo hasta mi barbilla, y me obliga a alzar la mirada.

—Mírate, Roberta. Y mírame cuando te digo que no permitiré que alguien te toque. Nadie tocará este rostro.

Quiere que me mire en el espejo y que me vea ahora mismo: los ojos abiertos como platos y la respiración descontrolada. También quiere que lo vea a él, detrás de mí, dominante y altivo, como él es.

—Acabas de decir que no puedes hacer nada en contra de ellos.

Se ríe y sus ojos vuelven a adquirir ese brillo demencial, digno de alguien cruel y sin escrúpulos.

—Esta es mi película, bebé —me susurra al oído—. Yo soy el director, el protagonista y el crítico principal. El mundo es mi escenario, y las personas… —suspira— meros actores. Pero tú no eres una más. No hay lugar para ti fuera de mi historia, porque sin ti, no hay guion que tenga sentido, ¿comprendes?

Mi garganta se seca y, al intentar moverme, él me frena. Me tiene apretada contra sus pectorales de acero y me besa la mejilla delicadamente. Sus labios me rozan la oreja y bajan suavemente por mi cuello. Y entonces, siento que la razón me abandona.

Joder. Mi vientre se contrae. Solo con él y solo por él.

Giro la cabeza velozmente cuando desliza los dedos hasta el botón de mi pantalón vaquero, sin apartarme la vista en el espejo.

—¿Qué haces? —digo, apretando su muñeca.

Sin embargo, él es más fuerte y me atrapa el antebrazo con su otra mano. Enseguida me baja la cremallera del pantalón, con un movimiento ágil.

—Nunca me han gustado los pantalones en una mujer. Y las bragas menos. No las soporto.

—¿Qué coño… haces?

Lo fulmino con la mirada y ejerzo presión, pero parezco enterrada en hormigón, con él limitándome las manos.

—Y ahora dime… —dice bajito—. ¿No me echas ni un poco de menos?

Me tiene retenida entre su cuerpo y el mármol como si no existiera el aire, ni la universidad, solo ese perfume a testosterona que me enloquece. Mis pechos suben y bajan deprisa dentro de la camiseta ajustada. Mis mejillas estás rojas, y el cuello expuesto. Tengo la boca entreabierta y Bram…Dios. Bram está detrás de mí, con una mano en mi vaquero, firme e imperturbable.

—¿No me has añorado ni un poquito? —insiste mientras presiona sus dedos justo sobre mis bragas. Un círculo lento y preciso, indicándome que no tiene prisa.

—Quiero irme.

—No, mi vida… —niega con un hilo de voz—. No te irás otra vez. No sabes lo mucho que me arrepentí de haberte dejado ir anoche. Lo mucho que me dolió. Pero decidí respetarte, ¿sabes?

—Hiciste lo correcto.

—¿Qué es lo correcto para ti?

—Dejarme ir. Igual que harás ahora.

—Siempre tan valiente —murmura—. Valiente hasta que te toco.

Gimo cuando acaricia una de mis ingles con descaro, y aparta la tela de mi ropa interior. Todo sin apartarme esos ojos verdes que me vuelven loca. Con la otra mano me sujeta la barbilla desde atrás, obligándome a seguir mirando al espejo. Veo que se muerde el labio inferior y acaricia con la punta de la lengua su labio superior cuando me arqueo, tras notar sus invasores dedos.

Por Dios. Me tiemblan las caderas.

—Así me gusta. Que no apartes la vista. Que me veas cuando te miro.

—Esto no cambia nada.

Aprieto los dientes cuando él arrastra su mano suavemente en mi vientre bajo.

—No. Pero cambia todo lo que sientes. —Me besa en el cuello suavemente—. Y eso te jode, ¿verdad?

Una embestida de su dedo contra mí me hace perder el equilibrio, y él aprovecha para apretarme más fuerte. Siento el bulto duro de su erección contra mi trasero, y cómo su respiración se acelera.

—Estás tan mojada, bebé… —dice excitado—. Excesivamente receptiva para alguien que no me echa de menos, ¿no te parece?

—Cállate —susurro, ahogada.

—¿Por qué? ¿Porque digo la verdad?

El oxígeno queda atrapado en mi pecho y me siento aplastada entre sus brazos, con su aliento erizándome la piel. Grito silenciosamente. No de dolor, pero sí de rabia, de placer, y también de humillación. Y porque su jodido dedo se mueve más rápido y más profundo entre mis pliegues húmedos.

—Di mi nombre.

—No.

Me arranca un fuerte gemido cuando me lame el cuello lentamente hasta llegar a la piel que hay detrás de mi oreja. Y no, no lo hace suavemente. Deja marca.

—¿No?

Aprieta más la mano en mi cuello, con tanto control y precisión que no me asfixia, pero me mantiene justo al límite.

—Di. Mi. Nombre —gruñe en mi oído, sin apartarme la vista del espejo.

—Bram, por favor…

—Error.

Y entonces me penetra con un dedo, haciéndome doblar sobre el lavabo.

—¡Ohhhhhhh! —suelto un quejido.

Pensaba que no estaba preparada, pero siempre lo estoy para él.

—Di mi nombre… —demanda moviendo su dedo pulgar sobre mi clítoris con pasión mientras aprieta mi cadera con su brazo para que no escape.

—Hermes… —suspiro.

—¿Cómo? —me pregunta al oído, lamiendo el lóbulo de mi oreja con hambre. Su cálida saliva me eriza la piel—. Dilo, reina.

—¡Hermes, maldita sea!

—Correcto —sentencia—. Así me gusta. Toda mía, cariño. Echándome de menos, como yo a ti.

—¡Jamás! —le grito ahogada, revolviéndome entre sus brazos—. Esto no significa que...

—Significa que vas a correrte mirándome —demanda, clavando la mirada en el reflejo—. Me mirarás a los ojos, cielo. Aquí, porque ahí dentro no podrás hacerlo. Mírame ahora. Y observa cómo te deshaces entre mis brazos. Por mí… por tu dios.

—Por favor… ohhhh —susurro, implorando.

Siento sus labios en mi cuello y oreja, mordiéndome y besándome con hambre. Mi vientre se contrae cuando su grueso dedo choca con fuerza ensanchándome. Mi flujo aumenta instantáneamente, haciendo que no quiera escapar, ni rendirme. Solo esta vez. Solo aquí. Lo necesito tanto.

—Dámelo, reina. Ahora. No te contengas.

Acelera el ritmo de su mano, golpeándome con brutalidad y deshaciéndome en pedazos hasta agarrarme a él. El orgasmo me atraviesa como una descarga de mil voltios. Me tiembla el cuerpo y se me doblan las piernas, pero la fuerza de sus brazos alrededor de mi cuerpo me mantiene de pie. No dice nada, solo me sostiene mientras me dejo caer contra su pecho.

—Así se suplica —me dice al oído—. Y créeme… esto es solo el principio.

Estoy sin aliento y me cuesta hasta tragar mi propia saliva, incluso caminar. Tan solo giro la cabeza hacia él y nuestras narices chocan. Sus mejillas están encendidas, y sus dedos aún presionan esa zona que me quema y late velozmente. Al instante, sus ojos bajan a mis labios, a la vez que me aprieta más contra su pecho, desestabilizándome tanto, que siento las rodillas temblar.

—Shhh… —sisea con una sonrisa, rozando su frente con la mía mientras cierra los ojos—. Sé que lo estás deseando, y yo lo deseo más que tú, créeme.

Su aliento choca contra mi boca. Podría besarme y tomarme entera, aquí y ahora. En el mismo servicio de la facultad. Lo sabe él, y lo sé yo. Pero no lo hace.

—Me muero por besarte, mi vida… —me tienta—. Pero no lo haré. No hasta que tú me lo pidas. Hasta que lo supliques.

Se aparta un centímetro, lo justo para que coja algo que hay a su izquierda. Como si su control fuese infinito, alcanza un trozo de papel del dispensador —sin soltarme— y me limpia con cuidado entre las piernas. Estoy inmóvil, bajo la presión de su antebrazo en mis muñecas. Es un gesto tan íntimo que me deja muda. Es como si fuera algo natural, y yo fuera suya y punto.

Luego me sube la cremallera con lentitud, y con la misma calma se inclina para besarme en la frente.

—Quita tus malditas manos de mí… —gruño cuando me libera.

Me retiro de él deprisa y me abrochó el botón del vaquero. Todo ha ocurrido muy deprisa y siento vergüenza por estar tan necesitada que no he durado ni cinco malditos minutos.

Lo miro boquiabierta, con el mismo efecto que antes: el pulso latiéndome en las muñecas y algo presionándome la garganta. Él se endereza y ajusta su americana tranquilamente, después de tirar el papel a un cubo de basura que hay a su derecha. Suspira y abre el grifo para lavarse las manos.

—¿Sabes que iré a la policía, ¿verdad?

—Ve —dice sin mirarme, concentrado en secarse—. Les encantará escuchar cómo te corres en mis manos.

Me arde la cara por la vergüenza y la impotencia que siento. Me arde todo, principalmente el vientre. Aun siento su grueso dedos entre mis piernas, invadiéndome.

—La próxima vez —dice con una naturalidad desconcertante— no lleves pantalón, ni bragas. Solo faldas, y sin ropa interior, reina. Y usa mi pulsera. Si no te gusta… te compraré otra. La más cara. Te compararé lo que tú quieras, ¿vale?

—No quiero nada tuyo —balbuceo, en estado de *shock*—. Solo quiero que te vayas.

—No quieres que me vaya, y yo tampoco quiero… —sigue, intentando tocarme la mano, pero la retira y aprieto el puño—. Pero debo irme. Ya sabes, tengo un examen. Debo fingir ser un estudiante más. Curioso, ¿cierto? Tú fingiendo que no te importo y yo que quiero ser un abogado de prestigio.

Me apoyo contra el mármol del lavabo, sabiendo que probablemente me caiga al suelo como intente dar un paso.

—Eres preciosa… —Me besa en la mejilla, pero yo tuerzo la cabeza—. Ahora ve a clase, ¿vale? —me indica mientras coloca un mechón detrás de mi oreja, apretándome contra él—. Debes estudiar, tienes un futuro brillante por delante. Aunque en realidad no lo necesitas. Eres la *ninfa* del dios Hermes y eso es como si te tocara la lotería.

Cielos. Está loco. Este hombre está loco.

Se retira mirando su reloj fijamente.

—Bueno… —dice antes de salir—. Te espero después de clase. Y la próxima vez cógeme el teléfono.

Entreabro los labios para decirle algo, pero él ya ha salido, y tan solo oigo sus pasos, alejándose. Me quedo ahí, temblando y fingiendo que lo que acaba de pasar no me arranca la respiración. Forzando una sonrisa vacía que solo sirve para no llorar.

Finalmente, me limpio con el dorso de la mano, como si así pudiera borrar su tacto de mi piel, pero es contradictorio, porque siento como si no quisiera borrarlo. Y entonces, la certeza me aplasta: me importa. Bram me importa demasiado. Es una sensación inquietante, pero no es solo mi cuerpo el que vibra cuando me toca, sino mi alma. Es esa asfixia que siento cuando le veo y las ganas de saber de él y recibir su atención cuando no lo tengo cerca.

De lo contrario, ¿por qué lo estaría buscando todo el rato? ¿Es por las ganas de enfrentarle y la desesperación o porque en el fondo, muy en el fondo, deseo verle?

Joder.

Él me importa tanto que creo su versión. Creo que no tiene nada que ver con el incendio ni con las notas. Creo que me está diciendo la verdad, y que él no quería esto. No me quería en ese sitio así. Creo que no soy una más. Incluso diría que…

Oh, Dios.

Me apoyo con ambas manos en el lavabo.

Creo que le amo.

Definitivamente, estoy mal de la cabeza. No puedo amarle. No a él. ¿Qué es toda esta mierda? ¿Qué es esto, amor o deseo?

Maldita sea

Me encierro en uno de los cubículos del servicio donde me encuentro, y las lágrimas me caen calientes e imparables, quemándome la cara. Un ruido en el pasillo me pone en alerta, pero en vez de mantenerme en silencio, golpeo la puerta con los puños y

los pies, como si así pudiera expulsarlo de mi cuerpo y de mi alma. Me dejo caer sobre la tapa del váter, jadeando, con el corazón hecho trizas.

Pero el móvil vibra, de repente. Es Lyn.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—Me he adelantado a las clases, *ragazza* —miento, tragándome el llanto—. Estoy en la facultad de Derecho. Tenía que… ehm… que entregarle algo a Rebe.

—No tardes, Bert —se queja—. Sabes que el profesor llegará ya y no te dejará entrar a clase. Acabo de salir de la residencia, estoy cruzando la calle.

—Voy.

Cuelgo. Me quedo mirando el suelo de baldosas, intentando recomponerme, pero mis manos tiemblan. Me obligo a respirar y a aparentar que puedo. Pero sé que no puedo. No mientras sus palabras y sus manos sigan ahí, cosidas en mi piel como un maldito pecado.

CAPÍTULO 11



LIAM

El mensaje que le he enviado hace una hora sigue ahí. Sin leer. Saco el móvil del bolsillo interior de la cazadora de cuero y lo reviso por quinta vez desde que ha amanecido. El blanco de la pantalla me jode mientras las gotas de una suave lluvia caen en el móvil. No tener respuesta hace que tenga más ganas aún de entrar ahí dentro.

Si no respondes porque estás resfriada, tengo ibuprofeno. Y un paraguas. Y una moto. El orden es discutible, pero los tres son tuyos.

Lo releo por sexta vez. Es el segundo mensaje al que ella no responde. Ni un *emoji*, ni siquiera un *no seas pesado.*

Pues sí. La rubia de ojos verdes ha hecho un arte lo de ignorarme.

Guardo el móvil y me bajo de la *Harley.* El campus huele a hojas mojadas y ajetreo, ya que el flujo de estudiantes camina por la explanada. Algunos con prisas, por la lluvia, otros sonrientes y otros jodidamente tranquilos, incluso parece que disfrutan mojándose; y así me doy cuenta de que no soy el único masoquista que disfruta con el agua en todas sus formas, menos helada. No aguanto el frío, eso sí.

Y entonces, un detalle me irrita. Un tipo pasa junto a mí con los cordones desatados, arrastrándolos por el barro como si le diera igual. Otro le sonríe a su novia mientras la cubre con una sudadera mojada. Una chica se ríe a carcajadas con los auriculares puestos.

Y me jode.

Me jode todo.

—Anda, tío. Átate los cordones —murmuro, quitándome el casco con un gesto lento.

—¿Qué? —pregunta el tipo que pasa por mi lado, de unos veintipocos años, gorra torcida, y cara de creerse el protagonista de su propia banda de raperos desaliñados.

—Los putos cordones.

Le señalo los pies con un gesto seco.

—Pero ¿tú quién te crees, *bro*? —pregunta, girándose del todo —. Me los ataré solo si me da la gana.

—Allá tú. Pero te aviso que me voy a reír cuando te caigas por imbécil.

—¿A quién llamas tú imbécil, eh? —se me encara, dando un paso hacia mí.

Lo miro, intentando calmarme.

—A ti —chasqueo la boca y froto el palillo de dientes entre los labios—. ¿Ves a alguien más por aquí?

El silencio entre ambos se espesa. El tipo me escanea con la mirada, dudando. Hace bien porque le saco al menos dos cabezas, y de verdad espero que no me toque demasiado los cojones este crío. Solo le he hecho una observación.

Y entonces da un paso atrás.

—¡Capullo! —se va, con los dientes apretados.

—Bien hecho, campeón —le digo sarcástico—. Hoy no tengo humor para recoger dientes del suelo.

Y tampoco de cuidar de raperos malhumorados, joder. Solo tengo ganas de una maldita cosa, y eso es verla y que me suelte cualquier cosa, incluso un insulto. Pero tengo ganas de verla, sin más.

No sé por qué estoy tan nervioso hoy. Quizá sea mi subconsciente que sabe que en cualquier momento el mocoso podría estar regalándole los oídos y que ella vuelva a caer. En realidad, ni siquiera sé por qué está enfadada con él, solo sé lo que se rumorea: cuando Noa, la novia de Bram se cortó las venas, ellos estaban discutiendo, en el servicio. Desde el cumpleaños, todos cuentan que Noa lo hizo por celos y que ahora su supuesto noviecito está bien

atado a su lado, ambos enamorados hasta la coronilla. Pero yo no me lo creo. Y menos después del incendio de Staten Island.

¿Será que la rubia estaba llorando anoche en el muelle porque está celosa?

Parece que hoy el karma está de mi lado porque finalmente la veo a lo lejos. Lleva un vaquero azul ajustado y un jersey de cuello en V color rosa pastel, como si intentara parecer dulce esta mañana, aunque el cansancio la delata a kilómetros. El pelo lo tiene desordenado y camina con la espalda algo encorvada, como si llevara peso encima, y no un minúsculo bolso y una carpeta.

No se ve alegre, ni de lejos.

Las ojeras le dibujan dos medias lunas violetas bajo los ojos, y esa expresión suya me provoca algo extraño en el estómago porque trae la misma mirada escéptica que la de anoche. Sin embargo, sigue siendo la tía más jodidamente guapa y sexy de todo el campus.

Detengo el paso y frunzo el ceño cuando veo que la rubia mira a su alrededor agitada cuando dos hombres en traje oscuro la acompañan hacia un *Range Rover Sport* de color negro aparcado frente a la Facultad de Negocios. Ella lleva la cabeza gacha, como si intentara no llamar la atención, pero para mí, podría haber estado en medio de una niebla, porque la habría distinguido igual.

Agilizo el paso, vigilando alrededor por instinto mientras noto que uno de ellos se gira para abrirle la puerta del coche. Lo reconozco de inmediato. JB, alias *el perro de Hermes*. Alto, calvo, fornido como un toro de peleas clandestinas. Siempre con sus gafas negras, incluso de noche o con lluvia. Brazos tatuados con letras griegas y una H cruzando los nudillos de su mano derecha.

JB tiene la costumbre de mascar chicle con la boca abierta, y es uno de los fieles de Bram. Le es tan fiel que se tatuó la inicial de su nombre en el puño. Me pregunto si también la lleva en la punta del pene. La última vez que coincidimos, partió la nariz de un camarero solo porque le sirvió el café frío, y ahora le está abriendo la puerta a ella.

Mi mandíbula se tensa tras ser consciente de que, si JB solo escolta a Bram, eso significa que Roberta…

No, joder. No otra vez.

Mete un pie dentro del coche, pero cuando JB le dice algo al oído, ella no contesta, simplemente desparece en el interior.

El motor arranca. Bien. Averiguaré qué cojones está pasando aquí.

Siento rabia cuando arranco la moto, y el rugido del motor me aísla del resto del mundo mientras cruzo el campus a toda velocidad. No hay reglas para los dioses. Y yo, maldita sea, soy uno de ellos, aunque hoy me sienta como el único que se está cayendo a pedazos al verla cerca de ese tipo.

El coche negro arranca despacio, y no tardo ni un segundo en seguirlo. No veo a Bram en el asiento trasero, y tampoco en el delantero. Solo a uno de nuestros chóferes y JB en el asiento del copiloto. Otro coche oscuro sale de un callejón que hay a la derecha y los sigue. Conozco la matricula, es nuestro también.

Genial. La paranoia se instala como un cuchillo en el estómago. ¿Adónde narices se la están llevando?

Aprieto el acelerador, manteniéndome a dos coches de distancia mientras siento la lluvia fina golpeándome el casco y empañándome la visera. Cuando finalmente paran, para mi sorpresa se trata de una tienda con escaparates grandes. La letra dorada sobre fondo negro impone: *CHANEL.*

Me bajo de la moto y aparco en doble fila. Camino hacia JB con el casco bajo el brazo. Otro de nuestros guardaespaldas está junto a la entrada de la tienda y el segundo coche aparca muy cerca.

—JB —murmuro, inclinándome lo suficiente para que sepa que no estoy de humor.

—Mi dios… —susurra este como si viera un fantasma.

Baja la mirada cuando me planto delante, y prometo que lo que necesito ahora es reventarle la cabeza contra el capó.

—¿Qué coño hacéis aquí? —Muevo el palillo en la comisura de mis labios y fijo el interior con la mirada.

—Acompañar a la señorita de compras. Órdenes de mi dios Hermes.

—¿Y por qué? —Lo miro escéptico.

No entiendo. Esta chica solamente es amiga del mocoso y no tiene nada que ver con *El Templo*, solo la llevó allí a una fiesta, como una simple clienta. O al menos es lo que creo, pero las dudas me invaden, de repente.

—Responde cuando te hablo, ¡maldición!

—No sabría decirle.

—Por supuesto… —balbuceo malhumorado.

Decido no esperar más, además estoy convencido de que JB dice la verdad. Entro en la puta tienda y, para mi desgracia… está llena. Demasiado llena.

Clientes de alto nivel pasean entre los estantes con lentitud. Estos no saben lo que cuesta un maldito sueldo mínimo. Bolsos de cinco cifras en manos de adolescentes con uñas perfectas. Dependientas elegantes que sonríen falsamente. Oigo ruido de bolsas, de tarjetas deslizándose, y huelo perfumes demasiado empalagosos cada dos minutos. Lujo, apariencia, y un puñado de desconocidos que no me gustan.

Escaneo todo el lugar como si estuviera haciendo una inspección de seguridad. Nadie me llama la atención, y es precisamente por eso que desconfío de todos.

Y entonces, la veo.

La rubia aparece por un lateral, saliendo de detrás de un biombo, con la misma cara de pocos amigos que me mostró anoche, en el muelle.

—¿Qué haces aquí? —le suelto, sin filtro.

Nada de saludos, ni de sonrisas. Solo una pregunta, una que me carcome por dentro, como un cáncer. Veo que ella se detiene y alza la barbilla.

—¿Perdón?

—He dicho: ¿qué haces aquí? —repito, firme, apartando un panel del escaparate con una sola mano como si fuera papel.

Ella ni se inmuta mientras yo miro por la ventana, atentamente.

—¿En serio me estás preguntando eso? —Se cruza de brazos y frunce la nariz, irritada—. Eres un segurata. ¿Tus colegas no te han informado, o qué?

—Respóndeme —le digo, sin parpadear.

—¿Sabes qué? —Se acerca a mí, levantando un dedo—. Tú, Bram, y la pandilla de guardaespaldas que me habéis asignado podéis iros por donde habéis venido. Estoy bien. No necesito ni vigilancia ni niñera, ¿estamos?

—Así que te ha puesto vigilancia —murmuro, mirando de reojo a JB a través del escaparate.

Siento mi mentón tensarse, y la mandíbula crujir. ¿Por qué mierda la está protegiendo? ¿Qué sabe Bram que yo no?

Mi instinto me zumba en la nuca porque algo no cuadra, joder. Y cuando mi instinto grita, yo le hago caso.

—¿Tú no tienes otra cosa que hacer salvo seguirme? —me suelta.

Va a por mí, y lo sé. Está cabreada, pero debajo del cabreo huelo el miedo. Lo reconocería a miles de kilómetros.

Me giro brevemente hacia la dependienta que finge doblar una bufanda por quinta vez. Se le nota un cierto interés mal disimulado, así que la marco mentalmente. Si esto se pone feo, será la primera en reaccionar; lo sé por experiencia.

—¿Te ha vuelto a atacar el tipo del restaurante? —pregunto en voz baja, inclinándome hacia ella.

—¿Qué? No. Estoy aquí para probarme un vestido, no para sobrevivir a un atentado, *capisci*[10]? —responde con sarcasmo, pero la voz le tiembla un poco.

—¿Un vestido?

—Sí, Liam. Un vestido. Como hacen las personas normales, ¿te suena?

—Pues pruébatelo ya. Esto no pinta bien.

Me muerdo la lengua. La maldita tienda está llena de gente, y los dos vestidores que hay al fondo están ocupados. Los dos.

—Tendrás que esperar —dice, mirándose las uñas con un aire despreocupado, como si disfrutara haciendome sufrir. Y eso, es justo eso lo que más me jode, y no la espera en sí.

Me jode que hayan hablado y que él esté tan pendiente de ella. Me jode que no me haya respondido a los mensajes. Me fastidia que ella crea que puede probarse un maldito vestido mientras alguien, en algún rincón, la tiene fichada. Porque si parte de los hombres de *Álympos* están aquí, es por algo.

Y ahí pierdo la paciencia. Entonces, saco la pistola de la parte trasera de mi pantalón, sin ocultarla. La levanto y disparo al techo.

El sonido retumba como un latigazo, los cristales tiemblan, y una lámpara se tambalea. Se oyen gritos, un bolso cae al suelo, y un niño rompe a llorar. La dependienta lanza un chillido tan agudo que me duele el oído.

—¡¿Está loco?! —grita una clienta, tirando un perchero.

—Seguridad —grito yo—. Todo bajo control. Ahora todos fuera.

Camino hacia un perchero de vestidos de gala mientras los clientes se agachan o se escabullen a toda prisa hacia la puerta. Cojo tres vestidos al azar, sin mirar tallas ni colores, y se los planto encima a la rubia de golpe, como si le lanzara un chaleco antibalas.

—*Principessa*[11]… te los pruebas. Ahora.

—¿Pero tú te has vuelto loco? —responde ella, con las mejillas encendidas, intentando que no se le caigan los vestidos del susto.

—No me voy de aquí sin ti, rubia. Y si tengo que vaciar la tienda entera para que te pruebes ese puto vestido, lo haré.

—¡Por Dios, Liam! ¡Hay gente! ¡Hay cámaras! —grita ella, mientras los clientes siguen huyendo como cucarachas.

—Y ahora hay probadores vacíos —respondo, señalando los probadores mientras me quito la chaqueta—. Venga. Dentro.

Ella me lanza una mirada de *eres un enfermo*, pero me da igual.

—¡No necesito tu ayuda! ¡Estoy harta de ti!

—Date prisa… —replico, agarrándola suavemente por el codo y empujándola hacia los vestidores.

Entra al probador refunfuñando, y tira los vestidos al banco interior.

—¡No entres! —me grita cuando estoy a punto de cerrar la puerta.

—Demasiado tarde.

Cierro la puerta bruscamente. El espacio es reducido. Hay un banco tapizado, un espejo de cuerpo entero, un par de focos demasiado cálidos, y un perchero al fondo. Todo emperifollado, digno de una tienda como *Chanel.*

—¿De verdad piensas que esto no tiene consecuencias? ¿Acabas de disparar en una tienda, estás bien de la cabeza?

—Estoy perfectamente —respondo, sin pestañear.

—¿Y ahora? ¿Te quedas aquí para subirme la cremallera, o qué?

—Lo haré si lo necesitas —digo encabronado—. Y venga, no tardes.

Se queda en blanco por un segundo, como si el aire se hubiera ido de la habitación. Parpadea sorprendida, pero no dice nada.

—No me desnudaré aquí contigo —escupe al fin, girándose para coger su bolso.

—Tranquila, no sería la primera vez. No me impresionan unas bragas y un sujetador. No estoy tan desesperado.

—¿Ah, no? —me lanza una mirada furiosa por encima del hombro —. Lo dices con tanta seguridad que hasta te he creído, ¿sabes? Eso es lo que hacen los acosadores.

—No me tientes —respondo, medio en broma, medio en serio.

Ella bufa y empieza a caminar hacia la puerta, decidida a salir, pero me adelanto y me planto frente a ella. No la toco, no me hace falta. Solo estoy ahí, bloqueando el paso con el cuerpo y la mirada.

—Aparta.

—No.

—Liam.

—No te estoy pidiendo que te desnudes, te estoy pidiendo que te pruebes ese vestido que querías comprar —digo, clavándole los ojos —. Y si necesitas que me largue para sentirte a salvo, saldré.

—¿A salvo? —Su voz tiembla de rabia—. ¿Cómo se supone que debo sentirme a salvo si apareces cuando te da la gana y unos putos guardaespaldas me han recogido en la universidad?

—Vístete.

—Desaparece.

Tenso los labios, desesperado. No puedo explicarle cómo me siento y, aunque jamás sería capaz de hacerle daño, comprendo que se sienta incómoda. Respiro hondo, e intento ajustar mi tono de voz.

—No soy tu enemigo —sigo, sujetándole la mirada—. Si lo fuera, no estarías de pie. Estarías de rodillas.

—Eres un gilipollas.

Un silencio largo. El tipo de silencio que quema más que cualquier palabra o susurro. Sé que está enfadada por algo, pero yo también lo estoy. El hecho de que el corazón me palpite más deprisa y sienta que jamás será mía, hace que una coraza me envuelva.

—Di lo que quieras, pero quítate la ropa.

Traga saliva, pero no retrocede. Al contrario, levanta la barbilla como si con eso pudiera protegerse.

—A veces creo que tú y Bram sois iguales. De él me lo esperaba, pero de ti… —sonríe con ironía— no.

No respondo, tan solo me aparto a un lado, dejándola pasar. Se gira de nuevo, lentamente, con los hombros tensos. Se quita el

jersey sin mirarme, y lo deja caer al suelo como si le pesara el alma. Su espalda queda al descubierto. Es perfecta.

—Yo… —trago en seco— te espero fuera.

—No —dice con la misma cara agría—. Ahora te quedas. ¿Querías esto no?

Permanezco inmóvil. Mi espalda roza la puerta del probador, como si pudiera escapar por arte de magia. Pero no me muevo y ni siquiera parpadeo, solamente veo como empieza a desabrocharse el vaquero con una calma aterradora.

—Mira bien, porque esto es lo que te mereces.

¿Lo que me merezco?

Frunzo el ceño cuando la tela cae con ese sonido seco que hace la ropa al golpear el suelo. No lo hace lento, no busca seducirme. Lo hace con rabia, con ese maldito gesto automático de una mujer dolida, que quiere dejar claro que no tiene miedo.

Se queda de pie, firme, en ropa interior negra. Un conjunto sencillo, pero jodidamente perfecto. El sujetador ajustado le enmarca el pecho como si lo hubieran moldeado para él. Las bragas a juego abrazan sus caderas con descaro, dejando al descubierto esa piel blanca suya tan perfecta. Esa piel con la que llevo semanas soñando.

Y joder.

Mi cuerpo reacciona como si me acabaran de meter corriente. Me pongo duro al instante, y junto las manos delante de mí para disimularlo. Porque no hay nada más jodidamente sexy que una mujer que no te quiere en su vida. Y eso me enciende más.

—¿Sabes qué es lo peor de desear a alguien y no tenerlo? —Me mira con odio—. Tenerlo delante. Morirte de ganas de tocarlo. Sentir que fluye en tus putas venas —suspira, con los ojos brillosos—. Querer tenerlo. Querer besarlo y no pod…

Trago saliva, furioso. La frase no termina, porque no le doy tiempo. No me doy tiempo a mí mismo. Me lanzo hacia ella como si algo dentro de mí se hubiera roto en mil pedazos imposibles de

recomponer. Alzo la mano y la atrapo por el cuello, sin fuerza para hacerle daño. Estoy hasta los cojones de reprimir lo que siento.

Suelta un gruñido seco cuando su espalda choca contra la pared del probador.

—¿Y quién ha dicho que no puedo? —escupo entre dientes, con la voz rota.

Mis manos tiemblan de contención y deseo.

Ella parpadea, con el aliento entrecortado. Una vez. Dos. Su cuerpo se arquea apenas cuando mis dedos rozan su cadera. Mis nudillos acarician su costado, bajando lentamente. Su respiración se acelera, y su piel se eriza.

Y yo…

Maldita sea.

Le acaricio el cuello con el dedo pulgar, notando los latidos de mi propio pulso. Ya no razono, solo sé que necesito sentir sus labios. Necesito besarla, aunque luego me lleve una bofetada o se aparte de mí. Maldición. Lo necesito más que cualquier otra cosa en ese mundo. Entonces, me inclino sobre ella, imparable.

—He vuelto con Bram —dice deprisa.

Me detengo, a medio camino, y la miro. Me tenso como si me hubieran metido un cuchillo entre las costillas, y simplemente retiro la mano. Doy un paso atrás, atrapado en una oscuridad que me sube por el pecho y me ahoga.

Entreabro los labios para hablar, pero un pitido de alerta resuena en mi *smartwatch*. Miro el reloj mientras ella sigue pegada contra la pared, mirándome con el rostro desencajado. No entiende nada.

Código Omega-22. En rojo. Alerta nivel 4. Violación del perímetro. Infiltración confirmada. Zona: Plymouth. Acceso no autorizado a cargamento. Riesgo operativo extremo.

—Mierda —gruño, apretando los dientes.

Doy un paso hacia atrás, y salgo del vestidor cagando leches.

No la miro. No podría mirarla aunque quisiera. Siento rabia por escuchar de sus labios una jodida verdad que jamás querría oír. Necesito estar solo y pensar, pero ahora necesito solucionar el problema de mierda que tenemos entre manos. La alerta está clara: alguien se ha hecho con uno de nuestros cargamentos.

—JB —digo, saliendo del probador, y tropezando con el perro de Bram—. Llévala a casa, y no se te ocurra dejarla sola ni un puto segundo.

Salgo a la calle. El asfalto huele a lluvia reciente y a gasolina. El rugido de mi moto rompe el zumbido de los coches. Me ajusto el casco de un tirón brusco, lo cierro con un *clic* metálico y acelero, sin mirar atrás.

Llamo a Brian a través del *smartwatch*, con el latido en las sienes. Tres tonos. Cuatro. Cinco. Buzón.

—Genial… —mascullo.

Antes de llamar a Max, una llamada entrante sale en la pantalla: Jack. El dios Apolo.

—¿Sabes algo de Brian? —dice, seco, como si le costara pronunciar el nombre.

—No —le respondo deprisa—. No contesta.

—Ajam. Lo típico en él. No sé dónde está mi hermano, pero sí donde debería estar. A ver si se acuerda de que es Ares, y que está al mando —empieza con su discurso de mierda—. Porque últimamente está demasiado distraído y esto ocurre por su jodida culpa. Y tú, que eres su amigo, deberías decírselo —carraspea, intentando sonar convincente.

—Corta el rollo, Jack —replico, con los dientes apretados—. No es el momento de que pienses en las putas votaciones, y en ganarte mi voto. Tenemos otro problema. Acabo de recibir el aviso. ¿Qué cojones está pasando?

Aprieto el manillar de mi nena, con la adrenalina por las nubes.

—Plymouth —su tono se endurece—. Cargamento comprometido. Nivel cuatro.

Acelero un poco más, esquivando un taxi que invade mi carril.

—¿Quién está al mando?

—No lo sé —responde, pero lo hace demasiado rápido. Puedo imaginar su cara, esa sonrisa que parece pedir que alguien se la borre de un puñetazo—. Aunque supongo que no eres tú.

—De momento.

Se ríe por la nariz, un sonido corto y asquerosamente satisfecho. Cuelgo deprisa, deseando llegar al hotel.

Minutos más tarde, paso la moto bajo el toldo lateral, donde solo entran los que tienen tarjeta negra, y accedo por la puerta de servicio. Los hombres de seguridad que custodian la entrada agachan la cabeza cuando me ven.

Aparco la *Harley* en un lado y camino con pasos rápidos directo al almacén, el corazón logístico del Templo. No es muy grande, pero lo suficiente para llevar a cabo las operaciones de nuestro clan. Hoy hace demasiado calor, a pesar de la lluvia, así que me quito la chaqueta y la cuelgo en un perchero a mi derecha. A la izquierda, estanterías de acero con cajas numeradas y sellos en griego; a la derecha, un arsenal impecable: rifles de asalto, pistolas cortas, cargadores alineados en cajas de espuma negra, cuchillos tácticos.

Mis hombres están repartidos en distintas zonas: tres revisan las cámaras de seguridad en monitores múltiples, otros manipulan un dron de reconocimiento, y dos descargan maletas blindadas de un furgón que acaban de estacionar en el patio. Un proyector en la pared muestra un mapa con coordenadas, y unos puntos rojos parpadean en Plymouth. Hora exacta de la intrusión: 04:47. Esta madrugada.

—Max —llamo a mi mano derecha—. ¿Cuál es la situación?

—Las cámaras externas muestran sombras en el perímetro. Demasiado sincronizado para ser un robo al azar.

—¿FBI? —pregunto, sin bajar la voz.

—O alguien que quiere que pensemos que lo es.

Max, serio como siempre, repasa un inventario.

—¿Dónde está Hermes? —pregunto, apretando el puño.

Probablemente se haya enterado del aviso antes que yo y por eso no ha acompañado a Roberta a la tienda.

—Ha ido a intervenir —dice en un susurro—. El dios Hades no está en la ciudad, ya sabe, con la campaña política, está más pendiente de las encuestas que de las calles. Y nuestro dios Hefesto está con la diosa Atenea en Moscú, negociando.

—Comprendo —le digo—. Vuelve a llamar a Ares. Necesitamos la mercancía para el Ritual de este sábado, Max.

Sé que Brian ha vuelto de Miami, pero algo le impide coger el teléfono.

—Quiero a dos equipos en Plymouth en los próximos diez minutos. —Miro a mis hombres—. Perímetro cerrado, radios en canal tres, y que nadie toque nada hasta que yo llegue —mi voz corta el aire—. Y Max… si alguien de dentro ha vendido la ubicación, lo quiero de rodillas antes de medianoche.

—Entendido, mi dios.

—¡Sígueme!

Camino hasta su oficina, la primera puerta a la derecha desde la entrada trasera. Hay archivadores metálicos alineados, una pantalla de 40 pulgadas y un escritorio ancho e impecable. Es muy ordenado y perfeccionista.

Una botella de *Macallan* abierta en la repisa, junto a dos vasos de cristal grueso. Me sirvo uno, porque siento que la cabeza me estallará. El líquido ámbar me arde en la garganta, pero no lo bebo por placer, sino porque necesito algo que no sea el rostro de esa chica en mi cabeza.

—Quiero las grabaciones de esta semana —digo, dejando el vaso a medio beber sobre la mesa con un golpe sordo.

Max se sienta en el escritorio y sus dedos vuelan sobre el teclado.

—¿Qué estoy buscando exactamente?

—A la chica del restaurante de *Staten Island*. Una rubia de 20 años, de ojos verdes y jodidamente guapa —informo—. Vino aquí con Hermes hace dos semanas.

Oigo el zumbido del aire acondicionado y el *clic* del teclado mientras Max busca en la base de datos.

—¿Nombre?

Abro los ojos y presto atención a la pantalla.

—Roberta Monticelli.

Espero golpeando las yemas de los dedos en la mesa.

—Hay solo una entrada en nuestra base. Aparece como invitada.

—¿Nada más? —Me crispo pensando en que ese canalla podría estar actuando a nuestras espaldas. De lo contrario, no entiendo su interés en ella.

—No.

—Comprueba que no ha vuelto aquí después del Ritual.

Miro fijamente y veo grabaciones deslizándose en la pantalla a cámara rápida. Hace dos semanas, hace una, hace unos días y… ayer.

—¡Para!

Me agacho sobre el ordenador. En la pantalla, veo el deportivo de Bram, cómo este entra en *El Templo*, acompañado por una mujer rubia —es ella—, y cómo desaparece del ángulo de la cámara, dirigiéndose al aparcamiento del sótano.

—Revisa todos los ángulos —demando tenso.

Cuarenta minutos más tarde, ella se sube a uno de nuestros coches, y sale por las puertas. Eso ocurrió anoche, justo antes de que me la encontrara en el muelle.

—¡Maldición! —gruño entre dientes.

Un puñal directo al estómago. No por sorpresa, sino porque confirma lo que temía: ella estaba sufriendo por culpa de él. Lloró por ese cabrón. Estuvo con él aquí, minutos antes, e incluso pudieron…

No. Me niego a pensarlo, aunque sé que en el fondo, soy un iluso.

—Max… —digo con el aire cortado—. No sé por qué cojones esa chica está en la zona privada de los dioses, y por qué ese hijo de puta está incumpliendo las normas de seguridad. Quiero que lo investigues.

—¿Informo a nuestro dios Ares?

Lo pienso. Es normal que me lo pregunte. El líder es el que debe saberlo, y después el Comité.

—No —respondo, sabiendo que eso podría detonar una cacería contra la italiana y su ingreso forzado en *Álympos.*

Sé que esta situación no acabará bien. Una clienta o amiga no puede traspasar la zona del Ritual, salvo que forme parte del clan: o bien como *hetera,* como *ninfa*, o como *diosa*. Otra opción sería que Roberta trabajara en la cocina o de limpiadora, pero para eso, su contrato debería salir en la puta base de datos. No se trata ni de un caso, ni de otro, y eso significa que…

Contraigo la mandíbula. El vaso está otra vez en mi mano, y esta vez bebo hasta que el ardor me nubla la vista.

—Mi dios… —habla con la cabeza gacha—, ocultar información no está permitido.

—Te prometo que hablaré con Ares.

—Sabe que es alerta roja.

—Lo sé, Max, ¡joder! —susurro, con el estómago revuelto—. Confía en mí y… ¡por Zeus! —Lo miro fijamente—. Que nadie se entere de esto, por favor. Borra ese vídeo.

—Pero…

—Max… —murmuro—. Ares la obligará. Sabes que no lo consentirá y yo…

—Usted debería hacer lo mismo. Esa mujer está marcada y lo sabe. Y si no la obliga usted, lo hará otro. Fuera de aquí, es un peligro.

Me quedo en silencio un segundo, bebiendo otro trago largo. El whisky me arde como si intentara quemar lo que pienso decirle. Me la imagino aquí, como *hetera* o incluso… *ninfa.* Participando en los rituales, presa del veneno de este sitio. Una cosa era pensar que ella era una amiga de Bram, o su novia, y otra cosa que ella fuese parte de esto.

—¿Puedo preguntarle qué está pasando? —Max quiere saber.

Giro la cabeza, con la mirada perdida. Habla en ese tono grave que usa cuando quiere respuestas francas.

—Usted siempre ha sido el más rígido con las normas y la seguridad, mi dios. Siempre. Y ahora… ¿quién es esa chica? ¿Por qué actúa así por ella?

No le respondo. No puedo. Si abro la boca, me traiciono. Solo levanto el vaso, dejo que el líquido me llene la boca y trago, sintiendo cómo baja como fuego hasta el estómago. Después, coloco el vaso sobre la mesa con un golpe seco y camino hasta la puerta.

—Mi dios…

—Ni una palabra a nadie—repito, girando la cabeza levemente para que vea que no es una sugerencia. Es una orden.

Sé que esto detonaría una guerra interna, aunque, en el fondo, ya sé que la estamos librando. Y yo seré capaz de jugar sucio hasta el infinito si se trata de tenerla. Porque esta vez no es solo un problema de seguridad. Es personal. Demasiado personal.

—¡Una cosa más! —grita detrás.

Me vuelvo antes de salir.

—El asunto del que me pidió que me encargara ya está solucionado.

—¿Staten Island? —Me giro.

—Sí, mi dios.

—Bien.

Salgo en silencio. Subo a mi habitación con el whisky pesándome en el estómago y la rabia bullendo en mí, arrastrando los pies en la

escalera de caracol, que me lleva a la segunda planta.

Mi campeón peludo me recibe moviendo la cola y sus ojos negros brillan con un cariño que no merezco.

—Tú sí eres leal —le rasco detrás de las orejas—. Buen chico.

A continuación, me deshago de la camiseta empapada de sudor. El saco de boxeo cuelga junto a la pared sado. Pero los látigos y las esposas no me interesan. Es ese puto saco de boxeo lo que me produce adrenalina, y hoy necesito eso.

Me pongo los guantes. Primer golpe: sus palabras diciéndome que ha vuelto con él. Segundo: Bram dominándola. Tercero: la posibilidad, cada vez más real, de que la haga suya en todos los aspectos. Los golpes se encadenan, secos, hasta que el sudor me corre por la espalda y los nudillos palpitan bajo los guantes.

—Mi dios… —una voz suave habla desde la puerta.

Me giro. En el umbral, una de mis favoritas. Lleva la túnica blanca reglamentaria de las *ninfas*, ajustada a la cintura con un lazo dorado, el tejido casi translúcido a contraluz. Cabello perfectamente peinado, los pies descalzos sobre la alfombra. En las manos, carga una bandeja dorada con un plato de frutas, chocolate, y una taza de café. Como marca el protocolo, mantiene la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo.

—No tengo hambre —digo, secándome el sudor con el antebrazo.

Asiente sin levantar la mirada. Es lo que haría con cualquiera de los otros dioses. Pero yo no soy cualquiera.

—Mírame a los ojos, Eila.

Titubea, como si le hubiera pedido que quebrara un voto sagrado. Sus pupilas suben, despacio, hasta encontrarse con las mías.

—No me gustan estas mierdas de reverencias —añado, quitándome un guante y dejándolo caer al suelo—. La lealtad no se demuestra agachando la cabeza. También se obedece de otras formas.

Ella traga saliva, y un destello de nervios la atraviesa, antes de dejar la bandeja en el escritorio. Le doy a la ducha y la vuelvo a mirar. Su piel brilla bajo la luz, húmeda por el vapor que empieza a colarse desde el baño. Tibia, suave, y con ese olor dulce que me jode la cabeza. Porque me recuerda al olor a gominola de la rubia. Aprieto la mandíbula.

—¿Así es como obedeces? —mi voz sale grave.

—Como quiera, mi dios.

—No me llames así.

Camino hacia el baño sin darle el gusto de mirarla, pero sé que me sigue. El mármol está caliente por el vapor cuando abro la ducha. Me desabrocho el pantalón despacio, dejo que caiga, y el sonido de la cremallera bajando se mezcla con el del agua. Ella entra detrás, y su mano roza mi espalda.

—Entra —le ordeno, girándome.

El agua le cae sobre el pelo, aplastando los mechones contra su cuello. La agarro por las caderas, y la estrello contra los azulejos fríos.

—Ni pienses que esto es para ti —gruño.

Mis manos suben por sus muslos, agarrándola con fuerza, y la levanto hasta que sus piernas se cierran alrededor de mi cintura. La embisto sin aviso, con una brutalidad que me saca un jadeo ronco. Ella gime fuerte, arqueando la espalda contra la pared.

—Más fuerte… mi dios —jadea.

—Cállate…

Le agarro la mandíbula con una mano y la mantengo quieta mientras marco el ritmo, un golpe brusco tras otro, el sonido de nuestras pieles chocando bajo el agua. El vapor me cubre la cara, pero no me importa, porque no la veo a ella. Veo a la rubia, en ese maldito probador. Veo ese sujetador negro moldeándole los pechos, esos labios entreabiertos, y esa mirada de guerra que me hace arder.

El agua resbala por nuestras pieles mientras aumento el ritmo, embistiendo a mi *ninfa* como si quisiera romperla, como si pudiera follarme la imagen de otra. Sus gemidos se mezclan con los míos, pero su voz no es la que quiero oír. Y entonces, todo me sabe a mentira. El cuerpo que tengo contra la pared no es el que quiero. La piel que toco no es la que me derrite lentamente.

—Joder… —murmuro, apretando los dientes.

Me retiro de golpe, sin llegar a correrme, simplemente la dejo en el suelo y me aparto bajo el chorro de agua. Ella me mira, confusa, intentando recuperar el aliento.

—Retírate —le señalo la puerta, sin mirarla a los ojos.

—Pero…

—Te he traído unos caramelos de piña, de los que te gustan. Llévatelos.

—¡Yo no quiero los caramelos! —dice con rabia—. Te quiero a ti.

Su acento latino me acaricia el oído, pero por más que me suplique, no podrá hacer nada.

Entonces, le doy la espalda y recojo el jabón, enfurecido. Me froto las manos con fuerza, como si pudiera arrancármela de la cabeza. El agua sigue cayendo, pero no limpia lo que me ensucia de verdad: no puedo sacar a esa mujer de mi puto cerebro.

Aprieto los puños, y antes de pensarlo, descargo un puñetazo contra el cristal de la ducha. El golpe retumba en todo el baño. El dolor me sube por el brazo, pero es lo único que me impide dejar que las lágrimas salgan. Respiro hondo, tragándomelas como si llorar fuese una debilidad. No sé si esto que siento es pecado, obsesión, o si solo es esa puta sensación de querer lo que no puedo tener. O incluso…

Por Zeus.

Quizá estoy haciendo lo impensable: romper la primera norma de *Álympos*.: no enamorarse.

Y si esto es amor… que Zeus me perdone, pero pienso quemarlo todo.

CAPÍTULO 12



BRAM

La villa está a veinte minutos de Boston, pero podría estar en el puto Infierno. Nadie entra ni sale de aquí sin mi permiso. El rancho que compramos Jack y yo rebosa lujo, y no precisamente discreto. Desde el portón de hierro forjado—importado de Florencia, porque a Jack le pierde el postureo italiano—hasta la hilera de olivos centenarios que costaron más que mi primer *Ferrari*.

Siempre pienso que la luz en este lugar tiene algo de cinematográfico. Por las mañanas, el sol se cuela entre las hojas de los árboles, y deja manchas doradas sobre la fachada de estuco blanco; es el tipo de escena que en otra vida habría querido capturar en analógico, con un buen carrete *Kodak*. Las contraventanas negras, el porche de madera, los balancines de ratán —nadie los usa, solo en las fiestas privadas, pero en mi cabeza siempre encajan.

Al fondo, la piscina parece un espejo. Las hamacas de lino y el mármol de Carrara están ahí para el postureo. Dentro, hay suelos de roble francés y alfombras persas anudadas a mano.

Mi despacho es un cuarto oscuro encubierto: la caja fuerte está camuflada tras un *Klimt* original, hay papeles en blanco y negro apilados junto a negativos que nunca enseñaré a nadie, porque suelo sacar fotos de lo más obscenas y sangrientas. A veces pierdo más tiempo mirando la textura del papel fotográfico que revisando balances.

La despensa está llena de armamento, y este sitio no es tan grande como *El Templo*, así que pasa desapercibido por los demás, puesto que está oculto tras un bosque frondoso.

Entro al salón y dejo caer el maletín sobre la mesa de centro, una pieza de cristal. Saco el frasco de cocaína y lo analizo. Nuestra cocaína es de las más puras, importada directamente desde Colombia y reservada para clientes VIP. Bueno, una parte. El resto

acaba en las mesas de la clientela más adicta de la Costa Este. Y sé que la mercancía debería estar rulando por Boston ahora mismo, no perdida quién sabe dónde porque algún imbécil filtró información al FBI.

Trazo tres líneas perfectas sobre la superficie impecable con mi tarjeta de estudiante de Harvard—ironía, ¿no? —y aspiro la primera. El ardor sube directo a las neuronas y me despeja la cabeza. Solo deja espacio para la furia. Y la furia, en mi caso, equivale a productividad.

Cierro el *MacBook* y pulso el cronómetro de mi reloj digital: quince minutos. JB tiene ese margen para llamarme. Si no lo hace, lo siguiente que inhalaré será su pellejo.

El tic-tac me excita y siento las sienes contraídas por la impaciencia, pero a los ocho minutos exactos, el reloj vibra.

—¿Alguna novedad? —Ni saludos, ni mierdas.

—Nada fuera de lo normal. —Pausa—. La señorita Monticelli ha desayunado en la cafetería de enfrente. Capuchino y cruasán de chocolate. No se lo ha acabado. Y ya está en su habitación del Campus.

Cuelgo sin más. Pienso en Roberta, la reina de Harvard. La que tiene mi sistema nervioso a mil desde el primer momento que se le cayó el monedero al suelo, junto a las máquinas expendedoras. El hecho de que alguien se atreviera a incendiar algo suyo para asustarla, hace que reviente por dentro. No sé si es la obsesión que siento por ella o mi orgullo de hombre, pero no permitiré que se salgan con la suya. Tomaré el toro por los cuernos en la siguiente *synántisi*[12]*.* Ya está decidido: el jueves se enterarán todos de quién soy y alguien me tendrá que dar una explicación.

—Nadie toca algo mío y sigue respirando. Ni de coña…

Ella no imagina lo rápido que le arrancaría la piel a cualquiera que le escriba otra maldita nota de amenaza. Y aunque Roberta está convencida de que soy yo el que está detrás de todo, se equivoca.

El portazo del pasillo anuncia a Ed. Lo veo entrar con paso seguro, un cigarro colgando de los labios y una carpeta que tira con desdén sobre la mesa.

—Las últimas llegadas. Nueve en total. Cuatro listas para subasta. ¿Y qué crees? Una virgen.

—¿Y? —Reviso las fotos con frialdad.

Mis chicas se ven bien. Demasiado bien, diría, y eso solo significa una cosa: mucho dinero. Dinero fácil, desde el anonimato. Reclutamos a *heteras*, y si son vírgenes, mejor, porque más alto será el precio. Nunca las veo en persona, ni ellas a nosotros ni a los clientes. Aquí, el anonimato es la norma: nadie pregunta nada. Son elegidas por catálogo, movidas como mercancía, y gran parte se vuelven adictas a este sitio y al dinero.

—Sé que esa la venderemos por el doble, pero no sabes lo guapa que es la muy puta. ¿Y si nos la quedamos? —deja caer la frase con una sonrisa sucia.

—No mezcles los negocios con el placer, Eddie.

—Pero tú sí lo haces.

Pulso el cronómetro. Veinticinco segundos para que se calle.

—A veces pienso que se te está yendo la cabeza, tío —añade—. Creía que una vez tuvieras a esa rubia de rodillas, la dejarías ir, como a todas las demás, pero tengo mis dudas.

Levanto la vista y sé que mi mirada basta para helar el aire.

—Si quieres seguir fumándote ese cigarro, no digas más gilipolleces.

—¿Es por esa zorra? —me reta, cruzando la línea.

En cuanto pronuncia *zorra*, dejo caer la carpeta sobre la mesa con un golpe. No le doy tiempo a reaccionar porque me lanzo sobre él y lo cojo del cuello con una mano, apretando hasta que la sonrisa se le borra de la cara.

Ed intenta forcejear, pero lo inmovilizo contra un mueble macizo de cerezo que hay a mi derecha. Aprieto la mano en su garganta mientras él patalea, y el miedo le cambia el color de la piel.

—¿Tienes idea de a quién le hablas, pedazo de mierda? —le susurro al oído—. No la menciones. No la pongas en la misma frase que a las demás. Y si vuelves a hablar así de ella, ni tu maldita madre te encontrará.

Aprieto, y me relamo los labios cuando siento su pulso acelerado. Ed traga saliva. Los segundos en el cronómetro caen uno a uno, como una cuenta atrás hacia la muerte.

—Y ahora no me hables como si fuese tu colega. Aquí no hay gente delante para que finjas.

—Solo era una broma, mi… dios —farfulla, con la voz rota por la presión.

Aprieto más, hasta que sus ojos parecen salidos de las órbitas. Entonces lo suelto de golpe. Retrocedo, arreglándome la chaqueta del traje que llevo hoy. He asistido a una rueda de prensa hace menos de una hora, junto al senador.

—Aquí mando yo, Eddie. No lo olvides. Y la próxima vez que cruces la línea —le amenazo—, te juro que ni siquiera encontrarán tu ropa.

Vuelvo a coger la carpeta y paso la página como si nada hubiera ocurrido. Ed casi se desploma contra el mueble, recuperando el aire. No se atreve a mirarme.

—Ahora sí. Hablemos de negocios.

El chirrido de la puerta nos interrumpe. Uno de mis hombres entra, nervioso, con la mirada fija en el suelo. Una visita afortunada para mí, porque así podré deshacerme de la energía negativa, y desafortunada para él, porque tiene muchas explicaciones que darme.

—Te estaba esperando —le digo, elevando la mirada al chico mestizo que tengo delante.

Enseguida le hago un gesto sutil a Ed, y este lo empuja hacia el centro, más cerca de mí. El tipo tiembla como un flan y noto su creciente sudor en la frente.

—¿Qué ha pasado? —digo, cruzándome de brazos y apoyándome en el filo de la mesa—. Y solo espero que tengas una buena explicación.

—Yo… —tartamudea con ese acento latino que le delata—. Lo de Plymouth, ehhh… el FBI se nos ha adelantado.

—Eso ya lo sé, así que estás gastando saliva.

—No sé cómo pasó y…

—¿Tienes algo que valga la pena contarme?

Me empiezo a arremangar la chaqueta, con la mirada fija en él.

—Sí, mi dios. —Agacha la cabeza—. Alguien filtró la información y…

—Sigues sin aportar nada —le corto, señalando a Ed—. Sostenlo.

Ed lo agarra por detrás, sujetándole los brazos. Yo me termino de subir las mangas hasta los codos, y entrecierro los ojos, sin apartarle la vista.

—¿Sabes lo que más detesto? —Lo miro mientras me acerco con pasos lentos—. Los hombres que pierden el tiempo y la mercancía. La cocaína de Plymouth era mía. Debería estar circulando ahora mismo por Boston, pero alguien habló. Alguien vendió el chivatazo al puto FBI.

El tipo intenta balbucear otra maldita excusa, pero no le dejo. Le propino un puñetazo en el estómago, y después otro en la cara. Ed lo mantiene firme, mientras la sangre empieza a gotearle de la nariz y el labio.

—¿Quién fue? —pregunto, sin levantar la voz.

Mi reloj marca los segundos. Uno. Dos. Tres. No responde, y eso me vuelve sencillamente loco. Acto seguido, agarro un cuchillo reluciente de una colección que tengo en la mesa del salón. Lo clavo sin titubear en el muslo del tipo, que aúlla y se dobla de dolor.

—Deja de gritar. Nadie vendrá a salvarte —le susurro—. Y mi tiempo se agota.

Lo retuerzo con rabia, con el cuerpo temblando por la impotencia y la frustración. Cuando la sangre mancha el suelo, saco un pañuelo de lino, y me limpio los nudillos pausadamente. Ese inútil se desmaya, Ed lo suelta y cae al suelo como un saco vacío, retorciéndose de dolor.

—Que desaparezca y… limpia el suelo —ordeno—. Que no quede ni una gota de sangre.

Sigo con el pañuelo, sin un atisbo de remordimiento. Ed me observa, tragando saliva, a la vez que le hace una señal a uno de mis hombres, que están en la entrada. Este entra y arrastra el cuerpo del *sudaca* hacia fuera.

—¿Crees que ha sido Gambino el que ha dado el chivatazo para que el FBI nos investigue?

—Probablemente. Ahora me pregunto quién les ha avisado de la entrega, y por qué diablos no nos han robado ellos mismos, y han mandado a los putos agentes del gobierno.

—¿Alguien de aquí?

—O del Templo —afirmo.

—Hay topos.

—Todo el mundo se vende, Ed. Solo hay que pagar el precio correcto.

Me inclino sobre el *MacBook* y abro otra carpeta.

—Dame al menos una puta buena noticia. ¿Has conseguido dar con las grabaciones del restaurante de Roberta? —pregunto apoyándome en un codo, mientras saco un cigarrillo de un paquete de *Marlboro*.

—No —niega, limpiándose la sangre con una mano—. Salvo la imagen del hombre encapuchado que el dios Apolo consiguió. Todo lo demás, desaparecido.

—¿Ni una puta cámara de seguridad?

—No —dice.

—¡Maldita sea! —gruño enfurecido y siento mis dientes chirriar en la boca.

Reflexiono por un momento.Todo se me está yendo de las manos, y no nos queda tiempo. Pensaba primero averiguar quién demonios se atrevió a tomar decisiones sobre mi *ninfa* sin consultarme, pero no hay nombre ni rostro. No hay nadie a quién pueda culpar, y nadie a quién pueda reclamar el maldito incendio, y las malditas notas que le han estado enviando. No sé cómo ocurrió. No cargué su contrato de *ninfa* en la base de datos de *Álympos*, justo por esto, para que no se enteren los demás.

Recuerdo lo que Roberta me contó ayer en los servicios de la facultad, y sé que no es una broma. La jodida incertidumbre me mata porque sé que Ares y su pandilla de cabrones pudo borrar esas grabaciones, para que no encuentre al maldito culpable.

Pero no se trata solo de eso. Hay algo más.

—Eddie… —hablo, alzando la cabeza bruscamente— ¿borraste cualquier rastro de que Roberta estuvo el sábado en la zona de los dioses, como te dije?

—Ehm… —duda, rascándose la frente— no hizo falta.

—¿¡Qué!?

—No hay nada en el registro de seguridad. El tramo de cuando ella te acompañó al Templo, en *Halloween*, no está.

—Por Zeus… —balbuceo y empiezo a dar vueltas por la habitación—. Alguien va por delante de nosotros. ¿Crees que pudo ser Jack para no comprometerme?

Y si así fue, J no me dijo nada, y ahora mismo está más centrado en viajar que en cualquier otra cosa. Sé que está en trámites con Costello, el enemigo declarado de Gambino. Ambos son dos cabrones que dominan el mundo del narcotráfico desde Washington a Florida.

—Estoy pensando en algo —dice este, igual de aturdido que yo —. Quizá haya sido tu padre, el dios Hades.

«El senador...», pienso.

Cualquier cosa es posible, pero con lo impulsivo que es, juraría que antes de tomar cualquier decisión, me hubiese informado. ¿Pero y si…?

Mierda.

—Eddie… —le digo, apretando el cigarro entre los labios—. ¿Crees que el senador está amenazando a Roberta porque piensa que podría chivarse? ¿Y cómo diablos se enteró?

Recuerdo que lo único que sabe mi padre sobre ella es que es una amiga y compañera de la universidad.

—Quizá Noa se lo haya contado por… venganza —propone este.

Siento que me estoy volviendo loco. Tantas hipótesis sin sentido y una única verdad: o Roberta ingresa, o sé que el siguiente paso será encontrarla muerta en la residencia, o en algún callejón oscuro. Eso con suerte.

—Noa me tiene miedo, no sería capaz de traicionarme —me planteo—. Sabe que si Jack no la mató por abrir la puta boca fue por mí. Ahora dime… —sigo, cerrando el *Mac* deprisa—, ¿pudiste averiguar quién se coló en la residencia el sábado?

Debo averiguar quién marcó su maldita puerta con nuestro símbolo. Quién le envió ese mensaje raro.

—No, no encontré nada.

—¡Vale! —suelto indignado—. Déjame solo.

—Pero hay algo… —Ed se detiene y me mira fijamente.

—¿¡Qué, joder?! —le grito—. ¿Qué más puede haber?

—Estoy sospechando de… alguien.

—¿Quién? —Me acerco a él.

—Nuestro dios… Poseidón.

—¿Por qué?

—Él la llevó a casa en su moto. La dejó en la residencia. Pero esto no es todo, le coloqué un *chip* de seguimiento, y sé que lleva unos días merodeando la calle Stanford y la universidad.

—¿Estás de coña?

—JB me ha dicho que también apareció ayer en la tienda de ropa. De la nada, como si la estuviera vigilando.

—¿Y por qué no estoy informado?

—Porque ayer estuviste todo día ocupado, cuando te llamé me colgaste.

—¡Por Zeus! —balbuceo—. ¿Por qué ese hijo de puta estaría vigilándola, aparte de por querer follársela?

—Por… seguridad —responde este—. ¿No te parece raro que él estuviera cerca de la residencia justo cuando Roberta recibió otra amenaza?

Tiene razón. Liam Welson es un obseso de la seguridad. Basta con averiguar que Roberta está enterada de nuestro clan, y que encima conoce la identidad de algunos de los dioses, para intentar presionarla.

Y ojalá fuese solo eso.

Miro al suelo. Sé perfectamente lo que pretende ese cabrón, y lo supe desde el momento en que vi cómo miraba a mi chica en el pórtico de mi casa, el día de mi cumpleaños. La quiere para él, y si puede ser dentro del Templo, mejor. No sé si lo hace para que me estalle la puta cabeza, o verdaderamente vela por nuestra seguridad.

Pero esto no quedará así. Por mis cojones que no.

Enseguida me ajusto la chaqueta y me dirijo a la salida.

—¿Vas a ir a verla? —pregunta Ed.

No le respondo, tan solo marco un número de teléfono. Doy un portazo al salir, y no sin razón. Mi reina no me lo coge, pero no es nada nuevo, así que abro el chat privado. No uso emoticonos y no pregunto, solamente ordeno.

Voy a recogerte para almorzar. Tenemos que hablar urgentemente. No estoy de broma. Veinte minutos.

No firmo. Ella sabe perfectamente quién soy y solo espero que no haya borrado mi número.

Apenas pulso *enviar*, y me acomodo en el asiento trasero de un *Maseratti* cuando uno de mis agentes me abre la puerta del coche. Hoy no estoy para conducir, y debo seguir trabajando desde el coche.

Cuando el vehículo se adentra en el bosque de *La Villa,* mi teléfono vibra. Noa. Respiro hondo y contesto.

—¿Qué quieres?

—Menuda forma de responder, dar contigo se ha vuelto imposible —comenta con el mismo tono agrio que tiene desde que me fui de la casa Omega con la italiana.

—Dime ya qué quieres —le ordeno, pensando qué restaurante reservar para el almuerzo.

—He visto un ático en Beacon Hill. Es precioso, con vistas al río Charles y la terraza es amplia, como me gusta.

Oigo la trampa en su tono. Noa nunca hace nada sin pedir algo a cambio.

—Cómpratelo. No me cuentes cuentos.

—Pero necesito la transferencia hoy.

—Ajam… —Chasqueo la lengua—. ¿Y por qué te la haría?

—Bram… —dice—. ¿Está todo bien?

—No sé, dímelo tú. ¿Le contaste a alguien lo que tú y yo sabemos?

—¿Por qué?

—Respóndeme.

—No.

—¿A nadie? —insisto—. ¿Ni siquiera a mi padre?

—No sé por quién me tomas.

—No te atrevas a traicionarme… —digo en voz baja, con la garganta seca—. Si descubro que tú tienes algo que ver con eso, no te quedarás solo sin ese ático de Beacon Hill. Te lo arrebataré todo, Noa. Todo. ¿Lo tienes claro?

—Ya te dije que lo que hice en tu cumple fue un error y me arrepiento.

—Un gran error —matizo—. Vale, en una hora tendrás el dinero, pero te pediré algo.

—¿Qué?

—Métete en la cama de Poseidón. Me da igual cómo lo hagas. Y si se la tienes que chupar día sí, día también, hazlo. Quiero saber todo lo que hace. Absolutamente todo.

Cuelgo. No soporto cuando las mujeres se ponen exigentes, pero parece que Noa empieza a entender qué espero a cambio para permitirle seguir a mi lado. Y también espero que no haga que me arrepienta de protegerla de la Comisión.

Nada es gratis en esta vida.

CAPÍTULO 13



.

BRAM

El tráfico se aparta a mi paso, y cuando el coche se detiene frente a la residencia de la calle Stanford, me quito las gafas de sol y me bajo deprisa. Me fijo en la pequeña escalera desgastada del edificio de ladrillo rojizo, y escribo un mensaje rápido.

Estoy fuera. No tardes.

Mi chica no me responde al mensaje, pero espero que lo haga, de lo contrario entraré. Respiro unas cuantas veces, mirando el cronómetro y elijo dirigirme al coche patrulla que he dejado frente a su casa las veinticuatro horas. Dos de mis agentes están roncando y uno se sobresalta cuando me ve. Los tres bajan del todoterreno deprisa.

—Mi dios.

Idiotas.

—¿Dónde está JB? —le pregunto.

—Ha ido a… comprarse un perrito caliente —responde uno rápido, los tres cabizbajos.

—¿Algo extraño?

—No.

Me acerco más a ellos.

—¿Poseidón ha estado aquí?

—No.

—Avisadme si lo veis —gruño irritado, aún pensando en que ese idiota está siguiendo a Roberta—. Y no se os ocurra volver a echaros una siesta en mi maldito coche.

No les dejo abrir la boca, y les doy la espalda bruscamente cuando veo que ella baja las escaleras. Va demasiado despacio para

mi gusto. La observo: lleva una falda vaquera ajustada, con una camiseta blanca, y tiene esa forma de andar como si el mundo le importara una mierda.

—Hola —sonrío y le beso la mejilla.

Se aparta de mí sutilmente.

—No sé si te lo han chivado ya, pero no necesito a esta gente detrás de mí. —Señala el coche aparcado a unos metros y a mis hombres mirándonos como imbéciles.

—Tus protestas me dan igual. Así es más seguro, y como no me quieres ver, ¿qué menos que asignarte seguridad?

Me encojo de hombros, intentando hacerla comprender que lo hago por su bien.

—Esto acabaría ya si les dijeras que paren.

—Ya veo que no entiendes nada —niego, atrapándole la cadera cuando quiere moverse de mi lado—. Esto parará cuando asumas quién eres, Roberta.

Sus labios se fruncen con impotencia y sus ojos se ven más claros hoy.

—¿Qué quieres?

—Solo… —carraspeo, mirando al suelo— saber cómo estás. Y verte.

—Ya me has visto, estoy bien.

—Es la hora del almuerzo —le digo—. Quiero que hablemos.

Sus rasgos se suavizan, y se coloca un mechón detrás de la oreja, con mucho nerviosismo.

—*Per favore, mia regina…*[13] —le suplico en italiano, poniéndole ojitos—. Es solo un almuerzo, en un sitio público. Y no hay látigos ni antifaces.

La miro fijamente mientras le indico con la cabeza el coche y mi chófer le abre la puerta del *Maserati*.

—Ahhh… —resopla indignada—. Tu italiano es pésimo, que lo sepas.

—¿Eso es un sí?

Camina delante de mí, con ganas de matarme, pero me da igual. Sonrío mientras meto las manos en los bolsillos. Se monta en el *Maserati*, y la sigo, acomodándome en el asiento trasero, a su lado.

—¿Dónde quieres comer? —le digo, animado.

—En *Theo´s* —responde ausente, evitándome la mirada—. Ya he quedado con Lyn allí.

No es solo la mirada, también evita mi rodilla, cuando su pierna roza la mía.

—¿Dónde, mi dios?

—A *Theo´s* —le ordeno al chófer, con una mueca.

Esto sí que ha sido un golpe bajo. Le coloco el cinturón lentamente, y mi cara cambia. Mi fiera siempre hace lo que le da la gana, y eso me enfada, pero también me rompe todos los esquemas. En cierto modo, me gusta. No sé si es nuevo, pero me estoy dando cuenta de que me gustan más las mujeres con personalidad que dóciles. Indomables. Es probable que por eso gran parte de mis sumisas me aburran ya. Soy un amo al que le gusta dominar en la cama, pero en la vida real me excita la lucha verbal.

—¿Le has dicho a tu amiga que vaya a almorzar con nosotros, o qué?

—Sí —suelta, con los labios fruncidos—. También le he dicho que estará Adam, ¿qué te parece si lo llamas? A no ser que quieras comerte una pizza escuchándonos hablar de nuestras *cosas de chicas* —sonríe desafiante.

La miro boquiabierto. Menuda sorpresa desagradable, joder. Ahora tener que aguantar a su amiga, la puritana.

—Vale, no quieres quedarte a solas conmigo.

—Qué listo eres.

—Bebé… —susurro con un nudo en la garganta y me dejo caer en el respaldo, sin dejar de fijar con la vista sus piernas desnudas—. No hace falta que desconfíes tanto de ti. Tranquila… no pasará nada

entre nosotros. —Apoyo la mano en el respaldo, con disimulo—. Mendigar tu atención no está en mi naturaleza. No soy como otros.

—¿Otros?

«No como Liam Welson», pienso. Sin embargo, no lo digo en voz alta.

—Vengo por otra cosa, aparte de querer saber cómo estás.

Gira la cabeza bruscamente, y nuestras caras quedan a menos de cinco centímetros. Me pregunta qué quiero sin palabras por medio. Y yo, como estúpido que soy, no puedo evitar mirarle los labios mientras me enderezo en el asiento.

—¿Liam te llevó a la residencia el sábado?

Se moja los labios sutilmente, como si midiera la respuesta.

—Sí, ¿y? —replica, con el mentón en alto.

—Creo recordar que yo mismo vi cómo te ibas en mi coche, con mi hombre —le recuerdo.

—No soy tu propiedad, Bram… —sonríe—. A ver si lo entiendes ya.

—Eres tú la que no lo entiende… —digo ofendido—. Esto no es un puto circo, y tú no eres la atracción. ¿Te queda claro?

No responde, pero no pienso callarme y que piense que hará lo que le dé la gana. Joder, no puedo evitar apretar el puño, aunque sé que debo controlarme.

La miro de reojo y, cuando el semáforo está en rojo, me inclino hacia ella.

—¿Llevas bragas? —susurro, sin apartar la mirada de sus muslos.

—¿Qué?

—Te he preguntado si llevas bragas.

Abre los párpados, sin comprender muy bien mi pregunta, pero no se mueve. Ni un milímetro. El desafío en sus ojos y la rabia que siento porque siga siendo la misma rebelde de siempre, hace que no pueda estar quiero. Y sí, esa rebeldía suya me irrita y me excita por igual.

Sin añadir nada más, deslizo la mano por su muslo, directo y posesivo. Paseo la palma sobre la tela de su falda, marcando territorio. No le quito los ojos de encima, solamente disfruto del espectáculo: ese leve escalofrío que me muestra, el temblor en sus hombros, el modo en que se muerde el labio para no suplicarme que siga.

—Mmmm, me encanta tu piel. ¿Qué crema te echas? Es súper suave.

Debería darle las gracias a su genética por regalarme ese lienzo perfecto. Blanca, casi translúcida y espectacularmente divina para los azotes.

Zeus. Lo que daría por tenerla ya boca abajo, bien atada a mi cama, sin posibilidad de huir. Es adictivo ver cómo esa piel de porcelana se enciende bajo mi mano, cómo su piel dibuja mi firma cuando aprieto los dedos con fuerza en su muslo. Piel roja y caliente. Es arte para mis sentidos, y ella mi musa.

—Bram…

Le subo la falda con una lentitud que roza la crueldad, sin pedirle permiso. Un tanga turquesa me corta la respiración, y sonrío, con los nervios a flor de piel. No sé por qué me pone tan caliente ver a una mujer temblar delante de mí. Desafiarme. Luchar. Huir de mí, aunque en el fondo quiera tenerme dentro.

—¿Qué haces? —Me atrapa la mano, pero ni siquiera ella se cree su propia protesta.

—Te dije que no las podías llevar.

Le acaricio uno de los lazos, aunque ella esté intentando bajarse la falda por los muslos, con la mirada fija en los asientos delanteros.

—Levanta las caderas, nena.

—No.

—Te pido solo eso —murmuro en su oído, acariciando su piel con la punta de mi nariz—. No te cuesta nada complacerme. Yo he aceptado almorzar con tu amiga.

—*Cazzo*… —susurra, expulsando el aire, totalmente enrojecida.

—Levanta las caderas, bebé —insisto, dándole un beso en la mejilla.

La tengo atrapada entre la ventanilla y mi cuerpo.

Entonces cede sin protestar y se las deslizo hacia abajo, despacio y apretando las uñas en sus rodillas, lo suficiente para que su piel dibuje unas huellas rosadas. Lo hago con una calma que solo un sádico como yo disfruta de verdad. Porque sí, lo confieso: mi mayor placer no es solo castigar, sino ver cómo cada marca que dejo en su piel es una prueba de devoción. De mi control y de su entrega.

—¿Y qué ganas con esto? —susurra de vuelta.

La ignoro por un instante, disfrutando del temblor involuntario de sus muslos. Porque sé que en cuanto la toque de verdad, no habrá lugar para el sarcasmo y me adorará, como todas.

—¿Tú qué ganas tomándote un capuchino? —pregunto—. Placer y bienestar, ¿verdad?

—Preferiría que a ti te ocurriera lo mismo con un café, no con mi ropa interior.

—Y yo que fueses más abierta de mente —replico—. Y que no juzgues tanto cómo disfrutan los demás. Recuerda que cada persona es un mundo. ¿O eso también me lo negarás?

Con un movimiento seguro, bajo la ventanilla y lanzo su tanga fuera. La cierro mientras ella me mira atónita, aún con los ojos clavados en el cristal y la boca abierta.

—Prohibidas hasta que yo diga.

—¿Acabas de… —habla despacio— tirar mis putas bragas por la ventana?

—Sí, ¿por? —Me encojo de hombros.

Su rubor me pone duro, pero no se lo muestro.

—Pensaba que al menos las guardarías.

—No guardaría algo que odio en una mujer. Quiero tenerte accesible.

—Genial —dice, aún con el rostro desencajado, volteándome la cabeza.

—¡Ehhh! —Le atrapo la barbilla con dos dedos—. No me juzgues sin conocerme. Porque, aunque pienses que me conoces, no es así, Roberta. Sí, puede que te parezca raro de cojones, pero para mí esto es normal, igual que lo es para los de mi clan. Y una de las normas que tendrás que respetar es esta: nada de ropa interior, ¿vale? Nada de llamarme por mi nombre y nada de chivarte a los demás. A cambio, lo tendrás… —susurro— todo.

—No quiero nada tuyo.

—Podrías primero darme una oportunidad para ver lo que soy capaz de ofrecerte, y luego negarte. Pero claro, eso es de valientes…

No me responde, tan solo mira por la ventana, apoyándose en un codo y se moja los labios. Vuelvo a mi asiento, totalmente alterado por su presencia. Sé que no estamos solos, mis hombres están en el asiento delantero; de lo contrario, otro gallo cantaría.

Cuando el vehículo aparca frente a la pizzería italiana de *Theo´s* agradezco poder respirar aire fresco. No es el lugar que elegiría para una cita, pero es donde ella ha querido venir. Se baja del coche antes de que yo diga nada.

—¿Has llamado a Adam?

La frase me atraviesa. Por un instante, me quedo mirándola, por esa manera de convertirme en el hombre más peligroso del local y, a la vez, en un perro a sus pies.

—A tus órdenes, jefa —digo, casi en un susurro, tan cerca que huelo su perfume.

Analizo la situación. Adam es fácil de leer: lealtad de perro y cerebro de mosquito. Pero Lyn es más peligrosa. Esa chica me inquieta, porque hay algo en su mirada, un *algo* que me recuerda a las chicas listas que se creen superiores y fuera del alcance del lobo. Sin embargo, siempre acaban en la jaula. Tarde o temprano.

Escribo un mensaje rápido, bajo su atenta mirada. Es como si le sorprendiera mi obediencia, pero quiero mostrarle lo mucho que la

necesito en mi vida. Porque ni el hambre, ni el dolor, ni la muerte son comparables a lo que ella me provoca. El saber que todavía no es mía del todo.

—Entremos —le digo mientras le abro la puerta y le guiño el ojo.

Le rodeo la cintura antes de que dé dos pasos hacia el interior.

—Deberías darme las gracias por ser un caballero hoy —añado, pegado a su espalda. —Pero recuerda: la próxima vez que estemos a solas, tus amigos no podrán salvarte. Ni Lyn, ni Adam, ni siquiera Liam…

—No metas a tu guardaespaldas en esto.

—Mi guardaespaldas… —repito con una risa ácida—. Todavía me pregunto qué hacías en la puta moto de ese tío.

—No te importa.

—Todo lo que tenga que ver contigo me importa, Roberta. —Aprieto el brazo en su cintura, dándome miedo a mí mismo—. Porque eres mía. Punto. Y eso significa que no te puedes ir con el primer hombre que se te cruza en el camino, ¿he sido claro?

Dejo que la puerta del restaurante se cierre tras nosotros, y cuando ella intenta apartarse, le sujeto la muñeca un segundo más, solo para que entienda que esto no es negociable.

—Te dejo que pidas la pizza que quieras, ¿ok? Me fío de tu criterio.

Me fulmina con la mirada, pero no me echo atrás. En cambio, le guiño el ojo. Roberta me hace sentir vivo, como nunca en mi vida. Diablos. La adoro.

.

BERTA

Miro a Lyn sentándose en la mesa del *Theo's,* con una sonrisa en los labios. Ha sido buena idea llamarla. Hasta hace diez minutos estaba en el despacho de Woods, rodeada de papeles y probablemente feliz de hacer horas extra por el ogro.

La he convencido para acompañarme a comer con Bram, mintiéndole al decirle que Adam ha preguntado por ella. Mentira nivel Dios, lo sé, y hasta mi conciencia se está burlando de mí. Pero sé que, si meto a Adam en la ecuación, Lyn no tiene escapatoria. Si le llego a decir que necesito un escudo humano porque Bram se me sube a la chepa en cuanto me ve sola, habría hecho miles de preguntas y, honestamente, no podría contarle todo lo que me está pasando. No sé cómo podría explicarle que mi supuesto novio me ha metido en una secta de dioses griegos que odian las bragas y se ocultan detrás de antifaces dorados para desmelenarse en fiestas promiscuas. Pero con Adam, ni rechista.

Me alegro que haya venido, la verdad. Estar a solas con Bram es como meterte en la bañera con el secador enchufado: te fríes viva. Y no me fío de mí, ni de mi propio cuerpo, cuando lo tengo tan cerca. Lo noto en la piel, en las piernas, hasta en el estómago. Bram es un puto imán y yo soy, no sé… un llavero barato, porque si no, ¿qué otra cosa podría ser para aceptar que me deje sin bragas y que las tire por la ventana?

Joder. Todavía estoy con las pulsaciones aceleradas por culpa de su numerito. En serio, es de locos.

Adam ya está dentro, y Bram ha ido al servicio un momento. No pasan ni cinco segundos, y se deja caer a mi lado. Siento su brazo rodeando mi espalda, como si fuese un ancla; o una correa de perro, según. Lo hace sin mirar, pero la intención es clara: posesión y teatro. Vierte la *Coca Cola* en mi vaso y me lo tiende. Si Lyn lo nota,

mejor para él. Si Adam lo comenta, todavía mejor, porque así reafirma su postura de novio cariñoso y atento.

—¿Qué tal, Lyn? —le pregunta a mi amiga, muy simpático.

Aylin sonríe, pero me da la sensación de que desconfía. Siempre ha tenido buen olfato para el peligro, aunque se haga la ingenua.

—Bien, aunque no tanto como vosotros —contesta, con ese tonito alegre y noble que le sale cuando habla. Por algo la llamo *santurrona*. Cuando abre la boca, parece que no ha roto un plato.

Adam suelta una tontería sobre la universidad. Bram sonríe, pero por dentro se nota que preferiría ponerlos de rodillas y recordarles que, en este circo, él es quien pagará el almuerzo. Me dan ganas de reír, pero solo giro el vaso entre los dedos, para no mirarle demasiado. No sé si se me nota el temblor. Espero que no, y me repito que esto es solo una comida, nada más.

El tema cambia rápido, y va en dirección a los exámenes que tenemos previstos y al profesor de Finanzas. Curiosamente, Bram se tensa cuando oye el nombre de Brian Alexander Woods. Lo sé porque su mano en mi muslo se vuelve más rígida.

—Woods es un hijo de puta —suelta seco.

Todos giramos la cabeza y lo miramos, sorprendidos.

—¿Por qué piensas eso? —quiere saber Lyn.

—Por nada —contesta Bram, con una sonrisa punzante—. Conozco a los tipos como él, llámalo sexto sentido.

Le da un trago a su botellín de cerveza y, para rematar, me planta un beso en la mejilla. Tosco, posesivo, como si necesitara recordarme a quién pertenezco delante de todos. Adam le apoya y no me sorprende, sé que mi amiga le interesa.

—B tiene razón. Se le ve venir.

Me da la risa floja y me dejo llevar.

—¡No os extrañe que suspendamos todos! Creo que el ogro hasta disfruta suspendiendo a los alumnos.

Confieso que estoy con la mosca detrás de la oreja en esa asignatura y, por un momento agradezco que esté desviando mi atención de lo que acaba de ocurrir en el coche de Bram.

—Bram —pregunta Lyn—, tu padre es amigo del profesor Woods, ¿verdad?

Pillada. Sé que la santurrona no pregunta en vano y, por la forma en que Adam tensa la mandíbula, aquí hay algo más.

—Sí —contesta Bram—. Íntimos amigos.

—¿Y de qué se conocen?

—Por negocios.

Lyn no se rinde, y yo solamente intento tragar el trozo de pizza con *pepperoni*, pensando en esas palabras: *por negocios.* Me pregunto qué tipo de negocios.

—¿El senador frecuenta *AmExpress Co*?

Adam arquea una ceja y no le quita el ojo de encima. Se nota que el moreno de mi clase está incómodo cuando Lyn sigue preguntando. Tengo que admitir que esto se está poniendo interesante.

—¿Qué? —Bram se hace el loco.

—Hablo sobre la agencia financiera que regenta el profesor —le explica Lyn, muy *modo FBI.*

—¡Oh-oh-oh! —Me mira, la mira a ella, y pone voz teatral—. ¡No me digas que aquel capullo te interesa, Lyn!

Lyn se queda helada. Yo salto, porque no quiero que la cosa se descontrole.

—¡Cómo le va a interesar un hombre mayor que ella y encima casado, chico! —Le regaño como si fuera mi hermano pequeño, pero en el fondo sé que Bram nunca podría ser mi hermano.

—*Ok,* bebé —responde él, lanzándome un beso al aire, chulito.

—El profesor Woods no tiene tanto atractivo como dicen, Bram —bromeo para relajar, aunque por dentro estoy hecha un manojo de nervios.

—Lyn se merece otra cosa —agrega Adam.

Veo cómo Bram le guiña el ojo a su amigo, y me da la sensación de que aquí hay secretos, y a mí los secretos y los cotilleos me pueden. Lyn me lanza una mirada suspicaz, pero le niego con la cabeza discretamente. Mejor que no sepa lo que he tenido que hacer hoy para no quedarme sola con Bram, y que esa es la razón real de que ella esté aquí.

Respiro hondo. La conversación gira hacia algo que me inquieta.

—Oye, por cierto, ¡el sábado hay fiesta en mi casa!

—¿Por qué? —pregunta Adam.

—Por el ascenso de mi padre —explica este, con sus ojos fijos en mí y sus dedos acariciándome la mano, bajo la mesa.

—¡No me digas! —suelto una risita, incómoda—. ¡Enhorabuena!

—Sí —afirma este, con un brillo de orgullo en su mirada—. El viejo ya es senador de Massachusetts, con pleno derecho. Ha finalizado su periodo de prácticas.

Lyn suspira, pensativa.

—Yo este fin de semana no voy a estar. Voy a Long Island a ver a mi familia.

Pone carita de buena hija, no como yo. Me rasco la frente, pensando en que, si mis padres supieran que por mi culpa quemaron nuestro restaurante, me harían la cruz de por vida. Probablemente mi mirada sea suplicante, porque me niego a quedarme sola el fin de semana. Este sentimiento de que alguien me está siguiendo en todo momento no es plato de buen gusto.

—¡No jodas*, ragazza*!

—No puedo dejar plantados a mis padres otra vez, Bert.

Bram, que parece que lleva la agenda de toda la mesa, salta:

—Sabéis que la próxima semana tenemos clases solo el lunes, ¿verdad?

—Pues no lo sabía —murmura Lyn, extrañada.

—Sí, es cierto. Tenemos libre casi una semana —asiente Adam, esperanzado. Sé que quiere intentarlo con mi amiga y la quiere sí o sí en esa fiesta. Y, a decir verdad, Adam no me cae mal, excepto si descubriera que es otro de esos socios pervertidos de Bram.

Cuando Bram aprieta su mano en mi cintura, me pierdo en mis pensamientos. El calor sube vertiginosamente por mis piernas hasta inundarme el abdomen. Y, no sé por qué, me convenzo a mí misma que hice lo correcto al decirle a Liam que había vuelto con Bram, aunque no sea cierto. No necesito más complicaciones en mi vida, ni a otro hombre más en la ecuación, porque sé que con Bram no hay tregua. No hay escapatoria, ni siquiera en *Theo's.*

De pronto suena el móvil de Lyn y eso hace que me sobresalte en el asiento. Me agarro al vaso, agradecida por la distracción. La observo mirando el móvil y sonriendo, como si acabara de recibir un mensaje importante.

—Tesoro… —dice Bram bajito—. Agradezco que quieras acompañarme a la fiesta de mi padre. Eso es… —suspira nervioso, enlazando sus dedos con los míos bajo la mesa— muy importante para mí. Que puedas estar a mi lado en un momento tan importante para mi familia, no tiene precio.

—Yo no he dicho que…

—Shhh… —susurra, pegando su boca a mi oído cuando nadie mira—. Te necesito, ¿vale? Siento todo lo que ha pasado por mi maldita culpa. Créeme, aunque tú me perdones, yo no. Jamás me lo perdonaré.

Y ahí está otra vez. Ese puto imán. El que me arrastra, aunque mi cabeza diga que corra. Aunque mis piernas quieran huir, el resto de mí se queda pegada a su voz, a su olor, a ese calor ridículo que me sube desde los tobillos hasta las mejillas solo por cómo me mira.

Por un momento, todo el ruido del restaurante se apaga. Solo quedamos los dos, respirando el mismo aire, jugando a fingir que no queremos más, que esto es solo un teatro delante de Lyn y Adam. Pero no lo es. Ni de coña.

Es por eso que le dije a Lyn que viniera, porque necesitaba un escudo humano. Es fácil: estar a solas con Bram es peligroso, pero lo realmente peligroso es lo mucho que me gusta ese peligro.

¿Cómo le explico esto a alguien cuando ni siquiera yo lo comprendo?

Lo peor de todo es que ni él ni yo tenemos remedio. Siento su pulgar dibujando círculos en mi cintura, su respiración pegada a la mía, y sé que podría decirle que pare. Sé que, si le aparto, él me dejaría. Pero no quiero. Al menos no ahora. No hoy. Mañana, tal vez.

El móvil de Lyn vibra de nuevo y el hechizo se rompe. Sigo con las manos heladas y la piel ardiendo.

Sonrío por fuera y por dentro maldigo lo fácil que me resulta dejarme llevar. Me digo a mí misma que esto no es nada. Que puedo controlarlo y que puedo controlarme.

Mentira.

Porque por más que lo niegue, por más que me resista, sé que con Bram siempre quiero más.

No me juzgues sin conocerme —recuerdo sus palabras—. *Porque, aunque pienses que me conoces, no me conoces, Roberta. Una de las normas que tendrás que respetar es esta: nada de ropa interior, ¿vale? Nada de llamarme por mi nombre y nada de chivarte a los demás. A cambio, lo tendrás… todo.*

Me doy dos puñetazos mentales y niego con la cabeza involuntariamente.

No. Es una locura. No puedo estar valorando su propuesta.

CAPÍTULO 14



BERTA

La notificación de *WhatsApp* hace que desvíe la mirada de la ventana. Es Rebe. Leo su mensaje mientras me arreglo el cabello con una mano:

Ya voy, me faltan cinco minutos. Me alegro de que quieras ir a la fiesta del senador, tía. ¡Van a ir empresarios y gente importante! Es nuestra oportunidad para hacer contactos. Piensa en nosotras, porfa. Aylin necesita esa beca y tú podrías conseguir prácticas en cualquier sitio.

Resoplo. Rebe y su manía de pensar en el futuro como si *LinkedIn* fuera una fiesta con gente rica y turbia. Pero tiene razón, aunque me joda. Si Lyn consiguiera una beca en una agencia de prestigio, le cambiaría la vida. Y Bram no habría invitado a mis amigas si no fuera por mí. En el fondo, lo hago por ellas, aunque mi versión oficial es que voy porque Bram y yo estamos juntos.

Escribo de vuelta:

Deja de hacerme sentir culpable. Voy solo para que la prensa te saque fotos, sé lo mucho que te gustan.

Sonrío. Rebe odia las fotos. A continuación, le doy a enviar mientras vuelvo a fijar con la mirada el coche patrulla lleno de agentes de seguridad que aguardan en la entrada de la residencia.

—¿Qué estás mirando? —me pregunta Lyn que acaba de salir del baño.

Tiro de la cortina deprisa. Menos mal que no sabe que ese coche lleva ahí días.

—Nada.

Me giro hacia ella. Noto que va vestida como si fuera a una entrevista de *Vogue*. Su vestido ajustado en tonos oscuros y rojizos

resaltan su figura armoniosamente. Ella también me mira de arriba abajo.

—¿En serio te vas a poner eso, Bert? ¿No te da miedo llamar demasiado la atención?

—Cariño, quiero lucir piernas en la portada del *Boston Globe.*

Me lanza una mirada que destila reproche —es probable que el sermón del siglo se avecine—, pero también me mira con ternura.

—Te veo rara últimamente.

—¿Por qué?

—Cuando he llegado no parecía que tuvieras muchas ganas de ir —explica.

—Si así fuera, ¿crees que te hubiese enviado un mensaje esta mañana?

—Solo espero que no lo hagas por nosotras.

—Tranquila, no te creas tan importante. Lo hago porque la alternativa es quedarnos en casa viendo series, con nuestros pijamas de unicornios —refuto.

—¿Y por él no?

Bram.

Mi amiga me mira en plan *no te creo nada*, pero sonríe y me da un apretón en la mano.

—Por él también.

—Igualmente, gracias. De verdad.

—No te pongas moñas, que se me corre el rímel. —Agito las manos, histérica—. Vamos, me ha parecido oír el coche de Bram. Ese motor es inconfundible.

En menos de diez minutos, las tres estamos montadas en su deportivo. Va acompañado de su amigo, y nada más abrir la puerta, Adam se gira con su sonrisita de chico bueno y empieza a sobreactuar tanto, que me da la risa.

—¡Buenas noches, bellas damas!

Se queda mirando a Lyn, con esos ojos que brillan como si llevara ya tres copas encima. Y, claro, nosotras nos partimos de la risa al escucharle ese tonito galán, que no tiene mucho que ver con él, que es más bien tímido y callado.

—¡Pues yo de dama no tengo nada, eh! —le responde Rebe, tan fiel a su estilo, en plan *drama queen*—. Estas dos me han obligado a ponerme este vestido y tienen suerte de que al menos me gusta el color.

Tiene razón. Convencer a Rebecca de ponerse mona para una fiesta es más difícil que colar un café en la biblioteca en época de exámenes. En eso sí que somos polos opuestos: yo me visto para matar, Lyn siempre busca el punto medio, y Rebe… bueno, Rebe odia todo lo que implique tacones y vestidos.

—¡No te quejes tanto! —le salto, echando más leña al fuego. Debes salir bien en las fotos del periódico. Recuerda que habrá prensa y gente importante.

Ella solo pone cara de *que os den*, y ni contesta. Nos entra la risa a las tres, pero yo, por dentro, no dejo de fijarme en Bram. Traje hecho a medida, con una camisa oscura desabrochada en la parte de arriba, mandíbula tensa, y ese rostro jodidamente perfecto que parece esculpido a propósito para desestabilizarme. De reojo, sé que me está observando por el retrovisor, igual que yo lo hago con él. Su mirada es un código secreto para los demás, pero no para mí. Cada vez que nuestros ojos se cruzan en el espejo, siento un cosquilleo idiota en la tripa. No lo soporto y a la vez, lo busco.

Al momento pisa el acelerador y sube el volumen de la música. De fondo, suena *50 Cent* a toda hostia y a mí, el *beat* me hace recordar ese primer momento que lo vi, en el móvil de Pam. Bram me guiña el ojo a través del espejo y me manda un beso. Trago en seco y le vuelvo la cara, para cortar el contacto visual. Sé que cuando lleguemos, me preguntará por qué no le he respondido a los mensajes estos días atrás.

—¿Y qué? ¿Preparados para un fiestón? —dice Bram de repente, subiendo aún más el volumen.

—Me parece a mí que estos dos han empezado la fiesta sin nosotras —respondo burlona.

Lyn me aprieta la mano y asiente, con una risita. Sonrío porque me alegro de que se le vea más animada. El jueves por la noche se fue corriendo a Long Island, con lágrimas en los ojos después de tener una discusión con el profesor. Solamente he podido hablar con ella diez minutos, porque ha llegado muy tarde de vuelta a Boston, pero me ha prometido que esta noche me lo contará mientras tomamos un capuchino para rebajar el efecto del tequila.

Respiro hondo, prometiéndome a mí misma que esta noche me lo pasaré bien, y me olvidaré de todo. La última vez que vi a Bram, me dio a entender que intentaría solucionarlo, y que esas personas me dejarían en paz.

Quince minutos más tarde, tras cantar, gritar, y hacer el tonto con historias y filtros en *Instagram*, Bram aparca delante de la mansión Sander. Un circo de alta categoría, como esperaba: gente elegante, focos, seguratas, y flashes de *paparazzis.*

Al bajar, Adam se cuelga a Lyn con el mismo aire de galantería y le susurra algo al oído. Probablemente haya decidido tirarle los tejos, y me alegro. Sé que mi amiga no tendrá ningún futuro con un hombre casado, más allá de un polvo. Mientras tanto, yo reviso mi vestimenta de esta noche: un conjunto plateado, minifalda que me marca la cintura, y pelo liso perfectamente caído. Sé que brillo, y sé que Bram lo sabe, porque no me aparta la mirada.

Por Dios. ¿Por qué siento que estoy dudando de mis decisiones? Desde que comimos en el restaurante, hace unos días, no volvió a presionarme de ninguna manera, tan solo me ha escrito todos los días: un mensaje por la mañana, dándome los buenos días, y otro por la noche, preguntándome si estaba bien.

¿Por qué él es tan jodidamente cambiante? En un momento rebosa autoridad y parece un capullo, y en otros parece un osito de peluche. Hablando de eso… lo recuerdo. Recuerdo su regalo.

—¿Piensas que, enviándome una pantera negra de peluche con un lazo rosa en el cuello, dejaré de estar enfadada contigo? —le

suelto cuando su mano firme roza mi cintura.

Bram esboza una media sonrisa mientras me guía hacia la entrada.

—Honestamente… sí. Y con que te haya sacado una sonrisa, me conformo.

—No te vengas arriba —respondo, aunque la verdad es que sí, me hizo sonreír. Y la nota que acompañaba el peluche más aún: ***Para mi cazadora favorita. Te echo de menos.***

—¿Y si nos apostamos un chupito a que la pantera te gustó?

—Solo a ti se te ocurriría enviarme un peluche y sigo sin entender por qué una pantera.

Me toca la mejilla y me obliga a girar la cabeza para mirarle, mostrándome esa sonrisa varonil y sensual, tan suya.

—Porque tiene tus ojos verdes —murmura—. Y las panteras son depredadores. ¿No es obvio?

—No, no lo es —me río sin querer.

No le digo que, en realidad, el peluche me recordó a él. Las panteras son oscuras, al igual que su cabello, de un negro intenso y sus ojos me recordaron a los suyos. Me irrito por un instante, pensando en que incluso con un puto peluche tiene la capacidad de hacerme temblar y dudar de todo.

—Oh, reina. Perdón por ser tan malo con los regalos, pero si te digo la verdad, no sabía qué enviarte. La pulsera de diamantes no te gustó, y no quería ser poco original mandándote flores otra vez.

—Directamente no lo hagas —le digo, un poco más seca—. El mayor regalo que me podrías hacer sería que solucionaras la mierda en la que me metiste.

Su cara cambia tras oír mis palabras. Me alejo discretamente, porque su cercanía me abrasa la piel.

—Tú y yo debemos hablar… —Se relame los labios y mira a su alrededor.

No termina la frase, porque Rebe se gira hacia nosotros cuando entramos en la zona de la piscina.

—¿Con qué empezamos?

Él lo tiene claro.

—Yo propongo empezar con un *Frosé,* ¡os va a encantar! Lo hemos pedido especialmente para esta noche.

Me guiña un ojo y sonríe, indicándome con una mano la zona de la piscina. En dos minutos tenemos la mesa llena de bandejas, copas y hasta una cubitera con champán que seguro cuesta más que la matrícula de mi primer año en la universidad. Intercambia unas cuantas palabras con una pareja de personas mayores, después le da un beso en la mejilla a otra mujer, estrecha la mano a un hombre, y hace un gesto en dirección a la orquestra, intentando tenerlo todo controlado.

Tras darle unos sorbos a un vaso, y comerme un aperitivo que sabe a ostras, vuelvo a notar su presencia a mi lado.

—De verdad que me alegro mucho que hayas querido venir.

Me acerca una copa cuando ve la mía vacía, y sus dedos rozan los míos a propósito.

—Sé que necesitas tiempo —continúa, mirando a su alrededor como si estuviera vigilando el perímetro—. No pienso presionarte, ¿vale? Necesito que te sientas segura.

—Sabes que eso no será posible hasta que no quites a tus hombres de mi puerta.

—Los quitaré una vez que dé con el culpable —susurra—. Ven.

Me atrae hacia un lugar un poco más apartado, para que así podamos hablar tranquilamente.

—La reunión que tuvimos esta semana se pospuso porque mis socios han estado fuera —explica serio.

—Los demás dioses.

—Efectivamente.

—Pero tengo a varios en la lista —dice tenso.

Agradezco el gesto de que por fin quiera hablar del tema. Respiro un poco más tranquila, aunque no del todo.

—¿Quién? —Mi corazón empieza a latir con fuerza y aprieto la mano en el vaso, intentando ver hacia donde se dirige su mirada. Sus ojos vigilan al senador Sander, que está a unos metros hablando con un grupo de periodistas.

—No te puedo decir nada hasta que no lo tenga claro.

—¿Cómo sé que no es otra de tus trampas? —pregunto, porque no puedo evitar sentirme decepcionada porque él me haya llevado a esa fiesta de disfraces.

—No lo es.

—¿Y si te digo que me cuesta creerte?

Bram sonríe de medio lado, esa media sonrisa de villano que tanto le va.

—Pues te lo demostraré. Y si para eso tengo que enviarte peluches, flores o lo que quieras… lo haré. Aunque preferiría ponerte unas esposas y atarte en mi cuarto, ya sabes.

—Siempre tienes que acabar con lo mismo, ¿no? —le pico, aunque el fuego que me abrasa cada vez que pienso en él y yo haciéndolo, me traiciona.

—No te imaginas todo lo que tengo en mente para ti.

—Algún día de estos, te vas a atragantar con tanto ego.

—Prefiero morir atragantado entre tus piernas, si te soy sincero —me susurra al oído, acercándose lo justo para que nadie escuche más que yo.

—Bram, no soy una maldita idiota, ¿vale? —vuelvo a la seriedad, porque él claramente, me intenta distraer de lo importante—. No me creo eso de que no habéis hablado del tema, se supone que sois socios.

—Lo… éramos —dice, con la misma expresión llena de misterio.

—No entiendo.

Me cruzo de brazos y lo analizo fijamente, no sé qué pretende con este discurso.

—Aunque no debería contarte esto, estamos divididos. En cierto modo, es lo normal. No puede haber tantos líderes, queriendo llevar un imperio tan grande como *Álympos*.

—Es por el poder.

—Lo es —asiente—. En teoría, nadie debería saber de tu contrato, porque no figuras en nuestra base de datos, ¿comprendes? —dice, apretándome el brazo.

—¿Entonces?

—Pero lo saben.

—¿Cómo? —Me impaciento y alzo la voz—. ¿¡Cómo, joder!?

—Justo es eso lo que estoy intentando averiguar.

—No te creo —murmuro.

Bram cambia la expresión. La sombra de preocupación vuelve a sus ojos.

—¿Recuerdas que le dije a Jack que revisara las grabaciones de tu restaurante? No encontramos nada. Alguien las borró, Roberta —me explica, sin rodeos—. Solo conseguimos un fragmento de un dron cercano. Un hombre encapuchado entrando al restaurante antes del incendio. No es mucho, pero te juro que no voy a parar hasta averiguar quién es.

Toma mi mano y la gira suavemente, besándome los nudillos con una calidez inesperada. No me aparto, aunque el gesto me desconcierta. Sus palabras me llegan, pero me obligo a no derretirme y principalmente… a no creerle.

—¿Por qué lo haces? —murmuro, mirándolo a los ojos—. En el fondo, lo que deseas es que yo vaya a ese sitio. No tiene sentido, piénsalo.

Él niega despacio, manteniendo el contacto visual.

—No quiero perderte —susurra, y sus dedos recorren la línea de mi muñeca—. ¿Es esa una buena razón?

Sé que debería apartarme, pero solo puedo mirar cómo me acaricia la mano. Su pulgar traza círculos en mi piel, tan despacio que me provoca un escalofrío.

—No lo hagas —susurro, con la voz entrecortada.

Él sonríe levemente.

—¿El qué? ¿Intentar convencerte de que eres importante para mí? —sigue y lo odio por hacerme sentir de esta manera—. Solo tienes que decirme que pare… y paro.

—Yo…

No termino, porque de repente, el senador Sander llega a nuestro lado. En cierto modo, respiro aliviada.

—Hijo, ven.

Le habla a él, pero su mirada se posa en mí.

—A ver cuándo me presentas a tu chica. Y no me digas que es una amiga, últimamente te veo solo con ella.

—Roberta Monticelli. Mi novia —dice Bram con un carraspeo, pero noto sus músculos contraídos en su mentón, como si estuviera molesto con su propio padre.

El hombre canoso y ligeramente obeso es todo sonrisas de político.

—Roberta… —dice, estrechándome la mano—. Muy guapa. Y muy buena elección, hijo. A ver si sientas ya la cabeza, sabes que me encantaría ser abuelo.

—Sabes que eso nunca pasará.

—Bueno… —dice—. Ya veremos. Señorita —se dirige a mí—. Encantado.

—Felicidades por el ascenso, señor Sander.

Me agradece con una sonrisa embaucadora, de hecho, la misma sonrisa que veo reflejada en Bram, señal de que es herencia de su padre. A continuación, el senador nos suelta un discurso sobre becas y ayudas. Nos aplauden, la prensa apunta, y yo solo pienso en lo

hipócrita que es todo. Si no fuera alguien importante para Bram, ni nos dejarían entrar al jardín.

—¡Brian, ven!

¿Brian? Miro alrededor, confusa. Entonces veo al profesor Woods, que está cerca, mucho más cerca de lo que esperaba, y yo ni me había dado cuenta. Me acerco a Lyn, que lo mira con los ojos como platos.

—¿Estás bien? —le pregunto al oído.

Me hace un gesto nervioso de que sí, aunque su rostro esté pálido. Vuelvo a escanear el panorama y observo que, al lado de mi profesor de Finanzas, hay una mujer rubia, de melena que le llega a los hombros, con un vestido blanco escotadísimo, pegada a su brazo. La señora Woods. Veo cómo él le aparta la mano a su esposa con elegancia, y avanza hacia nosotros, sin quitarle la vista de encima a mi amiga.

¿Qué se traen entre manos estos dos?

—Buenas noches —saluda, con ese aire suyo de déspota.

Lo sé por la masacre que está haciendo con las notas, y cómo nos humilla constantemente con su actitud arrogante y de sabelotodo.

El senador Sander, cómo no, aprovecha para hacerle la pelota.

—Brian, ¡encantado de tenerte aquí hoy! Me encantaría sacarte una foto con tus alumnos de la Facultad de Negocios. Ellos serán los futuros agentes financieros de este país y tú eres su mentor. La popularidad es nuestro motor, amigo, y lo que alguien de Harvard no puede hacer es quedarse en la sombra.

El profesor ni se inmuta.

—Menos hablar y más acción, Sander. Vamos a sacarnos esa foto ya.

No deja de mirar a Aylin ni un segundo mientras le da un trago a su copa. Hago contacto visual con ella y con Adam, ya que nosotros somos los alumnos de la Facultad de Negocios. Si dependiera de mí, pasaría de la foto, pero lo hago por Lyn. La empujo hacia él y hago

de barrera, entre ella y el profesor. Adam se queda a la derecha, yo a su izquierda, y mi amiga a mi lado. Brian Alexander Woods queda en el centro y confieso que hasta me da repelús pegarme a él porque siento que en cualquier momento me dirá algo borde.

Posamos, forzamos sonrisa de catálogo y aguantamos el tipo. Miro a Lyn de refilón y le guiño el ojo cuando siento su aliento acelerado. Cuando las fotos terminan, la aparto deprisa porque sé que algo no está bien. No sé lo que pudo pasar con ellos el jueves, pero lo cierto es que ella se fue corriendo a su casa y ayer faltó a clases. Muy raro, siendo ella.

—¿De verdad estás bien? —le pregunto suspicaz.

—Sí, Bert —me contesta, regalándome su mejor sonrisa.

Mentira piadosa. La conozco. Lyn es como un libro abierto, no como yo, que soy capaz de mantener la compostura y fingir bien.

—Tranquila, cariño.

—Voy al servicio, ¿vale? Quédate con Rebe.

Lyn desaparece en dirección al baño y yo aprovecho para respirar hondo y mirar alrededor, buscando a Bram con la mirada. Lo veo a unos metros, inmerso en una conversación intensa con el senador y un hombre más que… joder. Juraría que es el alcalde de Boston. Este le da una palmada en la espalda y se ríen. Lo de las influencias que tiene y los contactos, es cierto.

—Necesito una copa… —me digo en voz alta.

Como sé que la mejor para esto es Rebe, intento localizarla. Agradezco cuando la veo cerca de la barra elegante que hay en el jardín; su cabello rosa la delata. Probablemente le esté pidiendo al camarero que le consiga algo fuerte y sin burbujas.

Me acerco a la barra para acompañarla, pero no llego a su lado en cuanto reconozco a la chica que está apoyada en la esquina, tomándose un cóctel azulado.

Dios. Es ella, Elsa Norton. Una modelo de portada, de esas que siguen millones en *Instagram* y marcan tendencia hasta cuando van en chándal. Aunque no me sorprende que esté aquí, codeándose

con políticos y banqueros como si fuese una noche cualquiera en el *Upper East Side.*

Por un momento olvido quién soy, dónde estoy y hasta el apellido que llevo. Me acerco fingiendo casualidad, pero los ojos me delatan: fascinada y curiosa. Repaso mentalmente cada uno de sus *looks* virales, en las colaboraciones que hace con marcas *top.*

—Perdona, ¿eres…? —le digo cuando se inclina sobre la barra, pidiendo un *Negroni*.

La chica espectacularmente guapa me mira con una sonrisa de anuncio de televisión.

—Sí, soy yo —responde antes de que termine.

—No me lo puedo creer.

Me llevo ambas manos a la boca, analizándola. Admiro sus sandalias (unas *Louboutin* de tiras brillantes) y el corte de un vestido oscuro de lentejuelas (horroroso, por cierto, pero seguramente lo lleva por alguna colaboración pagada).

—¿Cómo te llamas? —me dice simpática mientras veo cómo le pide al camarero otra copa para mí.

—Roberta Monticelli. —Le tiendo la mano, aún boquiabierta.

—¡No me digas! —exclama consternada—. Tu nombre está resonando bastante en el mundo de la moda.

—¿Cómo?

—Dicen que eres la próxima modelo de Lagerfield —suelta, dejándome sin aliento—. También dicen que eres la que le ha robado el corazón al único hijo del senador Sander.

Pongo cara de póker, mientras giro la copa que lleva un trozo de naranja entre los dedos.

—¿Eso dicen?

—Venga ya —sonríe—. No me tomes el pelo, Roberta. Todas aquí queremos un buen partido. Y si puedes darme un empujoncito con algún heredero interesante, te lo agradecería.

Estrecho la mirada, preguntándome cómo es posible que Elsa Norton me esté pidiendo hacer de *Celestina,* presentándole a hombres. Entonces, se inclina hacia mí, y señala discretamente hacia el otro lado de la barra.

—Oye, ¿conoces a ese tipo de allí?

Sigo la dirección de su dedo y clavo la vista en el rincón más oscuro y reservado. Curiosamente, lo primero que veo es a Noa, perfecta y altiva, besando a un tipo alto, vestido con un traje oscuro que evidencia sus anchos hombros demasiado bien. De espaldas, solo distingo una melena rubia ligeramente desordenada y sus fuertes brazos. No reconozco al hombre hasta que él apenas se gira, rascándose la cabeza, como si se sintiera incómodo. Entonces me da el golpe de realidad.

—¿Liam?

Siento el estómago encogerse. Veo cómo Noa le pasa una mano por la nuca, susurrándole algo muy de cerca. Liam no la aparta, mantiene la postura elegante, y la mano apoyada en la barra, dejando que ella tome la iniciativa.

¡Qué leches! ¿Se acaban de besar ahí, en medio de todo el mundo?

—¿Lo conoces? ¿Conoces a Liam Welson? —pregunta Elsa, igual de sorprendida que yo—. Y wow… pues parece que ya tiene dueña. ¿Esa es su novia?

No puedo evitar sonreír sarcástica, confirmando que, en este mundo, nadie es lo que parece, ni siquiera el rubio cachas.

—¡No, no lo es! —digo rápido, con los labios tensos—. Esa chica es…

Me trago el resto de la frase. Da igual. Si Liam y Noa quieren jugar a las parejas, adelante. Eso me demuestra que Noa juega a dos bandas y parece que él también.

—No digas que te lo he contado, pero ese tipo es uno de los inversores más potentes de Wall Street —me habla al oído—. Es información privilegiada. Va de perfil bajo, pero mueve más dinero

del que puedes imaginarte. Lo sé porque una modelo amiga mía salió con él en Nueva York. Dicen que ni siquiera *Forbes* tiene permiso para hablar de él.

Mi cabeza da vueltas.

¿Liam, el segurata de Bram?

¿Wall Street?

Levanto la mirada justo cuando el chico rubio se separa un poco de Noa. Me estremezco cuando, durante un segundo, sus ojos azules se cruzan con los míos desde el otro extremo de la barra. Es solo un instante, pero siento que todo se detiene a mi alrededor.

Me ha visto. No. Me ha visto mirándole fijamente, y señalándole con el dedo.

¿Qué puede ser peor?

Mierda.

CAPÍTULO 15



LIAM

Esta noche me toca ejercer de anfitrión, porque casi todos están celebrando el ascenso del senador, alias Hades, en la mansión Sander. La verdad, preferiría estar partiéndome la cara en un gimnasio, pero aquí estoy: presidiendo la mesa, con una túnica de lino blanco que apenas tapa lo justo y la máscara de Poseidón que me deja una marca de mierda en la nariz. Nada de cazadoras de cuero, nada de camisas o pajaritas, solo actitud de dios, con los huevos bien puestos y una corona dorada con hojas de laurel en la frente.

A mi izquierda, Hefesto revisa su móvil con una expresión de sargento. A la derecha, Atenea clava su tenedor en la ensalada con yogur griego y me mira de reojo, esperando a que empiece el *show.* Eila, siempre perfecta, se sienta a mi lado. Nadie lo diría, pero bajo la tela semitransparente lleva tatuada una P, en el abdomen y fue una sorpresa que me dio hace unos meses.

El tridente que tengo apoyado en un lado es una bestialidad, con detalles en oro viejo y puntas afiladas que parecen de verdad. El mango va forrado en cuero azul marino, y lleva grabada la palabra *mar* en griego antiguo.

El resto de la mesa está casi vacía. Falta Jack, alias dios Apolo. Ni rastro de él. Según los rumores, está en Nueva York metido en negocios turbios o ligando con alguna modelo en el Soho, lo mismo da. Artemisa, la hermana de Ares y Apolo, tampoco ha dado señales de vida. Desde que huyó del clan hace unos años, no sabemos nada de ella, y aunque aquí nadie lo dice en voz alta, todos saben que probablemente esté muerta. Recuerdo los años en que compartíamos cenas en esta mesa, unidos por el mismo destino.

Esto es lo que ocurre cuando tus padres poseen un imperio como *Álympos.*

Una *hetera* se acerca a rellenarme la copa, pero le indico con la mano que no. Esta noche no quiero perder el control.

En la sala, la luz es tenue, filtrándose entre columnas de mármol y cuerpos vestidos para pecar. Las *heteras* y los *pornos* circulan por el salón atendiendo a los clientes. Todos enmascarados, con el ropaje griego de ritual. Identifico a las *ninfas* por los brazaletes que llevan, y gran parte de ellas se sienten superiores, solo porque han sido elegidas por los dioses como sus favoritas. Sus cuentas bancarias también son superiores, a decir verdad.

«Los dioses», susurra mi mente.

No me siento uno de ellos. He perdido la cuenta de las veces que he pensado en largarme de este sitio y saltar al mar. A veces me da envidia que mi madre se reúna con mi hermano y mi padre antes que yo. Pero aquí sigo, cumpliendo el papel que me toca, como heredero. Y esta noche le he prometido a Ares que asistiría al *Ritual*, y tomaría su lugar de líder.

El problema es que, aunque me esfuerce por estar aquí presente, mi cabeza sigue en la fiesta de Sander. Allí tampoco encajo. No encajo en ese mundo de trajes y sonrisas falsas, pero no he podido evitarlo porque tenía que verla.

Por Zeus. No hay antídoto para esa mujer.

Lo peor de todo es que iba con Bram. Y sí, he ido a esa maldita fiesta solo para comprobar que ellos dos están juntos, tal y como me dijo en la tienda de *Chanel*. Desafortunadamente, lo he comprobado con mis propios ojos.

Luego, Noa ha aparecido de la nada y se me ha enganchado al brazo. La misma *ninfa* de pelo moreno y tetas operadas, que lleva ese tatuaje de flor de loto, con la que compartí cama una vez (y puede que dos). No ha tardado nada en empezar a quejarse de Bram y a contarme que la ha traicionado. Que la dejó tirada, que ahora pasa de ella, que es un cabrón. A los dos minutos, ya se estaba insinuando. No soy de piedra, pero tampoco gilipollas.

Por un segundo he pensado en dejarme llevar y meterla en mi cama esta noche, pero justo cuando me he girado, la rubia me estaba mirando. Sí, Roberta curiosamente me ha puesto cara de pocos amigos cuando me ha visto. Aunque tampoco es nada nuevo.

¿Por qué ahora estoy pensando que me jode que ella pueda pensar que Noa y yo tenemos algo?

He querido ir detrás de ella, explicarle que lo de la morena era una pantomima. Quería gritarle con todas mis fuerzas que a mí sólo me importa ella, aunque ella no me quiera en su vida. Pero no lo he hecho. Me he tragado las ganas, y he sacado mi orgullo. He conducido hasta aquí, porque se lo he prometido a Ares. Ahora, sentado en la cabecera, repaso la escena como quien tiene una espina en el costado.

Maldita sea, esa mujer me está matando.

He pasado los últimos días encerrado en mi habitación, dándole puñetazos al saco de boxeo hasta que se me han dormido los nudillos. Mejor eso que buscarla, porque sé que, si lo hago, no habrá vuelta atrás.

—Estás raro esta noche. Más callado que de costumbre —murmura Atenea, buscando mi atención.

Levanto una ceja y sonrío, mirando a la mujer de pelo corto sentada a mi lado.

—Quizá porque toda esa comida desperdiciada que veo en los platos, me está quitando el apetito. Sabes que eso es tirar el dinero.

—No cuela —se ríe suavemente—. Nunca te ha importado la parte económica. Hefesto y Ares son los que llevan las cuentas. Y, no es por nada, pero llevas toda la noche mirando al vacío.

—No lo creo.

—¿Te pasa algo o solo tienes resaca?

Bebo un trago, evitando su mirada.

—No me pasa nada. Supongo que me he cansado de lo mismo. De la misma gente y los mismos rituales.

—Mentira —ataja—. Es por alguna universitaria que te tiene loquito.

Casi me atraganto. Atenea sabe que mi fetiche con las universitarias.

—¿De verdad crees que me voy a poner moñas ahora?

—Bueno, a veces los más duros son los primeros en caer —dice en tono sabio, con ese rollo de diosa mayor que le va tanto—. Si necesitas irte, vete. Yo te cubro.

Me guiña un ojo. La miro, y durante un segundo me tienta largarme.

—Si lo hiciera, sería peor.

—¿Por qué?

—Porque entonces tendría que buscarla. Y, si hago eso, quedaré como un gilipollas.

Atenea sonríe.

—Eso es lo más sincero que has dicho esta noche, mi dios.

Le guiño un ojo, irónico, intentando quitarle hierro al asunto.

—No te acostumbres, mi diosa. Mañana vuelvo a mi modo autómata.

Ella se pone seria, y deja la copa en la mesa.

—Solo no la cagues, ¿vale? Si vas a dejar que una mujer te haga polvo, al menos que sea porque lo has intentado de verdad.

Atenea se incorpora, da un sorbo a su copa y cambia de conversación justo cuando Hefesto llama a todos para comenzar el Ritual.

Pero yo sigo ahí, a kilómetros de distancia, preguntándome en qué momento una chica que ni siquiera está en esta sala se ha convertido en el único puto pensamiento que no consigo borrar.

***

No sé si han pasado más de veinte minutos cuando Eila me dice que me están buscando fuera. Cruzo las puertas del Gran Salón

arrastrando el tridente y con la túnica blanca de ritual pegada al cuerpo. La máscara dorada me aprieta la cara, así que me la quito de un tirón en cuanto pongo un pie fuera de la zona roja, y entro en la zona verde. En otras palabras, la zona privada, donde los dioses podemos quitarnos las máscaras, ya que nadie tiene acceso, salvo los empleados.

Entonces veo a mi amigo, Brian, con cara de funeral. No sabe que he estado en la fiesta de Sander, y espero que no me haya visto ahí porque no sabría explicarle que lo he hecho para comprobar que el mocoso y la rubia están juntos.

—¡Ares! —exclamo confuso—. ¿Qué haces aquí?

—Os podéis retirar. —Indica con un movimiento de cabeza a los hombres que están esparcidos en el pasillo de la planta baja.

Qué cojones. Los analizo mejor, y veo alerta en todas las caras.

—Se supone que estabas en la fiesta de ascenso de…

—¡Ven!

No discuto. Le doy una palmada en el brazo y caminamos escaleras arriba, directos a la oficina de los dioses, ubicada en la primera planta. Sé que, si Brian tiene esta actitud, la noche no va a ser tranquila.

Cierro la puerta de un golpe y miro embobado cómo él va directo al mueble bar y se sirve un whisky como si le fuera la vida en ello. Me fijo en el cuadro de los dioses del Olimpo que decora el despacho, y en lo mucho que detesto estas escenas de poder.

—¿Qué está pasando? —pregunto, ya sabiendo que no será nada bueno.

Se deja caer en la silla de cuero, con los nervios a flor de piel.

—¿Va todo bien abajo? —me pregunta.

—Sí, todo en orden —le digo, cruzando los brazos—. El Gobernador está más feliz que una perdiz con la mercancía, y ahora se lo está pasando bomba con las *heteras.* Le he puesto a las mejores, ya verás, vuelve seguro. Y ha venido acompañado de dos amigos.

—Bien.

Brian asiente, pero su cabeza está en otro sitio. Se gira hacia el cuadro, buscando respuestas en la cara de Zeus.

—¡Maldición! —estallo, sin poder aguantar más la curiosidad—. ¡Joder, tío! ¿Qué está pasando?

Hinca los codos en la mesa, y ahora sí, noto la gravedad en su voz.

—En la fiesta de Sander, el primo de Gambino me ha amenazado. Sabe quién soy.

Me cuesta procesarlo.

—¿Ese gilipollas, el de la cicatriz?

Brian asiente, y yo suelto el aire.

—¡Mierda! —maldigo entre dientes—. ¿Y sabe algo más? ¿Sabe de nosotros también?

—Ojalá pudiera preguntarle, pero ya no está para hablar.

Me acerco, desconcertado.

—¿Por qué?

—Le he tenido que pegar un tiro.

Carraspea y mira el móvil. Está nervioso de verdad.

—Por Zeus… ¿Y ahora qué?

—Hasta donde sé, solo sabe de mí —me explica—. Pero sí, sabe de nuestro negocio y que tengo cómplices.

—¿Cómo coño ha pasado? Siempre tapamos todas las putas pistas.

—Tampoco lo entiendo, ¡maldita sea! Cuando disparé a Carlo, el maldito hermano de Gambino, tenía la cara tapada —me recuerda lo ocurrido en el Bronx hace un mes—. ¿Cómo coño se ha enterado ese capullo de que fui yo quien lo mató?

Le veo llevarse las manos a la cabeza, igual de jodido que yo.

—La información se ha filtrado —le suelto, y es la puta verdad.

Brian asiente, frustrado.

—¿Jack lo sabe? —pregunto.

—No, no lo sabe.

—Tú y yo sabemos que todo esto es por su culpa. Mataste al hermano de Gambino para salvarle a él. Para variar, te comes tú el marrón.

Noto que Brian está a punto de explotar.

—Estoy seguro de que los que atacaron a Bram en el restaurante fueron ellos, aunque no lo quiera decir —añado, y en mi cabeza, inevitablemente, se cruza la imagen de Roberta.

Me pierdo un segundo en mis propios pensamientos hasta que Brian me saca de golpe.

—Liam… —Levanta la mirada y se le ve agotado—. No he venido solo. Hay una nueva integrante y ahora mismo está en mi habitación.

Me tenso.

—¿Quién? ¿Esa chica con la que fuiste a Miami? —Lo miro sin entender nada—. ¿Tu alumna?

—Sí.

No sé qué coño decirle.

—Brian, hermano, no era el momento para esto.

—Liam… ¡créeme que había renunciado a la idea de que ella ingresara, no encaja aquí! Pero esta noche, cuando le he disparado a ese tipo, esa chica estaba presente.

—¡Oh, *mamasita*!

Me sale decirlo en español, y no en inglés. Viajo tanto a Latinoamérica, que se me pegan todas las palabras.

—Pero le podías haber explicado todo y después…

—¡No, joder! —Se levanta de la silla y se apoya en los puños —Sander lo ha visto todo, ¡sabes cuál es el maldito protocolo!

Lo miro desconcertado. ¿El senador estaba ahí y ha visto a Aylin en compañía de Brian? Sin duda, tenemos un problema muy gordo.

—No lo has podido hacer, ¿verdad?

—¡Claro que no! —Brian mira al suelo, confuso.

Imagino que se siente mal por no haber podido matar a esa chica. Sospecho que se está quedando pillado por ella, pero yo soy el menos indicado para hablar de incumplir las normas.

—Sabes que cuando se enteren, los tendrás a todos en contra —le aviso.

Se calla y se toma el vaso de whisky.

—También hay otro asunto que me preocupa —continúa—. Es sobre la amiga de Aylin.

—¿Qué quieres que haga?

—Asegúrate de que está a salvo, los hombres de Gambino han ido también al campus de la universidad y han entrado en la residencia donde viven las dos. ¡Esta misma noche, joder! Sander y Bram están enterados, pero sabes que tú eres el único en el que confío plenamente. Debes asegurarte de que esa chica no vuelve ahí esta noche. Que coja sus cosas y se traslade a otra habitación —explica deprisa—. Si pregunta qué ha pasado, solo le dices que eres mi amigo y que ahora mismo estoy bajo amenaza por un motivo que desconocemos. Dile que es algo delicado y que no puedes contárselo a nadie, de lo contrario, pondría nuestra vida en peligro. Y también dile que… —suspira, con la mandíbula contraída— Aylin se quedará conmigo durante unos días, por precaución.

—Vale —asiento.

Tengo que buscar a la amiga de su alumna. Muy bien, suena más interesante que quedarme aquí, aguantando a pervertidos borrachos y drogados.

—La chica se llama Roberta Monticelli —suelta finalmente—. Es la novia de Bram.

—¿Qué?

Lo miro por un instante, con los ojos como platos. Todo tiene sentido. La alumna de Brian tiene que ser una de las universitarias de las que Roberta va acompañada casi siempre. La del tinte rosa lo

dudo. Seguramente Aylin sea la de pelo rubio oscuro, ondulado, y de ojos celestes.

—¿Bram... novia? —murmuro, siendo muy consciente de que me veo como un fantasma.

¿De verdad tengo que recibir otra patada más en los huevos, escuchando lo mismo de la boca de mi propio amigo?

—¿Es una rubia? —pregunto con un hilo de voz.

Me mojo los labios. Mi lengua está peor que la suela de un zapato.

—Sí, ¿la conoces?

—Creo haberla visto… —suspiro nervioso, revolviéndome el pelo con una mano—. ¿Qué estará tramando ese capullo?

—Es su problema —suelta él, irritado—. Liam, salgo con Aylin hacia Toronto mañana, espera noticias mías, ¿vale?

—Ten cuidado, Brian.

—Está todo listo para el cargamento de esta semana. —Me agarra por los brazos y me mira con determinación—. Y no quiero ningún fallo. Me mantienes informado, ¿entendido?

—No te preocupes —sonrío levemente y le doy un golpe en la espalda—. Me voy abajo para asegurarme de que está todo en orden y parto hacia la casa de Sander. Tengo que vigilar a Rousseau, ese idiota francés, ya sabes. Se cree el amo y señor de todo porque tiene minas de diamantes. Es un degenerado y ya va bien colocado.

***

Justo media hora después, aparco un *BMW* negro todoterreno frente a la entrada principal, en una zona reservada para los vehículos de seguridad. Los cinco guardias de Sander me reconocen. En teoría, son suyos porque en *El Templo* cada uno de los dioses disponemos de un equipo de agentes de plena confianza. Sin embargo, en la práctica, todos trabajan en equipo en casos

urgentes, además de estar obligados a proteger a todos los integrantes de nuestro clan, y dirigirse a nosotros con respeto.

Los agentes me saludan bajando la cabeza, como indica el protocolo. Pongo cara de pocos amigos, como si acabara de volver de Troya, pero no me bajo del coche con la túnica blanca, ni la corona, sino con mis vaqueros negros gastados, una camiseta azul oscuro con un pequeño agujero por culpa de mi león juguetón y la cazadora de cuero. Mi chico, Zeus, tiene predilección por mi ropa, me la muerde toda.

Hago un gesto con la cabeza al primero que veo: un tipo grande, con cara de bulldog.

—¿Todo controlado? —pregunto con discreción.

—Todo en orden, mi dios. Han sacado el cadáver por la puerta trasera. Sin rastro, ni cámaras —me informa, como si estuviéramos hablando del reparto del *catering* y no del puto hombre de Gambino que Brian Alexander Woods acaba de disparar en la fiesta del senador.

—¿Y el mensajero? —me aseguro, tirando de la cremallera de mi cazadora.

—Ya lo hemos mandado. El jefe quiere limpiar su nombre antes de que suelten la lengua.

—Perfecto —asiento.

Ruedo la vista alrededor, en guardia. Es normal que Sander tema que Gambino sepa que él tiene algo que ver con *Álympos*. Su reputación se vería manchada, al igual que la de todos.

—¿Dónde coño están Hermes y compañía?

El bulldog resopla.

—Dentro con nuestro dios Hades. Ha dado órdenes y ahora está asegurando el perímetro.

—¿Qué ordenes?

—Que nadie entre y… —duda por un instante— asegurarme de que los invitados están bien. Además, debo acompañar a la señorita Monticelli.

Ya atrapa mi atención. Por supuesto que sí.

—¿A dónde?

—A su… casa —balbucea el hombre.

—¿Y por qué no la has llevado?

—Porque… hay un problema.

Levanto una ceja, escéptico.

—¿Qué clase de… ?

Me señala hacia el jardín, sin elevar la mirada del suelo.

—Mírelo usted mismo —dice, con el rostro crispado.

Vaya.

Coloco una mano en la cadera, incrédulo. La señorita Monticelli lo está dando todo, en el jardín. Está subida a una mesa, sin zapatos, y con la falda plateada remangada hasta los sobacos —estoy exagerando. Está moviendo ese cuerpo de infarto que cualquiera envidiaría, bailando y cantando a pleno pulmón.

—*Tití me preguntó…* —tararea la letra de una canción de reguetón.

Baila sensualmente, agitando las caderas de un modo que incluso haría que el mismísimo Bad Bunny le pidiese un autógrafo. Lo juro. Una señora del servicio intenta bajarla de la mesa tirando de su mano, pero la rubia está tan fuera de control como la Bolsa de Wall Street el lunes negro.

Cierro los ojos y respiro hondo. A este paso me hago monje y me aíslo en un monasterio en las montañas, mandando a la mierda a todo el mundo.

—¿Ella no sabe lo que ha pasado?

—No —contesta el agente—. La orden es no contar nada, simplemente llevarla.

—Yo me encargo.

Vuelvo a suspirar, y me tenso cuando veo el panorama. La fiesta es un circo de alto *standing*: champán volando, gente desatada en

todas las esquinas, y la piscina parece un *puticlub* de lujo. Me he ido hace menos de dos horas de aquí, y ahora me encuentro con esto.

Agradezco que no haya medios de comunicación y no quede mucha gente; seguramente el senador les ha echado a todos después del incidente que, afortunadamente, pocos conocen.

Camino entre los invitados, con sumo cuidado. Algunos están tirados como lagartos en las tumbonas que hay alrededor de la piscina. Y, en el centro del jardín está la rubia, y otras dos más, las tres borrachísimas.

—Esto no está pagado —murmuro, cagándome en todo.

Cuando la tengo delante, no puedo evitar quedarme dos segundos embobado: lleva el pelo más desordenado que nunca, la boca roja, con una pequeña mancha en la comisura, señal de que se ha restregado con la mano. Casi enseña la ropa interior cuando se tuerce a un lado, intentando ejecutar movimientos sensuales. Sigue subida en la mesa, bailando. Ella y la otra amiga.

Me cruzo de brazos, muy en plan portero de discoteca harto.

—La fiesta ha terminado —gruño, haciendo de tripas corazón, porque verla de cerca es aún peor.

Ella me ignora, meneando la cintura como si fuese invisible. Mira a otra universitaria —la del pelo rosa—, que está bailando como una posesa, a su lado, con los ojos pegados como si en cualquier momento le fuera a dar un coma etílico.

—Roberta —suelto entre dientes, reprimiendo una sonrisa.

No sé por qué me hace tanta gracia. Ahora mismo debería estar cabreadísimo, pero la verdad es que no puedo apartarle la mirada. No hay manera. Se gira y me sonríe, con cara de niña mala, sabiendo perfectamente que me tiene comiendo de su mano. Juro que la paciencia me dura un suspiro, así que pongo cara de tipo duro, y coloco los puños en la mesa, acercándome amenazante.

—He dicho que la fiesta ha termi…

Enmudezco. Siento la presión de su tacón en mi pecho, de repente, justo por debajo del cuello. Genial. Juro que hasta se me

olvida cómo respirar. Miro hacia arriba, y tengo la mejor vista que he tenido en mi vida: la sombra de su entrepierna muestra unas bragas de color claro —crema, puede que rosas, qué sé yo.

—Atrás —me lanza, con esa voz pastosa de la borrachera, pero aun así está sexy de cojones.

Me río por lo bajo. Agarro su tobillo con una mano, bruscamente, apretando lo justo para que sepa que no pienso moverme. Paso el pulgar por su piel, y me imagino lo fácil que sería arrastrarla hacia mí y tumbarla en la mesa, aquí, delante de todos.

El corazón me late tan fuerte que me tiembla la mano en su tobillo. Debería alejarme, lo sé. Pero no lo hago. Me acerco un poco más, hasta que mi cara está cerca de su ombligo, obligándola a doblar la pierna.

—Uy… —dice desafiante—. El chico de la pistola. ¿Me vas a apuntar otra vez, o te vas a unir a la fiesta?

Sonrío, desquiciado, con el pulso en la garganta. Le clavo la mirada y aprieto su tobillo, notando el temblor en sus piernas.

—Sigue enseñándome las bragas, y esta vez no será una pistola precisamente lo que te va a apuntar.

Ella se ríe.

—¿Y qué será, cariño?

Me acerco aún más, soltándola porque está a punto de caer.

—Algo igual de duro, *cariño*. —La frase me sale tan cruda y obscena, que hasta a mí me retumba en los oídos—. Algo caliente, no frío. Tejido humano, no metal. Pero te dejaría sin aliento igual. Eso sí te atreves, claro. ¿O solo eres valiente cuando bebes?

¿Qué coño acabo de decir?

La miro, esperando que me suelte un bofetón o, como mínimo, que se parta de risa en mi cara. Pero no. Me sostiene la mirada, y joder, esa chispa en sus ojos es dinamita pura.

Ella bufa, con el rostro desencajado, se inclina para soltarme algo violento, pero justo entonces pierde el equilibrio. Quizá por culpa de

los tacones o del alcohol, vete a saber. Simplemente se viene abajo, y cae directa a mis brazos.

La sujeto al vuelo, cuando cae encima de mí. La sostengo por la cintura justo a tiempo, embriagado por el perfume dulce que emana. Pero no es su perfume. No. Es esa maldita obsesión que siento por ella.

Por un segundo, todo el puto universo se reduce a la calidez de su cuerpo contra el mío, y su respiración sobre mi boca.

—Vaya —murmuro sonriente, pero por dentro el pulso se me desboca—. Si vas a lanzarte a mis brazos, la próxima vez avisa, *principessa.*

—Suéltame.

—No, rubia. Esta vez no te soltaré —le contesto con firmeza—. Ya no.

CAPÍTULO 16



LIAM

No la suelto. Ni aunque me lo pida, ni aunque me fulmine con esos ojos más verdes que las algas marinas. Sus brazos tiemblan un poco cuando la aprieto más, y su respiración es un incendio que azota mi rostro. Sé que debería dejarla en el suelo y fingir ser el tipo duro y autoritario de siempre.

Pero ya no estoy para medias tintas. No, joder. Ya no.

—*Vaffanculo*[14], yo solo… —balbucea, atrapada entre mis brazos.

—Si piensas que podrás insultarme en italiano sin que me entere, estás muy equivocada.

—No me digas que aparte de sinvergüenza, también eres políglota —habla apestando a alcohol.

—Si hablar siete idiomas te convierte en políglota, pues sí. Y el italiano no es de mis favoritos.

Por un instante, el tiempo se detiene. No puedo evitar recordar aquella vez que esta mujer loca saltó del balcón del hotel *El Templo*, y acabó en mis brazos, berreando de miedo. Como ahora.

—Qué antipático. —Mueve las piernas desquiciada—. Déjame en el suelo, anda.

—No —niego, dirigiéndome a la salida con pasos veloces.

—No te hagas el héroe conmigo, chico.

No le contesto, solo la aprieto un poco más, sintiendo el calor de sus muslos y el corazón desbocado.

—Y retira eso que has dicho —demanda.

—¿Qué?

—Que me quieres llevar a la cama.

—No he dicho eso… precisamente.

—Lo has insinuado.

—No puedo retirar algo que deseo —le respondo, tan bajito que solo ella puede oírlo.

No puedo evitar girar la cara y sonreír. La aprieto más fuerte y la cargo en brazos hasta la salida.

—Joder, tío —se queja, de morros—. ¡Ayuda! Me están secuestrando —balbucea, con los ojos casi cerrados. No tiene fuerzas ni para hablar, y eso me hace más gracia aún.

—¿Sabes lo fácil que sería verte en el suelo ahora mismo? —le susurro, saboreando cada gesto suyo.

Ella no se inmuta, sólo tuerce la cabeza y me reta con esa mirada turbia, como si el peligro le diera morbo.

Cuando por fin consigo meter a la rubia en el coche —y no, no es metáfora, literalmente tengo que cargarla como a un saco de patatas—, cierro la puerta con un golpe y doy un rodeo rápido, ante la mirada atenta de medio equipo de seguridad. Nadie se atreve a abrir la boca.

Subo al *BMW*, giro la llave y respiro hondo. Miro de reojo a Roberta, que está concentrada en la ventana, y tocando la maneta. Pero ya he activado el botón de seguridad y sé que no saldrá del coche.

Pasan unos minutos, pero ella sigue en la fiesta, parece. Va hablando a ratos en italiano, a ratos en inglés, y a ratos se queja de que ha perdido un zapato. Vaya, parece que lo ha encontrado, solo se le había soltado del píe.

—¿Adónde me llevas?

—A tu casa, ¿dónde si no?

—Menudo plan de viejos. Es muy pronto —suelta, con esa voz pastosa.

Se apoya en un codo cuando me ve concentrado en la carretera.

—¿Dónde está Bram? —pregunta mientras se retuerce en el asiento, como si estuviera nerviosa.

Con solo escuchar ese nombre, siento los músculos tensos.

—Ha pasado algo en la fiesta. Tu novio está ocupado solucionando el desastre —respondo, seco, mirando los retrovisores. Me quiero asegurar de que nadie nos está siguiendo, aunque el tráfico está despejado, y no parece haber nada fuera de lugar.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido un ataque armado.

Ella se incorpora, de repente, más sobria.

—¿Cómo que un ataque? ¿Por qué no me he enterado?

—Porque estabas demasiado ocupada haciendo *twerking.* —La miro de reojo, relajándome en el asiento.

—Madre mía —se lamenta—. ¿Y Lyn? ¿Dónde está Aylin?

Se acerca a mí, colocando una mano en mi brazo. Uhm, mala idea. Ella y yo aquí solos. En la carretera y de noche. Y yo tan duro como si me hubiese tragado kilos de pastillas de viagra.

—Aylin, es decir, mi amiga, se fue al servicio y no volvió —me cuenta—. Liam, ¿de verdad está bien?

—Aylin está a salvo, la he visto salir con Brian hace un rato.

Roberta se queda callada, tragando saliva.

—¿Brian? ¿El profesor Woods? —pregunta, alzando la voz—. ¿Se han ido juntos?

—Sí.

—¿De qué conoces a mi profesor?

—Es amigo mío. También de Sander y… —pienso en qué inventar —. El senador ha querido ponerlos a salvo.

Otra mentira más.

—¿En serio? ¿El señor Woods es amigo tuyo? —se ríe—. Pues a ver si hablas con tu amigo para que me apruebe la puta asignatura ya. Ese tipo es un retorcido.

Me río, tras verla más tranquila y alegre. No me sorprende que hable con sarcasmo. Sé lo difícil que es lidiar con Brian a veces.

—Bueno, me lo pensaré, dependiendo de lo que ofrezcas a cambio.

Asiente, pero sigue mirándome con demasiado interés y a la vez enfado.

—Ya entiendo, eres como todos.

—No sé en qué estás pensando, yo solo pensaba en un capuchino. ¿No es tu bebida favorita, aparte del tequila?

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi trabajo saberlo todo, ¿qué tipo de guardaespaldas sería si no?

Se rasca la cabeza por un instante, y sus mejillas sonrojadas la hacen ver más guapa aún. No, guapa no. Guapísima. Salida de otra galaxia. Pero también está más nerviosa de lo normal.

—Oye… igual estoy borracha, pero juraría que te he visto esta noche con otra ropa. Un traje. A no ser que tengas un hermano gemelo, por supuesto —suelta una risita mordaz.

Mis labios forman una línea y borro la sonrisa, tras oír las palabras *hermano gemelo*.

—Era yo.

—Ah vale —dice irritada—. ¿También eras tú el que se estaba besando con una morena? Y bueno, no con cualquier morena, sino con la ex de tu jefe. Aquí parece que el que no corre, vuela.

La ex. Claro. Me está restregando una vez más el hecho de que está saliendo con Bram de verdad.

Zeus. Dame fuerzas. Ayúdame a terminar esta misión manteniendo la cabeza fría, como siempre he hecho. Debo llevarla a la puta residencia, ayudarla a mudarse a otra puta habitación y salir corriendo de ahí, antes de que…

Joder.

No sabe hasta qué punto está jugando con fuego.

—¿Te gusta esa chica, eh grandullón? —repite, pegándome un golpecito en el brazo—. Sé que Noa está buena así que anda, no te

hagas el interesante.

La miro de reojo, un segundo. Decido no darle el gusto de una respuesta fácil, así que acelero un poco más. La rubia sigue con la matraca, arrastrando las palabras y sonriendo como si nada de lo que dijera pudiera afectarme. Pero lo hace.

—Vaya con el guardaespaldas. ¿También tienes un harén o solo una lista de exnovias de tus jefes?

Ahí sí, se me hincha la vena. Freno el *BMW* en seco en una calle poco iluminada, a una manzana de la residencia.

—¿De verdad quieres seguir jodiendo con ese tema?

Le atrapo el brazo, obligándola a mirarme. Clavo los ojos en los suyos, con el cuerpo cortado. Me cago en la puta. Sus burlas, sus palabras, su maldita presencia. Todo esto me está afectando demasiado.

—¿Quieres saber por qué estaba besando a Noa? —Alzo la voz—. Porque me ha dado la gana. ¿Te parece suficiente o necesitas una telenovela? Porque, si quieres, te la cuento entera, pero igual acabas llorando.

Ella se queda muda, pestañeando. Por un segundo, la veo vulnerable de verdad. Pero Roberta Monticelli no es de las que bajan la mirada. Por supuesto que no. Se suelta de una sacudida, y en vez de apartar la cara, se acerca más.

—No necesito ninguna explicación —susurra—. Pero ya has demostrado el tipo de persona que eres, Liam. Como te mandé al paseo, no pierdes el tiempo, ¿verdad? —dice con un aire burlón, alejándose esta vez—. Aunque tienes razón en una cosa: no me interesa tu vida amorosa. Y arranca ya el puto coche.

Se vuelve a apoyar en un codo contra la ventanilla, desviándome la mirada. El alcohol incluso parece que le ha subido más aún, porque se está tambaleando en el asiento.

La miro, arqueando una ceja, tan aturdido como ella. ¿Por qué tengo la impresión de que ese beso le ha sentado como una patada en el culo?

Vuelvo a girar la llave y aprieto el volante como si pudiera romperlo.

—¿Estás celosa?

—¿Celosa? ¿Yo? —dice, haciendo una mueca—. ¿No ves que a mí los tíos de traje me aburren?

Le dedico una media sonrisa torcida, porque sé que acaba de decir una estupidez. Ha dicho lo primero que se le ha pasado por la mente, con tal de responderme.

—Pues menos mal —suelto, cruzando un semáforo en rojo— porque Bram no es de chándal, precisamente.

Nos quedamos en silencio por un momento, pero no puedo evitar mirarla de reojo. Lleva el vestido tan subido que juro que, si sigue así, la tendré que meter en el maletero para sobrevivir al trayecto.

Tras aparcar a unos metros, entramos en el edificio, después de sacarla del coche a duras penas. Escaneo el sitio, con la guardia alta, y la llevo hacia una puerta blindada que hay a la derecha. Paso una tarjeta de un color metálico que Max me ha entregado, y las puertas se abren. El ambiente cambia, y se nota la diferencia entre el ala *premium* de la residencia, y los pasillos casi mediocres de la zona estándar.

—Ehhh, un momento… —masculla, empujándome con el bolso.

Le muestro con la cabeza el pequeño ascensor que hay a nuestra derecha. Empieza a forcejear en cuanto ve que no la llevo a su cuarto habitual. Por mi parte, no puedo permitirme fallos, y analizo el terreno con ojos de halcón, aunque sospecho que los hombres de Gambino ya no están aquí.

—¿Adónde vamos? Esa es mi habitación y acabamos de pasar por delante.

—Lo era. —La meto en el ascensor, obligada y, a decir verdad, no me cuesta demasiado. Sigue igual de ebria que hace media hora; o quizá más.

—No lo entiendo.

—Los que han atacado a tu profesor en la fiesta, han estado aquí.

—¿Cómo? —Se lleva una mano al pecho—. Pero la puerta estaba cerrada y…

—A simple vista. Seguramente todo esté revuelto dentro.

Me muerdo el labio cuando el tacón de su zapato de aguja acaba en mi deportiva.

—Pero mis cosas…

Se mueve tanto, que su culo acaba estampado contra mi bragueta. Pongo los ojos en blanco y aprieto la mandíbula, desesperado.

—¡Esto no es un juego! —La inmovilizo por los brazos, cabreado. Y no solo porque es una mosca cojonera que me lo está complicando todo, sino también porque me está volviendo loco. Me tiene tan loco que no soy capaz de controlarme.

Click.

La empujo fuera cuando las puertas del ascensor se abren en la primera planta, y después la dirijo hacia la habitación que Max me ha indicado, la número 12. Abro deprisa, arrastrándola dentro, a duras penas. Enciendo las luces y coloco la llave en un recibidor moderno, con un gran espejo.

—Me voy de aquí.

—No.

La freno, apoyándome en el marco. La advierto con la mirada y creo que, por fin, entiende que no estoy bromeando.

—A partir de esta noche, te quedarás aquí. Tú y tu amiga —agrego—. Y no lo repetiré.

Ella intenta girarse, tambaleándose.

—¿Qué es esto, tu cuarto? —Mira a su alrededor, con la misma sonrisa jocosa—. ¿De verdad crees que voy a dormir en una cama donde seguro ya te has follado a media facultad?

Me río, más cansado que cabreado, y cierro la puerta con el pie.

—No es mi cuarto, y es la primera vez que estoy aquí. Descansa, yo recogeré tus cosas de la otra habitación y te las traeré.

La rubia se gira, llevándose un dedo a la boca.

—Va.. vale, Liam —dice atontada—. Esta habitación vale una pasta y está en la zona *VIP* de la puta residencia estudiantil de Harvard. Y no estoy tan segura de que no sea tuya, al fin y al cabo, ganas mucho dinero en la Bolsa de Wall Street, ¿no?

—¿Qué?

Me acerco a ella, boquiabierto.

—No me creo nada de lo que me has contado. Todos sois unos mentirosos, en realidad —continúa mordaz—. Y si es verdad que el profesor Woods está con mi amiga y que él te ha enviado para traerme hasta aquí, ¡Aylin misma me lo contará!

Veo que saca su móvil deprisa del bolso, pero no le permito mirarlo, por miedo a que descubra que, en realidad, Brian no se ha ido con Aylin, sino que… la ha secuestrado.

¿Además, por qué ha mencionado la Bolsa, como si supiera la verdad?

Ella me mira desafiante, sacando pecho, con el pelo hecho un desastre y el vestido medio caído de un hombro. Hay algo en sus ojos que me lleva al maldito Infierno.

—¡Joder! —Lanzo el bolso a un lado, sobre una silla que hay al lado—. Vamos a dejar las cosas claras. No te importa mi vida, y a mí tampoco la tuya. A ver si te enteras que solo estoy cumpliendo órdenes. Y daría lo que fuese por estar en otro maldito sitio ahora mismo.

—Vale, me quedo aquí, pero tú te vas.

—Lo siento, pero no me iré.

—Entonces dormirás en el suelo.

Me alejo mirándola con el rostro desencajado, y es como si me quedara sin habla. Solo miro. Miro cómo se da la vuelta, y sin decir nada más, se baja la cremallera del vestido y lo deja caer.

Compruebo que su ropa interior tiene un color melocotón. Nada extravagante, un conjunto muy sencillo, pero perfecto.

Le doy la espalda, intentando respetarla. No quiero que esto se me vaya de las manos. No quiero. Y más estando tan borracha y fuera de sí.

—No finjas, ¿vale? No finjas que me estás respetando y que de repente, eres un hermanito de la caridad.

Me hierve la sangre. La tensión es tan bestia que noto cómo me tiembla la mandíbula, mientras saco mi pistola y la dejo en el mueble-recibidor que hay al lado. Rozo con el dedo la llave que hay al lado, intentando distraerme. Pero, aun así, no puedo resistirme a la tentación de mirarla a través del espejo. Ella, medio desnuda detrás de mí, y yo… al borde de perder el control.

—Como comprenderás, no tengo ropa. Dormiré así —añade, sacudiéndose el pelo, mientras mira las dos puertas que flanquean el pequeño salón—. Ah, vaya, hay dos cuartos, ¡qué bien! ¿Elijo habitación?

—Haz lo que quieras.

—Por Dios, Liam… —Me mira, llevándose una mano al pecho—. No te enfades como un niño pequeño. Es muy raro todo esto que está pasando y estoy… —solloza como si de repente estuviera dolida — cansada. Estoy harta de… vivir con miedo.

Alzo una ceja cuando veo a través del espejo que apoya la mano en el pequeño sofá que hay al lado, para no caerse.

Nos quedamos en silencio. No soy capaz de decirle nada.

—Y si quieres que te muestre agradecimiento, lo haré. Eres como un hermano mayor para mí, en serio.

El dolor me atraviesa, así de fácil. En realidad, debería ser una frase tonta, pero no lo es. Que me llame hermano mayor… eso sí que no se lo perdono. No a ella. No ahora. Y, definitivamente, lo que está a punto de pasar, ni Zeus podría detenerlo.

Me doy la vuelta deprisa, tragándome la rabia. Camino hacia ella con pasos largos y decido que ya está bien de jugar al mártir. La

cojo por la cintura, y la inmovilizo contra una cómoda de un blanco lacado que hay a un paso.

—No quiero que me veas como a un puto hermano mayor, ¿vale?

Respiro fuerte ante su mirada aturdida. El roce de su piel encendida contra mi pecho me hace perder el hilo de la razón.

—Liam…

Se sobresalta cuando me empujo contra ella, acorralándola junto al mueble.

—¡Maldición! —gruño en su cara, con las cuerdas estranguladas —. Lo he intentado. Juro que lo he intentado, pero resistirme a ti no tiene sentido. No lo tiene… —susurro con un nudo en el pecho.

Sé que voy a llorar como un gilipollas si me doy la vuelta sin soltarle todo eso que me pesa tanto ya. Eso que me destruye por dentro lentamente.

—¿Qué vas a hace…?

—En el muelle te dije que me encantaba el mar, ¿lo recuerdas? —le pregunto fuera de mí, intentando sonar firme.

—Sí, pero…

Miro sus labios entreabiertos.

—Lo que no te dije es que tú eres mi mar. Desde el primer momento que te conocí. En ese puente… —suelto, con el corazón saliéndome del pecho y lágrimas en los ojos—. Sé cuándo pasó, pero no cómo o… por qué. Solo sé que no nadaré a contracorriente. No contra ti… Jamás. Porque preferiría un puto tiro en la cabeza ahora mismo, antes que darme la vuelta y salir por esa jodida puerta.

—¿Qué estás… —tartamudea— diciendo?

—Que prefiero morirme a no besarte en este maldito —aprieto los dientes— momento.

—¡Oh, Liam! —dice angustiada.

Al segundo siguiente, me lanzo a su boca, besándola con la furia y la urgencia de un perro rabioso, incapaz de razonar. Ya nada me importa, a la vez que todo cobra sentido. Tan solo actúo, movido por

ese enorme deseo de aliviarme y quitarme ese gran peso que me aplasta el pecho. Esa maldita sensación que sé que no desaparecerá si no doy rienda suelta a esto que siento.

Cojo sus mejillas entre mis manos y aprieto mi boca contra la suya con fuerza.

—No soy tu hermano. ¡No lo soy! —gruño dolido.

Pero mi alma se rompe cuando ella contrae los labios, como si intentara rechazarme.

—Oh, Dios. ¿Por qué me haces esto?

—¿Hacerte qué? —le pregunto—. ¿Hacerte dudar de lo que sientes por ese idiota?

Ella no me responde, tan solo me mira en la penumbra del cuarto, atónita. Y no, no pienso dejar que me responda. Un miedo aterrador de que pudiera rechazarme me invade y entonces la asalto con la lengua de un modo demasiado pasional y obsceno. Presiono más mis labios sobre los suyos mientras mis manos bajan hasta su cintura.

Joder. Nuestros alientos se entremezclan como un huracán asediando la costa. Me siento en el puto paraíso cuando muerdo y succiono sus labios ardiéndome la piel de tanto desearla y de tanto… quererla.

Porque deseo con todas mis fuerzas abarcarlo todo.

Todo, joder. Hacerle el amor a su boca, venerarla, castigarla, follarla con la lengua, hundirme en ella, sentirla fundiéndose en mi interior. Sentirla al completo.

Quiero hacerla mía totalmente.

MÍA.

Su cuerpo y su alma.

Y cuando suelta un gemido, clavando sus uñas en mi nuca e invadiéndome con la lengua, igual de extasiada que yo, sé que se acabó fingir. La subo a la cómoda de un tirón, mientras unos objetos que hay en la cómoda caen al suelo con un estallido seco. No sé de qué se trata y no me importa.

Le arranco el sujetador como un poseso, e incluso me da igual si lo rompo. Tiro de su muslo, instalándome entre sus piernas, notando el calor que emana de su entrepierna.

—Esto no está pasando de verdad —dice ella, embriagada, con una mano en mi cara.

No sé por qué, pero siento que es un momento emotivo, la manera en la que me mira ahora mismo bajo las luces tenues, apretando sus dedos en mi mejilla. Temblamos, con el puto universo derrumbándose a nuestro alrededor. Sonrío porque no me está rechazando. Ni golpeando, ni empujando. Lo quiere tanto como yo.

—Está pasando —le digo, mordiéndole el labio con fuerza, con los dedos enredados en su cabello—. No tienes ni idea de lo que me haces. No puedo pensar, no puedo respirar si no es contigo. Me estoy volviendo completamente… loco —le susurro mientras mi boca baja por su cuello, recorriendo su clavícula.

Todo es deseo y obsesión, sí. Pero lo que siento por dentro también es hambre. Un hambre voraz que me destroza por dentro, como si ella fuera el único manjar capaz de calmarme.

Porque a veces no hacen falta mil conversaciones para reconocer a quien te pone el mundo patas arriba. Porque hay mujeres que se te meten bajo la piel con una sola mirada y te cambia hasta la manera en la que respiras. Y ella lo es para mí.

—Te necesito —le digo, con la garganta contraída—. Te quiero en mi vida, más de lo que te imaginas. Más de lo que soy capaz de demostrarte.

Le doy un beso prolongado, con una mano en su mejilla y con la otra apretando su cadera con pasión. Pero justo cuando deslizo mis dedos hacia sus muslos y la aprieto más entre mis brazos, la siento estremecerse. Se escurre hacia abajo, de repente, y su cuerpo pierde fuerza. Antes de que pueda decir una palabra, se gira y vomita sobre mí.

Todo se rompe de golpe. Noto el olor asqueroso a alcohol, su respiración entrecortada y su piel fría. La sujeto fuerte para que no se caiga.

—*Cazzo*… —balbucea—. Estoy hecha un asco.

Otra arcada, manchando el suelo. Y otra. Se sigue lamentando mientras yo le sujeto el cabello.

—Lo sé —sonrío, a pesar de todo—. Y solo espero que esto te sirva de lección.

—Por Dios, me voy a morir.

—No lo creo, princesa —digo con una risita—. La muerte no podría contigo. No conmigo a tu lado.

—Claro —chasquea la boca—. La espantarás con tu pistola, ¿o qué, motero?

Vuelvo a sonreír mientras la levanto del suelo como si fuese una pluma. Estoy un poco decepcionado, así es. Pero se me pasa con tan solo mirarla. Incluso vomitando y hecha un asco, como ella dice, la siento mía. Porque ahora mismo está entre mis brazos, y eso es lo único que importa.

—¿Puedo limpiarme en tu camiseta?

—Ya lo has hecho.

—¿Me perdonarás?

—Siempre.

Elijo una de las dos habitaciones y la llevo a una cama doble que se ve cómoda. Ella se engancha a mi cuello, como si no quisiera soltarse cuando la deposito en el colchón.

—Shhh, necesitas descansar.

—Oye… —dice torpe, moviendo una mano en el aire—. Te dejo dormir en la cama. Aunque sé que esos músculos pueden con el suelo, no quiero que te resfríes por mi culpa. No soy tan mala, ¿sabes?

Me río mientras la cubro con el edredón. La rubia no es mala, no lo es. Es la persona más buena y generosa que he conocido jamás. Porque si hay una cosa que he aprendido en los casi veintiocho años que Zeus me ha brindado de vida, es que un iceberg se esconde bajo la superficie.

Y Roberta es un iceberg: deja a la vista solo una pequeña parte de lo que es en realidad. La otra —la más importante—, se la guarda para ella. Y yo solo sé que deseo descubrirla.

—Liam… —murmura con los ojos entrecerrados— sé que soy una cursi de mierda, pero eres como un ángel. Mi ángel de la guarda.

Su mano busca la mía y siento que mi corazón estallará en mil pedazos por la emoción.

—¿Por qué? —Enlazo mis dedos con los suyos, mirándola fijamente.

—Porque lo eres —dice, y dos lágrimas corren por sus mejillas mientras se acomoda de lado—. Porque estás aquí. Porque haces que me olvide de todo, aunque sea por una noche. Porque me siento a salvo, aunque sea por una puta… noche. Y porque…

—¡Ehhh! —siseo, agachándome sobre ella.

Pero ya es tarde. Sus ojos se cierran lentamente, fruto del agotamiento y el alcohol.

La cubro hasta el cuello y me quedo a su lado, en silencio, acariciándole el pelo como un idiota enamorado, contemplándola fascinado mientras duerme.

—Te equivocas tanto, rubia. —Llevo su mano a mis labios y le dejo un beso prolongado—. Siempre he estado cerca. Más cerca de lo que nadie imagina, ni siquiera tú.

Le vuelvo a besar la mano con pasión, sintiéndome torturado tan solo por la idea de tener que separarme de ella. No, aún no. No quiero desprenderme de su mano, y sé que sería capaz de dormir en el filo de la cama toda la noche.

Me quedo mirándola por unos largos instantes, como quien mira una obra de arte perfecta, con ganas de profanarla hasta el último centímetro.

—Maldita sea… ¿qué me estás haciendo?

Dejo su mano en el colchón lentamente y entierro mi rostro en mis manos, aún sentado en el borde. Respiro hondo, sabiendo que no hay vuelta atrás. No en estas circunstancias, y no sabiendo que

ella es una *ninfa* en mi mundo, aunque su contrato no figure en la base de datos. Lo he descubierto esta misma noche, por boca de Noa.

Dicen que cuando el amor toca a la puerta, la cordura sale por la ventana.

Ahora mismo, la situación es la siguiente: Noa quiere a Bram, y yo quiero a Roberta. Y el resultado es: Noa hará todo lo posible por alejarla de él. Y yo…

Sonrío endemoniado.

Yo haré todo lo posible para que Noa tenga éxito, por supuesto.

Acaricio la mejilla de mi rubia completamente hipnotizado, dispuesto a no moverme de su lado en toda la noche. Miento. Nunca me moveré de su lado, por más que duela.

CAPÍTULO 17



BERTA

Despertar con resaca debería estar prohibido por ley. El dolor de cabeza me taladra las sienes y juro que hay un duendecillo bailando reguetón dentro de mi cráneo.

Cuando abro los ojos, no reconozco el techo, ni las sábanas blancas. Parpadeo, medio cegada por la luz que se cuela a través de unos visillos impolutos. Tardo unos segundos en poner en orden la cronología de los errores que cometí anoche, empezando desde el menos al más gordo. Vale. Primero la fiesta, yo hablando con Bram; yo dirigiéndome a la barra donde conocí a Elsa —la que, por cierto, acabó contándome sus secretos más íntimos, como por ejemplo que tiene gonorrea—. Después la morena de tetas operadas besándose con el guardaespaldas.

Espera. No es solo guardaespaldas, también es inversor en Wall Street.

Después Bram dándome un beso en la mejilla, diciéndome que tenía ganas de perderse conmigo por ahí, y que le perdonara pero tenía que saludar a mil invitados más. También dijo que me recompensaría. La música, por supuesto. Yo pidiéndole al DJ que animara el ambiente con un poco de reguetón, después de varios chupitos. No. Demasiados chupitos. Y, por último, un vacío espeso, aunque sí recuerdo que estaba flotando en el aire, y atrapada en el ascensor de la residencia junto al cachas.

Y después…

—Mierda.

Cierro los ojos, tocándome los labios cuando unos flashes me atraviesan la memoria. Respiro hondo, aparto la sábana y, para mi alivio, descubro que aún llevo las bragas puestas. Pero el sujetador no.

Siento la tela bajo mis dedos y la vergüenza me golpea con retraso: recuerdos fragmentados de anoche empiezan a hacerme cosquillas bajo la piel. Liam. Su boca. La mía. Su voz diciéndome que no es mi puto hermano mayor, y mi cerebro en modo *no puede ser, no puede ser, no puede ser.*

Creo que fue él quien me quitó el sujetador y me pregunto si pasó algo más. Aunque… no me lo creo. No. Debe de haber sido un sueño. Pero, aun así, no sé qué hago en este sitio.

Me levanto de la cama de un salto, comprobando que el mundo sigue girando (y yo también, a decir verdad). La habitación es enorme, hay una alfombra mullida en el centro, un espejo de cuerpo entero, un armario empotrado —medio abierto— y dentro, mi ropa perfectamente doblada, como si la hubieran pasado por una lavandería.

—¡Qué coño!

Miro hacia una puerta abierta con los ojos como platos. Hay un baño que me llama como el canto de las sirenas. Y no por querer vomitar —que también—, sino por lo limpio y bonito que se ve. Hay una ducha efecto lluvia, hidromasaje, y hasta un sistema que he visto solo en televisión. Es como si la ducha tuviera altavoces. Ojalá Lyn estuviera aquí para verlo.

¿Y ese chico? Seguramente se haya ido, porque no se oye ruido desde fuera.

Me envuelvo una sábana fina en el cuerpo, y asomo la cabeza por la puerta.

—¿Hola?

También hay un salón. Uno aparte, no como nuestra anterior habitación donde el mismo cuarto hacía de salón, dormitorio y cocina. Es como un pequeño apartamento de lujo encapsulado: dos habitaciones, una puerta que doy por hecho que me llevará a la cocina, un sofá grande que se ve muy cómodo, junto a dos sillones y… ¿una mesa con el desayuno servido? No, no es un desayuno cualquiera. Un plato con cuatro huevos perfectamente hechos, otro con verduras y embutidos e incluso un bote de mermelada.

¿Qué?

—Vaya, mira quién ha decidido resucitar —dice Liam, saliendo de la cocina, con esa voz varonil, de tipo duro.

«No fue un sueño», susurra mi conciencia, más trastornada que yo.

Aguanto la respiración. Me fijo en el plato de frutas cortadas que el rubio sujeta, en el café recién hecho, y en la montaña de tostadas que hay encima de la mesa. Me muerdo el labio. No sé si me da más miedo la idea de lo que pasó anoche, o lo sexy que está con ese mandil.

Jo-der.

Lo miro mejor. Lleva unos vaqueros gastados, los pies descalzos, el pelo desordenado y, lo peor —o mejor, ni idea— es que no lleva camiseta. Solamente lleva el delantal, dejando a la vista su torso, que es un festival de músculos tensos como rocas.

Y entonces sonríe, esa sonrisa descarada que le deja un hoyuelo en la mejilla derecha. No sé si me he dado con algo en la cabeza esta mañana, pero me parece tan obscenamente guapo que mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro. Cuando me recorre un escalofrío, me intento arreglar el pelo, y lo miro como si todo estuviera normal. Pero no lo está.

—Buenos días —carraspeo, obligándome a desviar la mirada a la mesa—. ¿Eso es… mi desayuno?

—Nuestro.

—Huevos fritos.

Me río, recordando su propuesta de prepararme huevos en el desayuno.

—¿Pensabas que bromeaba cuando te dije que no quemo los huevos?

Coloca el plato de fruta en la mesa y se gira, mirándome sonriente. Es extraño, pero jamás me había fijado en la forma de su mentón y hoy me resulta… no sé. Atractivo. Varonil e intimidante cuando está serio, y perfectamente redondo cuando se ríe.

—Bueno, aún no los he probado —respondo—. Ya te pondré una nota.

Él asiente, con una risita.

—Pase señorita —dice moviendo una silla—. Y espero que esto suponga un *plus*.

—Sin duda —digo contenta—. Si lo llego a saber, te hubiese invitado a mi casa mucho antes.

—Bueno… —Mueve la cabeza mientras toma asiento—. Nunca es tarde si los huevos son buenos.

Nos reímos. Cuando su rodilla me roza, debajo de la mesa, aparto la pierna.

—Ya veremos, soy exigente.

La voz me sale más ronca de lo normal, por culpa del alcohol y de la imagen de Liam medio desnudo.

—Tienes suerte, porque yo soy un inconformista. —Sus ojos me miran con mucha intensidad.

—¿Y eso significa… ?

—Que te haré el desayuno hasta que me pongas un diez.

Suelto otra carcajada.

—Entonces jamás tendrás un diez.

¿Qué me está pasando?

Es solo un chico que trabaja para el señor Sander, y el cual recibió órdenes de trasladarme a otra habitación por un supuesto peligro, o al menos eso recuerdo. No descarto que me estuviera imaginando gran parte de la conversación.

Intento ocultar mi rubor tras la taza que me ofrece. Huele a gloria, y además es capuchino, y no café. Ha dado en el clavo.

—Pues no me parece justo. —Mastica un trozo de jamón york.

—¿El qué?

—Que jamás tenga un diez. Ya en serio, es trampa —explica, acercando el plato un poco más hacia mí—. Y si nunca me vas a

poner un diez, igual me veo obligado a sobornarte con zumo de naranja recién exprimido. O… —baja la voz, travieso— …con masajes en la cabeza después de la resaca.

—¿Ah sí? ¿Tienes título de masajista? —le desafío.

—No, pero tengo manos grandes. Sirven para muchas cosas —me guiña el ojo, y con un gesto rápido, me coloca un mechón detrás de la oreja, como si esto fuera lo más normal del mundo.

Intento mantener la compostura mientras unto mantequilla y mermelada en una rebanada. Él se inclina más, con una sonrisa encantadora.

—¿Qué? ¿No te gusta que te cuiden?

—Depende. —Muevo la cabeza dándole un mordisco a la tostada —. Igual me replanteo eso de poner nota.

Él finge estar muy ofendido, se lleva la mano al pecho dramáticamente.

—¡Menudo chantaje emocional! No esperaba menos de ti, que lo sepas.

Me sale una carcajada. Liam aprovecha para acercarse y, sin avisar, me limpia con el pulgar una gota de mermelada de la comisura de los labios. El gesto me pilla tan fuera de juego que solo le miro. El pecho le sube y baja cuando se ríe, y el surco que marca la línea entre los pectorales podría servir de pista de aterrizaje para cualquier dedo travieso.

Pues sí, está demasiado bueno y eso me pone nerviosa. Incluso tengo que hacer un esfuerzo brutal para no quedarme mirando la pequeña cicatriz de su pecho, casi invisible— la típica marca que solo ves cuando intentas no mirar otra cosa, como por ejemplo sus pezones.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, bajando el tono.

Me fija con esos ojos celestes como si estuviera buscando algo en mi cara. Un gesto mío tal vez.

Te necesito —me dijo—*. Te quiero en mi vida más de lo que imaginas…*

Los recuerdos vuelven a mí con nitidez.

Dios. Me atraganto con el trozo de pan.

¿Dijo eso de verdad? ¿Por qué esas palabras retumban en mi mente una y otra vez? Imposible. No me conoce. No lo conozco. Quizá estuviera de broma, como siempre, que no sabes si habla en serio o está de cachondeo. No puedes necesitar a una persona así, de la noche a la mañana.

—¿Y cómo te ha dado tiempo a ir al supermercado y arreglar mi ro… ? —pregunto deprisa, sumamente nerviosa.

—Anoche yo…

Hablamos a la vez, atropellándonos.

Mierda.

Inhalo y exhalo el aire con fuerza, porque ninguno termina la frase. Pero lo prefiero así, porque sospecho que él querrá hablar sobre lo de anoche. Quizá de ese beso. De su declaración. Pero yo no.

—Anoche ya sé, me porté como una cría. —Bajo la mirada y me encojo de hombros—. Es lo que me pasa, que cuando bebo se me va la cabeza, y a veces ni siquiera puedo corregir mis errores porque no recuerdo nada de lo que hago o digo.

Veo cómo se le apaga la sonrisa y su rostro se vuelve serio tras oír mi afirmación.

—¿No recuerdas nada?

—Bueno… —me aclaro la garganta, fingiendo que no me tiemblan las manos—. Últimamente, cuando bebo mucho, tengo lagunas. Ya sabes, neuronas perdidas y esas cosas.

Él me observa, ceñudo, como si no se creyera ni media palabra. Se rasca la mandíbula; imagino que no era lo que esperaba, pero en el fondo quiero ahorrarle un disgusto diciéndole la verdad. Que mis sentimientos por Bram son más fuertes de lo que pensaba y que, a pesar de todo, es el dueño de mi mente. No puedo decirle que no soy capaz de mantenerme alejada de él, aun cuando el sentido común me dice que me estoy enterrando en el lodo cada vez más.

—Tampoco te perdiste nada interesante, así que mejor que no lo recuerdes —dice con un deje de decepción.

—Bueno, aunque no me acuerde, confío en que te portaras bien —bromeo.

Él se acerca más, apoyando un codo en la mesa.

—Me porté bien. —Me guiña el ojo—. Porque si no, hoy no podrías andar ni hasta el baño.

Me atraganto con la tostada otra vez y empiezo a toser. Él se ríe, se inclina y me da unas palmaditas en la espalda, disfrutando del espectáculo.

—Ohhh —me quejo, masajeándome la cabeza—. Qué dolor. Echo de menos a Lyn cuando tengo resaca, es ella la que va a por analgésicos a la farmacia.

Él me observa, divertido.

—Bueno, puedo ir yo. Pero antes quiero ver tu cara cuando pruebes mis huevos.

Se me escapa la risa de nuevo. Llevo mucho tiempo sin reírme así, y no puedo evitarlo. El doble sentido de esa frase es tan cutre y tan propio de él, que me relaja.

—¿Y si no me gustan tus huevos? —le pregunto, cruzando las piernas, haciéndome la digna.

—Puedo mejorar el servicio, si aceptas cenar conmigo —murmura, inclinándose un poco más, con esa sonrisa de chico malo —. Conmigo como *chef*, por supuesto.

Nos miramos en silencio, la mesa entre los dos se vuelve una frontera peligrosa. No sé, es una sensación rara. Incluso, durante un segundo, juraría que se me olvida cómo se usa el tenedor.

—¿Bram sabe que estoy aquí? —le pregunto, queriendo cambiar de tema. No necesito meterme en más líos y una jodida cena romántica o no romántica con el rubio, me apetece muy poco.

—Supongo. —Se levanta, despacio, pillando la indirecta—. Voy a por zumo, se me ha olvidado traerlo.

—Vale, entonces comprendo que esa es mi nueva cocina.

No me responde, y desaparece por la puerta que hay al fondo.

—Oye, ¡no podremos pagar esto! ¿Se lo has dicho al señor Sander y al profesor?

—Está todo controlado —grita de vuelta.

Ajam, controlado. Vaya.

Me quedo a medio cortar uno de los huevos de Liam cuando alguien golpea la puerta con insistencia. El sonido me sobresalta, la tostada casi se me cae de la mano y noto cómo el pulso se me dispara. Aseguro el nudo de la sábana a toda prisa, intentando que no se me caiga, y camino hacia la puerta arrastrando los pies descalzos, aún con la cabeza embotada por la resaca y la risa.

Abro con una sonrisa, lista para cualquier cosa… menos para lo que me espera al otro lado.

Bram.

El mundo se reduce a esa mirada verde, desquiciada, capaz de descomponerme el alma y volverla a juntar con un solo pestañeo. Entra sin pedir permiso, ignorando la regla básica del espacio personal. Me atrapa por la cintura, y su perfume masculino me golpea en plena cara. Me besa en la mejilla, casi con desesperación.

—Joder, no sabes cómo me alegro de que estés bien —me habla al oído. Me abraza fuerte, como si quisiera esconderme en su pecho y evitar que me evaporase—. Te he estado llamando toda la puta noche. He supuesto que no tenías batería o que estabas durmiendo ya, y… ¡en fin! Menuda mierda de noche.

Se detiene en seco y se tensa al instante, cuando gira la cabeza. Yo, que lo conozco como si lo hubiese parido, sé que está pasando lo peor que podría pasarme. Maldita sea. Lo peor de lo peor: Bram ha visto al rubio. Ha visto a Liam.

Este acaba de aparecer en el umbral del salón, trayendo un vaso de zumo en la mano y casi en pelotas, con el mandil aún medio suelto y la mirada desconcertada.

El tiempo se detiene. Literalmente.

—¿Qué coño haces tú aquí?

Bram clava la vista en Liam, como si no pudiera creer lo que está viendo.

—Desayunando —le responde este con una sonrisa socarrona—. ¿Estás ciego?

Su vista cambia de él a mí. Y, por supuesto, a la sábana que llevo envuelta en el cuerpo.

—Roberta… —Aprieta tanto los labios que sus mejillas se encienden, y su mirada cambia vertiginosamente de uno al otro—, ¿qué has hecho?

—Nada. Él solo…

—¡Maldito hijo de puta! —ruge enloquecido.

No me da tiempo a explicarle nada más porque en un abrir y cerrar de ojos, se lanza sobre él.

—Te voy a… matar —ruge como un puto animal que no razona.

No me lo puedo creer. Bram piensa que nos hemos acostado.

—No lo hagas… —Tiro de su brazo, previendo lo que pasará.

—¿Te molesta que la cuide alguien de verdad? —replica Liam, desabrochándose el mandil como si fuera una señal de guerra.

Cuando Bram lo empuja, se me encoge el estómago. El golpe de sus manos contra el pecho de Liam resuena como un disparo. La mesa tiembla.

—¡Te lo advertí, maldita sea! —le grita Bram—. ¡Por el maldito Zeus! Te dije que te mantuvieras lejos de ella.

—Y yo te dije que ya veríamos. No eres nadie para decirme qué hacer, ¿vale?

Liam le responde con un empujón tan fuerte que Bram se estrella contra la mesa, haciendo que todos los platos y vasos se desparramen por el suelo. La fruta vuela, el zumo se derrama sobre la madera. Joder, no sé por qué se comporta así, se supone que es el hijo de su jefe, maldita sea. No puede portarse así, como si

estuviera disfrutando viendo sufrir a Bram. A no ser que Liam me esté mintiendo.

—Ya veremos si no soy nadie… —susurra Bram con el rostro enrojecido de la rabia mientras se reincorpora como un animal salvaje.

Entonces, le suelta a Liam un puñetazo directo al pómulo. El sonido seco me revuelve el estómago.

—¡No, por favor! —grito—. ¡No le hagas daño!

Liam retrocede un paso, con una mirada endiablada. Cuando veo un hilo de sangre goteando por la comisura de sus labios, me quiero morir. Porque le conozco. Porque sé que es una bomba de relojería y no se quedará de brazos cruzados. Pero el otro tampoco.

—Liam, no lo hagas… —imploro, corriendo hacia ellos, y poniéndome en medio.

Pero es como si no me viera, ni le importara. Tan solo se limpia la sangre con el dorso de la mano, y le responde a Bram con una patada baja y fuerte, directa al muslo. Su hombro choca contra el mío y casi me caigo al suelo por la violencia de sus movimientos.

Me doy la vuelta, completamente histérica.

Me llevo las manos a la boca cuando veo que Bram se tambalea, pero se agarra a la mesa y lanza una silla al aire. Liam la esquiva y le salta encima. Caen los dos sobre la mesa, que cruje y termina desplomándose bajo su peso.

—Ahhhh, joder… —dice Bram, viéndose medio estrangulado.

—¡Parad ya, los dos! —grito, intentando separarles, pero ninguno me escucha.

Doy un salto a un lado cuando casi me llevo un golpe. Rodando por el suelo, Bram le agarra del cuello y lo aprieta con tanta rabia que el rostro de Liam se enciende alarmantemente.

—¡Hijo de puta! —grita Bram—. Te quemaré vivo como vuelvas a mirarla siquiera. Acabaré con toda tu maldita familia, Welson.

—¡Inténtalo, puto cabrón! —responde Liam.

De repente, el rubio consigue invertir la situación cuando lo empuja con fuerza, sujetándole por la camiseta. Bram, cegado por la rabia, le propina una patada en la espinilla, haciéndole perder el equilibrio. Liam se dobla de dolor, pero responde con un cabezazo que los dos sentirán durante días.

Todo son insultos y el apartamento parece una zona de guerra. Los dos jadean, ensangrentados, con el pelo revuelto y la ropa hecha trizas. Bram, más bien. Liam no lleva camiseta.

—¡Basta ya, joderrrrrrrr! ¡Os lo ruego! —chillo, intentando interponerme, pero Bram me aparta de un empujón.

—¡No tienes derecho a tocarla! —escupe este, desfigurado por la ira.

A continuación, lo atrapa por los codos. Liam le agarra del brazo y le da un codazo en las costillas, logrando zafarse. Se incorporan a trompicones, chocando contra la estantería del salón. Unas cuantas figuras de decoración y un jarrón de cristal caen al suelo y se hacen añicos. Liam vuelve a la carga, y le asesta a Bram un puñetazo en la nariz que suena como una cáscara rompiéndose. La sangre salpica el suelo, brotando como el agua de una fuente.

—¡Cabrón! —gruñe este, limpiándose la sangre—. No saldrás vivo de aquí, lo sabes, ¿verdad?

—Solo eres un niño caprichoso que se cree el amo y señor del mundo.

—¡Y tú un hombre, no me digas!

—Serás un puto crío hasta que comprendas que las personas no son unos putos objetos, Bram. Y si ella quiere que yo esté aquí, estaré.

—¿Eso crees, que podrás estar con mi chica?

Bram sonríe maquiavélico. Oh, Dios. Es esa sonrisa de demente que pone cuando va a hacer algo malo, lo sé. Entonces, localiza la pistola de Liam, la que seguramente dejo anoche en el recibidor, al entrar. La agarra rápidamente y apunta.

—¡¿Quieres que acabemos esto aquí?! —le grita a Liam, con el dedo en el gatillo, rozándolo con precisión como si estuviera a punto de disparar.

—¡No, por favor! —grito, sin reconocer mi propia voz.

El brillo del cañón me hiela la sangre. Podría matar a Liam, y ese pensamiento hace que el mundo se detenga a mi alrededor. Pero no me hace caso.

—¡No! —chillo, justo cuando aprieta el gatillo.

El disparo retumba, la bala pasa por mi lado y perfora la pared que hay detrás. Afortunadamente, Liam se agacha a tiempo. Bram no duda, vuelve a apuntar, pero esta vez me interpongo entre ambos, temblando.

—¡Bram, basta! ¡Por favor, basta! —le grito, con la voz rota.

—Quítate… —dice enloquecido.

Estoy cubriendo a Liam con mi cuerpo.

—Mírame. No ha pasado nada entre nosotros, ¿vale?

—Roberta… quítate, ¡he dicho!

Me quiero morir.

—Mi amor… —susurro con lágrimas en los ojos mirándole fijamente. Espero que mis palabras le ablanden lo suficiente para soltar esa pistola.

Su rostro está cubierto de sangre y sus ojos brillosos me estremecen. Bram parece salido del Inframundo y, por primera vez siento un dolor real. Siento que está profundamente dolido y que le importo de verdad. No podría ser de otra manera. Él no podría montar este circo por encontrarme desayunando con otro hombre si no sintiera algo por mí.

Tengo que detener esto como sea. Entonces, me giro lentamente y miro al rubio, dándole la espalda a Bram.

—Liam… —susurro, con el corazón a mil—. Vete. Gracias por haberme traído a esta habitación, por tu amabilidad y por… el desayuno.

—Puede dispararme si quiere, pero no te dejaré sola con él —murmura firme mientras escupe una bola de sangre—. No lo haré.

Su rostro está completamente desencajado y el dolor en su mirada es peor que cualquier herida. Ambos cara a cara, ambos dolidos por mí. Ambos enfrentados por un maldito ego que no estoy dispuesta a aceptar.

—¿Pero qué cojones os pasa? —Muevo las manos enloquecida, retirándome un paso, mirándoles a los dos—. No soy una niña, y soy lo suficientemente capaz de tomar decisiones. Y he dicho que te vayas, Liam.

Pero él no retrocede. Sus ojos están fijos en Bram, desafiante, sin sentir una pizca de miedo.

—Si eres un hombre de verdad, te irás —le suelto, temblando—. ¡Ya basta de meterte en mi vida, cuando yo no te quiero en ella!

Me llevo una mano al pecho, consciente de las palabras que le estoy soltando. Después de lo bien que me trató anoche. Y esta mañana. Santo Cielo, ¿por qué esto es tan jodidamente difícil?

—Lo dices porque él tiene esa pistola —suelta encendido—. Pero estás mintiendo.

Y lo peor de todo es que tiene razón. Bram es el que tiene ahora mismo la sartén por el mango, y ya ha disparado una vez, ¿quién me dice que no volverá a hacerlo, cegado por los celos?

—¿Acaso eres idiota? —le riño entre dientes, sin apartarle la mirada—. Siempre te dejé claro que no me interesabas, Liam. Nunca te pedí nada, así que no vengas aquí a joder y a destrozarme la… —suspiro, a punto de llorar— vida.

—¿La estás oyendo, Julio César? —interviene Bram—. ¿O aparte de idiota, también eres sordo?

—Cállate la puta boca ya.

—¡Fuera! —le grito—. Si tienes un mínimo de dignidad, te irás ya, Liam.

Él, aún con sangre en la boca, respira hondo y clava los ojos en los míos. La mandíbula le tiembla, pero no es de miedo. Es por ese

orgullo imposible de domar, y que le vuelve impredecible. Mira a Bram por última vez, y entonces, de un puntapié, le da una patada a la silla caída. El estruendo resuena con eco, al estrellarse contra la pared, y rebotar.

—No te atrevas a ponerle la mano encima, Sander —escupe, acercándose a Bram, tanto que el cañón le roza el pecho—. Si lo haces, te aseguro que tus sesos harán de alfombra.

—Payaso…

Liam mira la pistola, se pasa una mano por el pelo, y me mira con esos ojos de tormenta. Una corriente me atraviesa en ese instante. Es posible que me odie, lo sé. Pero yo también le odio a él por complicarme la vida. Y si de algo estoy segura, es que jamás hice nada para que se hiciera ilusiones. Jamás le di a entender que quisiera ese beso suyo, o ese *te necesito en mi vida,* que aún me eriza la piel.

La puerta da un golpe que suena como un trueno, y siento el estómago hecho un nudo. Respiro aliviada al ver que Bram finalmente deja caer la pistola en la mesa, como si le ardiera la mano.

—¿Eso es lo que eres? —Me mira dolido—. ¿Eso eres tú? ¿Una mujer que se revuelca con el primer gilipollas que te lleva a casa?

CAPÍTULO 18



BERTA

—Yo no…

—¡¿Tú no qué?! —me grita.

De un tirón, me toma del brazo. La fuerza de su mano es brutal, pero la fuerza de su voz es peor, me estremece. Se le ve tan derrotado, que el aire se vuelve pesado.

—¡No, Roberta! ¡No, maldita sea! —explota, zarandeándome—. Yo te he respetado. Juro por mi madre que me prometí no tocarte más allá de lo que pasó en el servició de la facultad. Me juré que te daría tiempo, que haría las cosas bien y que te demostraría que no eres como las demás. Y, joder, estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta. ¿Y para qué? ¿Para esta mierda? ¿Para ver cómo me traicionas en mi puta cara?

Le brillan los ojos, cargados de rabia, pero también de dolor. Y eso me parte la cabeza en dos, porque no pensé verlo así por mí. A él, Bram Sander, el chico popular que todas quisieran. El mujeriego al que el sexo opuesto le da completamente igual. El dios de Harvard.

—He puesto guardias en la puerta de tu casa, he hablado con medio mundo para meterte en el catálogo de las modelos más cotizadas del planeta. He apartado a Noa de mi vida, he enfrentado a mi familia, a mi clan, por ti. Solo para verte feliz, joder. ¿Y tú…? —su voz se quiebra, y aprieta los labios para no dar rienda suelta a esas lágrimas que amenazan son salir—. ¿Tú me pagas así?

—No es tan sencillo —le contesto, temblando.

Bram se ríe, pero es una carcajada oscura, sin rastro de humor.

—Nunca lo es, ¿verdad? Siempre hay una excusa. ¿Qué clase de mujer eres, eh? —me susurra, tan cerca que siento el aliento de su desesperación.

Me encojo, sintiéndome pequeña.

—Lo siento, yo no…

—¡No! No quiero que lo sientas. No es suficiente después de todo lo que estoy haciendo por ti —gruñe finalmente, soltándome el brazo. Se pasa la mano por el pelo—. ¿Te pone el puto peligro? ¿Te gusta jugar con dos hombres? ¿Te crees más lista que nadie?

Su voz truena, pero debajo hay grietas. Bajo el monstruo, hay un niño herido. No sé qué decir. Quiero acercarme a él, abrazarle, explicarle que no ha pasado nada entre Liam y yo, que mi corazón está cerrado herméticamente. Juro por Dios que él no me es indiferente y que estoy empezando a amarle. Pero también me gustaría decirle que me siento decepcionada porque me mintió. Y que estoy harta de que las personas que amo me traicionen.

Pero Bram no me da tregua. Está devastado, completamente fuera de sí.

—¡Jodeeeeeeeeeeeeeeer!

Tira una lámpara al suelo, que estalla en mil pedazos.

Me quedo ahí, de pie, con la culpa lacerando por dentro, mirando el desastre. Bram me observa un segundo más, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Te lo follaste?

—No… —suspiro, temblando.

—No me mientas, Roberta. No lo hagas… —dice poco convencido, con los ojos fijos en los míos—. Lo hiciste y ahora quieres engañarme.

—No soy como tú —le respondo, enfurecido y humillada—. Yo ni siquiera quise volver contigo, pero no paras de perseguirme y yo… soy una mujer libre, Bram —le suelto—. Esa es la realidad, por más que te cueste aceptarlo.

—¿Libre, dices?

—Sí, libr…

No termino la frase. Su mirada me convierte en polvo y agrando los párpados cuando veo que se quita la camiseta deprisa. Su mandíbula, o lo que queda de ella está marcada, y las venas de sus brazos están que explotan, como si sus músculos hubiesen crecido por la tensión. El olor férreo de la sangre flota en el aire, mezclado con su perfume.

—¿Qué haces? —pregunto—. Estás herido, no puedes…

Pero a él parece que le da igual. En un solo movimiento, me atrapa la muñeca y me empuja contra el ventanal. El cristal helado me estremece la espalda, y el olor a lluvia y basura podrida del descampado de fuera se cuela por la rendija. No hay ni un alma por la calle.

—¿Libre? —pregunta con voz rota—. Qué sueño más bonito e inalcanzable. Aquí nadie es libre.

No me da tiempo a contestar, porque sus dedos acaban en el nudo de la sábana que me cubre y tira de ella bruscamente. Me atrapa en sus brazos cuando doy un paso a un lado queriendo huir. Después, la alisa entre sus manos y me inmoviliza las muñecas por delante. Me envuelve deprisa con la sábana fina.

—No lo harás.

—Claro que lo haré…

Las gotas de sangre gotean de su nariz y manchan la sábana de un blanco impoluto, pero no se detiene. Por más que yo sacudo las manos y aprieto los dientes. Por más que le ruego con la mirada que pare. El nudo me quema cuando me aprieta la piel. Siento el roce áspero de la tela y la presión del pulso de Bram a través de sus manos: está tan cabreado que tiembla.

—¡Detente joder! Te lo puedo explicar, te explicaré lo que pasó.

—No hay nada más que explicar. Me has traicionado y yo…

Suspira dolido, y sus ojos vidriosos y tristes me parten el alma. Aún estoy en estado de shock por su reacción.

—Te lo he dado todo —Me sujeta por la barbilla, obligándome a mirarlo—. Todo. ¿Y es así cómo me pagas?

Me arrastra por la estancia, y siento mis pies descalzos tropezando con cristales y sillas caídas. Bram, con movimientos bruscos, tira del otro extremo, y hace otro nudo en una de las rejas de la ventana, de modo que llevo un extremo de la sábana enrollado en mis muñecas, y el otro, en la reja de la ventana abierta.

—¿Sabes lo que es un castigo, reina? —ronronea, asegurándose de que la cuerda que ha fabricado con la sábana está lo suficientemente tensa.

—¡Joder, escúchame!

Siento la boca pastosa, y me siento sola y jodidamente indefensa. No, él no me hará daño, debo confiar en que no.

—Bram, escúchame —Sacudo las manos, intentando deshacerme de la sábana, pero el nudo apretado me quema las muñecas y frena el flujo de sangre en mi cuerpo.

—No me da la gana escucharte. Ya no —murmura ronco en mi oído.

Me gira, y me empuja hasta el sofá que hay al lado de la ventana. Me agarra por la nuca y me inclina hacia delante. Básicamente quedo arqueada, con el culo expuesto, y las muñecas atadas delante, apoyadas contra el respaldo.

—Hoy vas a aprender qué es un castigo de verdad. Y lo peor de todo es que no quería esto. No así.

Siento sus dedos bajándome las bragas, y tan solo me puedo quedar quieta. Aun así, fijo con la vista la pistola que hay en la mesa del salón a unos metros.

Giro la cabeza deprisa cuando oigo el chasquido del vaquero azul que lleva hoy. Veo que desabrocha el cinturón y lo deja colgando unos segundos. Es un cinturón de cuero negro, con algo metálico en uno de los extremos. Veo su puño apretado en el cuero, como si fuese capaz de romperlo de un solo apretón.

Genial, me va a golpear con un cinturón.

Por supuesto, soy medio estúpida. Aquí no tiene esos látigos que hay en *El Templo*.

—Hoy vas a aprender a contar. Di *uno*, reina.

Giro la cabeza mirándolo embobada.

—¡Dilo, maldita sea!

—Uno… —susurro apretando los ojos.

El cuero silba en el aire y lo estampa contra mi nalga. Un golpe duro, cuyo eco resuena en el salón. Mi piel escuece y mi sistema nervioso se activa enseguida.

El segundo me roza la piel ya caliente, con aun más fuerza.

—Dos —dice con crueldad.

—¡Ahhh! —suelto un sonido ahogado por el impacto desgarrador que siento en mi otra nalga. Ha dolido más que el primero.

—La próxima vez te pondré una mordaza, despertarás a todos los vecinos.

En el tercero y el cuarto azote, Bram jadea. Su voz es pura necesidad. Puro dominio.

Voy contando mentalmente otros dos azotes más, sintiendo que me desmayaré cuando la chapa metálica me golpea en una ocasión. Reprimo las lágrimas y aprieto los dientes, intentando no darle el gusto de quejarme. De mostrarle que me está haciendo daño. De que se salga con la suya.

—¿Duele? —me pregunta, agachándose.

Me besa la espalda como si fuese un animal sobre mí y finalmente llega a mi cuello. Me muerde el lóbulo de la oreja. Su aliento es una tormenta caliente y su tono es de psicópata, pero con la mano que me aprieta la nuca me empieza a acariciar.

—Respóndeme cuando te hablo. ¿Te duele?

—No.

—Entonces quieres más.

Cierro los ojos con fuerza, sintiendo un intenso escalofrío cuando sus dedos me acarician la espalda lentamente.

—¿Quieres más, eh?

Mis sentidos estás a mil. ¿Qué quiere que le diga? ¿Qué le suplique que pare arrodillándome, pidiéndole perdón por algo que no hice?

—¿Tú qué crees? —suelto, con firmeza.

—Yo creo que debes comprender que no eres libre, Roberta. Eso creo.

Vuelve a azotarme con fuerza en los muslos, en el culo, y en la espalda. Cuando la chapa metálica choca contra mi piel de vez en cuando, siento que un cuchillo me está rajando de arriba abajo. Cada golpe es una humillación, pero también una descarga eléctrica que me recorre el cuerpo de la nada.

Oh, Dios. Cuando lleva ocho azotes, siento la piel en carne viva.

Y, de repente, Bram se detiene y me mira. Siento mi propia sangre bajando por el muslo, pegajosa y cálida. Tiro de la sábana extendida y giro la cabeza, intentando tenerlo vigilado. Siento su mano en mi culo y cómo pasa el dedo por una de las heridas. Mirándome de reojo, lame las gotas rojas, y las saborea como si fuera vino.

—Así me gusta verte. Marcada. Para que no olvides que eres la *ninfa* de Hermes.

Se agacha deprisa y me chupa la sangre de la nalga. Suspiro ahogada cuando siento sus labios recorriéndome el trasero, mientras tira de mis caderas para ponerme el culo en pompa. Al momento siento su lengua húmeda entre mis nalgas, lamiéndome el ano, y bajando hacia mi vagina. Con un lametón duro, me recorre los pliegues, haciéndome soltar un gemido profundo.

—Joder… —me quejo cuando la excitación me doblega.

No, no puede excitarme. No después de los azotes y habiéndome acusado de algo que no he hecho. Pero no puedo controlarlo, y tampoco hacer nada. Me hace sexo oral sin piedad, lamiendo, chupando y mordiendo con rabia y deseo. Me golpea el clítoris sucesivamente, penetrándome con la lengua una y otra vez.

—¿A que ese idiota no te lo come como yo, eh? ¡Dilo! ¿Eres mía o la puta de otros?

No respondo. Me tiemblan los tobillos porque me está rompiendo de muchas formas. Amándome de esa manera tan íntima y cruel. Castigándome despiadadamente con la lengua y los dientes. Apretándome los pechos con ambas manos mientras hunde más la boca entre mis piernas. Estoy a punto de llorar —ya no sé si de dolor o de placer— cuando me escuecen las nalgas, y un remolino se instala en mi abdomen y siento unas palpitaciones.

—¿Quieres llorar, bebé? —Me azota el culo con la mano, separándose de mí—. Guárdatelo para más tarde, aún no he terminado contigo.

Giro la cabeza sutilmente, viendo cómo deja el vaquero deslizarse por sus fuertes piernas, dejando a la vista un *bóxer* oscuro. Se lo quita también. Después da un paso hacia la cómoda con ese fuego en sus ojos y coge una botella pequeña de vidrio, que ni sé qué hace allí, y tampoco cómo ha sobrevivido al caos de la pelea. Quizá Liam haya tomado agua o algún refresco en algún momento.

Pienso que la romperá, pero no. Y, aunque la botella de cristal transparente parece inocente a la vista, sé que en sus manos representa un arma.

—¿Sabes lo que les pasa a las cosas frágiles, Roberta? —pregunta con esa mirada retorcida que se le ha instalado en el rostro —. Se rompen. Eso lo aprendí muchos años atrás, antes de convertirme en Hermes. Es por eso que me gusta ser él. Hermes me da poder y me hace ser alguien invencible. Alguien inquebrantable. De hierro. Pero tranquila… —susurra, acercándose a mí—. Yo te enseñaré cómo hacerte fuerte.

—No necesito que me enseñes nada.

—No solo te lo enseñaré, sino que me lo agradecerás.

Su miembro está hinchado, señal de que está muy excitado. No hace falta que me diga lo que hará. Me separa los muslos con una sacudida y pasea el cuello del botellín por mi espalda.

—No te atrevas… —musito, temblando.

—Demasiado tarde, bebé.

Primero me roza con la punta, haciéndose hueco en mi interior.

—¡Oh, Dios! —gruño, sin poder creérmelo—. Eres un puto psicópata.

El tacto gélido del cuello de la botella abriéndose paso lentamente, me hiela los genitales y me hace tiritar. No sé si de miedo, conmoción, rabia o placer.

—Uhm, estás muy rica tesoro —dice, devorándome las nalgas mientras empuja más la botella—. Estás tan buena que no sé cómo aguantaré sin correrme.

Me congelo cuando siento que la mueve unas cuantas veces.

¿Es real esto que me está pasando? ¿Me está follando con un puto botellín de vidrio?

—Veamos este culito.

El aire pesa en mis pulmones cuando desliza la botella hacia mi ano.

—No lo hagas. Me dolerá.

—Esa es la idea, un castigo sin dolor no sería un castigo, ¿no?

Tira de mis caderas aún más obligándome casi a enterrar la cabeza en el sofá. Al principio el toque del vidrio en mi otra entrada es suave, pero el dolor se incrementa cada vez más.

—Necesitas lubricación.

Un escupitajo acaba en mi piel, y la presión que ejerce me hace cerrar los ojos. Tengo el corazón a mil.

—No entrará.

—Claro que sí, esto no es nada comparado con mi polla. Deberías estar agradecida. —Me besa la espalda.

Me quedo muda. ¿Qué narices podría decir?

Pero eso no es todo. De golpe, me penetra por el otro lado, de una sacudida que no veo venir.

—¡Ohhhhhhhhh —rujo, apretando los párpados—, maldita sea!

—Doble penetración, cariño. ¿Liam no te lo ha hecho?

—Ese tipo jamás… —Me muerdo los labios, con lágrimas en los ojos. Pero me callo. No me creerá, lo sé, así que no tiene sentido que le explique nada.

Siento el cristal presionando contra mi entrada, primero frío, luego humedecido por su propia saliva. De un empujón brusco, me llena por dentro.

—¡Ohhh, Dios! —exclamo, sintiendo que el vientre me explotará.

Porque no, él no se conforma con el minúsculo cuello del jodido botellín. La presiona contra mí, ensanchándome, a la vez que me embiste sin piedad.

—Dime que no te gusta. —Su voz es puro veneno dulce—. Eres una perra hambrienta de castigo, amor. Mi perra. Reconócelo.

Avanza y retrocede en mi interior cada vez más fuerte, reclamando cada centímetro de mi cuerpo con esa rabia retorcida que siente por mí, porque cree que le he traicionado. La doble sensación me enciende y me hace estallar el abdomen. Bram se mueve detrás de mí como un depredador, a la vez que empuja, sin soltar el pequeño botellín, ni desatarme.

Jamás he sentido esto, estar tan excitada y húmeda, tan sensible ante sus caricias. Tan jodidamente caliente que me dé igual todo ahora mismo, salvo una cosa: mi orgasmo.

Lo necesito yo, y lo necesita él.

Bram está completamente inmerso en la fantasía, sin voluntad ni razonamiento. Me muerde la espalda, aprieta sus dedos en mi cuello, y su voz me atraviesa hasta la razón. Y entonces me dejo caer en sus brazos, rendida, entre el placer, el dolor y la certeza de que, aunque quisiera huir, en este instante solo le pertenezco a él. Al que me está rompiendo por fuera y por dentro.

En un momento dado me besa la mejilla con pasión.

—No sabes lo mucho que te he echado de menos… —dice—. ¿Y tú a mí?

—Bram… por favor.

—¿Por favor, qué? —me desafía, con los ojos en llamas.

—No pares —le susurro, avergonzada.

No quiero que pare, aunque me dé asco a mí misma. Aunque me odie por ello. Sin embargo, jamás he sentido tanto placer en la cama con ningún otro hombre. Y eso… eso es mi punto débil.

Él no me responde, solamente saca esa botella de mí y la tira al suelo. Me levanta del sofá por la cintura y me pone de pie, a su lado. Ahora estoy de espaldas a él, y el roce de mi culo contra su dura pelvis me eriza más la piel.

—La pierna aquí.

Me agarra el muslo y me obliga a elevar el pie y colocarlo en el brazo del sofá, abriéndome más.

—Bien.

Me folla de pie, duro, sin miramientos, apretando mis muñecas encadenadas por la sábana. Me muerde el cuello y golpea sus caderas contra mí, una y otra vez. No hay besos, solo mordiscos y su mano jugando con mis pezones; la brutalidad de un demonio pervertido que me quiere romper por la mitad.

En un momento dado, me da la vuelta y me monta en su pelvis como si no pesara nada.

—Me muero por besarte, pero no lo haré, ¿vale? —Estampa mis caderas contra él mientras siento el escozor de las heridas de mis nalgas y espalda mezclarse con el sudor y mi flujo—. No lo haré hasta que tú misma te des cuenta de que estás siendo muy injusta conmigo.

Pierdo la cuenta de las veces que me hace suya, en todas las posturas posibles. El cuerpo me arde y estoy empapada de sudor, a punto de desmayarme. No siente compasión, ni remordimientos, solo esa locura compartida, la guerra entre el dolor y el placer, el tira y afloja de dos cuerpos condenados a devorarse.

No entiendo nada, solo sé que el clímax me arranca de la realidad y me lanza a otro lugar. Grito, tiemblo, me hundo en el sofá,

con él sobre mí y las muñecas en alto, cuando la sábana se tensa. Ya no soy dueña de mi cuerpo. Y no una, sino dos veces. Casi seguidas. Siento el orgasmo como un latigazo: un placer afilado y líquido que lo invade todo, en medio de mis gemidos de alivio. Él abrazándome y besándome la mejilla y el cuello, cada vez que mi vientre se contrae. No hay lógica, ni orgullo, solo esa explosión brutal que me hace olvidar el dolor, el miedo y hasta mi propio nombre.

—Oh, Bram. Maldita sea… —murmuro sin fuerzas, contra su pecho.

—Eres mía —gruñe, obligándome a mirarle—. ¿Quién te hace esto, Roberta?

—Tú… —respondo con un gemido, abrumada aún por los efectos del orgasmo.

Pero no me suelta. No lo entiendo. No sé cómo puede durar tanto. Cómo narices me ha hecho terminar dos veces, y el parece fresco, recién salido de la nevera.

—Está bien que lo tengas claro. Yo soy tu novio, tu hombre, tu dios y tu amo, Roberta. Y sé que estás tan caliente que no puedes resistirte, pero la próxima vez pídeme permiso.

—No controlo. No sé frenarlo, y creo que…

«Me desmayaré», susurra mi mente.

Demasiadas sensaciones juntas.

—Yo te enseñaré cómo controlarlo —dicta.

Me vuelve a embestir, esta vez montada en el respaldo del sofá, sujetándome casi en el aire. Me embiste con fuerza, agarrándome con una mano por la nuca y con la otra presionándome el culo contra él, marcando el ritmo. Cada estocada suya es un torrente de placer que me hace perder el sentido. Mis manos están inmovilizadas en mi pecho y su boca está en mi frente, como un buen amo. No me da ni un solo beso, y no dice ni una palabra dulce. Cada embestida es un castigo, cada gemido un puñal de deseo y vergüenza.

Pero, aun así, me derrito entre sus brazos. Me estremezco y me siento tan viva que no comprendo. No comprendo cómo puedo no odiarlo, a pesar de todo.

¿Cómo es posible que me sienta perdida entre sus brazos, de la manera que sea? Cariñosa o violenta. Da igual. Tiene ese don de destrozar el suelo que piso y hacerme flotar a la deriva. Entonces, mi mirada baja a sus labios y, por un maldito momento quiero besarle. Lo necesito, joder. No sé cómo, pero quiero sentir sus labios. Quiero un poco de dulzura y amor en todo este caos de lujuria, sangre y sudor.

—No, bebé —dice moviendo la cabeza—. Los castigos no incluyen besos. Te besaré cuando te lo merezcas de verdad, no antes. Y no después de lo que has hecho.

Sus ojos no destilan nada de luz y sus palabras no me reconfortan. Solo me lame la boca obscenamente y me muerde el mentón, deshaciéndose en pedazos dentro de mí con un rugido. Al mismo tiempo que mi vientre estalla por tercera vez.

—No sabes lo que me haces… —suspira contra mi cuello, abrazándose a mí.

La calidez de su eyaculación me invade y pienso que me soltará, pero no lo hace. Tan solo se queda clavado en mi interior y me abraza como si no quisiera separarse de mí nunca más.

—Necesitaba tanto sentirte y tenerte entre mis brazos —respira profundamente, con mis piernas enroscadas en su cintura.

—Pero no lo quería así.

—¡Yo tampoco! —dice con un susurro tomándome el rostro entre sus grandes manos—. ¿Pero cómo hago para olvidarme de lo que has hecho? ¿Cómo olvido tu traición? ¿Cómo, Roberta?

Su frente golpea la mía, estrechándome con más fuerza contra él, mientras me deja en el suelo lentamente. Me deshace el nudo de las muñecas lentamente, sin apartarme la vista.

—¿Cómo te perdonaré sabiendo que has amanecido en la cama con… otro?

Mi vello se eriza al notar el líquido espeso goteándome entre las piernas y sus manos acariciándome las muñecas enrojecidas.

—No te puedo perdonar —remata.

Me está haciendo daño. Mucho daño.

—¿Perdonar? —le pregunto, separándome de él.

Aprieto los labios, con los ojos enrojecidos. Lo miro. Está completamente desnudo y su cara está casi desfigurada por los golpes. La nariz reventada, tiene un corte en una ceja, y mucha sangre en un pómulo. Un pequeño moratón asoma en uno de los párpados.

—Vete —le ordeno.

Silencio de por medio.

—No —responde, dando un paso atrás.

Le golpeo la cara con fuerza, y me da igual de que ya tenga el rostro casi destrozado. Su cabeza se mueve a un lado y está a punto de caerse al suelo. Entonces, me devuelve la mirada mientras se lleva una mano a la mejilla.

—No necesito que me perdones porque no somos nada —le suelto—. Más bien reza para que te perdone yo a ti.

—Yo no rezo —dice.

Acto seguido, clava la mano en mi cuello y me empuja contra el sofá, montándose encima de mí. Clava una rodilla y aprieta sus dedos en mi cuello tanto, que el aire se ha detenido y no entra en mi cuerpo.

—¿De verdad te fías de ese tipo? —dice contrariado—. ¿No te das cuenta, ehm? ¿Quién crees que está detrás de los putos mensajes?

Le clavo la mirada sin entender a dónde quiere llegar.

—¿O es casualidad que justo la noche que recibiste un mensaje y te pintaron la puerta, él te llevó en su maldita moto? Era el único que estaba cerca de ti, Roberta. ¿No lo ves?

—Bram… —hablo ahogada.

—Abre los ojos, joder. Porque se te ha olvidado algo muy importante, Liam Welson trabaja para *El Templo*. Trabaja para los demás dioses y tú eres una misión. Una. Puta. Misión.

No puede ser. Liam no me haría daño, todo lo contrario, anoche me trajo aquí para ponerme a salvo de esos hombres que atacaron al señor Woods.

—¿Cuándo vas a entender que eres una amenaza?

—No te reconozco —suspiro.

—Esto es lo que pasa cuando le rompes el corazón a un dios.

Su mirada me impresiona y me hiere.

—¿Te he roto el… corazón?

Ya no puede fingir.

No puede fingir crueldad, ni frialdad. Ni siquiera odio o lujuria. Sus ojos están llorosos y está a punto de llorar.

—Mucho… —dice en un susurro que se me clava muy adentro.

Me suelta el cuello lentamente como si incluso estar cerca de mí le hiciese daño. No dice nada más, simplemente se pone de pie. Me deja allí, en el sofá, con la piel ardiendo y los sentidos anestesiados. Se coloca el *bóxer* mirando al suelo y solo alcanza a vestir el pantalón vaquero. Se coloca de espaldas para que no vea sus ojos. Para que no le vea las lágrimas correr por las mejillas. Al momento coge su camiseta y la chaqueta del suelo y camina hacia la puerta.

—¡Demoniosssssssssss! —Le da un puñetazo a la puerta, provocándome un brinco.

Y desaparece, con un portazo.

Me acurruco en el sofá, de lado, y cierro los ojos, con la mirada aún fija en la puerta. Estoy desnuda, ensangrentada, exhausta y dolida. Por dentro. Es el alma la que me duele. El teléfono vibra en mi bolso, tirado en el suelo, pero solo quiero dormir. Dormir eternamente.

La vibración no cesa, es una llamada. Y otra. Y otra.

No sé cuántos minutos han pasado, pero decido responder, quizá sea algo urgente. Me arrastro desnuda y de rodillas, pero tardo en encontrarlo entre la maraña de cosas y cristales rotos. La pantalla parpadea, con su nombre en medio: Liam.

Leo un mensaje suyo, con la vista nublada.

¿Estás bien? Dime que ese hijo de puta no te ha hecho nada. Sabes que lo mataré.

Aprieto el móvil en mi mano. No sabría qué responderle, porque tampoco puedo confiar en él. Oh, Dios. No puedo confiar en nadie.

Pero cuando quiero apagar mi móvil, veo un mensaje entrante que aún no he leído. Remitente desconocido.

Leo dos palabras: **Massimo Monticelli.**

Debajo, una frase: **Tic-tac Tic-tac.**

¿El nombre de mi hermano?

Me incorporo en el suelo entre quejidos y vuelvo a leer el mensaje.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda.

Joder. Sin duda, es una amenaza. Otra. Alguien sabe dónde golpear y Massimo está en el centro de la diana.

CAPÍTULO 19



BERTA

Me ducho deprisa, temblando. Me duelen las nalgas y la espalda como si me hubiera arrollado un tren. Una vez que me seco con cuidado, arrastro los pies por el campo de batalla que antes era un salón. Menudo desastre. El suelo es un cementerio de cristales rotos, hay sangre en la esquina de la mesa, y mi sujetador está tirado como una bandera rendida en una silla. Estoy preocupada por las heridas que se han hecho, tanto Bram como Liam. ¿Cómo se pueden liar a puñetazos sin tenerme en cuenta ni por un instante?

«Hombres», pienso aún aturdida.

Busco mi ropa deprisa, unas bragas, un sujetador y un pantalón vaquero holgados. El vaquero me roza el muslo y el sujetador me arde en la espalda. Todo parece ajeno porque no he sido yo la que ha colocado todo eso en el armario, sino Liam. El teléfono vibra sobre la cómoda, y la pantalla ilumina el cuarto con el nombre que menos quiero ver ahora mismo: el suyo.

Cuelgo sin pensar, porque no quiero escuchar su voz siquiera. No puedo. No después de esto. No teniendo este puto lío en mi vida, y sin saber cómo solucionarlo, porque sencillamente no hay una salida. Si no actúo lo antes posible, Massimo pagará las consecuencias de mis actos. No sé por qué me sorprende, la nota de amenaza hacia mi familia fue muy clara.

Bloqueo a Liam y me miro de reojo en el espejo del recibidor: tengo los ojos enrojecidos y el corazón me late tan fuerte que parece querer escaparse por la boca. Respiro hondo.

«No eres una víctima, Roberta. Eres una superviviente».

Abro la puerta despacio, conteniendo la respiración. Al otro lado, el pasillo de la residencia está vacío. Sé que abajo, el coche de los guardaespaldas del clan sigue esperando, pero si salgo por la puerta

de emergencia, bordeando el descampado trasero, quizás nadie me vea.

Cierro la puerta tras de mí y bajo a trompicones las escaleras, ya que estamos en la primera planta. Llego a una puerta metálica y esta se abre antes de pulsar nada, quizá en el área privada de la residencia tengan cámaras de reconocimiento facial o algo por el estilo. Después, cruzo el *hall* a toda prisa, sin mirar a nadie. Una señora de la limpieza me analiza, pero más la miro yo a ella cuando me pregunto si aquí también tienen servicio de limpieza. No recuerdo haberla visto en la parte *pobre* del edificio, donde Lyn y yo nos hospedábamos hasta… anoche.

Anoche. Joder. ¿Qué pudo pasar anoche? Aun así, me quedo tranquila porque acabo de leer un mensaje de la santurrona diciéndome que estaba a salvo, y que se fue con el señor Woods. Las palabras de Liam sobre que alguien intentó atacar al profesor de Finanzas me persiguen y, sinceramente, me parece muy extraño que ahora Liam sea su amigo. No, no es raro. Soy yo, que soy idiota.

Liam es el mismo hombre rubio que estaba hablando con el profesor fuera, en la facultad, semanas atrás. Y eso también me recuerda que Rebe mencionó algo relacionado con un escándalo que implicaba al señor Woods, asociándolo con una organización de prácticas delictivas. ¿Y si Brian Alexander Woods es otro puto socio de ese sitio y Liam, más que amigo es su guardaespaldas, pero no quiso decirlo para no delatarse?

Cazzo. Me volveré loca un día de estos.

Salgo por la puerta de emergencia, salto la valla metálica y, sin dejar de mirar atrás, empiezo a caminar calle abajo. Cuando por fin me detengo en una esquina, buscando un taxi con la mirada, pulso el nombre de Massi y espero impaciente.

—¿Berta? —responde este somnoliento, es demasiado temprano y además hoy es domingo—. ¿Qué pasa?

—Massi, escúchame bien —susurro mirando a todas partes—. No salgas de casa. ¿Mamá y papá están ahí?

—No, han ido al centro comercial.

—Vale. Pues mira a ver si están cerradas todas las puertas, ¿me oyes? No salgas, y no abras a nadie.

—*Sorella…* [15]—dice confuso—. ¿Por qué?

—Haz lo que te he dicho, tío.

—¿Pero qué pasa?

—Nada… —miento, tragando saliva—. Solo hazlo. Quédate dentro y no salgas, salvo si viene la policía. ¿Me entiendes?

—Vale, vale. Pero me estás asustando.

—No te asustes. Y no llames a mamá y papá, empezarán con las preguntas.

Cuelgo mientras miro a ambos lados de la calle, y justo entonces, un taxi dobla la esquina. Levanto la mano y el coche se detiene de golpe, el conductor me observa por el retrovisor como si estuviera viendo a un fantasma.

—¿A dónde, señorita?

—A la policía —le digo, casi sin voz.

Subo. Me hundo en el asiento, abrazándome al bolso como si fuera un escudo. Miro por la ventana; los árboles, los edificios, la gente que desayuna como si nada. El mundo sigue girando, aunque tú sientas que tu vida ha sido arrasada por una tormenta.

Me bajo del coche indecisa, pero sé que no tengo otra opción. No puedo proteger a mi familia estando tan lejos. Cuando entro por la puerta de la comisaría, siento náuseas, no sé por qué. Una mujer de uniforme me mira.

—¿Puedo ayudarla? —me pregunta la agente tras el cristal.

—Sí, vengo a poner una denuncia —digo, intentando que la voz no me tiemble.

—¿Qué le ocurre?

—He recibido amenazas, mensajes anónimos… y creo que alguien me sigue.

La mujer frunce el ceño, anota mi nombre y me hace pasar a una sala de espera anodina y fría, con un reloj parado colgado en la

pared. Me quedo de pie, y espero veinte minutos, repasando cada mensaje que he recibido en el móvil. Tengo tiempo para pensar en todo, incluso en que Bram anoche me dijo que Liam trabaja para *El Templo*, y eso implica que también para los demás dioses. ¿De ahí tanto interés por mí?

—Roberta Monticelli —dice una voz masculina finalmente.

Es un agente mayor, pasado de los cuarenta y cinco, un tanto obeso. Lleva un traje oscuro y placas brillantes. No es policía local, se presenta como parte del FBI.

—Agente Taylor. —Me tiende la mano con una sonrisa que no le llega a los ojos—. Tome asiento, por favor.

Él se sienta, cruza las piernas y me indica una silla frente a su escritorio. Me mira como si ya supiera lo que voy a contar. Agita un folio en la mano, el mismo donde la mujer de fuera ha apuntado mi nombre.

—Amenazas y mensajes anónimos. ¿Qué le ocurre, señorita Monticelli?

—Yo… —hablo con un hilo de voz frotándome las manos en el regazo—. Estoy recibiendo mensajes de alguien. Sabe dónde vivo y dónde vive mi familia. Incluso diría que provocó un incendio en el negocio de mis padres. Creí que era una broma al principio, y que me lo estaba imaginando todo, pero hace unos días también me pintaron la puerta y me estuvieron vigilando.

—¿Mensajes? —se interesa, ladeando la cabeza—. ¿Qué tipo de mensajes, puedo verlos?

Le paso el móvil, mostrándole el mensaje donde alguien me amenazó con desfigurarme el rostro.

—Me acaban de enviar otro hoy, con el nombre de mi hermano.

El agente Taylor examina los SMS, pasando el dedo por la pantalla.

—¿Desde cuándo ocurre esto?

—Desde hace una semana más o menos…

—¿Qué le pintaron en la puerta? —El agente alza una ceja, aún sujetando el móvil en la mano. Con la otra mano, está apuntando algo en el informe.

—Un triángulo.

—¿Un triángulo? —repite—. ¿Tal cuál?

—Invertido… —Carraspeo nerviosa—. Un triángulo invertido.

Su mirada sube deprisa a mí como si de repente hubiese atrapado su atención. Deja el bolígrafo sobre el escritorio y me mira fijamente.

—¿Con alguna anotación?

Respiro hondo y tenso los labios pesando en si llegar hasta el final y contarle la verdad al oficial, aunque no sé por qué dudo. Es el FBI, no puedo mentirles.

—Sí, una palabra en griego.

—¿Qué palabra? —Se apoya en un codo y se lleva una mano al mentón, examinándome más atento todavía.

—*Ninfa* —respondo firme.

Guarda silencio, de repente. No sé en qué estará pensando ni sé cómo se me ocurrió venir aquí. Me pedirá nombres e investigará a fondo. Bram me dijo varias veces que él no tenía nada que ver, pero me importa una mierda. No estaría en esta situación si no fuese por él.

—¿Quién piensa que podría haber pintado eso? —me pregunta expectante.

Su poblado bigote me llama la atención por un instante. Veo que se mueve como si se estuviera mordiendo los labios. Yo también me los muerdo, pensando bien en mi contestación, pero sé que no hay marcha atrás.

—Los dueños del Hotel *El Templo* —afirmo tajante.

—¿*El Templo*? —pregunta con voz ronca, enderezándose en el asiento—. ¿Por qué?

—Porque sé a lo que se dedican —digo deprisa, intentando mantenerme serena. Sé que no es el momento para acobardarme.

—¿Y a qué se dedican?

—A fiestas promiscuas. Ese sitio es una tapadera para actividades ilegales que implica…. —inhalo y exhalo el aire con fuerza—trata de mujeres.

—¿Está segura? —pregunta—. Una denuncia falsa está castigada por ley. Además, regentar un *puticlub* no es nada ilegal, siempre y cuando haya consentimiento, señorita Monticelli.

—¡Se equivoca! —Alzo la voz, entrando en un estado de nerviosísimo extremo—. Presiento que no todas las mujeres que vi en ese sitio están ahí por voluntad propia y…

—¿Qué vio? —repite—. ¿Usted estuvo allí?

—Sí… una vez —me desespero y miento, fue más de una vez—. Y es por eso que me envían esos mensajes, ¿¡acaso no lo comprende!?

—¿Qué mensajes? —me pregunta, con los hombros elevados.

—Los que acaba de…

Intento responder, pero el agente me interrumpe. Toma mi móvil y, de manera descarada, navega por mis conversaciones. Veo cómo borra los mensajes, uno tras otro. Pulsa el botón de *eliminar* y sonríe.

—¿Qué hace? ¡Pare! —Me levanto, pero él ya ha dejado el móvil boca abajo en la mesa.

—Tranquila, muñeca. No tienes por qué enfadarte, aquí no ha pasado nada —su voz es una trituradora para mis sesos y lo que acaba de hacer no tiene nombre.

Aprieto las manos en el bolso cuando se levanta de su asiento y camina lentamente hacia la puerta. Mi aliento se desboca con cada paso seco que da a mi lado y giro la cabeza velozmente cuando oigo algo parecido a un cerrojo. Como si hubiese cerrado con llave.

—Yo… —Agarro mi móvil deprisa, con un salto hacia adelante. Lo guardo con manos temblorosas, pendiente de ese hombre que

claramente es un puto infiltrado, que está mirándome desde la puerta—. Será mejor que me vaya entonces.

La adrenalina del peligro sube por mis venas mientras doy dos pasos más, clavando la puerta con la mirada. Jamás hubiese esperado que esto me ocurriera a mí. Que viniera aquí a pedir ayuda y me encontrara esto.

—¿Qué está haciendo?

—Lo que pasa en *El Templo*, se queda en *El Templo* —dice con una frialdad que me recorre la columna vertebral.

Me armo de valor y camino hacia la puerta, pero él se mueve más rápido. Me empuja contra el escritorio, y me inmoviliza las muñecas en la espalda. Es un viejo gordo demasiado fuerte para poder hacerle frente.

—¡No me toques, maldita sea! —suelto encolerizada—. Gritaré.

—Grita todo lo que quieras —susurra en mi cara y unas gotas de saliva me salpican—. Nadie escucha aquí. Todos trabajan para alguien. Todos.

Es calvo en la coronilla, con la piel llena de granos y los ojos pequeños y malignos, como un jodido roedor. Cuando sonríe, enseña un diente de oro. Su aliento huele a café rancio, y la presión de sus manos en mis muñecas es un grillete imposible de romper. Estoy paralizada solo un instante, el suficiente para sentir la desesperación recorrerme la piel. Pero no pienso quedarme quieta.

Intento golpearle con la rodilla, pero el cerdo me sujeta con más fuerza, aplastándome con todo su peso —ciento veinte kilos, mínimo. Me inmoviliza contra su pecho, y su mejilla está tan pegada a la mía que el roce de su bigote áspero me da arcadas.

Me gira bruscamente y siento la chapa del FBI presionando mis nalgas y con un solo roce la herida de mi trasero me hace soltar un quejido. El cabrón lleva la chapa colgada de la cintura, junto a la funda del arma.

—Vamos, princesa. Hazme el día fácil —escupe, con la voz espesa, pegando aún más la cadera a mi culo. Sus dedos, gordos y

fríos, me arrancan el botón del pantalón y bajan la cremallera a tirones, torpes pero decididos.

Me retuerzo y consigo darme la vuelta. Le muerdo la mano, le araño la cara. El muy hijo de puta solo se ríe, echando la cabeza hacia atrás.

—Eres de las que muerden. Mejor. Así me pones más cachondo.

Aprovecho que está distraído para clavarle una patada en los huevos, con todas mis fuerzas. Siento el crujido de su entrepierna y el temblor en su cuerpo. El cabrón suelta un grito ahogado, se tambalea hacia atrás, con los ojos desorbitados y el sudor resbalándole por la papada.

Me incorporo un poco, jadeando, pero no tengo tiempo de respirar. Me agarra del pelo y me estampa la cara contra la mesa con una fuerza que me parte el labio.

—¡Puta! —me escupe, la voz más ronca—. Vas a llorar, zorra.

Me da una bofetada tan seca que me estallan los oídos. Siento el sabor metálico de la sangre y el pitido en los tímpanos. Me gira la cabeza y me susurra al oído:

—Vas a quedarte calladita, ¿verdad? Así es como le gusta a la gente de tu condición, ¿no? Calladitas y obedientes.

Siento la cremallera bajando, la dureza de su asquerosa polla apretándose contra mí. Me inmoviliza con la mano gorda en la nuca y la otra entre mis piernas.

—Abre las piernas, zorra. No me hagas cabrear más.

Le escupo en la cara.

Él me responde con un puñetazo en el costado, bajo el pecho. Me ahogo, porque me duele, como si me hubiese partido por la mitad. Grito desquiciada, sintiendo la laringe vibrar y el escozor en mi espalda bajo su peso.

Me tapa la boca con una mano para ahogarme y me empuja otra vez contra el escritorio.

—Eres desobediente, hermosa, pero también gilipollas. Te advirtieron de que no jugaras con fuego y, aun así, estás aquí.

—¿Por qué lo haces? ¿¡Por qué, maldita sea!? —Me libero por un momento, mordiéndole la mano.

—Porque me pagan. Me dijeron que te diera una lección si aparecías por aquí, y justo eso es lo que estoy haciendo.

—¿¡Quién!? —le grito fuera de mí, pero su mano me vuelve a oprimir la boca, sellándome por completo.

Siento el ardor de sus dedos apretándome, pero no pienso rendirme. Ni aunque me mate. De todas maneras, ¿qué más da? Estoy aterrada y la vista se me nubla. Me retuerzo, lo araño, le doy un codazo. Me golpea una vez más, en la boca, y siento que se me parte más el labio. Me mareo y veo destellos blancos.

—¿Creías que aquí te íbamos a proteger? —escupe en mi oído—. Todas las putas del Templo terminan igual.

Me retuerzo, me arqueo, consigo girar el rostro y clavarle los ojos.

—Eres un cobarde —le escupo—. No eres nada.

Eso parece cabrearle. Me aprieta la garganta, impidiéndome respirar.

—Así me gusta —dice—. Luchadora. Por eso soy cliente un fiel, cariño. ¿Quieres probar mis esposas?

Me insulta, me llama mierda, basura, un juguete de ricos. No sé cuánto tiempo pasa en esa lucha, solo sé que cuando afloja el agarre para buscar algo en el cajón, quizá un condón, la rabia y el miedo se convierten en pura supervivencia. Veo un bolígrafo de punta plateada, el mismo con el cual estaba escribiendo algo en ese informe. En una fracción de segundo, lo agarro y se lo clavo en el hombro, con toda la furia, el asco y el terror acumulados.

—¡Jódete, hijo de puta! —le grito.

Él también grita cuando la sangre de su hombro brota, manchándome la ropa. Pero ya todo da igual. Por fin, se aparta de mi cuerpo y puedo respirar. No me lo pienso dos veces, lo empujo, agarro mi bolso y me abrocho el vaquero con una mano. Corro hacia

la puerta, con la cara hinchada y las rodillas temblando, pero viva al fin y al cabo.

Salgo al pasillo tambaleándome, dejando tras de mí los insultos y los alaridos ahogados de dolor. El sudor frío me empapa la frente y noto la sangre secándose en mi labio partido. Todo es un borrón: la sala de espera, la agente tras la ventanilla que me mira un segundo, y la calle ahí fuera, desenfocada.

—¡Eh, detente!

Yo soy más rápida, y tengo suerte de que todos van a su bola, aunque tropiezo con al menos dos de los policías. Salto los dos escalones de la entrada. Una ráfaga de aire gélido me golpea en la cara y echo a correr, tropezando, y resbalando con mis propios pies. Escucho gritos, pero no me detendrán.

—¡Virgen Santa! —Me llevo una mano a la boca, incapaz de procesar que un agente del FBI me acaba de intentar violar.

Corro y corro. Un coche pita cuando cruzo por donde no debo, y sé que se me va a salir el corazón del pecho. Cuando los frenos chirrían y los faros rozan mis muslos, me lanzo hacia el bordillo, cayendo de rodillas en la acera. El corazón me martillea el pecho y apenas puedo respirar.

—¿Estás loca o qué, joder? —me grita un chico de color desde un *Mercedes* descapotable.

No le respondo y es como si no estuviera en este mundo. Miro la cara de las personas una por una, y siento como si todas y cada una de ellas me estuvieran persiguiendo. Consigo ponerme de pie, aunque cuando vuelvo a mirar la mancha de sangre de mi chaqueta vaquera —no sangre mía, sino del cerdo ese—, me tambaleo. Corro, literalmente, hasta el primer callejón que encuentro cuando ya he perdido la noción del tiempo y el espacio. Solo siento personas tropezando conmigo y queriendo asesinarme con la mirada. Me llevo la mano a la nariz cuando siento algo líquido fluir. Es sangre.

—Mierda…

Me vuelvo a mirar la mano, con el dolor latente en el rostro. Es mi maldita sangre. Me han pegado unas tres malditas veces —sin contar a Bram— sin haber hecho nada.

La pared de ladrillo está helada y húmeda. Me pego a ella, jadeando, con los pulmones ardiendo y las lágrimas rodando a borbotones por mis mejillas.

—Oh, Dios…. ¿qué te he hecho para merecerme esto? ¿¡Qué te he hecho, joderrrrrrrrrr!?

Lloro como una cría, golpeando el puño contra los ladrillos para no gritar, para no romperme del todo y dar rienda suelta a toda la impotencia y el sufrimiento que siento.

Me siento sucia. Usada. Como si cada célula de mi piel estuviera impregnada del asco de ese monstruo. No sé aún de cuál de los dos. Tengo la espalda pegada al muro y cada paso que oigo se magnifica en mi cabeza, como si alguien viniera a por mí. Escucho pasos a lo lejos, pero nadie me sigue. No sé ni cómo he llegado aquí. Miro mis manos manchadas de sangre, y el pulso no se ralentiza. En realidad, no sé cuánto tiempo pasa, ni cómo, ni por qué. Solo sé que el mundo sigue su rumbo hasta que recupero las fuerzas. Simplemente me obligo a caminar, con miles de pensamientos en mi mente, hasta llegar a la residencia universitaria. Ni yo sé cómo.

Me detengo detrás de un árbol, antes de colarme por la puerta secreta por la cual he salido. Veo el todoterreno oscuro aparcado y un tipo de pie, tomándose un café de un vaso de plástico.

—Hola, Berta.

Un chico de mi clase me saluda, pero no le contesto. No puedo. No existe el mundo ahora mismo. Tan solo bajo la cabeza, intentando ocultar la cara.

Entro por la puerta trasera, subo las escaleras a trompicones. Las piernas me tiemblan, el estómago me da náuseas. Cuando por fin cierro la puerta de mi habitación, me apoyo contra ella y dejo que el silencio me ahogue. Las manos me tiemblan tanto que casi no puedo girar el pestillo.

—Joder, qué asco —balbuceo entre dientes, verdaderamente asqueada por el olor a sangre.

Vuelvo a ducharme deprisa, sin sentir el agua ni el dolor que me arde en las nalgas y la espalda. Froto y froto, pero el asco no se va; y tampoco la rabia. Me seco con una toalla, con la cara hundida en la tela. Solo cuando el temblor cesa lo justo, me miro en el espejo lleno de vaho.

El reflejo que me devuelve el espejo es el de una desconocida. Ojeras violetas, la piel marcada por líneas rojas y moratones que empiezan a florecer en mi clavícula y bajo el costado, como una constelación de rabia y humillación. Tengo el labio partido, y los ojos enrojecidos. Me obligo a sostener mi propia mirada, a no bajar la cabeza. No esta vez.

Hoy no. Hoy ya no seré una víctima.

Deslizo el cajón del tocador y saco el neceser de guerra: una base de maquillaje que espero que funcione. Cubro los moratones de la mandíbula y la rojez del labio. Aplico corrector hasta que solo queda la máscara: la cara de una Roberta que nadie podrá romper dos veces.

Miro la ropa interior. No, no llevaré bragas. A mi *dios* no le gustan. Me río como una chiflada pensando en que al final me llevará ahí donde siempre quiso.

—Muy bien, dios Hermes. Te has salido con la tuya… —susurro.

Me coloco unas medias de liga negras y elijo el vestido más atrevido que tengo: terciopelo rojo, escote de vértigo, espalda descubierta, apenas llega a cubrir lo justo. Me calzo los tacones, me pinto los labios de rojo chillón. En el fondo del armario busco el bolso más pequeño: solo cabe el móvil, la cartera y un *spray* de pimienta que nunca pensé usar, pero que ahora pesa como un amuleto.

Escaneo el piso destrozado, lástima que esté así. Se veía muy bien.

Antes de salir, veo en una esquina un paraguas grande, con un mango de madera. Lo cojo, me cubrirá del diluvio, pero también me servirá para otra cosa. Me miro una última vez en el espejo y me obligo a sonreír con confianza, sabiendo que no necesito la ayuda de nadie. No, hoy nadie me va a salvar. Hoy me salvaré yo sola.

Bajo en el ascensor esta vez, con el bolso en el hombro y el paraguas en la otra mano. Una vez fuera, camino hacia el coche blindado donde aguardan los hombres de Bram. Hoy no tengo tiempo para artificios.

Los cuatro—grandotes, tatuados, armados hasta los dientes—se ponen en tensión al verme. Yo, con tacones de aguja, vestido rojo y medias de liga, cruzando el campus como si fuera la dueña del lugar.

Se miran entre ellos, desconcertados. No es para menos. Jamás les había dirigido la palabra, salvo para soltar alguna bordería o largarles un portazo. Hoy, en cambio, todos me miran como si hubieran visto un espejismo.

—Señorita Monticelli…

—Hola. —Les analizo a los tres. De pie y mirándome embobados —. ¿Y tú cómo te llamas?

Me detengo delante de uno de ellos, el que siempre me ha parecido que tiene pinta de jefecillo.

—JB.

—JB no es un nombre —le suelto seria.

—John Bruce, señorita —comenta deprisa—. ¿Necesita algo?

—Sí —afirmo, pensando en que JB será la primera persona a la que manipularé. Me da la impresión de que es un blanco fácil—. Quiero ir al Templo.

—Pase —dice JB, abriéndome la puerta del todoterreno.

—No, no iré en este trasto. Llama a una limusina —le suelto firme—. Y que sea rápido.

El hombre tatuado hasta las cejas, con una H en sus nudillos me mira atónito. Más que antes.

—Pero la podemos llevar en este coche.

—¿En ese trasto? —digo, con una sonrisa afilada.

Me detengo un segundo, apoyo el paraguas en el suelo y lo giro entre las manos. Miro el todoterreno con asco, y luego a los cuatro.

—¿Sabéis lo que más me jode de vosotros? —les recrimino con un tono mordaz—. Lo poco profesionales que sois.

—¿Por qué dice eso, señorita Monticelli? —pregunta otro de ellos, más joven y rubio—. Ya tenemos un coche y…

Sin pensármelo dos veces, alzo el paraguas y, con toda la rabia acumulada, empiezo a golpear el capó, los retrovisores, las ventanillas, todo lo que pillo a mi paso.

—¡Ahhhhhhhhhhhh! —grito, llena de rabia, con los dientes apretados.

El ruido es brutal, el metal cede, el parabrisas se cuartea bajo mis golpes. Me desahogo con cada impacto, liberando el dolor que siento hoy.

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhh!

Golpeo más fuerte todos los cristales, sin miedo ni resquemor. Cuando termino, el coche parece recién salido de una guerra.

Los cuatro me miran con la boca abierta. Yo en cambio, me arreglo el cabello coqueta y me apoyo en el paraguas, devolviéndoles la mirada.

—Teníamos —sonrío tragándome las lágrimas que siento inundar mis ojos—. Teníamos coche, pero ya no.

—Lo siento mucho, pero debo llamar a mi dios para informarle de esto.

—Llama a quién te dé la gana —digo con la misma voz de acero —. Pero la próxima vez que uno de vosotros desobedezca una orden mía, será su cabeza la que reviente, no el coche —susurro, inclinándome un poco hacia adelante—. ¿Está claro?

Todos asienten, tragando saliva.

—Bien. Espero que de verdad recordéis que soy la favorita del dios Hermes.

Extiendo el paraguas a uno de ellos, con gesto de reina aburrida.

—¡Ah, una cosa más! —digo, con un dedo en alza—. Que en la limusina haya champán.

Mientras tanto, espero en la acera y saco un cigarro de un paquete del bolso. Me lo enciendo y exhalo el humo despacio, mirando al horizonte.

Yo, Roberta Monticelli, italiana de nacimiento y fiel admiradora de la moda, seré la *ninfa* del dios Hermes. Seré su puta. Suya y de los que él considere. Entraré a ese sitio como lo que soy: una amenaza disfrazada de amante.

Porque cuando conoces el miedo, convives y te alimentas de él, llega un día en el cual el miedo ya no significa nada y la venganza… lo es todo.

CAPÍTULO 20



BRAM

—Mi dios, la señorita Monticelli ha… bueno, ha destrozado el coche. Y ha exigido una limusina.

—¿Una limusina? —exclamo mientras miro mi reflejo en el ventanal del despacho de los dioses. No tenía ganas de ir a mi casa y he venido al único sitio donde me siento bien y fuerte. Poderoso. No pensaba que ella correría detrás de mí tan rápido y no miento si digo que no me alegra el hecho de que por fin haya decidido hacerme caso y ponerse a salvo.

—¡Contesta ya! —Tenso la mandíbula, desquiciado.

Sí, estoy desquiciado y cansado. Las últimas veinticuatro horas han sido intensas.

—Sí, mi dios —dice JB, con esa voz dura que siempre emplea, pero en este caso sé que la rubia lo ha derrotado, como a todos. Se le nota—. Ella dice que es la favorita del dios Hermes. ¿Qué hago…?

Sonrío, aunque siga enfadado con ella. No, enfadado no. Furioso. Estoy tan furioso que me da miedo volver a tenerla delante de mí, pero todo está ocurriendo cómo debió ocurrir desde un principio.

—Obedece. Llama a Max y dile que te envíe una limusina. Es una *ninfa* y le debéis respeto.

—Entendido.

—También dice que quiere champán.

Alzo una ceja.

«Vaya con la cazadora», pienso.

Roberta Monticelli ha tirado la toalla y ha decidido ser una de nosotros, pero quiere hacerlo por todo lo alto. Esto sí que no me lo esperaba.

—Cumple sus deseos —ordeno.

—¿Y el coche?

—No sé si eres idiota, JB, o finges serlo —le riño—. Manda una grúa.

Cuelgo. Joder, con los inútiles de mierda que me rodean, y eso que JB es mi hombre de confianza —el que más después de Eddie.

Exhalo despacio, sabiendo lo que vendrá a continuación. Y no, no se trata de que esta noche será una prueba para ella. También lo es para mí. Confieso que en todo este tiempo he tenido dudas de si seré capaz de compartirla con otro hombre. Y encontrarla con ese maldito cabrón casi en pelotas, me lo ha confirmado: me hierve la sangre saber que entre ellos ha pasado algo. Me muero de rabia al pensar que él me está ganando terreno. Entonces, ¿qué otra cosa podía haber hecho salvo agilizar su ingreso aquí?

Y no, no me arrepiento.

No me arrepiento porque sé que es mía. No es que la quiera aquí y en mi cama por capricho u orgullo. La necesito. Y hoy me he dado cuenta de que no puedo dejarme dominar por un puto sentimiento que siento aquí dentro como una enfermedad. Eso que, aunque me cueste reconocerlo, a veces me hace dudar.

¿Desde cuándo los dioses sienten? Sé que es mi cabeza que me está jugando una mala pasada y hoy, sin duda mi teoría de que si eres bueno te pisotean y juegan contigo, se ha hecho realidad. Y todo por haber bajado la guardia, joder. Por haber mostrado debilidad con ella. Pero se acabó. No es lo que soy ni lo que representa a Hermes.

Vuelvo a analizar mi reflejo en el cristal. Tengo la cara hinchada, casi irreconocible. Pómulo morado, labio partido, una tirita en la ceja. Después, me llevo los dedos a la mandíbula, la palpo: aún duele.

Maldita sea. No puedo olvidarme de lo que ha pasado esta mañana. La he buscado como un loco cuando me he enterado de que fue el maldito dios Poseidón que la llevó anoche a la residencia. Incluso le he golpeado al guardia al que ordené que la acompañara, por permitir que se fuera con ese capullo. He conducido todo el

camino, pensando en que no quiero a Liam Welson cerca de ella. Y, cuando no la he encontrado en su cuarto, me han informado que fue trasladada por miedo a Gambino. Ese mafioso italiano. Y después…

Mierda.

Me encojo de hombros, intentando borrar el temblor de mis piernas. Apoyo las manos en el escritorio, con los nudillos blancos. El cuadro de los dioses del Olimpo, que reina encima de la chimenea me recuerda quién soy y en quién me he convertido. En un puto calzonazos, igual que mi padre.

La puerta del despacho se abre de golpe, como si lo hubiese invocado con el pensamiento. El senador irrumpe, con el traje arrugado, ojeras del tamaño de una catedral y bastante trastornado por la noche que hemos pasado.

—Hijo, ¿te has enterado que Ares…?

Se detiene cuando me ve y se lleva ambas manos a las caderas.

—¿Qué demonios te ha pasado? —farfulla, echando un vistazo a la sala y luego a mí. Sus ojos se agrandan al ver el destrozo de mi cara—. ¿En qué coño te has metido ahora?

—Todo está controlado.

Mi padre resopla. Tiene la corbata mal puesta, la barba sin afeitar. Está más viejo que nunca.

Me dejo caer en la silla del escritorio, y toco la madera con dos dedos, lentamente. Después la silla. Pertenece al líder supremo. La que fue de Zeus en el pasado, y la cual en el presente está batallada por Ares y Apolo. Brian y Jack, tan similares y a la vez tan diferentes.

—¿Alguna vez quisiste ser el dios supremo, papá? —pregunto, en voz baja.

El senador, por un momento, parece desconcertado. Es raro verlo titubear. Al final, se repone, y mete una mano en el bolsillo.

—Supongo que todos lo hemos soñado alguna vez, Bram. Pero yo era demasiado leal a Zeus. En este lugar, la fidelidad lo es todo. Y

la ambición puede convertirte en leyenda o en cadáver —dice, con una media sonrisa triste—. No subestimes el poder.

No me convence. Huelo la cobardía bajo el barniz de fidelidad. Un puto cobarde, como siempre.

—La lealtad está sobrevalorada, papá. Y cada vez me estoy dando cuenta más que solo sobreviven los que se atreven a jugar sucio. —Lo digo mirando el cuadro, pero pienso en Roberta. En lo que soy capaz de hacer por no perderla—. ¿De verdad nunca quisiste más, aunque fuera por un segundo?

—Claro que lo quise. Y también quise muchas otras cosas que no tuve, Bram. Pero uno aprende con el tiempo que el poder absoluto no existe. —Me observa, ladeando la cabeza—. Veo en tus ojos el hambre, hijo, pero también una furia que te hará débil si no la dominas.

Me río, amargo.

—¿Débil? Los débiles son los que esperan su turno eternamente. Tú esperaste, pero yo no pienso esperar.

Mi padre frunce el ceño, incómodo, pero no retrocede.

—Está bien ser ambicioso, pero la ambición, cuando no tiene límites, te lleva por caminos de los que a veces no se puede volver.

Le mantengo la mirada, desafiante.

—Prefiero perderlo todo a ser una sombra. Si tengo que elegir entre ser rey un día o súbdito toda la vida, no lo dudes.

—Eres un dios y un dios jamás será un súbdito.

—Sí, cuando hay otro por encima, ¿te lo tengo que recordar?

—Hijo…

—Papá… —Me vuelvo y lo miro con firmeza—. ¿Has hecho cosas a mis espaldas?

—¿Cómo por ejemplo?

—Amenazar de muerte a mi chica.

—¿A esa mujer que te acompañó anoche a la fiesta? —me pregunta—. ¿Por qué lo dices?

Le vuelvo a clavar la mirada mientras el fuego me sube por la columna.

—¿Eres tú el que está detrás de eso? ¿Fuiste tú quien ordenó quemar el restaurante de Roberta? Me estás volviendo loco a propósito, ¿eh?

Su expresión cambia. Por un instante, veo al senador y no a mi padre. El hombre de hierro que intenta controlarme, pero sin éxito, por supuesto.

—¡Cierra la boca! —gruñe—. No me levantes la voz en mi propia casa. No te atrevas a señalarme. Bastante tengo con la mierda de fiesta que tuve anoche, en mi propio ascenso. Que maten a un mafioso en mi jardín no es plato de buen gusto para alguien como yo, que siempre ha intentado mantener intacto nuestro apellido.

—Papá… —murmuro, sin pestañear—. Ya estoy investigando, y espero que no encuentre tu firma en nada, porque si es así, te juro que no volverás a llamarme *hijo*.

—¿Qué te pasa con esa mujer?

—No es *esa* mujer, es mi mujer. Así que más te vale que no tengas nada que ver.

—Eres un insensato —farfulla.

La tensión flota en el ambiente. Por un segundo, parece que va a golpearme, pero el peso de los años le ancla al suelo. Se limita a apretar los labios, furioso. En ese instante, la puerta se abre y entra Jack, impecable como siempre, con su sonrisa de tiburón y esa calma de asesino de guante blanco. Nos separa con una mirada, y mi padre desaparece en un portazo.

Jack se queda mirándome, con el ceño fruncido.

—¿Qué coño está pasando aquí? —pregunta, repasando las heridas de mi cara—. ¿No hay ni un minuto de tranquilidad ya?

—Asuntos personales —le respondo, llevándome una mano a la mejilla, que aún escuece.

Jack se pasea por el despacho, como si le perteneciera. Se sirve una copa de una de las botellas que hay en un minibar a la izquierda

y después se deja caer en un sillón de cuero que hay cerca de la chimenea.

—¿Te has enterado, verdad? Mi maldito hermano se ha largado a Canadá esta mañana —responde, con una mueca de desprecio—. El muy cabrón ha secuestrado a una chica de su clase, su maldita alumna, y ahora tengo a media Comisión mirándome como si fuera un inútil.

—¿Y por qué Ares se largaría así, sin avisar?

—Sabe que le exigiríamos cumplir el protocolo. Esa alumna suya fue testigo y lo sabe todo de nosotros. ¿Cómo se le ocurre dejarla viva? Si mi padre estuviera aquí, esto no habría pasado. O quizá sí, Ares siempre fue el puto consentido.

Le clavo los ojos, midiendo su rabia.

—Ares era solo un hijastro para tu padre, Jack.

—¿Hijastro? —pregunta con esa voz ronca, tan característica—. Siempre fue el favorito, aunque yo llevara su sangre.

—Bueno, no lo nombró el heredero final, sino que lo dejó todo en manos de la Comisión.

—¿Después de que en su testamento pusiera que ese bastardo estuviera al mando hasta que la Comisión decidiera?

Veo la sombra que destila su mirada. Dolor, humillación, odio, envidia. Pero no lo culpo, no lo puedo culpar. Jack se pasa la mano por el pelo, y tensa la mandíbula.

—Aprovecharé este lío para ganarme el voto de la Comisión, B. Todos saben que lo que ha hecho es imperdonable —dice, con la mirada perdida—. Cuando llegue la votación, todos sabrán quién manda aquí.

Me acerco, sin apartar la vista.

—No tengo tiempo para tus estrategias. Reúne a todos. Esta noche hay Ritual.

—¿Ritual?

—De urgencia.

—¿Estás loco o qué? —Me mira atónito—. Después del puto marrón que tenemos entre manos, ¿crees que estamos para eso?

—Roberta está de camino —Lo miro fijamente.

—Vaya, no me digas. ¿Cómo la convenciste?

—Fácil, ¿acaso lo dudabas? —le miento.

Es una maldita mentira. Roberta no está aquí por mí o porque la convenciera, sino porque su vida y la de su familia están en juego.

Jack da un sorbo a su copa y levanta una ceja.

—Me alegro de que tengamos un problema menos, aunque me pregunto… —dice suspicaz—, ¿estás seguro de que no la quieres traer aquí solo por capricho?

Le sostengo la mirada con frialdad.

—Para mí, es mucho más que un capricho.

—Pues justo eso temía, B. No me digas que te has quedado prendado de un coño. Ya veo por qué nadie te hace caso aquí, se nota que eres el más joven. Y también el más insensato.

—No digas gilipolleces, anda.

—¿Me dejarás que la estrene, no? —Me está poniendo a prueba —. Vale, vale… —Alza las manos y se levanta del sillón, acercándose a mí con pasos lentos—. Ya veo que la respuesta es no.

Me mira fijamente, intentado encontrar grietas, pero por mi madre que no las encontrará.

—¿Sabes lo que haría Zeus si viviera? Te despellejaría vivo si supiera que te estás enamorando. Y a ella… ya sabes lo que le pasaría a ella. Lo mismo que le pasó a ese gilipollas del que se enamoró Sam. Sí, Sam —recalca—. Mi hermana tuvo los santos cojones de enamorarse y querer largarse de aquí con ese pelele.

Lo miro con los nervios colapsados y una presión en el cráneo. Estoy harto de interrogatorios y tonterías.

—Yo no soy Samantha —suelto molesto—. Y por supuesto que Roberta será tuya, dios Apolo. Pero solo cuando a mí me salga de los huevos, no antes. ¿Lo comprendes ya?

Jack sostiene mi mirada, pero su sonrisa desaparece. Hay un brillo de respeto —o miedo— que no suele mostrarme.

—No me provoques y haz el favor de averiguar ya quién es ese maldito hombre que hizo explotar el restaurante de los Monticelli. Ya que tú eres más sensato y listo que yo…

—Buaj, no te cabrees, tío.

—El jueves, en la reunión, las cartas van a estar sobre la mesa.

—¿A qué te refieres?

—Te veo en el *Ritual* —digo, seco, zanjando la conversación.

Salgo por la puerta como una tormenta, paso de seguir discutiendo con él intentando convencerle de que no estoy incumpliendo el decálogo. De que no es verdad que amo a esa chica y de que estoy en una situación en la que jamás pensé que me encontraría.

Cojo el teléfono y llamo a JB.

—Cuando lleguéis, lleva a la *ninfa* a mi cuarto.

BERTA

La limusina frena cerca de la entrada que hay a la izquierda, la misma que recuerdo de hace noches, que estuve aquí. JB abre la puerta y, por un instante, me recorre un escalofrío. Pero solo por un instante; después me obligo a volver en mí y recordar por qué estoy aquí. Camino erguida, con una copa de champán en una mano. El taconeo de mis zapatos marca mi pulso con cada paso que doy. No sonrío y tampoco tiemblo. Los tres hombres que hay en la entrada intercambian miradas, pero no les doy ni los buenos días.

La doble puerta se abre y no me molesto en mirar a nadie. JB me guía con la cabeza baja, nervioso, y cuando me indica subir la escalera de caracol, se queda detrás de mí.

—Segunda planta, señorita.

—Lo sé.

Subo la escalera con pasos firmes, aunque me pregunte qué me espera en este sitio; Sitio que, días atrás, no pensaba que volvería a pisar.

«Cosas de la vida», me susurro a mí misma.

JB golpea la puerta que reconozco, la de la habitación de Hermes.

—Puedes pasar —dice una voz de mujer, cortante como el hielo.

La puerta se abre y, cuando doy dos pasos decididos, me quedo sin aliento: cinco mujeres me esperan en la habitación de Bram, todas vestidas con túnicas blancas y máscaras doradas. Todas, salvo una: Noa. Por su postura y vestido blanco elegante, al igual que las joyas doradas que lleva hoy, concluyo que es la líder del séquito.

Veo que sonríe cuando me ve. Una sonrisa falsa, por supuesto.

—Vaya, si es la invitada de honor. Bienvenida, *ninfa.*

¿Por qué no me llama por mi nombre?

Las otras cuatro chicas sueltan risitas y susurran cosas entre ellas. Me cruzo de brazos, levanto la barbilla y le doy un sorbo a la copa de champán.

—¿De verdad esto es todo? Esperaba más originalidad, Noa.

—Aquí soy Nélida, y es así como me llamarás de ahora en adelante.

Avanza un paso en mi dirección, y por un instante, quedo atrapada por el movimiento de su vestido, casi transparente.

—Te voy a decir una cosa muy sencilla: Nélida es la que pone las reglas aquí, como favorita del dios Hermes. Y la primera de esas normas, es que no abrirás la boca si no se te pregunto algo, ¿vale? La segunda: no podrás elevar la vista y mirar a los ojos a ninguno de los dioses de *Álympos*. Y la tercera: obedecerás cada orden sin rechistar, si quieres sobrevivir aquí más de una noche.

—Genial —Pongo los ojos en blanco, con el tono más cínico del que soy capaz—. Nélida es una zorra que espera respeto de mi parte, ¡guaaau!

—¿Qué has dicho? —gruñe Noa, avanzando hasta mí, pero no retrocedo ni medio paso.

—¿Y si no me da la gana respetar esas normas? —espeto mordaz —. ¿Qué vas a hacer, Noa? Te lo digo yo: vas a ir a buscar a Bram, porque con quien quiero hablar es con él, no contigo. —Pronuncio los nombres muy despacio, como si lanzara piedras.

Una de las *ninfas*, la de pelo rizado, suelta un bufido de hiena, pero no me da tiempo ni a mirar. La mano de Noa estalla contra mi mejilla con una bofetada afilada como un cuchillo.

El vaso de champán se me cae al suelo.

¿Qué…? El mundo se detiene medio segundo.

No pienso. Mi rabia me gobierna. Antes de que se dé cuenta, le meto las manos en el pelo y la tumbo al suelo, colocando la rodilla en su torso. Le devuelvo dos bofetadas rápidas, la furia y el dolor disparando mi pulso.

—¡Maldita hija de puta! —rujo en su cara, hasta las narices de ser el saco de boxeo de todos—. ¡Estoy harta de ti, Noa! ¡Harta! ¡De él, de ti, y de toda esta mierda!

Las otras chicas intentan separarnos a tirones y chillando, incluso algunas resbalan en la alfombra. Por Dios. La escena parece salida de un *reality* cutre donde un puñado de mujeres se lían a palos por un hombre.

¿Cómo he caído tan bajo?

Me separo, con el corazón golpeándome el tórax con fuerza.

—¿Pero a ti qué te pasa, imbécil? —me grita Noa, poniéndose de pie, ayudada por dos de ellas, mientras otra inmoviliza mis brazos en la espalda.

Su cara es un poema, y se queda helada cuando doy un paso hacia ella, amenazante.

—Chica, ¿qué coño haces? —suelta una de las que le agarra el brazo—. ¿Sabes a quién acabas de tocar?

—¡Sois unas putas dementes que se creen las esclavas de esos degenerados! —les grito en la cara, soltándome de un tirón.

Las miro una por una.

—¡Y ahora largaos de aquí, todas! ¡Fuera, joder!

—Tú no puedes mandarme, aquí hay una jerarquía —agrega Noa.

—Claro que puedo. —Aprieto el puño con rabia.

—Nélida, vayámonos —le susurra la misma de antes, una pelirroja—. Nuestro dios la está esperando, y sabes que se enfadará. Esta tía está fatal de la cabeza, tenías razón de que es una salvaje.

Me aparto, con los dientes apretados como una fiera, dándoles la razón. Las miro fijamente y solo espero que salgan y me dejen sola, de lo contrario, sé que barreré el suelo con cada una de ellas. No saben de lo que una es capaz cuando le han quitado todas las esperanzas.

Una a una, se van entre murmullos, lanzando miradas asustadas, y tirando de Noa, que me mira con ganas de matarme. Sin embargo,

la más delgada y bajita de todas se queda en el cuarto. Tiene el pelo oscuro y la piel canela. Observo que sus ojos son grandes, aunque lleve el antifaz, y me muestra una expresión tan dócil que parece inofensiva. Cuando la miro enfadada, creo que va a salir corriendo, pero se mantiene firme, con una percha entre las manos.

—Me llamo Eila —musita—. No tienes que gritarme. Estoy aquí para ayudarte, ¿vale?

Respiro hondo, controlando la adrenalina que siento. La analizo de arriba abajo, esperando la siguiente puñalada, pero ella solo me mira.

—Nélida es nuestra encargada y no te aconsejo que la provoques. He visto deshacerse de chicas que le levantaron la voz, sin llegar a tocarla siquiera. Y… deberías vestir esto, ya es tarde.

Bajo la mirada a sus manos, donde sujeta un vestido blanco, vaporoso y sensual. En un lado de la percha hay un brazalete dorado con hojas en forma de laurel, y al otro extremo de la percha, un antifaz dorado.

—¿Qué es esto? —digo mirándola suspicaz, porque ahora mismo no me fío ni de mi sombra.

—El dios Hermes requiere tu presencia en la Gran Sala —explica Eila, con una voz sorprendentemente tierna—. Pronto comenzará tu proceso de conversión.

—¿Conversión? ¿Esto qué es, una secta? —digo en voz alta, aunque no espero respuesta, me la sé ya. Solo me limito a rodar los ojos y, a decir verdad, sigo sin saber si quiero reírme o vomitar.

Eila se acerca a una mesa redonda, coloca la pecha en la silla cuidadosamente, y coge un papel doblado. Uno que, desgraciadamente reconozco porque es idéntico a la primera nota que recibí, tras el incendio del restaurante.

—Debes memorizar esto, es el rezo. —Me lo tiende—. Y eso es tu ropa del Ritual, la máscara y el brazalete que debes llevar. Todas lo llevamos, es lo que nos distingue de las demás.

—¿Las demás?

—*Heteras* —me responde deprisa—. Ellas son empleadas normales y corrientes, nosotras somos privilegiadas.

—Privilegiadas… —repito con sarcasmo.

—Solo hay una manera de ser una de nosotras —sigue esa chica, sin que yo le pida ni una jodida explicación—. Debes creer en Zeus, servir a nuestros dioses y entregarte al hedonismo. Si lo haces, vas a estar a salvo. Además… —le sale una risita—. Hablan maravillas del dios Hermes. Dicen que es una fiera en la cama y que no es nada tacaño. Hace regalos muy caros.

—Vaya… —murmuro con ironía, soplando para apartar un jodido mechón que me cae en la frente—. Muy siglo XXI todo esto.

La morena no responde. Me dedica una mirada que rebosa de una devoción tan absurda que me dan ganas de preguntarle cuántos años tiene, si le han lavado el cerebro o simplemente ha nacido así de gilipollas. Después, me quedo pensando en sus palabras.

—¿Tú también eres la favorita de Hermes? —le suelto, sin poder evitarlo.

Ella niega, y sus ojos se iluminan apenas un segundo.

—No. Yo soy la *ninfa* del dios Poseidón. Le pertenezco a él —responde, y hay un brillo especial en su sonrisa. Por un momento, casi me da envidia, la condenada. Habla de ese hombre como si fuese su epicentro, el que le mueve todos los hilos; aunque no me sorprende, aquí todas parecen muñecas de trapo en manos de unos pervertidos.

—Debe ser fascinante pertenecerle a alguien —me burlo, fingiendo indiferencia, mientras cojo el papel que me ha tendido.

—Lo es —susurra Eila, soñadora—. Tengo mucha suerte, mi dios es muy bueno. El mejor.

—Claro…

Me doy la vuelta escaneando el cuarto, y pasando de ella olímpicamente.

—No tengas miedo… —añade—. Todas hemos pasado por esto.

—¡No tengo miedo! —exclamo, enfrentándola con la mirada—. Eila… —sonrío con lágrimas en los ojos—. Yo no soy vosotras, ¿vale? Y ahora… déjame sola.

—Pero…

—Por favor.

Se queda parada un segundo, como si dudara en decir algo más, pero finalmente asiente y sale cerrando la puerta tras de sí.

El silencio pesa.

Y entonces, me rompo. Así, sin más. Me dejo caer en la silla, con la ropa y la máscara en las manos, y ese papel temblando entre los dedos. Me aferro a la tela como si fuera un ancla. Trago saliva, luchando contra las lágrimas, porque no pienso llorar. No aquí, y menos por lo que acaba de pasar con esa tipa. Pero la rabia me hierve en la garganta.

Envidio a Noa. Envidio su devoción ciega, la facilidad con la que parece encajar en este puto mundo de dioses y sumisas. Me hierve la sangre pensar que Bram ha preferido castigarme así, ponerme en manos de esa bruja operada para enseñarme mi lugar, para dejar claro que aquí la única que manda es ella. Y lo peor de todo es que, viniendo en la limusina, en el fondo, una parte de mí quería verlo. Saber cómo estaba. Explicarle de nuevo que no ha pasado nada entre Liam y yo. Pero ya da igual.

Ahora toca jugar el juego que han escrito para mí.

Respiro hondo, presa de los recuerdos.

Oh, Roberta —decía mi padre cada vez que me contaba anécdotas sobre esos primeros años como inmigrante en EE.UU—. *En tierra de lobos, una Monticelli nunca baja la cabeza. Aquí nadie te regala nada: o sacas las garras, o te comen viva.*

Vale.

Que tiemble *El Templo*.

Hoy seré gobernada, pero mañana… gobernaré.

CAPÍTULO 21



BERTA

Estoy de rodillas, y con la cabeza agachada, en el centro de una sala amplia. Llevo un *peplos* blanco, que ondea ligeramente con la brisa que se filtra entre las columnas del Templo, pero no logra ocultar el temblor apenas perceptible de mis manos.

El aire está cargado. Las antorchas proyectan sombras que parecen vivas en las paredes del mismo blanco inmaculado. A mi alrededor, la multitud forma un triángulo. Cada rostro está oculto tras una máscara dorada, reflejando las llamas como pequeños soles. Las coronas de laurel descansan sobre sus cabezas inclinadas, como si fueran partícipes de un acto de devoción; o tal vez de sumisión. Hay algo intrínsecamente solemne en su calma, pero también una tensión que me pesa con cada respiración.

En lo alto de una escalinata, sentado en un trono de ébano decorado con filigranas de oro, está Él. El hombre que amo. Porque sí. Porque a pesar de todo, lo amo. Ver a Noa en su cuarto era lo que necesitaba para esperar la confirmación de lo que tanto temía. Es un sentimiento extraño de amor-odio. Esto jodido que late en mi pecho me grita que es amor porque quiero ser la más importante para él. Por otro lado, mi mente me recuerda que no es bueno. Bram es maligno, y es por eso que debo odiarlo.

En realidad, no sabría explicarlo muy bien.

Quizá yo sea el problema. Quizá lo amo justo porque es maligno y lo odie precisamente porque no soy la más importante para él. Por no poder comprenderlo del todo.

Siempre he odiado todo aquello que no puedo entender.

Alzo la mirada, aunque no necesito hacerlo para saber que domina el espacio. Una túnica de lino cae en pliegues perfectos desde sus hombros, y sobre su regazo descansa un casco alado que

parece haber sido tallado por los propios dioses. Es una señal inconfundible: él es el puente entre los hombres y el Olimpo. El enlace entre dos mundos, tal y como me confesó días atrás.

Respiro profundamente. Una daga está frente a mí, reposando sobre un manto dorado. Extiendo la mano y la tomo. Es fría, pesada, un recordatorio de lo que estoy a punto de hacer. Mis dedos tiemblan al sostenerla, pero no me detengo.

«Iba a ser un curso más… un simple curso estudiando en la universidad».

Qué ingenua.

Una risa amarga se dibuja en mis labios mientras dirijo mi vista hacia el foco de todas las miradas, pero sin alzar la cabeza. Está prohibido, y las *ninfas* que me han traído hasta aquí me lo han repetido hasta la saciedad. Sin mirarle directamente, sin desobedecer y sin cuestionar, tan solo ejecutar. Y es justo lo que estoy haciendo, por supuesto. O al menos lo que les estoy haciendo creer, que estoy aquí para obedecer. Pero no es así, obedecer no entra en el vocabulario de una Monticelli.

—En honor a Zeus, soberano de los Cielos… —murmuro, intentando recordar el texto escrito en la nota— este es mi juramento.

Cierro los ojos por un instante, buscando la fuerza en medio de aquel momento que pensaba que jamás llegaría. Cuando los abro, mis pupilas se fijan en el filo de la daga.

Tomo aire.

—Con cada latido de mi corazón, juro abrazar la belleza y la tempestad, danzar en la luz y en la sombra, ser guardiana de los secretos de mis dioses, que mandan sobre mí… —recito el texto de memoria—. Acepto el poder del placer y el dolor, la dulzura del néctar y el pinchazo de la espina.

Sé que sus ojos me perforan desde las sombras, atento a cada gesto. Sé que él está poniendo la misma atención enfermiza con la que siempre me ha vigilado, desde que irrumpió en mi vida. A

continuación, aprieto la daga en una mano y me pincho sutilmente la yema del dedo. Las chicas me han dicho todo lo que debía hacer.

Tiemblo por un instante, porque no sé si lo estoy haciendo bien. Demasiada información de golpe.

Y luego están ellos. Unos cuantos hombres sentados en unas sillas majestuosas, en un peldaño más alto que los demás, pero por debajo de Bram.

«O debería llamarlo *Hermes*», pienso mientras unas gotas de sangre se derraman en una copa de oro y se mezclan con de mi dios. Todos quedan expectantes cuando alzo la copa con ambas manos.

—Desde este momento… —elevo mi voz—, soy una *ninfa*, un eco del cielo, ¡y una infinita servidora y reina de los hijos de *Álympos*!

Me llevo la copa de Dioniso a la boca, sin titubear, y derramo el líquido en mis labios, sin llegar a tragármelo. Sólo finjo hacerlo. Mi piel se eriza con el rugido que emerge de la multitud, que vibra en el aire, sacude las columnas y hace temblar el suelo bajo mis pies. Pero yo le miro a Él, ajena a todo. Lo miro fijamente, aunque sepa las consecuencias —también me las han repetido varias veces.

Él asiente complacido, pero en realidad, en ese gesto hay una sentencia.

¿Qué otra cosa podrá hacerme, salvo azotarme?

Respiro profundamente, luchando contra la presión en mi pecho. Sé que este es sólo el comienzo. Soy su elegida, su favorita. Lo sé porque lo siento en cada fibra de mi ser, en cada palabra del juramento que acabo de pronunciar. Y también sé que el precio será alto, porque ser la favorita de un dios no es un regalo, sino una maldición.

—¡Que empiece el *Ritual*! —ordena.

Me pongo de pie, observando de reojo a esos hijos de puta que presiento que son La Comisión. Los que quemaron mi restaurante, y me han estado amenazando todo este tiempo. Pero ya me tienen aquí, como querían, y deberán pagar. Por los Monticelli que así será.

Siento cómo unas manos desenredan los nudos de la tela que me envuelve y, después, su suave tacto al deslizarse al suelo. Quedo completamente desnuda.

«Que empiece el *Ritual,* por supuesto», me digo a mí misma.

Arqueo mis labios en una sonrisa perversa. Docenas de ojos me escrutan tras el antifaz. Rostros sin nombre, todos deseándome. El silencio pesa como una lápida. Bram—no, Hermes—me observa desde su trono de ébano, y ni siquiera parpadea. Sé que esto es su castigo por haberme acostado con otro, según él. Por haberle roto el corazón. Su manera de recordarme quién manda.

Un hombre se acerca primero y noto que lleva puesto un condón. Su cuerpo está esculpido y su mentón afilado. Me toma por el pelo, me alza la barbilla y me mira como si ya me estuviera poseyendo antes de tocarme. El roce de sus dedos es frío y sin cariño. Me besa con fuerza, su lengua invade mi boca mientras sus manos exploran mi cuerpo. Su otra mano baja directa entre mis piernas y me abre, sin suavidad. Me obliga a girarme y a agacharme sobre una butaca blanca y rectangular que hay a un metro, en medio del triángulo. Aprieto el cuero cuando me penetra de espaldas, con un empuje profundo.

Delante de todos.

Me quiero morir.

Suelto un gemido, con la vergüenza latiéndome bajo la piel. Pero aun así, aunque me sienta destrozada y humillada, alzo la mirada a mi dios. Lo miro desafiante mientras me balanceo con cada empujón. Ese tipo, me muerde el cuello mientras me amasa los pechos, intentando excitarme.

Pero no. No siento nada.

Aun así, finjo.

Prefiero cerrar los ojos cuando siento que me está haciendo daño. Mi mente se evade, por un instante. Floto mientras me miro a mí misma desde fuera: soy un trozo de carne ofrecida al altar de los dioses, un juguete nuevo que todos quieren estrenar. Escucho los

susurros de la multitud, palabras y nombres que no reconozco, algún aplauso sordo cuando uno termina.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo su mano moviéndose, como si ordenara que le toca a otro. Y, efectivamente, le toca a otro. Con cada hombre que entra y sale de mí, siento menos. Mi cuerpo es una frontera que todos cruzan y nadie respeta. Al principio lucho contra las lágrimas, pero el dolor desaparece y lo reemplaza la rabia. La rabia y la desesperación. Soy el objeto de deseo de todos. No Roberta, sino la *ninfa*. La elegida de Hermes. El premio. La presa.

Siento uñas clavarse en mi cadera y la saliva de otro hombre en mi nuca —creo que van cuatro. O cinco. Cuando uno termina, otro lo sustituye. Siento el ardor, el temblor en mis músculos, pero mi mente está lejos, muy lejos.

Y él ahí en su trono: inmutable, con una sonrisa tensa. Disfruta el espectáculo, porque sabe que esto me termina de anular. Pero no dejaré que lo sepa. Le sonrío y me muerdo el labio, entre gemido y gemido. Le digo con la mirada que lo estoy disfrutando.

Pero es una jodida mentira. Ninguno de esos hombres me da placer. Nadie puede arrancarme un gemido auténtico, ni una chispa de deseo. Él intenta averiguar si es real y no me quita la vista. Cada vez que miro hacia *mi dios*, está impasible, estudiándome.

Finalmente, escucho su voz cortante.

—Ya basta.

Todos se detienen. Se apartan de mí, obedientes, sudando y jadeando.

—Que salga todo el mundo.

Me limpio el sudor de la frente, y dos chicas me colocan la tela que había acabado en el suelo. Tiemblo, pero le sostengo la mirada. Él ya no sonríe. Me estudia, como si intentara leerme el alma, si es que me queda algo de alma.

Nos quedamos solos.

—Bebé… —susurra—. Espero que te haya gustado la bienvenida.

—No esperaba menos de ti.

Camina en mi dirección como un felino. Como un puto depredador, lo que fue desde el principio. Ni más ni menos.

—Yo tampoco de ti. Reconozco que nombrar a tu hermano ha surtido efecto. No tenía otra.

Algo en mí hierve, descubriendo la realidad en sus palabras.

—¿Has sido tú? —pregunto con un susurro—. ¿Has sido tú el que me ha enviado ese mensaje? ¡Y te atreves a negar que has estado detrás de toda esta mierda, joder!

Le quiero golpear el pecho por toda la locura que me está poseyendo. Pero él me frena.

—He sido yo, pero solo hoy. No soy un mentiroso, Roberta. Y te lo he demostrado —dice apretando mi muñeca, apartando mi mano lentamente—. Podía no haberte dicho nada, y sin embargo aquí estoy, confesándolo.

—Lo pagarás —digo, vencida—. Lo pagarás muy caro.

—Ya lo estoy pagando. Pero estoy dispuesto a pagar el precio que haga falta con tal de que aprendas la lección.

—¿Qué lección?

—Que no sientes nada si no es conmigo.

—No me hagas reír —Me tiembla la voz, pero no lo mirada.

—Chist —me calla, a unos centímetros de mi rostro—. ¿Acaso no lo ves? Ningún hombre, ni siquiera Liam, podrá hacerte sentir lo que yo. Y quería averiguarlo con mis propios ojos.

—No es verdad. —Sonrío, alzando la barbilla—. Esos hombres me han gustado mucho, de hecho, he tenido un par de orgasmos, ¿cómo lo ves? Tu teoría ha fallado. Lo siento.

—¿Seguro? —Él también sonríe, pero a modo de burla—. Te conozco y no se te ha erizado ni un solo maldito pelo en el cuerpo, tesoro. ¿A quién intentas engañar?

—Lo has hecho por castigo —Lo miro, sin aliento.

Me está confirmando aquello que sospechaba.

—Cierto… —Toma mi mentón en su mano y con solo tocarme, siento mi vello erizado en todo el cuerpo—. Lo he hecho para castigarte. ¿Quieres saber por qué?

—¿Por qué? —murmuro, completamente rota.

—Porque quiero que recuerdes que, después de todo esto, sigues siendo mía. Aunque te follen mil veces mis *pornos* y todos los dioses del Templo. O mis guardaespaldas. Aquí… —su mano se desliza hacia mi pecho— solo hay sitio para uno. Para mí.

—¿Entonces qué más te da? —espeto, intentando controlarme —. ¿Liam o cualquiera de estos hombres?

—Me traicionaste, ¿comprendes? —dice con una mirada más dura que el acero—. Y no es algo que pueda perdonar tan fácilmente.

—Yo tampoco a ti. Y eso significa que solo seré tuya obligada, Bram. Jamás por placer.

Él suelta una risita seca, como si ocultara la furia y el dolor que le despiertan mis palabras.

—Con que reconozcas que me perteneces, será suficiente.

—¡Vete al infierno del que has salido, dios Hermes!

Vuelve a arquear la boca, pero esta vez su sonrisa es amarga y fingida. Lo estoy jodiendo y me alegro de que así sea.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? Que tu cuerpo me reza aun cuando tus labios me maldicen.

—Sigue viviendo de ilusiones —le reto.

Su boca se convierte en una línea y la seriedad toma posesión de su rostro.

—De rodillas.

Me quedo en silencio, mirándolo fijamente a los ojos. ¿Cómo es posible que me cueste tanto obedecer, pero a la vez, mi cuerpo tiemble con solo una mirada suya?

—Ahora —remata.

Recuerdo mi objetivo. Por qué estoy aquí y, entonces, me arrodillo lentamente. Y aunque mi cabeza proteste, lo hago. Porque sé que el verdadero poder no es decir que *no,* sino decidir cuándo decir que *sí*.

Cuando siento el suelo duro de mármol contra mis rodillas, no me muevo, tan solo alzo la mirada, expectante.

—Agacha la cabeza —me dice—. Tú y yo aún no hemos hablado.

¿No hemos hablado? Está… loco. ¡Loco, joder!

—Creo que ya está todo dicho.

Pongo una mueca, pero no la ve porque estoy mirando al suelo.

—De ahora en adelante, aquí te llamaré Dafne. Eres mi *ninfa* y solo yo tendré derecho a pronunciar tu nombre verdadero.

—¿Por qué Dafne?

—Porque Dafne era una bella *ninfa* en la mitología griega. Porque me gusta cómo suena y porque así lo he decidido.

No respondo. La rebeldía me chisporrotea en todas las células, aun así, sigo de rodillas.

—Y ahora óyeme bien y tómate en serio todo lo que te diré —su voz demasiado ronca vibra en mi interior—. Jamás me mirarás a los ojos en presencia de otros, salvo que yo lo ordene. En *Álympos*, la mirada es poder, y el poder se concede cuando te lo ganas. En público, seremos Bram y Roberta. Una pareja de enamorados normal y corriente. Aquí dentro, tú eres mía y yo soy tu mundo.

Camina a mi alrededor, evaluando cada pulso de mi respiración.

—¿Lo has entendido?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, mi dios —asiento, mirando por el rabillo del ojo cómo me rodea, con pasos lentos.

—Dos: tu placer es mío. Tu cuerpo también, así que me harás caso. Comerás bien, dormirás bien, te cuidarás la piel y no pondrás

tu vida en peligro. Nadie te tocará sin mi permiso. Si alguien se atreve, morirá. ¿Ha quedado claro?

Mi barbilla apenas baja y me tiembla la mano.

—¿Te ha quedado claro? —me pregunta.

—Sí, mi… dios —susurro.

—Tres: si enfermas, me lo dirás antes que a nadie. Eres lo más importante para mí en este mundo. No permitiré que nada malo te pase. Si necesitas algo —dinero, joyas, ropa, lo que sea—, me lo pides.

—No mendigaré.

—No se trata de mendigar. Lo mío será tuyo también. Además, no te hará falta nada porque conmigo lo tendrás todo. A cambio, espero lealtad.

Se agacha y acaricia mi mandíbula, forzando que levante la cabeza y lo mire.

—Cuatro: cuando yo hable, escuchas. Cuando te pregunte, respondes. Cuando te nombre, te arrodillas. Cuando te ordene, obedeces, Dafne.

—¿Algo más… mi dios?

—Silencio —dice serio—. No lo tomes como un juego. Si fallas, el castigo será público, como lo acabas de ver. Porque aquí la humillación purifica y glorifica.

Se detiene junto a mí, y continúa.

—En el Ritual, llevarás un vestido blanco, sin bragas. Nada de joyas ajenas a las nuestras. Deberás cuidar tu cuerpo como si fuese un altar: limpio y perfecto. Siempre estarás dispuesta para mí. ¿Lo recordarás?

Me tiembla la voz, pero intento controlarme.

—Lo recordaré.

—Eso espero. Porque si fallas, empezarás de cero. Solo una vez. Yo no doy segundas oportunidades.

Entonces, se endereza y su tono se vuelve aún más gélido.

—Ahora, corrige tu postura. No eres una mártir, eres una *ninfa*. Y una *ninfa* sirve a su dios cuando él lo desea. Sin palabras, sin mirarme a los ojos. Solo tus manos y tu boca.

—¿Así de simple? —musito, sin poder creer eso que me está pidiendo que haga.

Por Dios.

Lo miro por un momento, pero él ya se ha percatado, y me acaricia la frente suavemente. Se aparta la túnica que lleva puesta, con la calma de quien tiene todo el tiempo del mundo y me guía la mano a su entrepierna.

—Así de simple —dice mientras acerca la mano a mi nuca—. La sumisión no es debilidad, Dafne. Es el arte de convertir la obediencia en poder. Si consigues tener poder sobre mí, reinarás aquí. Y ahora tócame.

Miro su enorme miembro, que está empezando a tomar forma bajo la tela, y echo un vistazo rápido a los tatuajes que muestran su ingle. Esas serpientes enroscadas en el palo me provocan escalofríos.

—Bien, demuéstrame que eres digna de que te perdone, aunque me hayas roto el corazón —susurra —. Usa esa boquita, mi vida.

Mis sentidos se agudizan, ante semejante imagen. Cielo Santo. ¿Por qué no soy capaz de mantenerme de piedra, igual que he hecho con esos hombres? ¿Qué es lo que este maldito ser tiene para activarme así cada vez que toco su piel y siento su aroma?

—La boca, Dafne. Ya sabes cómo —ordena, sin levantar la voz, pero con esa cadencia férrea que atravesaría la espina dorsal de cualquiera.

No lo miro, solo aprieto su pierna, decidida a continuar con el juego. Siento el latido de una de las gruesas venas que atraviesa su muslo fuerte, trabajado en el gimnasio.

—Lento. Quiero ver que aprendes a hacerlo como me gusta — corrige, hundiendo su mano en mi cabello, guiando mi cabeza.

Mis labios le rozan la punta y suelto un suspiro, difícil de ahogar. La primera lamida es automática, pero la segunda es eléctrica, un roce que me trastorna hasta la médula. Sabe bien y el grosor de su miembro me hace abrir más la mandíbula, hasta tomarlo al completo. Siento su dureza cobrando más vigor en mi boca, y me pregunto hasta dónde demonios crecerá.

Él empuja, suave al principio, marcando el ritmo.

—No me hagas repetirlo, nena. Toda la boca.

Obedezco, con los músculos tensos y una creciente vibración en mi vientre.

Gimo sin darme cuenta y el pulso se me acelera cuando me embiste la garganta una vez, apretando sus dedos en mi cabello.

—Demonios, ¡ohhh! —suspira ahogado por las sensaciones que le provoco—. Riquísimo, bebé…

Me sostiene la nuca, dejando que baje y suba, marcando cada movimiento. A veces frena y me obliga a quedarme ahí, respirando solo por la nariz.

—Así… Muy bien, sigue.

La humedad me avasalla desde el interior y siento sutiles gotas empapándome la entrepierna. Los latidos que siento en mi sexo me hacen jadear, y tengo miedo, ¡maldita sea! Tengo miedo de que no sea capaz de controlarme y vuelva a caer rendida a sus pies.

Lo amo. Lo deseo. Lo odio…

Me obliga a continuar, controlando cada jadeo. Ese chapoteo obsceno, y mi saliva escurriéndose por la barbilla hace que agilice los movimientos, disfrutando del poder que ejerce sobre mí en este instante. Porque en la cama lo puedo tolerar, pero fuera jamás.

Él se relame el labio, extasiado, y siento que este es el verdadero ritual: verme doblegada, rendida y furiosa.

Mi dios sigue empujando, un poco más brusco, hasta que aprieto los labios con fuerza a su alrededor. Entonces, deja salir un gruñido, me aferra el pelo con ambas manos y me usa, sin piedad. Porque él es así. Intenso. Malo. Bruto. Y jodidamente adictivo.

—¿Te gusta? —sisea, sin esperar respuesta—. ¿Te gusta comerme la polla, eh? ¿Te está gustando obedecer, Dafne?

No me deja responder. Un último empuje demasiado profundo, y estalla en mi garganta. Los fluidos cálidos que me invaden, me ahogan por un instante.

—Ahhhh… —intento respirar.

Él me aparta suavemente, me obliga a levantar la barbilla con el pulgar mientras que con la otra mano me frena la muñeca al querer limpiarme.

—No limpies nada porque no es ninguna vergüenza, todo lo contrario. Aquí, las *ninfas* no esconden la devoción —responde, con una sonrisa cruel.

Se queda unos segundos observándome, y juraría que está temblando. Y entonces hace lo que nadie podría imaginar: se agacha y me toma en sus brazos. Me intento apartar, pero no le importa, simplemente me levanta como si no pesara nada.

—Chist... No luches más, preciosa. Mírame. Ahora me toca a mí cuidarte —susurra en mi oído, con esa voz tan singular.

No protesto. Me duele todo y estoy tan aturdida que parece que estoy flotando. Me sorprende porque no sé si es otro de sus juegos para ganarme terreno. Me estrecha contra su pecho firme, enroscando sus brazos de acero en mi cuerpo.

Me besa la frente.

—Descansa.

Pego la cabeza en su pecho, completamente exhausta y me limpio sutilmente con la tela de su túnica. Observo que atraviesa los pasillos hasta llegar a algo que parece un baño. Parece un baño romano, pero el vapor del agua me impide distinguirlo todo con claridad. La luz es dorada, el agua humea en la bañera de piedra, y el vapor lo envuelve todo.

Estoy tan abrumada y cansada, que no soy capaz de reaccionar a nada. Solo siento que, con manos seguras, me coloca en el borde y

me empieza a desvestir, sin violencia ni fuerza. Lo hace con paciencia y ternura.

—Bram… —musito, embriagada.

Pasa los dedos por mi mejilla, limpiándome y me besa los nudillos y las manos. Se quita el antifaz y me mira a los ojos.

—Te has esforzado, Dafne —me dice mientras me ayuda a entrar en el agua caliente—. Te daré una oportunidad y te diré que te creo, ¿vale? Creo que no ha pasado nada con Liam.

—¿Ahora? —suspiro, sobrepasada—. ¿Lo estás diciendo ahora?

—Necesitaba que esto pasara para verte con mis ojos.

No entiendo nada. Juro que no entiendo nada.

—¿Dónde dormiré? —balbuceo, sin fuerzas—. Necesito quedarme sola.

—En mi habitación, donde está tu sitio. Pero ahora deja que te adore yo a ti, ¿vale?

Me tumba entre las burbujas, la espuma cubriéndome apenas. Me desnuda sin apartar los ojos de mí y me presiona contra el borde, abrazándome por la cintura. Mis costillas tiemblan bajo sus manos.

—¿Por qué...? —murmuro, con un hilo de voz—. ¿Por qué eres así conmigo ahora?

Me besa el cuello muy despacio, haciéndome estremecer. Deseándolo como nunca lo he deseado.

—Porque nadie te ha cuidado como mereces. Porque eres mía y… ¡maldita sea!

Atrapa mis mejillas entre sus manos y choca su frente contra la mía, con fuerza.

—No sabes lo feliz que me haces estando aquí. A pesar de todo. Oh, Zeus… —Mira al techo—. Gracias. Gracias. Estoy tan tan… feliz.

Empieza a recorrer mi cuerpo, sin prisa, siendo cada caricia un acto de dulzura, algo que no comprendo. Pasa la lengua por la curva de mi hombro y después lame mi seno, jugando con mi pezón.

Cierro los ojos y arqueo la cadera sin querer, buscando más. Estoy completamente embriagada.

—¿Te duele? —pregunta, mientras masajea mis muslos bajo el agua. Sus dedos se detienen en mi entrepierna. Me acaricia con suavidad.

—No... —jadea—. Me duele no saber qué es lo real de Bram y qué no lo es.

Se gira para mirarme de frente, atrapando mi barbilla entre sus dedos.

—Solo existe este momento, reina. Tú y yo. Y te prometo… —le tiembla la barbilla —No. Te juro por nuestro dios Zeus que, si cumples con todo lo que te he pedido, jamás te tocará otro hombre aquí.

—¿Por qué te creería?

—Porque… —traga en seco, lo noto por su prominente nuez— me he querido morir ahí fuera, viendo a otros tocarte y… no sabes las putas ganas que tenía de pegarles un tiro, pero me he aguantado porque necesitaba que lo comprendieras.

—¿Comprender qué, Bram? —digo, esforzándome por no llorar delante de él—. ¿Que ya no soy dueña de mi cuerpo?

—No. Que eres mía y que yo… soy tuyo. Tuyo.

Me quedo sin aliento, con una angustia en el pecho tan fuerte, que siento que el mundo colapsará, con nosotros en esa bañera.

—Dime que no necesitas ese beso tanto como yo.

—Has dejado que otros….

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

Me mira atentamente, con el rostro desfigurado. Contengo el aliento, deseando que pase por alto el desastre que estoy hecha. No quiero sentirme más humillada, viéndome así. Pero Bram no deja pasar nada.

Intento apartar el rostro, pero sus dedos encuentran la herida de mi mejilla, y el labio partido. Me siento tan vulnerable y tan furiosa que apenas puedo mirarle.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Fue… Liam?

Casi me echo a reír, pero solo puedo salir de la bañera deprisa, intentando esquivarlo.

—¿Por qué me lo preguntas? —le respondo con otra pregunta porque sé que no le permitiré que me vuelva loca—. ¿Ahora te importa? ¿Después de amenazarme con Massimo, después de todo lo que has hecho hoy? ¿Qué mierda podía haber hecho salvo ir a la policía?

Me sostiene la cara, obligándome a que lo mire a los ojos, como si pudiera buscar la verdad ahí dentro.

—Que has hecho… ¿qué? —Agranda los ojos.

—Nada.

—Repítelo. ¿Han sido ellos, no? ¿Algún puto infiltrado del Templo que ha recibido órdenes? ¿Es eso, no? —insiste.

—No hagas como no sabes nada —le suelto, al borde de la locura —. No seas hipócrita.

Entonces, su rabia explota. Lo veo golpear el lavabo con el puño, los botes de cristal saltan y el ruido me sobresalta. Su furia me hace brincar, pero no me mueve. Estoy cansada de tener miedo.

—Roberta, te envié ese mensaje esta mañana porque… —se detiene, respirando hondo; parece perdido y furioso al mismo tiempo — porque estaba malditamente celoso. Tan jodidamente fuera de mí que pensé que era la única manera de protegerte. Jamás pensé hacerle daño a tu hermano. ¡Y nunca hablé con la policía! Solo quería obligarte a volver a mí. Quería ponerte a salvo, ¿es eso un crimen?

Trago saliva. Mi cuerpo tiembla y la toalla apenas me cubre. Siento la presión en el pecho y las lágrimas me suben, traicioneras, pero esta vez no las detengo. Me derrumbo, literalmente: las piernas

no me aguantan y caigo al suelo, con la toalla aún enredada en mi cuerpo.

—Déjame sola…

Siento la vista nublada, el pavimento moviéndose y la garganta seca. No puedo hablar y no lo puedo mirar a la cara. Demasiadas malditas cosas en un solo día. Demasiada incertidumbre. Demasiadas incógnitas.

—¡Jo-der! —Bram se desploma a mi lado en un instante y me obliga a mirarlo—. Solo dime el nombre —susurra, en voz baja—. Dímelo, Dafne. ¿Quién fue? ¿Quién te ha hecho esto?

Tardo unos segundos en poder hablar y me cuesta hasta respirar. No entiendo cómo un monstruo puede preguntar por los actos de otro.

—No importa.

—A mí sí —me ruega con esos ojos verdes que siempre me han atrapado—. Porque nadie que se atreva a ponerte un dedo encima seguirá respirando, ¿entiendes? Nadie.

No le respondo. Pero no se da por vencido. Nada nuevo. Es más fácil ver cerdos volando que a Bram Sander rendirse.

Enseguida me toma la cara con ambas manos, los pulgares rozando mis mejillas todavía húmedas. Y entonces, de un movimiento ágil, me tumba en el suelo y se coloca encima, encajando su cuerpo con el mío. Sí, ahí, en el puto suelo frío del baño.

Me besa, de repente. Sus labios se pegan a los míos con ímpetu, exigentes y hambrientos. Me besa como si necesitara hacerlo para seguir respirando, como si fuera la única manera de demostrarme que, aunque el mundo se caiga a pedazos, aquí y ahora, yo soy suya.

—No pienso prometerte finales felices —murmura contra mis labios, con esa voz rota que me hace estallar el corazón—. Pero por primera vez, tengo algo que perder. No quiero perderte y no sabes el

miedo que tengo de que puedas… —suspira, con los ojos llenos de lágrimas— abandonarme. Irte y dejarme atrás, como ella.

—¿Cómo quién?

No necesito respuesta.

CAPÍTULO 22



BERTA

La puerta de mi nuevo piso de la zona VIP se cierra con un portazo. Bram entra tras de mí, cargado de bolsas de supermercado mientras yo arrastro otra bolsa con medio mercado italiano dentro. Dos agentes de *Álympos* se quedan en la puerta, por orden suya.

Me ajusto la coleta alta, y me mosqueo cuando veo una mancha enorme de barro en las deportivas blancas que calzo hoy mientras suelto el bolso en una silla. Llevo una falda vaquera cómoda, medias tupidas, y una chaqueta pija que no es mía. Bram me la ha prestado cuando ha empezado a llover. Tenía frío. Ya estamos en el mes de noviembre y el clima en Boston está empeorando. No falta mucho para Navidad y sé que pronto nevará.

Hoy él va igual de cómodo que yo, aunque es la primera vez que lo veo vestido con chándal. Pero no es un chándal cualquiera; es de esos que cuesta más que todo mi armario junto, y aun así le da un aire de chico malo.

—No veía el momento de que pasara esta semana —dice Bram, dejando caer dos bolsas de cartón en la encimera—. Porque si no, créeme que te hubiese raptado directamente. No me creo aún que rechazaras irte conmigo de viaje a Brasil para quedarte en Staten.

Frunzo el entrecejo.

—Mi familia me necesitaba, Bram. Yo también necesitaba… serenarme —le suelto, mientras abro la bolsa y saco la pasta fresca —. Y no creas que me aburrí, Rebe vino a visitarme y nos pusimos al día.

Lo observo de reojo mientras él empieza a colocar verduras en la encimera, muy concentrado. Las saca de las bolsas y las coloca en un simetría perfecta, clasificándolas. Es como si fuese un niño pequeño que está mirando atentamente unos nuevos juguetes.

—Dime la verdad ¿has tenido que buscar en *Google* cómo hacer la compra en el mercado?

Me lanza una sonrisa de esas que te pueden dejar embarazada solo con mirarla.

—¿Insinúas que no soy autosuficiente? —Se encoge de hombros y finge estar ofendido.

—Con la compra no.

—Vale, no te voy a mentir —dice en un tono juguetón—. Nunca en mi vida he ido a un mercado de fruta y verdura. Ha sido toda una experiencia.

Me da la risa y casi se me cae la bolsa de los macarrones.

—Por favor, solo faltaba verte en el supermercado, discutiendo con la señora del pescado.

—Me lo he pasado bien —admite, y entonces me guiña un ojo—. Nunca sabes cuándo puedes descubrir una nueva pasión. O una oferta de dos por uno, por supuesto.

Meneo la cabeza, divertida. Es ridículo ver a Bram así, tan… terrenal. Necesitaba un poco de normalidad, y él me la ha dado. Comprendió que el domingo pasado todo lo que ocurrió me trastornó tanto que necesitaba tiempo. Él tenía trabajo, Aylin estaba en Canadá y, aprovechando que en la universidad no había clases, decidí alejarme para serenarme un poco.

—A este paso te veo con el carrito de la compra y la lista en el móvil todas las semanas —me burlo, quitándole una zanahoria.

Él se acerca, me rodea la cintura y me pega a la encimera, poniéndome ojitos.

—No te acostumbres, reina. Lo he hecho solo porque ha sido la única manera de verte.

Recuerdo chantajearle con malicia diciéndole que, si quería recogerme en Staten Island, tenía que llevarme al mercado porque tenía la nevera vacía.

—Pues me aprovecharé de ti y te mandaré a limpiar el dormitorio —le lanzo la pulla.

Bram sonríe con ese deje malicioso en su rostro, como si la idea le pareciera buena.

—Solo si después probamos la cama. —Me agarra el culo, con un apretón—. O el suelo, me da igual.

—No vayas tan rápido —le suelto deprisa, el roce de su mano en mi trasero me trastorna entera—. El baño también necesita una limpieza.

Bram se cruza de brazos, tan guapo y mandón que me dan ganas de golpearme con una barra de pan en la cabeza, para no olvidarme de que es jodidamente astuto. Lo conozco, sé que será simpático mientras yo lo sea. De lo contrario…

—Muy bien, te limpiaré hasta las repisas de las ventanas. ¿Contenta? Pero no me obligues a estar casi una semana sin verte otra vez. Además, creo que está todo limpio, ya mandé a un equipo de limpiadoras para que lo dejen como nuevo. No se ve mal.

Sonrío cuando se acerca por detrás para colocar el pan en el estante de arriba, haciéndose el útil. Demasiado útil, con esos brazos, esa mandíbula con esa barba de tres días, y esa sudadera que lleva medio abierta.

—Por cierto, mi hermano no puede aceptar el deportivo que le regalaste por su cumpleaños —le digo—. Quería que te lo transmitiera de su parte. Es demasiado, Bram.

—No, no lo es. Cuando te llevé el lunes, me dijo que ese coche era su sueño. Yo simplemente lo hice realidad, y no hay que darle más vueltas.

—Massimo cumple años en febrero, Bram —me detengo, y lo miro firme.

Sé que lo hizo para impresionarme. Aún recuerdo la cara de mi hermano cuando me llamó chillando, el martes, diciéndome que un hombre de traje se lo había dejado aparcado en la puerta. A mis padres les dijo que era de un amigo, bajo mis amenazas.

—Exacto, me he adelantado. Siempre me gusta anticiparme a los acontecimientos. —Me mira con esa media sonrisa.

—No deberías hacerlo. No lo necesitamos, y un crío de dieciocho años con un *Ferrari* no es buena idea, créeme.

—Pregúntaselo a él. Lo vi ilusionado y simplemente se lo regalé, no le des más vueltas.

Me mira serio de repente.

—No mientas —le suelto—. Querías recompensarme por enviarme ese mensaje anónimo, con el nombre de Massimo. Pero no podrás, me asusté mucho.

Cojo una caja de huevos y le lanzo una mirada acusadora. Él suelta una risita.

—Lo sé, pero sabes por qué lo hice, estaba cegado —afirma—. Por cierto, no tengo muchas ganas de ir al *Dawn Boston* esta noche —resopla, quitándose la sudadera con un movimiento ágil—. Estoy cansado. Además, me apetece quedarme aquí, contigo.

Abro la nevera y empiezo a colocar las cosas.

—Ni hablar. Vamos a celebrar el cumpleaños de Aylin. Le quiero oreparar… —carraspeo— ehm, una sorpresa. Bueno, yo y las chicas.

En realidad, no sabe que el señor Woods me ha pedido un favor y he aceptado. Le quiere organizar una sorpresa, y no podía decir que no, pero a él no se lo puedo contar. Soy la única que sabe de la aventura que tiene Aylin con nuestro profesor de Finanzas. Yo y… Liam.

«Liam»

Llevo una semana sin saber de él y bloquearlo en *Instagram* y en la agenda fue lo mejor que pude hacer. Romper cualquier vía de contacto con ese chico fue una decisión acertada, sin duda.

—¿Y dónde está tu amiga, Aylin?

—En su casa —miento. No puedo decirle que está con el profesor y que acaban de volver de un placentero viaje a Canadá.

—Eres una buena amiga.

—Lo sé —le respondo, ilusionada y altiva—. Y como soy tan buena, quiero hacerle una tarta.

Él me observa mientras saco la mantequilla de la nevera. Se acerca y coge un bol.

—¿Necesitas ayuda, chef? Se me puede dar bien batir huevos.

Me giro, le doy un codazo, relajada y un tanto sorprendida. Hoy Bram tiene un aire divertido especial, que hace que me sienta relajada.

—Bueno, espero que no rompas la varilla, porque me enfadaré mucho.

—¿Y qué hará, señorita Monticelli, me castigará? —La voz de Bram me recorre la espalda, y, antes de que pueda apartarme, siento cómo se pega a mí, rodeándome con sus brazos. Sus manos me buscan la cintura y su pelvis se pega descaradamente a mi trasero justo cuando me agacho a coger la harina del estante más bajo.

Me contengo para no reír, pero no me resisto a devolverle el juego.

—¿Castigarte? Depende, ¿te portarás mal o me ayudarás de verdad?

—Tú solo ordena, y yo te obedeceré. Solo esta vez —me murmura al oído, mientras sus labios rozan mi cuello con una intención lasciva. Siento el calor subirme a las mejillas y me giro para enfrentarlo, con la mantequilla en una mano.

—Tal vez te subestimo. Pero apostaría que no sabes hacer ni un huevo frito sin quemarlo —le respondo, levantando la barbilla.

¿Por qué estoy pensando en los huevos fritos ahora?

Él me sonríe, y esa tensión eléctrica se queda flotando entre nosotros. Pensaba que volver a verlo después de casi una semana me iba a hacer pensar con claridad cuando él estuviera cerca, pero no podía estar más equivocada.

—¿Y si me pones a prueba? —Su aliento me cosquillea la oreja y, sin aviso, me muerde suavemente el lóbulo—. Pero… si me sale bien, tú serás mi postre esta noche, Dafne.

El susurro profundo en mi oído y sus dedos recorriéndome los brazos me sobresaltan. Esa palabra. Ese nombre. Esa nueva identidad que abracé el domingo, vuelve a mí con espinas, y sé que necesitaré tiempo para acostumbrarme a asumirla. A ser Dafne y arrodillarme frente a mi dios cuando él lo requiera. Y hoy parecía que era Bram. Pero sé que esta noche será Hermes.

—O te quedarás sin postre si estropeas la tarta —le contesto deprisa, girando la cabeza sutilmente cuando nuestros alientos se mezclan.

—Imposible, bebé. Yo sin postre no sé vivir.

Mis ojos bajan a sus labios sin poder evitarlo y, con solo mirarlo, mi alma brinca en mi pecho y mis músculos se contraen. Tiene ese poder sobre mí.

«La tarta, Berta», me repito por dentro para permanecer cuerda.

Me libero de sus brazos, pero justo cuando creo que me va a dejar en paz, me da un azote ligero en una nalga. Bram tiene el don de pasar de dios oscuro, a adolescente travieso en cuestión de segundos, y ni yo entiendo cómo me tiene tan enganchada.

Empiezo a batir la mantequilla y el azúcar. Él me observa con los codos apoyados en la encimera, mirándome como si no hubiera nada más importante en el mundo.

—Cuéntame algo tuyo, anda. ¿Siempre fuiste tan rebelde?

—No siempre —digo, moviendo la batidora—. Hubo una época en la que era la niña modelo, la típica que saca todo sobresaliente, recoge su cuarto y hasta da las gracias por la merienda. Fui una cría más bien sosa, la verdad.

Le arranco una sonrisa, y sigo, levantando una ceja.

—Te juro que hasta tenía coletas y pegatinas de unicornios en los cuadernos. Y luego, bueno, luego me tocó crecer. Aprendí que portarse bien no te salva de —lo miro, seria— los que quieren verte caer.

—Pues yo prefiero tu versión de chica mala. Es mucho más sexy.

Me mira como si intentara dibujarme de pequeña en su mente. Pero no me gusta hablar de mí, así que intento distraerle.

—¿Y tú? —le pregunto mientras pongo la masa en un pequeño molde y le doy al temporizador del horno—. ¿Siempre fuiste rebelde?

Se encoge de hombros, y se le borra la sonrisa.

—Supongo que sí. Yo era un niño muy raro. Mi padre decía que no sabía estarme quieto y mi madre… bueno, mi madre solía decir que un día iba a romperle el corazón a alguien.

—¿Y qué pasó con tu madre? —pregunto, bajando la voz.

Recuerdo cuando me dijo que llevaba años sin saber de su madre y que lo abandonó de pequeño.

Le veo dudar, porque aprieta la mandíbula y se mira las manos. Más bien, los tatuajes de serpientes que lleva en los nudillos. Tarda unos segundos en responder y se rasca la nuca.

—No la recuerdo muy bien, en realidad.

Miente. Lo sé por cómo frunce la nariz y se repasa una ceja con el dedo índice. Siempre que hace ese gesto es porque está dudando o mintiendo.

—Es un tema tabú en nuestra casa, así que no tiene sentido darle más importancia de la que tiene.

—¿Por qué no la buscas? —pregunto, sin pensarlo demasiado.

Su cara se oscurece un instante.

—Porque si quisiera ser encontrada, ya me habría dado una señal. —Se encoge de hombros—. Pero no pasa nada.

Sí que pasa.

Nos miramos, y algo en mi pecho se remueve, pero no lo demuestro. Le desvío la mirada cuando se acerca y me aparta un mechón. Me acaricia la espalda lentamente.

—¿Tu espalda está mejor? El moratón del pómulo ya no se te nota, te ves preciosa —susurra, erizándome el vello.

—Sí. Tu cara también se ve bien.

—¿Estás comiendo en condiciones? —me repasa como si estuviera en una revisión médica, pero con las manos en mi espalda y culo—. Necesito que estés recuperada cuanto antes. Tu dios te necesita, tesoro.

Él me sujeta la barbilla y hace que lo mire, quitándole protagonismo a la tarta de Aylin.

—Tengo muchas ganas de dominarte, Roberta.

«Dominarme», repito mentalmente.

—Yo… necesito más información sobre esas prácticas.

—Me preguntarás lo que quieras, pero no ahora. No soy capaz de concentrarme porque lo único en lo que estoy pensando es en quitarte esta falda, ¿sabes?

Sus labios se pegan a los míos, al igual que su mano a mis glúteos, apretándome con fuerza.

—No vayas tan rápido —le digo, juguetona y sensual—. En *El Templo* eres quien manda, pero aquí no.

En realidad, no puedo corresponderle al beso porque sé que cedería, igual que estuve a punto de hacerlo cuando me tumbó en el suelo del baño de ese hotel, el domingo pasado. Cuando me besó como un animal y casi me corrompió. Porque él me convierte en una fiera cada vez que su lengua me invade y me sujeta contra él con esa aura tan dominante.

Pero la vida me enseñó que no puedo confiar en los hombres. En ninguno. Aún no. Y justo cuando abre la boca para decirme algo más, un olor a quemado lo inunda todo.

—¿Pero qué mierda…?

Lo aparto deprisa. Es el horno. Saco una bandeja negra y miro embobada el bizcocho carbonizado. Bram me sigue y, de repente, estalla en carcajadas.

—Upssssss.

—¡Joder! —susurro y lo miro—. ¡Fuera de mi cocina, Bram! Ahora. Es por tu culpa.

Él levanta las manos, y se ríe.

—Bueno, me iré. Tu amiga está por llegar y yo tengo algo que atender esta tarde. Pero te advierto, esa tarta no saldrá igual de buena si yo no estoy aquí para darte apoyo.

—No hay tarta —le digo enfadada.

Se va despacio, empujado por mis manos, entre carcajadas.

—¡Vale, vale, me voy! —Sale por la puerta deprisa—. ¿Ni un beso?

—No —le digo de morros.

Pero antes de que cierre la puerta, él la frena con esa mano de hormigón que tiene, me coge la nuca y me besa.

—Luego nos vemos —me guiña el ojo—. Suerte, la vas a necesitar.

Cierro la puerta detrás, aún con cara de preocupación, y me apoyo contra la puerta, con las mejillas encendidas. Sonrío con cara de idiota y me llevo un dedo a los labios. No sé qué mierda me pasa ahora, pero tengo la cabeza hecha un puto desastre.

Corro a hacer otra tarta —o un bizcocho, joder—, revisando el reloj, y justo cuando termino de batir la masa otra vez y meterla en el horno, oigo la llave en la puerta y después unas voces. Me seco las manos en un paño de cocina y corro deprisa fuera, con unas inmensas ganas de ver a Aylin.

Cuando salgo y la veo ahí, de pie en el salón, con esa sonrisa desbordada y los brazos abiertos, siento que el corazón me da un vuelco.

—¡Sorpresa! —grito enloquecida.

Aylin no sabía que el profesor la iba a traer aquí, para presentarle su nuevo piso en la residencia, por órdenes suyas y del senador Sander, su amigo. Y tampoco se imaginaba que yo iba a estar, hay vacaciones y le he mentido diciendo que aún seguía en Staten Island, con mi familia.

—*Ragazza*! —exclama mi rubia, y en dos segundos ya la estoy estrujando como si hubiéramos sobrevivido juntas a un naufragio.

—¡Ahhh, te echaba tanto de menos ex–santurrona! —chillo en su oído—. ¡Muchísimo!

—¡Yo también! —me responde entre risas, apretándome fuerte.

Nos abrazamos un buen rato, chillando como adolescentes en su primera quedada de pijamas, olvidándonos del mundo. Por el rabillo del ojo, veo al profesor Woods, de brazos cruzados, observándonos con una media sonrisa que le suaviza los rasgos. Un hombre de unos treinta años, de esos que parecen estar diseñados en una fábrica de trajes caros. La verdad es que me daba miedo cuando le conocí, pero ahora lo veo diferente, más humano. Sobre todo cuando mira a Aylin. Esa mirada no engaña a nadie, por mucho que la intente disimular tras esa fachada de hombre duro.

No puedo quedarme callada, y entro en modo piloto automático, con un objetivo oculto en mente, y eso es hacerle la pelota. Mi nota está en juego, y solo espero que no olvide este pequeño favor que le estoy haciendo.

—Profesor Woods, no pude darle las gracias por la habitación. —Doy dos pasos hacia él, muy efusiva—. ¡Me encanta!

—De nada, señorita Monticelli.

La forma en que pronuncia mi apellido me hace gracia.

—Aylin… —dice el profesor—. Te quedarás toda la tarde con tu amiga y, si te parece, hablamos por la noche. Debéis ir de compras porque esta noche hay fiesta, ¿de acuerdo?

—¿Y eso? —pregunta ella, sorprendida.

¿Compras? El señor Woods ya me cae bien.

—¡Nena! —exclamo cuando la veo indecisa—. Ha dicho compras. ¡Claro que iremos de compras! Esta noche tenemos que estar divinas de la muerte —le guiño el ojo al profesor, que se hace el loco por un momento, pero sonríe.

Lyn se cruza de brazos, en plan inspectora de la Interpol tras detectar nuestra complicidad.

—Además, señorita Monticelli —añade Woods, mirándome con esos ojos de sabelotodo—, le informo que su amiga lleva una tarjeta

bancaria. Podéis comprar lo que queráis, todo lo que os apetezca.

Un rubor ridículo le sube a mi chica por las mejillas. Fantástico, aunque a Lyn le da vergüenza lo que pueda pensar de ella. Jamás pensaría mal, ¿cómo podría con el lío retorcido que llevo adelante en mi vida?

Cuando mi amiga intenta protestar y le sale ese halo de santurrona, hablo pícara.

—¡Estupendo! Sí, por supuesto que compraremos.

Aylin alucina.

—¡No os comportéis como si no estuviera aquí! —protesta ella, muy digna.

Me río. Woods le responde con una mirada de esas que derriten el hielo.

—¡Uy! —exclamo enloquecida—. Tengo un bizcocho en el horno. ¡Mierda, se me va a quemar!

Se me para el corazón y salgo disparada a la cocina.

—Por cierto, ¡encantada, profesor! —le grito antes de desaparecer por la puerta, rezando para que le haya caído en gracia.

Porque sí o sí le rayaré el coche como no me apruebe Finanzas.

—¿Desde cuándo haces bizcochos, Bert? —pregunta Aylin, con una risa.

—¡Desde hoy, nena!

***

La tarde con Aylin ha sido más que entretenida. Al principio pretendíamos celebrar su cumpleaños con un bizcocho, pero conociendo mi historial en la cocina, estaba claro que el segundo también iba a acabar en el cubo de la basura. De verdad que quería ponerle todo el amor del mundo, pero el horno tenía otros planes. Ni de coña. Al final, salvamos la tarde haciendo unas galletas, que tampoco salieron dignas de *Pinterest*, pero al menos no incendiamos

la cocina. Y, eso sí, bebiéndonos un cappuccino de los de verdad, de los que preparan en el sur de Italia, de donde vengo.

Cuando terminamos de comernos media bandeja de galletas y cotillear, nos lanzamos a las calles de Boston como dos adictas recién salidas de un *Black Friday*. Dos horas de tiendas, probándonos ropa, zapatos, bolsos… y los cuatro agentes de Woods arrastrando bolsas detrás, como si fueran nuestros guardaespaldas.

¿Por qué esto me resulta tan familiar?

Observo a esos hombres una vez más, ya que sospecho que nuestro profesor de Finanzas está metido en el clan. En *nuestro clan*, como Bram dice cada vez que sale el tema. Siendo amigo del senador, que es uno de los dioses de ese sitio, no me sorprendería que él también lo fuera. No soy idiota.

El problema es que, si Brian Woods es uno de los dioses, significa que él está en la lista de sospechosos que tengo sobre quién pudo mandarme las amenazas y quemar el restaurante de mis padres. Y, por ende, una de las personas a las que destruiré.

Este pensamiento me hace estremecer. Sobre todo porque se nota que Lyn está muy pillada por él. Me pregunto si mi teoría es válida, ¿hasta dónde conoce mi amiga la verdad sobre Brian Alexander Woods?

Y en cuanto al incendio, a Lyn aún no se lo he contado. No quiero estropear su cumpleaños con información innecesaria.

Me miro en el espejo mientras me retoco el pintalabios. Juro que, si no fuera porque estoy con ella, ya habría vuelto a hacer ese bizcocho, porque cuando algo no me sale bien, los nervios y el drama me pueden. Pero la felicidad de verla me ha puesto de buen humor. Cuando me ve plantada en la puerta de su cuarto, con mi vestido blanco hasta los tobillos, la abertura lateral dejando ver media pierna y mi melena rubia perfecta después de la peluquería, me lanza un piropo.

—¡Dios mío, Lyn! —es mi turno—. Nunca te he visto tan guapa, cariño. Déjame verte bien.

Le hago un escaneo completo, de arriba a abajo. El vestido de cuero le queda de muerte, y esos tacones rojos la hacen parecer la protagonista de una película de mafias. Nada que envidiar a las modelos de Milán.

Nos peleamos por el pintalabios, por el tipo de ondas que llevamos en el pelo, por todo. Pero lo cierto es que, por dentro, estoy pensando en lo raro que es volver a sentirme tan cómoda con alguien. Hay días en que ni siquiera yo me reconozco al mirarme reflejada en el espejo. Pero hoy no. Hoy soy yo, la Bert de siempre.

—¡Vamos, que se nos hace tarde!

Antes de salir, me giro, guiño un ojo y le pregunto si está preparada. Aylin asiente y por dentro sé que está tan intrigada como yo. No todos los días vamos de fiesta en Boston con un séquito de seguratas. Cuando era adolescente soñaba con ser famosa, una especie de Hannah Montana, y tener guardaespaldas. Supongo que a veces los sueños se cumplen, pero siempre vienen con una letra pequeña de la que nadie te avisa.

En el coche, me paso media hora mirando las calles por la ventanilla. Boston por la noche tiene un brillo especial. Cuando el coche se detiene frente al club *Dawn Boston*, disfruto viendo lo alucinada que está Lyn, ya que no sabía que la íbamos a traer a este sitio. Es el club donde solemos salir de fiesta y creo que el profe y yo hemos hecho un buen trabajo.

—¡No me lo creo! —exclama boquiabierta.

Los agentes nos abren la puerta del coche que el señor Woods nos ha mandado, tratándonos como si fuéramos personas importantes. Qué narices, hoy lo somos.

Nos adelantamos a la fila de jóvenes de la entrada con la autoridad que nos da la pasta y la seguridad privada. El ambiente es brutal, y mientras ingresamos, siento los dedos de Aylin en mi brazo, como si necesitara saber que sigo aquí y que esto es real.

Cuando llegamos a la zona reservada, la sorpresa es total. Me dan ganas de llorar de la emoción cuando oigo los gritos y veo las caras conocidas.

—¡Felicidades! —chillan todos, y en ese momento, Lyn entiende que todo ha sido una encerrona para celebrar su cumpleaños.

Me uno al grupo, abrazando a Rebe, Mary Anne, Josephine y Rick.

—¿Qué te ha parecido la sorpresa, *ragazza*? —le pregunto impaciente.

Mi amiga se queda sin palabras, mirando el gran cartel donde pone *Feliz cumpleaños, Lyn*, las mesas repletas de comida y bebida y los globos. Seguramente se pregunte cómo hemos conseguido organizar esto, y juro que, por un instante, todo parece perfecto. Como si la tristeza se hubiese quedado fuera del club, y solo existiéramos nosotras, riendo como el año pasado, cuando no tenía ni idea de que existía un hotel de lujo en la colina más alta de Boston, llamado *El Templo.*

—Hola, cariño —oigo un susurro en mi oído, y me giro sorprendida.

Es Bram, y ni siquiera me he dado cuenta de que estaba aquí. Me sonríe mirándome fijamente el escote, y me pega a sus caderas.

—El blanco te queda de maravilla, ¿te lo he dicho alguna vez?

Sonrío, abrazándole por la cintura.

—¿Has saludado a Lyn?

—No. —Sus facciones se tensan y me da la impresión de que mi amiga no le cae bien, siempre lo sospeché.

—¿A qué esperas?

—Lo haré solo porque me lo estás pidiendo tú. —Me guiña el ojo y me da un beso en la mejilla.

Se aleja, arreglándose la chaqueta mientras saca el teléfono móvil del bolsillo. Me distraigo con la gente. En la pista, todos se mueven al ritmo de una base electrónica que, reconozco y se me pone la piel de gallina. Suena *The Black Sea* de Natasha Blume, y la melodía, tan pegadiza, parece invitarnos a bailar.

—¡Berta, ven, vamos a pedirnos una copa antes de que la barra se llene! —me grita Rebe, estirándome del brazo con esa energía

suya que sería capaz de resucitar a un muerto.

—Tú siempre tan previsora.

Mientras Rebe hace un comentario absurdo sobre el DJ —*¿Ese no es el ex de la camarera? Seguro que por eso pone temazos*—, un camarero me toca el brazo y me señala una copa de *Negroni* en la barra. El vaso es pequeño, el hielo perfectamente cortado, con una rodaja de naranja.

—Yo no he pedido…

—De parte del caballero de arriba —dice, sin dejarme terminar.

Su voz se pierde entre el bullicio del club y el eco grave de la música.

—¿Quién…? —pregunto.

Alzo la cabeza intrigada. Y ahí está…

¿Qué?

No me lo puedo creer. Es Liam. Apoyado en la barandilla, con una copa en alto, me mira directamente y sus labios esbozan una sonrisa extraña.

Muy extraña.

Sumamente desconcertante.

Entonces, el camarero me tiende un trozo de papel. Casi me tiembla la mano al abrirlo, y no sé por qué, pero siento que lo odio. Lo odio por aparecer justo cuando creo que he logrado borrar su voz de mi cabeza, sus manos de mi cuerpo y… sus labios.

Leo la nota. Hay solo una línea, sobria y cruelmente honesta:

Espero que seas muy feliz, aunque no sea conmigo.
—L.

Al levantar la vista, sus ojos me atraviesan como una ola helada en pleno verano. Me sostiene la mirada con una sonrisa tan triste, tan digna, que siento el corazón se me cae a los pies. Alza la copa en mi dirección y, por un instante, el club desaparece. No hay

música, ni gente, ni luces. Solo quedamos él y yo, como dos seres que se contemplan desde orillas distintas.

Es una despedida. Él se está despidiendo de mí.

Me traiciona el pulso, porque late más fuerte de lo que debería, incluso lo siento como un tambor sordo en mi pecho. Entonces, un nudo me sube por la garganta; es uno de esos que te atrapan por sorpresa y no te dejan ni tragar saliva.

Dios. Estoy a un paso de romperme, pero me obligo a sonreírle de vuelta. De hecho, sostengo el vaso entre los dedos, como si fuera algo a lo que pudiera anclarme para no derrumbarme.

No sé qué me pasa, pero me quema el pecho. Me ahoga el eco de esa maldita canción sobre el mar, y me doy cuenta de que perderlo a él —a ese chico intenso que fue como un refugio— me duele más de lo que puedo asimilar.

Y esa jodida canción que suena de fondo habla del mar: mi lugar favorito. Y el suyo.

Lo recuerdo abrigándome con su chaqueta. Los dos en el muelle, a las tantas de la noche: yo disfrazada de diablilla, y él completamente mojado. No como ahora: impecable con una camisa negra arremangada hasta los codos y el pelo perfectamente arreglado. Él se quedó a mi lado aun cuando le grité que se fuera. Pero no. Prefirió soportar mis gritos antes que dejarme sola en la carretera.

Y no fue solo en ese momento. Tantas, tantas veces me hizo saber que estaba ahí.

Y ahora simplemente se está despidiendo de mí, diciendo que sea feliz.

¿Feliz?

Oh, Dios. Esto es real. Ahora se va y, aunque yo lo alejé mil veces, a quien le faltan fuerzas para decir adiós… es a mí.

No puedo apartarle la vista. Necesito mirarle un segundo más.

«Solo un puto segundo más… », pienso.

Me repito que esto era lo lógico, lo inevitable. Fui yo quien le marcó la frontera. Fui yo quien volvió con Bram. Y, aun así, la herida es real.

Intento reprimir unas lágrimas traicioneras que surgen en mis ojos, sin yo misma comprender por qué. Ni idea, pero… supongo que duele perder a alguien que jamás fue tuyo, pero que te miró como si lo fueras todo para él.

Baja conmigo

Cae conmigo

Hagamos que valga la pena (…)

(THE BLACK SEA, NATASHA BLUME)

CAPÍTULO 23



LIAM

No debería mirarla. Juro por lo que más quiero que no debería hacerlo, pero cada vez que sus ojos buscan los míos, siento una presión por dentro. Me repito en silencio, como un mantra cruel:

«Deja de mirarme, rubia. Por Zeus, deja de mirarme o juro que bajaré ahí y te llevaré conmigo lejos de aquí.»

No. Basta.

Aparto la mirada y bebo un gran trago, cerrando los ojos y obligándome a girarme hacia Brian. Esa bebida es inconfundible, el trozo de naranja la delata y vi que, en la fiesta de ascenso del senador, ella la tomaba; de ahí que se me haya ocurrido invitarla, porque doy por hecho que le gusta.

Soy un imbécil. He pensado hasta en la bebida que le gusta, joder. No. Muevo la cabeza, en silencio. No puedo permitirme una debilidad ahora, no aquí, con Brian a dos metros y toda la maldita Comisión en su contra por haber sido tan insensato como para llevarse a la testigo número uno de viaje a Canadá. Y lo peor de todo, es que ahora finge que todo está bien y que Aylin Vega es una más. Lo peor de todo es que nuestro líder nos exige aceptar sus decisiones.

Pero yo no soy nadie para juzgarle. Yo mismo estoy enamorado hasta la médula y he borrado evidencias para que los demás no se enteren de la existencia de Roberta. Pero se han enterado, y ya no hay nada que pueda hacer.

¿Qué se supone que debería hacer cuando ella ni siquiera recuerda que la besé?

¿Cómo demonios debería actuar cuando ahora mismo está ahí, abajo, abrazada a él y feliz?

—¿Estás seguro de que quieres quedarte aquí, Liam? Te agradezco haberme acompañado, pero esto es cosa mía. Es la sorpresa que le he preparado a Aylin y yo solo…—suspira— quería estar aquí para verla, aunque sea en la distancia.

La voz de Brian es seca y áspera como la arena en el desierto.

No lo miro. No puedo, porque mis nudillos aún están blancos alrededor del vaso pensando en la ironía de la vida. No es el único que se muere por dentro cuando lo único que desea es estar ahí, unos cuantos escalones más abajo, con la persona que ama. O en el propio Infierno, lo mismo da. Pero no se lo puedo contar, ¿qué sentido tendría con toda la mierda que le cubre ahora mismo?

—Tranquilo, me quedaré aquí. Los amigos son para eso, ¿recuerdas?

Él suelta un resoplido. Lleva días con el rostro demacrado, más serio que nunca. Jamás pensé que llegaría a ver miedo en los ojos del dios Ares, pero ahí está.

—El ataque de Gambino ha cambiado las reglas. —Mueve la copa en círculos, observando cómo la luz multicolor del club se refleja en el líquido ámbar—. Estamos en guerra, Liam. Ya no hay vuelta atrás.

El término *guerra* no es una metáfora. Hablamos de cadáveres de verdad, de traiciones dentro de ese sitio que nos pertenece desde que nacimos, de amenazas que llegan hasta la universidad de Harvard y de mentiras. Muchas mentiras.

—¿Sabes quién pudo traicionarnos? ¿Quién pudo dar tu nombre a Gambino? —pregunto, casi en un susurro.

Brian se tensa, como si se preparase para una confesión, aunque esta solo sea una teoría.

—Sospecho de Jack, quiere ser el líder, pero no puedo acusarlo sin pruebas. El senador está jugando a dos bandas, Bram está con la cabeza en las nubes y hasta arriba de fiestas y tú… —me mira— eres el único que sigue en pie. El único fiel al decálogo y que está cumpliendo las reglas.

Contengo una carcajada amarga. Si supiera lo que siento por Roberta, y todo lo que he hecho, me mataría en este mismo instante. Siempre ha habido confianza entre nosotros, pero esta vez no. Me duele ver hasta dónde he llegado por una mujer —aunque ella sea tan especial—, y temo perder la confianza de Ares.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Alerta roja —responde.

El término resuena como un trueno porque nadie lo usa a la ligera en *Álympos*. Sabemos que Gambino querrá venganza, puesto que conoce nuestras identidades. El mínimo error y caemos todos y todo lo que hemos construido. Hay algo feroz en la manera que Brian observa el horizonte, como si pudiera adivinar el desenlace de esta partida de ajedrez antes de mover una sola ficha.

—¿No te da miedo que la Comisión no te vote? —le pregunto, sabiendo que es la pregunta que él mismo se plantea.

—No —admite—. Sé que Jack está ganando terreno. El dios Apolo tendrá de su lado a Hermes, a Hades y a mi mujer… Hera. Por despecho.

—Hefesto y Atenea se mantendrán fieles a ti —le confieso—. Y yo también, por supuesto.

Le doy un golpe en el hombro.

—Pero Deméter… —sigo, sabiendo cuál será el resultado.

—Lo sé, Liam. Cuatro a tres. Apolo ganará.

—No tiene por qué.

—No digas estupideces —me corta, con voz ronca—. El consejo ya no me respeta como antes. No después de lo de Aylin. Y ten cuidado porque presiento que no soy el único objetivo de esos cabrones. Saben que eres una pieza importante, y te intentarán anular.

—Lo dudo —suspiro.

Brian no contesta, solo mira fugazmente hacia la pista de baile, fijando con la mirada a su chica. Veo por el rabillo del ojo que sonríe cuando ella le dedica miradas ardientes.

—¿Ella lo sabe? —le pregunto, sin poder reprimirme más. O quizá porque intento desviar mi atención.

—¿El qué?

—Que la amas.

—Te estás confundiendo, amigo. —Brian bebe de su copa, y sus rasgos se afilan como si le molestara mi afirmación—. Ella es mi gran debilidad, solo eso.

—Hermano… —Me rio y lo miro fijamente—. No hace falta ser muy listo para darse cuenta. Será nuestro secreto.

—El amor no es para nosotros y lo sabes, es peligroso —contesta enseguida.

Aprieto las manos en la barandilla cuando veo a ese mocoso rodeándole la cintura a mi rubia, y besándole la mejilla.

«Mi rubia»

—Pero el desamor lo es más, Brian —respondo, sin voz.

Me hierve la sangre.

Les sigo mirando, con el pulso acelerado. Por Zeus. Reprimo el impulso de girarme, buscarla, coger esa nota, arrugarla y tirarla a la basura.

Maldita sea. No, no quiero que sea feliz con él. Ni de coña. La debilidad me ha podido y, tras verla, he sentido la necesidad de escribirle. Tengo ganas de volver al pasado y no salir de ese piso donde Bram y yo rompimos todo, peleando a puñetazos por la misma mujer. Pero él me ganó. ¡Por Zeus si me ganó!

—No dejes que Jack se salga con la suya, Brian. Es un degenerado y no podemos dejar que *Álympos* caiga en sus manos —le susurro a mi amigo, con el dolor subiéndome por la garganta, dejándome sin fuerza en la voz.

—¡Hola!

De repente, oímos una voz femenina, antes de que Brian pueda responder.

Cuando giro la cabeza, Aylin Vega, la alumna de Brian y el detonante de todo el marrón en el que está metido ahora mismo mi amigo, está a nuestro lado, observándonos. Me sonríe y esa mujer tiene algo cálido e inocente en su aura, que hace que quedes prendado de ella con una sola sonrisa.

—¡Felicidades, Aylin! —me apresuro a saludarla—. Espero que lo estéis pasando bien.

—Sí, lo estamos pasando genial, gracias —responde, pero su mirada vuelve deprisa a Brian. Aunque se muestre agradecida y amable, me doy cuenta: tiene los sentimientos desbordados y le cuesta disimularlos.

—Me alegro mucho —respondo y decido dejarlos solos.

Les pregunto si quieren algo para beber y me voy a la barra a pedir. Mientras espero otro *Negroni*, no pierdo detalle de lo que ocurre a mi alrededor. Esta misma semana Brian y Aylin han sido atacados por los hombres de Gambino en la Interestatal, a su regreso de Canadá. Mi trabajo es anticipar cualquier amenaza o movimiento extraño. Todo parece tranquilo, lo tenemos todo plagado de agentes.

La barra está llena, pero el murmullo se apaga cuando una chica simpática se me acerca y apoya la mano en mi bíceps. Tiene las uñas largas, huele a perfume caro y la sonrisa perfecta de alguien que ha salido a ligar. Yo sonrío de vuelta, por inercia. Le dejo que juegue unos segundos a imaginarse algo que nunca va a pasar.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunta, rozando mi brazo con las uñas.

—Solo cuando necesito olvidar —le respondo, con esa simpatía que me suele funcionar, pero hoy no tengo ganas de nada.

Ella se ríe y se pega un poco más, pero ya he decidido que mi noche va por otro camino. Tomo el *Negroni* que me sirve el camarero, la dejo hablando sola y me giro para volver con Brian. Pero ahí la tengo… delante.

Roberta está justo enfrente de mí y eso me asusta.

No sé cuándo ha subido a la primera planta del club, pero aquí está, al lado de Aylin. Y aunque parece que le susurra algo al oído a su amiga, sus ojos están fijos en mí y el vaso a medio camino de la boca.

Me acerco.

«Contrólate, Liam», me repito por dentro.

El pulso se me dispara, pero adopto la actitud de siempre: relajado, chulo, como si no pasara nada.

—Vaya señorita Monticelli, ¿ni siquiera saludas después de la noche tan entretenida que me hiciste pasar ayudándote con la mudanza? —le suelto, con las llamas fundiéndome las venas.

Sus labios se tuercen, como si estuviera decidiendo si mandarme a la mierda o seguir la broma.

—Gracias por la bebida, supongo… —murmura, pero sus ojos se clavan en mi cara, analizando cada cicatriz que me dejó Bram una semana atrás.

—De nada. Supongo que no es necesario que te pregunte cómo estás —digo, dando un paso más en su dirección.

Estoy más cerca de lo que debería. Más de lo que puedo soportar, pero no lo puedo evitar.

Y sí, la tensión podría cortarse con un cuchillo. La noto nerviosa, como si de repente, se hubiese vuelto torpe. Ella, que siempre saca las garras y tiene más carácter que todo Boston.

—Pero aun así, te lo preguntaré: ¿cómo estás?

Tenso los labios, con el corazón en un puño. Se le ha visto bien, feliz. Acompañada del hombre que ama. ¿Qué sentido tiene preguntárselo?

—Estoy bien, gracias. Aunque estaría mejor si fueses un poco más sincero —contesta.

Agrando los ojos porque esa frase me sacude. Frunzo el ceño, intentando comprender la acusación que se esconde detrás de sus palabras, porque ya la conozco un poco: nunca lanza una bomba sin

motivo. No ella, no la chica rubia que casi siempre me ha evitado. Curiosamente, parece que esta noche me está buscando.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, bajando la voz.

Me acerco más, poniendo como excusa en mi cabeza el volumen alto de la música. Es raro, pero me parece que está nerviosa.

—Nada, Liam. Solo que ya no necesitas vigilarme, ¿verdad? Ahora que los dueños del Templo se han salido con la suya, ya puedes dejarme tranquila. —Lo dice mordaz, como quien escupe un veneno que le quema la garganta.

Algo se rompe en mí, pero intento disimular.

—¿Eso crees? ¿Que solo estuve cerca para vigilarte? —me sale una risita amarga—. Vaya, y yo que pensaba que éramos una especie de… amigos. Además, ¿por qué te vigilaría? ¿Tan importante te crees?

La sangre me hierve y, como era de esperar, la asusto. Entreabre los labios para soltarme algo, pero después se gira deprisa, sin darme tiempo a reaccionar y simplemente tira del codo de su amiga. Furiosa y sin mirarme.

—Aylin Vega, ¡nos vamos ahora!

¡Qué cojones! La miro serio con las manos en las caderas, y estoy tan furioso que me tiembla hasta el vello de los brazos. No pienso permitirle que me vuelva loco afirmando cosas que no entiendo. Por mis cojones que no.

—Ahora vuelvo —aviso a mi amigo.

—¿A dónde vas?

No le respondo tan solo salto encima de los peldaños, bajando uno por uno a toda prisa, hasta la planta baja del club, donde está el grupillo de amigos. No veo a Bram y a ella tampoco. Un momento. La veo girando a la derecha, dirigiéndose a los servicios. La sigo, ni siquiera lo pienso. En dos zancadas la alcanzo, con mil ganas de dejarle claro que no ha terminado la conversación. Ella entra en el servicio de mujeres, pero me importa una mierda.

Entro y, cuando una mujer me grita que es el baño de mujeres, le cierro la puerta en la cara y arrastro un pequeño armario que hay en un lado para encajarlo contra la puerta. Claro, es un baño público, no hay cerrojo.

—¿Qué coño haces, chico?

—No —le gruño atrapándole el brazo—. Ahora hablamos.

Ella me mira sorprendida y furiosa. Aun así, está preciosa.

Joder.

Trago en seco.

Su rostro angelical y esos ojos verdes que me llevan directo al Infierno de mil maneras, me hacen vibrar. Sus labios son mi mayor perdición y desde que la besé, pienso en ella en cada maldito segundo que pasa. En cada maldito segundo que respiro.

—¿De verdad estás loco? —me espeta—. ¡No me puedes encerrar aquí, en el baño! Hay mujeres fuera que quieren entrar.

—No va a entrar nadie —le aseguro irritado—. Así que, contéstame, ¿qué querías decir?

—No me tomes por idiota, Liam. Sé que solo te acercaste a mí para tenerme vigilada, para que esa gente para quien trabajas supiera todos mis movimientos. Ya no tiene sentido que finjas, ya te has lucido deseándome que sea feliz, como si te importara, y ahora… —traga saliva—, ¿por qué sigues aquí?

—¿Que por qué sigo aquí? —le repito, subiendo el tono—. ¿En serio me preguntas eso? ¡Fuiste tú la que me echaste de tu vida! Me bloqueaste en todas partes como si fuera un puto perro, Roberta.

—Y bien. Te bloqueé, pero te conformaste. Tan fácil…

—¿Qué?

No me lo puedo creer.

—He ido a la residencia cada puto día esta semana, pero no estabas. No… ¡estabas! —le grito con los dientes apretados—. Nunca quise vigilarte, solo quería ayudarte.

—¿Ayudarme?

—¡Me dijiste que me largara! —Le alzo el dedo—. ¡Preferiste quedarte con él, maldita sea!

—Bram llevaba una pistola y te disparó. Tenía miedo y… —tartamudea— tuve que hacerlo. Te conozco y sé que eres más terco que una mula, Liam, ¡joder!

—Ah, vaya, me dijiste que me fuera por la pistola —digo jocoso, hasta los huevos de que esté jugando conmigo—. Y yo que pensaba que fue porque lo amas a él.

—¡No te burles de mí, idiota!

—¡Y tú cuida esa jodida boca! —Doy un puñetazo en la pared, inclinándome sobre ella.

Roberta me mira, con los ojos húmedos y la voz quebrada.

—¿Quieres que te diga la verdad? —habla con furia, encarándose —. No entiendo ni tu interés ni y tu indiferencia, de repente. Siento que me estás ocultando algo y sé que…

La acorralo contra la pared, lo suficientemente cerca como para que me sienta. Y sí, le dejará las cosas claras.

—¿De verdad quieres saber por qué tengo tanto interés? —le pregunto, con una daga clavada en el pecho tan profunda que siento que me quedo sin aliento—. Porque estoy loco por ti. ¡Loco! Porque, si recordaras esa noche, la noche en que te llevé a tu piso, sabrías lo que siento. Fue especial. Para mí, al menos. Pero tú ni siquiera te acuerdas… —susurro, tan decepcionado que me cuesta hasta hablar —. Y eso… ¡maldita sea! Me está matando.

Ella tiembla, pero no responde, tan solo me sostiene la mirada y juro que me encantaría estar en su cabeza para leer su mente y ser capaz de comprenderla. ¿Pero quién diablos me comprende a mí? Nadie.

—No conoces a Bram. Piensas que lo dejó con Noa, pero no es así, no suelta a ninguna de sus mujeres porque sí, siento decírtelo, pero tiene varias. Lo peor de todo es que tú lo sabes. Lo que no sabes es lo que significa un hombre que te adore de verdad — escupo palabras llenas de veneno—. Cuando una mujer conoce su

valor, no mendiga amor. O lo tiene, o se marcha. Y tú no sabes lo que vales. Estás ciega.

Tiemblo.

—Te odio… —susurra, con los labios apretados y la vista llorosa.

Cierro los ojos por un instante y respiro hondo, a dos malditos centímetros de besarla.

—Qué pen…

—¡Te odio, joder!

No me da tiempo a replicar, ni siquiera a terminar la frase porque su mano acaba en mi cuello y sus labios sobre los míos. Presiona su boca contra la mía con violencia. Con una fuerza que detiene mis latidos hasta reducirme a la nada.

Me quedo inmóvil, mirándola cuando se separa de mí al instante, como si se arrepintiera en el último momento.

Ha sido un solo segundo, pero… me ha besado. Ella a mí.

Enmudezco y ni siquiera reacciono porque sinceramente, no me lo esperaba. Me quedo embobado, sin poder creérmelo. Y juro por Zeus que estos son los segundos más largos de mi vida; hasta que ella habla primero.

—Yo… —tartamudea, con los ojos como platos—. No quería…

Sonrío.

—Yo sí quería —le respondo—. Y tú también.

No le doy tiempo a arrepentirse. No esta vez. Si me ha besado, asumirá las consecuencias. Entonces, la tomo de la nuca y la empotro contra la pared de azulejos, con el pulso desbocado. Devoro su boca sin compasión, invadiendo cada rincón, arrancándole el aire en cada embestida de mis labios. La beso desenfrenado y lo disfruto.

Zeus.

Lo disfruto tanto que siento que me desmayaré de placer aquí mismo, sobre ella, en el puto baño de mujeres del *Dawn.*

—¿Qué me estás haciendo? —murmuro abrumado.

Siento sus pechos contra mí, mientras sus dedos me presionan el cuello y bajan por mi hombro. Sus uñas se clavan en mi espalda, y yo la sujeto con una mano en la mandíbula y la otra bajando por su muslo, arrastrando su falda hasta sentir la piel caliente de su culo bajo mis dedos.

Le muerdo el labio como un salvaje y le robo el aliento, a juzgar por su respiración acelerada. Le arranco un gemido que solo yo puedo sacar de su pecho.

—Esto —jadeo, mordiendo su labio inferior, sin dejar de mirarla —. Esto no se lo das a él. Esto es solo mío. Mío, rubia.

Ella tiembla y, de repente, siento la presión que ejercen sus manos en mi pecho. Me empuja, separándome violentamente de su cuerpo. Justo como una fiera desatada.

—¡Joderrrrrrrrrrrrrrr! —Me señala con un dedo, con una mirada perdida y amenazante—. No… me vuelvas a… tocar.

La miro como si esto fuese una pesadilla.

—Me has besado.

—Ha sido un… —habla pausadamente— error.

¿Un error? Mi respiración es un vendaval y me pecho sube y baja con rapidez.

¿Qué especie de juego retorcido es todo esto?

No, no, no. Esto no es real.

Le agarro el brazo cuando pasa por mi lado y la acerco a mí, desatado. Me ha dicho dos veces que me odia, pero no es verdad. Sé que me está tomando el pelo. Está jugando con mi puto cerebro y, claramente, no me quedaré de brazos cruzados.

—¿Qué haces?

—Me voy.

Genial.

—Vete, entonces. ¡Huy! —le grito—. Pero recuerda este beso. Porque si me odias, estaré en tu cabeza. Pero si me amas… —me

humedezco los labios— entonces serás jodidamente mía. Para siempre.

No es capaz de responderme, tan solo sacude su brazo para liberarse de mí como si estuviera enfadada con el mundo. Y… maldita sea. Espero que no se arrepienta.

Roberta mueve el pequeño armario de una patada, y sale corriendo del baño, dándome la espalda. Y yo me quedo ahí, sin aire, con el pulso acelerado. Y ni siquiera me da tiempo a pensar que quiero romper algo o gritar, porque el reloj digital que llevo en mi muñeca empieza a vibrar tres veces.

El móvil tiembla dos veces. Pantalla en negro y las letras griegas en medio: *Φοίνιξ. Ὥρα μηδέν.*

Fénix. Hora cero.

Solo los dioses de *Álympos* somos capaces de descodificar este mensaje. Y parece que alguien acaba de declararnos la guerra.

Salgo del baño del club *Dawn*, con el eco de la música retumbando todavía en los huesos y la camisa pegada al torso por el sudor. Estoy sudando como un cerdo, y la adrenalina me pide que busque a Ares, pero el móvil vuelve a vibrar por un mensaje encriptado:

Nos vemos en el punto X.

Es él, seco y directo. Ares nunca da explicaciones cuando la situación es crítica. No me detengo. Cruzo el pasillo a zancadas largas, esquivando cuerpos sudorosos y miradas cargadas de alcohol. La noche huele a fiesta, pero para mí, Boston ya huele a pólvora.

En el *parking*, localizo el todoterreno blindado, y mientras lo arranco, reviso el panel digital: todo operativo, el depósito lleno, el compartimento de armas bajo el asiento, bien cerrado. Abro la guantera, reviso el cargador de la *Glock* y repaso mentalmente el protocolo de intervención. Seguridad, eficacia, ningún margen de error.

La carretera hasta *El Templo* está tan vacía como mi mente. Porque estoy en blanco. Cada semáforo es una cuenta atrás. Me obligo a respirar hondo, pero los nudillos crispados en el volante me delatan: estoy al límite.

Al llegar, el contraste es brutal. Fuera, un despliegue de vehículos de alta gama; dentro, la fiesta está en pleno apogeo. Al menos cien clientes ocupan el hotel esta noche, ajenos al hecho de que, fuera de esos muros, se está librando una guerra. Una guerra que era inevitable. Mañana es sábado, y eso es sinónimo de *Ritual*. Nuestros clientes —la élite— esperan cocaína y espectáculo. Pero apenas queda mercancía del último envío, y ese mensaje indica claramente que se han hecho con nuestro cargamento. Y esta vez no ha sido el FBI.

Si fallamos esta noche, no podremos abastecer ni a la mitad. Luchar contra otros clanes que nos pisotean y tener *material* de la mejor calidad para nuestros clientes, es lo que nos mantiene en pie.

Steve me localiza apenas cruzo la entrada.

—Mi dios… —asiente con gravedad—. Nuestro dios Ares ha dicho que coja un coche. El dios Apolo va en el otro.

Vaya. Menos mal que Jack no está en Nueva York esta noche y se hará responsable de esto, aunque sea por una vez.

—Perfecto —respondo, sin perder tiempo—. Quiero al menos quince hombres custodiando *El Templo.*

Steve me mira como si recitara las Escrituras.

—Ya está hecho. El dios Ares me ha ordenado lo mismo.

—¿Dónde está?

—Se ha adelantado, ha cogido la *Yamaha*.

Asiento. Buena jugada. Steve sabe lo que hace, y si Ares le ha dado carta blanca, es porque la situación es límite.

Me giro hacia el jefe de seguridad y bajo la voz:

—Si falla el operativo, prioriza la seguridad interna. Si alguien cruza las barreras, me avisas antes de que pisen el *hall*, ¿entendido?

Steve asiente, profesional.

—No lo dude, mi dios.

No pierdo ni un segundo. Desbloqueo el cajón de seguridad, saco la *HK416* ajustada en modo ráfaga, dos cargadores ampliados, y la *Glock 17* con silenciador, aparte del chaleco antibalas. Voy blindado.

—Max —hablo por el canal privado—. ¿Cuántos somos en activo?

—Usted, Steve, el dios Apolo y el dios Ares. —Su tono destila cero emociones, solo datos.

—Recibido. Iniciando desplazamiento.

Me coloco el pasamontañas mientras les hago una señal a los agentes, activo el micrófono de hueso integrado en la mandíbula y activo el intercomunicador. El mapa digital parpadea en mi pantalla, cortesía de Max. Veo el punto rojo.

—¿Apolo? Cambio —habla Ares.

—Me acabo de montar con Steve —le responde Jack—. Te estamos siguiendo. Está en Dorchester. Cambio.

La tensión sube. Ares y yo no necesitamos hablarnos para entendernos, pero con Jackson —Apolo—, la historia es distinta. Hay cosas que no se perdonan, pero esta noche los egos quedan fuera. El negocio y la familia está por encima de todo.

—Es un sitio en las afueras —especifica Apolo—. Debemos rodearlo.

—Un almacén. Cambio —hablo, mirando el mapa de coordenadas.

—Poseidón —dice Ares deprisa, al escuchar mi voz—. ¿Qué sabes de Gambino? Te dije que lo vigilaras.

—No está en Boston —informo deprisa—. Esta noche ha salido de la ciudad y no ha vuelto. Parece que ha dejado este asunto en manos de Giuseppe.

—Ese gilipollas es uno de los que me secuestró —añade Apolo—. Esta noche le meteré dos balazos por el culo, hoy no se escapará.

—Vale —responde Ares—. Veo que hay un depósito muy cerca, ese va a ser nuestro punto de encuentro y desde ahí atacaremos.

—Es mejor llegar y entrar directamente, si primero vamos al depósito perderemos más tiempo —sugiere Apolo.

Pero Ares no está muy convencido.

—Antes de que pisemos ese almacén, ya habrán salido por alguna puerta trasera porque nos escucharán llegar.

—El sigilo es muy importante. —Le apoyo porque sé cómo actúan los putos mafiosos italianos. Y Gambino no es una excepción.

—Mejor reunirnos en un sitio cerca —opina Steve—. Y después atacar.

—Así se hará, vamos al depósito —ordena nuestro líder.

Diez o quince minutos después, estoy apagando el motor del todoterreno, buscando la moto de Ares con la mirada. El silencio es solo aparente. Todos los vehículos se apagan en sincronía. Me bajo, reviso mi *Glock* y el cuchillo táctico oculto en el antebrazo. Me ajusto el chaleco en mi torso. Le indico a Steve con un gesto que reparta a los hombres.

Me deslizo hacia el flanco derecho y compruebo el perímetro. El almacén donde han llevado nuestra mercancía parece tranquilo, pero el bullicio al fondo delata el trajín de Gambino y sus perros: están moviendo paquetes y distribuyendo.

A un par de metros, Apolo enfoca con los prismáticos y susurra:

—Hay dos fuera, están fumando.

Visualizo la escena. Saco el arma y le adapto el silenciador en un *click.* Una segunda arma va guardada en el bolsillo interno de la chaqueta. Los agentes se adelantan, como debe ser: los dioses siempre van detrás, por protección.

Levanto la mano, doy la señal. Mi equipo avanza: uno se acerca por la espalda y, con le rebana el cuello al primero. Otro agente dispara al segundo, pero el muy cabrón aún tiene fuerzas para disparar a ciegas y el estruendo activa la alarma del almacén.

—Mierda —murmuro.

La táctica cambia al instante. Ares, Apolo y yo nos miramos. Steve quiere entrar con los hombres, pero Ares le detiene con una señal de la mano: quietos, nadie se mueve.

El almacén está rodeado. El plan ahora es dejar que el enemigo salga primero, arrastrados por el pánico de la alarma. En cuanto crucen la puerta, serán carne de cañón.

Espero, con el aliento contenido y cuento las balas de la recámara.

Cuando los mafiosos de Gambino empiezan a salir, la lluvia de balas convierte la entrada en un infierno de plomo. Me lanzo hacia un lateral, cubriendo a dos de los nuestros. Las ráfagas barren la oscuridad, cuerpos cayendo, gritos apagados por el estruendo de las armas automáticas. Veo caer a dos hombres del otro bando; somos menos, pero mejor entrenados.

Me cubro tras una estantería, avanzo rápido, con el cañón preparado. Siento el temblor del suelo y el ruido de los disparos. Tengo los sentidos afilados porque cada sombra puede ser la muerte. Pero sé que me moriría feliz porque ella me ha besado.

A la derecha, localizo a Apolo rompiéndole la cara a un gigante, asfixiándolo con rabia. Salgo de mi cobertura, disparo a un cabrón que apunta a uno de los nuestros, y avanzo con pasos cortos, escaneando cada centímetro.

Ares y yo nos cubrimos el uno al otro. Él se mueve como un tanque, yo soy más rápido y flexible. Un cabrón con tatuajes en el cuello se cruza en mi camino, le disparo en la rodilla, lo derribo y antes de que caiga lo aniquilo con un golpe seco de culata.

—¡Ares, a tu derecha! —le grito.

Sin mirarme, responde con una ráfaga de disparos que barre a dos. Coordinación pura y años de lucha y entrenamiento que no han sido en vano.

El aire se vuelve irrespirable, y más cuando veo a uno de los nuestros forcejear con un tipo con una chaqueta de cuero. Me

acerco, lo tumbo de un placaje, saco el *Karambit* y le corto la femoral. Sangra a borbotones, pero no me detengo.

Ares recibe un golpe en la cara, lo veo tambalearse, pero en vez de retroceder, embiste como un toro. Le devuelvo la cobertura: disparo a quemarropa a un enemigo que se le lanza por la espalda.

Entonces veo a Giuseppe, la mano derecha de Gambino.

—¡Lo quiero vivo! —gruño a los míos.

Recibo un disparo de refilón en la mandíbula. Noto la sangre caliente, pero sigo. Los minutos se alargan como una eternidad. Mueren hombres, los nuestros y los suyos.

De repente, Ares grita mi nombre cuando un hijo de puta me apunta a la cabeza. No me da tiempo a apartarme. Un disparo —no el mío— y el hombre cae muerto. Miro a mi hermano. Ares está a unos metros, con la mandíbula apretada.

—Gracias, jefe.

Asiente. Ni una palabra. No hace falta.

Entonces, oigo a Max por el pinganillo:

—Están atacando *El Templo.* No sé cuántos hay.

Se me hiela la sangre.

—Repite, Max.

—*El Templo* está bajo ataque, el dios Hermes acaba de llegar y se ha puesto al mando. Pero no tenemos hombres suficientes.

¿Qué? ¿Bram? Hermes estaba con Roberta en el club. Entonces…

—Max… —murmuro exhausto—. ¿Hermes ha llegado con una mujer?

—Sí, mi dios.

—¿Ella está bien?

Silencio. Como si toda la maldita línea se hubiese cortado. Como si la conexión fuese mi mayor enemiga en estos momentos. Ninguna respuesta por más que insista.

La rubia está allí, y eso significa que podría… morir.

—¡Mierdaaaaaaa! —grito con los músculos tensos, y con ganas de arrasar a todo cabrón que se me cruce por el camino.

El tiempo se detiene y todo el acero que llevo encima pesa el doble, al pensar en ella. Pero no me da tiempo a procesarlo porque el rugido de Ares siendo atravesado por un cuchillo que le acaba de hincar un enemigo en el costado, me desangra por dentro.

Y entonces, el mundo se reduce a tres cosas: mi herida, la de mi amigo, y la voz de Max diciéndome que Roberta está en *El Templo* en estos momentos. Justo en el ojo del huracán.

—Tengo que sobrevivir… —me digo con las manos temblorosas y la sangre empapándome el rostro.

Y recuerdo esa voz en mi cabeza, que actúa como bálsamo para mi alma: *El mundo está lleno de razones para rendirse. Si encuentras una para quedarte, aunque sea una sola… quédate.*

Seguir vivo siempre me ha importado una mierda, pero hoy por primera vez quiero seguir respirando, y el motivo tiene nombre y apellido: Roberta Monticelli.

—*Liam… eres como un ángel* —dijo—. *Mi ángel de la guarda.*

—*¿Por qué?* —le pregunté.

—*Porque lo eres. Porque estás aquí. Porque haces que me olvide de todo.*

Y ahora, las piezas encajan a la perfección.

Por Zeus.

No sé cómo pude pensar por un solo instante tirar la toalla, aun sabiendo que me moriría lentamente sin ella en mi vida.

Y la verdad es que no sé qué ocurrirá aquí esta noche. Solo sé que quiero vivir solo para volver a ver sus ojos y besar sus labios. Porque su beso ha sido como un soplo de aire fresco que me ha devuelto la vida. Ese beso me ha confirmado que no le soy indiferente y sé que, si logro sobrevivir esta noche, quemaré Boston, Harvard y el El Olimpo entero.

Juro por todo lo que soy que quemaré el mundo por tenerla entre mis brazos. Y cuando no quede nada, la invitaré a bailar entre

las cenizas.

CAPÍTULO 24



BERTA

No hay nada como una reunión de *ninfas* para recordarte que las orgías en *El Templo* no son lo más peligroso aquí dentro. Ni las orgías, ni los látigos, qué leches. Lo verdaderamente letal son las miradas.

La última vez que estuve rodeada de tantas mujeres guapas, acabé peleándome por un pintalabios de edición limitada en *Bluemercury*. Ahora, la guerra es de otro tipo: gira en torno a un dios.

Esta noche, por alguna broma del destino, estamos todas juntas en una sala de la planta baja, que es el sitio donde Bram me ha traído, según él, para estar a salvo. Hemos llegado media hora atrás y hasta hace poco, los disparos fuera hacían vibrar las paredes. Pero ya solo queda ese silencio denso que le sigue al desastre porque sinceramente no sé qué coño está pasando y no paro de mirar la puerta. Claramente estaba mejor en el *Dawn*, con un tequila delante, pero cuando Aylin ha desaparecido por arte de magia y Bram ha decidido que era la hora de irnos porque tenía que atender una fiesta privada aquí —y yo junto a él como favorita—, la fiesta ha acabado. Solamente me ha dado tiempo a ducharme y vestirme en *sus aposentos de dios*, y después bajar a la fiesta.

En teoría, esta noche había una celebración especial, un tipo de *iniciación* para las nuevas *ninfas*, pero no se trataba de una fiesta a lo grande, ya que eso es mañana sábado, cuando recibimos clientes de todo el mundo y se celebra la verdadera fiesta, o como él la llama: *El Ritual.*

Noa está sentada en un rincón, mirándome como si le debiera algo y sé que aún no ha asimilado que pertenezco a *Álympos.* Las demás, unas quince o veinte chicas cuchichean, se retocan el pelo, y

algunas fingen no estar muertas de miedo. Me pregunto si todas pertenecen a Bram, o están mezcladas, aunque creo que es más bien esta última opción, porque Eila también está presente y me acaba de traer un café.

Todas llevamos antifaces dorados y el brazalete de las hojas de laurel. Me he dado cuenta de ese detalle esta noche, en la efímera media hora que Bram y yo hemos estado en la Gran Sala que al parecer es donde se celebran todas las fiestas. Y ahí he observado a otras mujeres que parecían empleadas, pero su vestido es más simple, no tan adornado como el nuestro, y el brazalete que llevan en el brazo no lleva el diseño de las hojas, es un brazalete fino. ¿Es de oro? Lo toco, pensativa —intento distraerme—, aunque no me sorprendería. Bram le compró a Massi un deportivo de más de doscientos mil dólares.

Yo cruzo las piernas y tamborileo los dedos en el brazo. Que pase lo que tenga que pasar, pero esto es surrealista. Hasta parece que vivo en una puta novela de Jane Austen donde las mujeres se quedaban en la Corte cuando sus maridos salían ahí fuera a luchar con espadas.

¿Estamos locos o qué? ¿En pleno siglo XXI?

Harta de esperar a que nos digan qué está ocurriendo, me levanto del sofá y encaro la puerta. Si creen que voy a quedarme aquí de adorno, es que no me conocen. Llego hasta cerca de ella, y antes de que mi mano toque el pomo, uno de los guardas se interpone, bloqueándome el paso con el brazo.

—No puedes salir. Órdenes de nuestro dios Hermes —gruñe, sin mover ni un músculo.

—Vale —le digo con el mentón alzado—. Solo quiero saber qué está pasando fuera.

El tipo me mira como si no tuviera el día para bromas. Pero yo tampoco.

Siento la rabia vibrando en la garganta y ahora veo por qué no era buena idea venir hoy aquí, claramente estaría mejor en mi cama,

durmiendo. No me atrevo a reconocer que, en parte, tenía ganas de ir a dormir porque sigo inquieta por el beso que le he dado a Liam.

¿En qué demonios estaba pensando? En cualquier momento Bram nos podía haber encontrado y sé lo que eso implicaría, me lo dejó bastante claro hace una semana: cualquiera que me toque, morirá. Y no es solo eso, es el remordimiento que siento, como si le hubiese puesto los cuernos, algo que jamás he hecho porque nunca he tenido novio. Hasta ahora —si se puede llamar *novio.*

¿Entonces soy una infiel de mierda?

Las palabras del rubio resuenan en mi mente. Él dando a entender que Bram no es capaz de ser fiel, y después de ver el mundo en el que se mueve, yo también lo pienso. No he sido infiel porque lo que Bram y yo tenemos no es una relación convencional, y nadie me puede asegurar que él no sigue viendo a Noa o a otras mujeres con las que comparto habitación ahora mismo.

Maldita sea.

Vuelvo al presente y doy un paso más cerca del armario empotrado de la puerta. Estoy lo suficientemente cerca como para dejar claro que ni con sus dos metros el guarda va a achantarme.

—¿Sabes qué te digo? O te apartas o te aparto yo. Elige rápido —le advierto, clavándole la mirada.

—Ya está la salvaje… —escupe Noa desde el fondo, alzando la voz para que todas la oigan—. No te flipes tanto, anda. Nuestro dios ha dicho que nos quedemos aquí, y nos quedaremos.

Las demás *ninfas* murmuran, algunas agachan la cabeza. Entonces, me giro hacia Noa, sintiendo el pulso en la garganta.

—Te quedarás tú, que eres una sumisa —le respondo.

Todas se ríen, pero es como si se burlaran de mí. Vale, ya comprendo el doble significado. En realidad, lo somos.

—No te pongas roja, mi amor —dice Noa con una sonrisa mordaz —. Ya estamos acostumbradas a que hagas el ridículo cada vez que abres la boca.

La tensión explota dentro de mí y no lo puedo evitar así que las miro a todas, y levanto la voz.

—¿Pero qué os pasa? ¿Esto os parece normal? ¿De verdad vamos a quedarnos aquí, esperando a que decidan por nosotras si vivimos o morimos?

¿Acabo de decir *vivimos o morimos*?

Un escalofrío me recorre cuando entiendo la gravedad de la situación. No, esto no es cachondeo, no es un domingo por la mañana de resaca, vomitando en el váter. Tampoco es bloquear a algún tipo que se ponga pesado, o mentirle a Lyn diciéndole que he estudiado. Esto es real. Unos putos mafiosos han atacado el hotel, y no sé qué pasará con nosotras. Y Bram…

Oh, Dios.

Bram está ahí fuera. Y mientras todas juegan a hacerse las duras o las indiferentes, yo no puedo quitarme de la cabeza el pensamiento tan brutal como un puñetazo en el estómago, de que algo malo podría pasarle.

¿Y si lo hieren? ¿Y si esta vez ese narcotraficante italiano se ha salido con la suya y lo ha matado? ¿Por qué tarda tanto en volver?

Intento autoengañarme diciendo que me da igual, que puedo vivir sin él, pero la verdad es que cada minuto aquí dentro me ha ido devorando la angustia.

Cuando me ha dejado aquí, he querido hacerme la fuerte, pero lo único que deseaba decirle antes de que saliera era que tuviera cuidado. Por favor. Pero no se lo he dicho y ahora siento que me ahogo. Me muerdo el labio, con las uñas clavadas en el sofá. ¿Por qué tengo que ser tan orgullosa a veces?

El ambiente en la sala es sofocante, y la idea de perderle acaba conmigo. La idea de no haberle dicho todo eso que tenía ganas de decirle. Y quizá ya sea demasiado tarde.

Se hace un silencio incómodo. Una de las *ninfas*, una rubia que lleva tatuajes hasta en el culo, murmura sin mirarme:

—Pues yo prefiero quedarme aquí. Ya bastante tenemos con sobrevivir, ¿no?

—Claro, tía —una suelta una carcajada, me da la impresión que es la que siempre defiende a Noa—. Entonces, ¿para qué sirven los hombres? Salvo para protegernos y mimarnos. Y nuestros dioses están muy preparados.

Qué imbéciles.

Las demás se ríen, pero yo no cedo.

—¿Para qué sirven los hombres? —repito, sarcástica, mirándola de arriba abajo—. Para muchas cosas, sí, pero ninguna de ellas incluye decidir si yo puedo luchar o no por mi propia vida.

Noa bufa y se cruza de brazos. Quiere soltar alguna frase de las suyas, pero de repente, la puerta se abre como si el mismísimo Zeus hubiera decidido hacer acto de presencia. Y lo hace. O, mejor dicho, entra el dios Hermes, como un torbellino.

Se para en la puerta, dominante, mientras el resto de *ninfas* bajan la cabeza. Pero yo no puedo fingir, siento la angustia apretándome la garganta.

—¡Ohhh! —exclamo, siendo yo la único que me llevo las manos a la boca y lo miro fijamente.

Lleva el rostro cubierto por ese antifaz bellamente ornamentado que apenas disimula unos ojos verdes preciosos que esta noche se han quedado sin brillo. La barba de tres días enmarca su mandíbula, varonil y firme, y hasta los labios —que están manchados de sangre seca en la comisura— parecen diseñados para el pecado. Lleva la toga griega caída, dejando al descubierto el hombro izquierdo, donde un rasguño rojo y feo mancha su piel. Sus tatuajes contrastan con esa herida y siento un escalofrío.

Sin pensar, cruzo la sala en dos zancadas y me arrojo a sus brazos, con el corazón en la boca y el pulso disparado.

—¿Estás bien? —pregunto, apretándome contra él.

Siento su calor, el latido violento bajo su piel, y el leve temblor de su brazo al rodearme. Él me mira con las pupilas dilatadas, y la

respiración agitada. Y, por un segundo, todo desaparece. Solo quedamos él y yo, abrazados, con el corazón latiéndonos al unísono.

Pero lo realmente sorprendente no es la sangre. Ni la toga, ni tampoco la preocupación en su rostro. Lo verdaderamente demoledor es que, de todas las *ninfas*, su atención recae sobre mí. Solo en mí. Y sé que eso implica multiplicar el número de enemigas que ya tengo aquí, porque todas me miran de reojo, pero sus caras largas lo dicen todo. Noa, su ex favorita, parece que va a estrangularme con la mirada.

Bram ni siquiera las saluda.

—Ven —ordena.

El resto del grupo nos ve marchar, sin entender nada, ya que él tampoco da ninguna explicación, solamente me empuja de la cintura hacia la escalera.

—Bram… —susurro—, ¿qué está pasando?

Veo cómo se arranca el antifaz tirando de mi mano por la escalera, en dirección a la segunda planta. Me mete en su habitación y cierra la puerta tras nosotros, con un ruido tosco. Yo también me deshago del antifaz y lo tiro sobre la mesa.

—Está pasando lo que tenía que pasar.

—¿Quién te ha hecho eso? —Me lanzo a él, verdaderamente preocupada.

De repente, Bram sonríe en medio del caos, mostrándome esa sonrisa ladeada que lo hace ser peligroso y magnético. Y entonces, no sé cuándo, ni cómo, me presiona contra la puerta que hay a unos pasos y me besa en los labios con fuerza. Yo sigo tan bloqueada que…

Santo Cielo.

¿Por qué estoy tan fría y me cuesta tanto besarle como él hace conmigo? ¿Por qué no puedo, aunque me muera de ganas?

—Uhmmm —ronronea contra mi boca dándome besos suaves y toscos—, ¿de verdad te has preocupado por mí?

—Claro que… sí.

Sé que le hablo con el rostro descompuesto porque no entiendo nada. No entiendo qué me pasa. Quizá sea la decepción, y no poder olvidar sus actos conmigo. No es tan fácil hacerlo.

—Ha sido una noche larga, mi vida —susurra apretándose tanto contra mí que me conmueve.

Me emociono porque es como si en mis brazos buscara refugio, y yo… yo no soy capaz de responderle por el bloqueo que siento.

—Es tan difícil esto.

—¿Qué? —susurro, sin aliento.

—Darte cuenta de que hay alguien que se preocupa por ti de verdad, reina.

Entonces le acaricio ese pelo de color carbono que ahora está deliciosamente revuelto —cuando él siempre lo lleva impecable—. Por fin, soy capaz de pegar mis labios a su mejilla y deslizarlos lentamente a su boca. Es como si sus palabras me hubiesen tocado la fibra sensible y en estos momentos no tengo dudas de que estoy perdidamente enamorada de él.

Lo amo.

Muchísimo.

Pero él jamás lo sabrá. No puede saberlo, no cuando no puedo mirarlo a los ojos con confianza. No cuando me prometí a mí misma que jugaré al juego de los dioses solo para salirme con la mía. Aún no estoy segura de que él no tuvo nada que ver con esas notas y todo el complot urgido en mi contra, y eso me desestabiliza más todavía.

—Te he echado de menos, bebé. Y eso hace que me esté replanteando castigarte o no por no haber bajado la mirada, tal y como te pedí.

—¿Crees que estoy ahora para cumplir tus reglas? —Lo miro perpleja, separándome de él.

—Quizá tú crees que no —sus rasgos se vuelven serios—. Pero yo pienso que sí, y deberás acostumbrarte, Dafne.

«Otra vez ese nombre», pienso.

Es como si Bram entrara aquí, en este sitio y fuese otra persona.

—A ver si lo recuerdas. ¿Qué te dije?

—Que… —titubeo.

—Baja la mirada, cielo —demanda.

Lo miro fijamente, sin creer que acabamos de ser atacados y que él me está soltando el sermón de las normas.

—¿Ha quedado claro que la próxima vez que estés en presencia de los demás, bajarás la vista ante mí?

—Sí —afirmo bajando la cabeza lentamente.

—¿Solo sí?

—Sí, mi dios —completo la frase.

—Bien. Ahora puedes mirarme. Bueno, te lo explicaré en una frase —suspira como si estuviera vencido—. Jamás pensé que viviría esto, pero el mafioso italiano no solo sabe el nombre real del líder de *Álympos.* Sabe los nombres de todos.

—¿De todos?

—Sí.

—¿Y…?

—Tranquila —se nota tenso cuando se gira y mira por una ventana enorme—. Estamos entrenados para esto, el único problema ha sido que mientras hemos intentado recuperar la mercancía, nos han tendido una trama. No contábamos con que sabían que nuestra sede es justo este hotel. Así que han aprovechado que casi todos nuestros agentes estaban fuera para atacarnos.

Agentes.

Esa palabra me parte la cabeza en dos como un rayo.

—¿Y Lia…? —susurro.

Me detengo.

«Liam»

Le desvío la mirada y cierro los ojos mientras los latidos galopantes en el pecho me traicionan. Espero que él no lo haya escuchado.

—¿Qué has dicho? —se gira.

Parpadeo y aclaro mi voz.

—Nada. ¿De qué se trata? —desvío el tema—. ¿Qué mercancía han ido a recuperar?

—Cocaína pura y cara. Joder, vale millones de dólares y solo espero que la hayan podido recuperar y esos cabrones no se hayan salido con la suya. Apolo no da señales.

—¿Apolo?

—Jack.

Vale.

—¿Quién es el líder de *Álympos?* —le pregunto.

Bram me mira y sus ojos se oscurecen como el mar en una tormenta. Se acerca y, por un instante, no es el dios Hermes, ni el mafioso, ni el hombre que juega a dominarme. Es solo un tipo cansado, herido y jodidamente guapo.

—Ares —me responde y sigue—. Gracias a Zeus, hemos mantenido *El Templo* a salvo —añade, casi en un suspiro.

Le miro atónita.

—¿Así que era una mentira? ¿Eso de que estaría a salvo aquí?

Sus labios se curvan.

—En este mundo nadie está a salvo, ni siquiera yo. Y aunque ya eres parte de esto, y la Comisión no actuará en tu contra, hay otra gente ahí fuera que no sigue las reglas. Siento decírtelo, pero hay monstruos peores que yo.

—Genial. —Levanto la ceja—. Todo lo que siempre he soñado: estar en peligro cada puto día.

—No te engañes, bebé. En el fondo, el peligro te atrae.

—No me quedaré de brazos cruzados, ni me esconderé siempre detrás de ti, Bram. Y quiero que lo tengas claro.

Le desafío, mirándole a los ojos. No añado que acabaré con sus malditos colegas uno por uno.

—No pienso quedarme en la sombra. Y ya que estamos, me parece un sistema machista de mierda. ¿Por qué las mujeres aquí no pueden tener ni voz ni voto?

Se ríe bajo, cruzándose de brazos.

—La tienen, pero para eso debes ser una diosa. Solo una diosa tiene poder aquí, siendo mujer. Y libertad.

«Una diosa», me repito por dentro.

—¿Y qué hay que hacer para eso? ¿Presentar un currículum?

—No —dice seco, como si le intrigara y enfadara mi interés, en igual medida—. Al no ser una heredera, tienes que ganarte el favor de todos los dioses. Y ya me entiendes lo que eso significa.

Levanto la barbilla, desafiante.

—¿Pasar por sus camas?

—Eso y más.

Por un instante, el silencio se instala en la habitación de Hermes. Nos miramos los dos, inmóviles, como depredadores a punto de atacar.

—¿Estarías dispuesta a hacerlo? —pregunta frío como el hielo, con una ceja en alza.

Mi boca se curva en una sonrisa sardónica. Debo barajar todas las opciones.

—¿Y si te dijera que sí?

Antes de poder continuar, él se me acerca con las facciones tensas. Lo noto en su mandíbula apretada. Lo reto, sosteniendo su mirada sin pestañear, como si fuera posible ganarle este pulso, aunque ambos sepamos que nunca nadie lo ha hecho. Bram está herido y furioso y, sin embargo, la llama de absoluta posesión de su mirada me indica que no está de acuerdo.

Él no parpadea, no retrocede, solo clava sus ojos en los míos y sé, sin palabras, que el límite lo vamos a poner aquí y ahora.

Entonces, se acerca lentamente y me alza la barbilla con dos dedos. Me obliga a mirarlo.

—¿Te gusta desafiarme, Dafne?

Siento el pulso en la garganta y el temblor en los muslos. De repente, la mano con la que me sujeta la mandíbula se desliza por mi cuello, marcando territorio. No es un gesto brusco, pero sí amenazante.

—¿Quieres ser una diosa? —me pregunta en un tono autoritario.

—Quiero ser libre.

Su boca se aprieta.

—La libertad, aquí, empieza donde acaba tu voluntad y empieza la mía.

No dice nada durante unos segundos, solo me observa, y esa mirada me desarma más que cualquier palabra. Siento que no respiro hasta que habla.

—Desnúdate, Dafne. Ahora.

Su voz es dura, sin una pizca de compasión. El dios ha vuelto a su trono.

—Pero… no es el momento y estás herido.

—Yo decido el momento —dictamina mientras me da la espalda.

Cuando deja caer la toga blanca que lleva unas manchas, fijo la mirada en el tatuaje de las serpientes, gruesas y enroscadas en su espalda, cubriendo gran parte de su piel.

Obedezco, aunque me tiemblan las manos. Dejo caer mi vestido, expectante. Bram se mueve despacio, completamente desnudo, dejando al descubierto su pecho tatuado, la herida aún sangra levemente en su hombro.

—¿Me tienes miedo?

—No, mi dios —le respondo, sosteniéndole la mirada.

—No te creo.

Su expresión se ablanda, apenas un segundo. Pero vuelve a endurecerse. Se acerca, me toma por la nuca y me obliga a mirarlo

de cerca, su pulgar rozando mis labios.

—¿Sabes lo que ocurre con las *ninfas* desobedientes?

—¿Van al Infierno? —sonrío.

Mi vello se eriza poderosamente ante semejantes vistas. Porque si dijera que el dios Hermes tiene el cuerpo más perfecto que hay sobre la faz de la Tierra, me quedaría corta. Es como si fuese el mismo Diablo personificado, decidido a tomar el rostro de la perfección solo para recordarte que no podrás vivir sin él. Que no eres nadie sin él.

—No, reina —responde—. Aprenden. Porque yo las enseño.

Me estudia con la mirada felina del depredador antes de saltar sobre su presa. Me siento desnuda en todos los sentidos ante él, y todavía más cuando Bram da un paso atrás, y observa la habitación —su habitación.

La cama ocupa el centro. Una cama de dosel enorme, pero en vez de los típicos postes de madera tallada, está sostenida por cuatro columnas de acero mate, de las que cuelgan cadenas gruesas y perfectamente pulidas, con grilletes abiertos a diferentes alturas y unas esposas de cuero en el extremo. No me detuve mucho a mirar la otra vez, estaba demasiado centrada en el cuarto de al lado, pero juraría que esto no estaba.

Bram toma una de las cadenas, y la hace sonar con un tirón.

—Ven aquí.

Obedezco, sintiendo el corazón latirme en las costillas. Me tumbo en la cama boca arriba y doblo las piernas. Él me coloca de modo que mis rodillas quedan separadas en el centro. La textura fría de la sábana negra me envía una corriente eléctrica por todo el cuerpo, pero su figura tan imponente sobre mí me anula al completo.

—Te ataré las manos y pies. Y no lo hago por mí. Lo hago por ti.

—¿Por qué? —murmuro tensa.

—El cuerpo sabe cuándo está en peligro y la adrenalina se dispara. Eso hará que sientas el doble de placer —indica mientras cierra las esposas en mis muñecas.

Joder. El roce del metal y el cuero me pone la piel de gallina. Lo mismo hace con mis tobillos, separando mis piernas y convirtiéndome en su festín.

—Esto es muy fácil, tesoro. Ya verás. A mí me gusta dominar y a ti ser dominada.

—¿Y si no me gusta?

—¿Lo ves? —Esa sonrisa maquiavélica que me dedica me hace temblar más aún—. El problema no es esta cadena —me acaricia los tobillos y me mira—, es tu mente. Tu mente es el verdadero problema. Pero para eso estoy yo, para abrírtela. Igual que las piernas, cada vez que me apetezca, ¿estás de acuerdo?

—Sí.

—¿Quieres tenerme dentro ya?

—Sí, quiero.

—¿Mucho?

—Ohhh… —suelto un quejido cuando aprieta y tira de uno de mis senos.

—Respóndeme, Dafne —insiste—. ¿Me dejarás que te folle cada vez que quiera y donde quiera sin objeciones?

—Sí, mi dios.

—Oh, pequeña… eres preciosa. No sabes cuánto. —Me acaricia el cabello y la mejilla—. Por Zeus. No tienes ni puta idea de las ganas que tenía de tenerte aquí, atada a mi cama. He soñado tanto con este momento.

Mi aliento me traiciona. La vulnerabilidad es total, y, aun así, me siento poderosa.

«¿Es así como se siente?», me pregunto mientras la sangre me martillea en las sienes. Incluso con el corazón desbocado, permanezco inmóvil y expectante.

Él me observa, se deleita con mi tensión.

—¿Sabes por qué la mayoría de las mujeres no llegan a ser diosas?

—Porque no son fuertes —respondo.

—Exacto.

—Pero no yo.

—Eso ya lo veremos.

Me venda los ojos con una banda de satén, dejándome en una oscuridad extraña donde solo existen mis sentidos, el zumbido de las cadenas moviéndose, y mi respiración cada vez más agitada.

—Una *ninfa* obedece, una diosa manda. Para llegar ahí, primero vas a aprender a obedecer, ¿entiendes?

Entonces siento el roce de sus dedos desde la rodilla hasta mi abdomen, mis senos y finalmente mi cuello.

—Hoy tu dios estrenará muchas cosas contigo.

De repente, desliza algo frío, del grosor de dos dedos, entre mis nalgas. Sospecho que es ese *plug* metálico que me mostró cuando vine a este sitio, en la fiesta de *Halloween*. Esta mojado y firme. Agradezco que lo haya lubricado.

—Tranquila, lo haré despacio. Soy un buen amo, aunque te cueste creerlo.

Siento cómo lo empuja con paciencia, jugando con mi resistencia. El frío me arranca un escalofrío y luego el calor lo sustituye, fuego puro en mi columna.

—Ohhh —gimo.

—Se trata de eso, preciosa —dice—. Sentir y aguantar el dolor. Mi polla es más grande que esto y, ¿qué crees? Hoy la probarás.

Acaricia mis muslos, los azota levemente con la palma, midiendo mi reacción.

—Y ahora dime… —susurra en mi oído, sensualmente—. ¿Quién manda aquí?

—Tú, mi dios —gimo, ya jadeante.

Por inercia, intento juntar las rodillas, pero las caderas no me lo permiten, me tienen completamente abierta. Por y para él.

—Así me gusta.

Escucho el crujido de algo y sus pasos al lado de la cama me sobresaltan. La sensación de la ceguera es bastante extraña y todavía no me lo puedo creer. Jamás me han vendado y él tiene razón. No saber qué es lo siguiente que hará, me excita y magnifica mis sensaciones.

Oigo el sonido inequívoco del cristal y de algo metálico.

—Hoy vas a probar lo que vendemos, necesito saber tu opinión.

Siento cómo acerca su mano a mi cara.

—Abre la boca.

Obedezco.

—Quiero ver esa lengua traviesa.

Me coloca el polvo en la lengua, y aunque dudo, cedo ante su orden. Debe ser cocaína, es lo que venden. Jamás me he drogado y lo máximo que he probado ha sido la marihuana, pero no hay nada que pueda hacer, salvo obedecer. La cocaína es amarga y me quema la garganta. Dispara mi pulso como una tormenta y al momento siento que la habitación gira.

Joder. Solo espero salir viva de aquí esta noche.

No es solo mi pulso, es todo mi cuerpo. Mi piel se vuelve más sensible y el subidón de adrenalina me atraviesa.

—¿Te gusta?

—No sé, es… raro.

—Te acostumbrarás. Esto te mantendrá con energía y te dará fuerzas para seguirme el ritmo.

—¿El ritmo?

—Esto es mi deporte favorito, nena —matiza, y mi cuerpo responde con su voz, como si ya supiera que él es su dueño—. Y no me conformo fácilmente.

No esperaba menos de él.

Noto el efecto de la cocaína subirme por las venas, cada vez más. El mareo está desapareciendo y noto una sensación extraña. Indescriptible y poderosa.

—¿Quieres conocer a mi otra nena?

Sé que se trata de un látigo cuando noto algo de cuero en mi muslo acariciándome. No sé qué látigo va a usar, solo escucho el crujido del cuero en el aire y luego el estallido suave y eléctrico sobre mi piel.

—Uhmmm —suelto un gemido suave.

—Hoy toca el látigo inglés, Dafne. No dejará marcas, pero no lo olvidarás nunca —susurra.

La humedad se instala entre mis piernas y el roce a veces suave y otras veces duro e inesperado del látigo me provoca un placer agudo, y ni siquiera me ha tocado. ¿Será la cocaína?

Y, de repente, siento el roce del polvo sobre mi abdomen, señal de que él está esparciendo la droga sobre mí.

—La mejor combinación, mi amor. La más placentera: tú y ella.

Siento cómo aspira la cocaína de mi vientre, de mi pubis y de mis pechos, cómo la lengua y los labios lo siguen, lamiendo y besando cada milímetro de mi piel. No veo nada, pero percibo el temblor de las cadenas, su respiración sobre mi boca, el calor húmedo de sus besos obscenos que descienden y suben por mi cuerpo.

Me retuerzo con fuerza, intentando no desmayarme por las cosquillas y el placer que siento cuando su lengua me azota por todas partes. Me aprieta los muslos con ambas manos y atrapa mi clítoris entre sus labios.

—Estás muy mojada, tesoro.

Después, lo siento deslizarse sobre mí como una serpiente. Su piel me quema. Me muerdo el labio cuando me lame el cuello y después los senos. Chupa mis pezones intensamente.

—¿Estás segura de que aguantarás todos mis juegos, ehm? —su voz ronca retumba en mis oídos.

—Sí.

—¿Seguro?

Dos de sus dedos me ejercitan poderosamente mientras su aliento me golpea la boca.

—Sí, mi dios.

—Vale. Te propongo un reto hoy: no correrte.

Joder.

Aprieto los dientes y los puños cuando algo me sacude el vientre como si estuviera a punto del orgasmo. No puedo creer que estoy encadenada, vendada y chorreando. Y que, para colmo, él me diga que no puedo.

—Se trata de eso… —murmura tentándome con sus labios— darme todo de ti, hasta la última gota, Dafne. Pero solo cuándo yo lo decida.

Su boca se apodera de la mía con un beso obsceno, cargado de erotismo.

—Oh, Dios… —suspiro, desesperada.

—Yo soy tu dios.

—¡Maldita sea! —gruño cuando me penetra con dos dedos de golpe.

Su lengua me invade con lascivia, mientras sus dedos entran y salen de mí violentamente, hasta llevarme al borde de la locura. No puedo más. Arqueo las caderas, removiéndome contra su cuerpo cuando siento la doble presión en mi vientre.

—Hoy me conocerás de verdad, ¿lo quieres?

—Sí lo quiero —le respondo, sin poder reprimir las ganas.

—¿Sí qué, reina?

—Sí, mi dios.

—Buena chica.

Siento su mano atrapándome la cintura y, con un golpe de cadera, me penetra con el *plug* dentro, arrancándome un gemido que me deja fuera de combate. Veo las estrellas literalmente. Empuja como una fiera en mi interior mientras me presiona la espalda y me sujeta levemente, acercándome más a él.

—Mi dios… —balbuceo, completamente anulada por las cadenas.

Quiero abrazarlo y aferrarme a sus hombros, pero parezco Jesúcristo crucificado. Mis brazos están abiertos y mis muslos igual, con él instalado entre ellos.

—Así, nena. Aguanta. Lo agradecerás.

—No… no puedo.

Me besa desquiciado, apoyado en un codo, sobre mí, empujándome las caderas contra él. Y no se detiene ahí. Me azota, me lame, me muerde, me alza entre sus brazos, cuando se coloca de rodillas. No veo nada, tan solo me siento manejada por sus manos.

Me sienta sobre su regazo y me penetra desde abajo, haciéndome sentir el temblor de las cadenas y la vibración de las esposas en cada estremecimiento.

—Lámelo —me ordena sensualmente, quitando el *plug* y llevándolo a mi boca—. Si quieres ser diosa, hazlo.

Lo hago, derrotada y extasiada. Lamo el objeto alargado, empapado de mí.

—Ahora, tu dios va a tomar lo que es suyo.

Me sorprende cuando me aprieta contra su pecho y me embiste por el otro lado, sin piedad alguna. Siento su dureza desorbitante casi desgarrándome el recto, y el dolor es insoportable. Me saca lágrimas, pero es extraño, porque el efecto de toda la mierda que me ha metido en el cuerpo, y él profanándome me hace vibrar las entrañas. Y cuando un orgasmo sublime me alcanza, los espasmos en el vientre me dejan sin conocimiento por un instante.

Me sujeta por la cintura con una mano y aprieta mi nuca con la otra, besándome con un salvajismo que jamás antes había notado en él. Suelto un grito sonoro que él ahoga en su boca y siento que he tocado el puto cielo con la mano.

Nunca.

Jamás.

He sentido…

ESTO.

Mis extremidades están entumecidas y la sensación es parecida a cuando te tiras en un paracaídas, elevado al cuadrado.

Pero él se detiene.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo no estás preparada?

—Por Dios… Bram.

—¡Hermes! — me grita, saliendo de mí—. No sé si lo entiendes ya. Aquí no soy Bram. Aquí no se trata de sexo fácil, sino de vicio y poder —su voz carrasposa me hiela y sus dedos en mi nuca me hacen daño—. Y ahora te voy a follar mientras te azoto hasta que no sepas ni tu nombre, hasta que lo único que salga de tu boca sea la palabra HERMES. Y cuando te vea temblar y te oiga rogar, ahí es cuando voy a decidir si te mereces volver a llamarme por mi nombre. ¿¡Lo entiendes ya, maldita sea!?

Estoy totalmente desorientada, pero aun así oigo un golpe fuerte en la puerta. Un golpe que nos interrumpe.

—¿Quién? —oigo su voz y su mano en mi nuca, desenredándome la venda sedosa que me cubre.

Siento el ardor de su mano en mi piel marcada, el sudor y el temblor de mis piernas atadas.

—JB, señor. El invitado ha llegado.

—Espera.

Por fin recupero la vista. Veo cómo sus labios se arquean, apretándome contra su pecho de acero.

—No hace falta preguntarte si te has divertido, ¿verdad? —Me mira fijamente, con una expresión relajada.

—¿Qué?

El aire no me llega a los pulmones, y siento la vista borrosa. Aun así, sus ojos de un verde intenso me relajan.

—Pensaba que estabas enfadado.

—Jamás podría enfadarme contigo —dice—. Espero que al menos yo haya sido un buen amo, porque tú has sido una sumisa pésima.

—Estás loco… —murmuro boquiabierta.

—Lo estoy… —suelta una risita simpática y cierra los ojos mientras me besa la frente—. Es por ti. Tú eres la que me vuelve loco y me acelera el puto corazón. Estás tan metida en mi puta cabeza, que ni siquiera soy capaz de enfadarme contigo de verdad cuando me miras con esos ojos de diablilla. Aunque ni yo mismo me lo crea, soy un blando… ¿pero sabes qué es lo peor de todo? Que no me importa.

Su sonrisa me llena el corazón porque siento que me sonríe con el alma, no con la boca.

—¿Por qué pareces otro?

—No soy otro, solo te muestro otra parte. Todos tenemos nuestro lado oscuro, ¿o tú no?

—Bram…

Llámame estúpida, pero no puedo evitar emocionarme. No puedo ser indiferente, por más que intente odiarlo.

—Dime, mi vida.

—Necesito abrazarte y sentir, aunque sea por un momento, que esto es… real.

—Es lo más real que has vivido nunca.

—¿Cómo hago para poder confiar en ti? —digo, sintiéndome perdida—. ¿Cómo hago para poder abrir mi jodido corazón, Bram?

Me mira en silencio por un instante, como si estuviera pensando. Después se lanza a las esposas y me las quita deprisa. Enseguida me envuelve entre sus brazos y pega su frente a la mía con fuerza.

—Sé que es difícil, pero lo único que se me ocurre es que lo intentes.

—¿Cómo? —susurro—. ¿Cómo lo haré después de darme mil motivos para odiarte? ¿Cómo, joder?

—Dándote mil motivos para amarme —murmura con esa voz aterciopelada que me acaricia el corazón.

—Pero…

No puedo hablar. Estoy emocionada.

—Abrázame, ¿vale? —susurra—. Solo abrázame. Abrázame fuerte.

Entonces, rodeo su cuello con toda la fuerza que me queda, y pego mi mejilla a su rostro, convulsionando de placer y de amor. Rebosando de todo lo que siento por este hombre que ha puesto patas arriba mi vida en unas pocas semanas.

—Ojalá pudiera explicarte lo feliz que me haces. No solo a mí Hermes, sino a Bram. Y sé que suena… —su voz se quiebra al instante— de locos. Soy un puto cursi, pero ojalá yo pudiera hacerte la mitad de feliz que tú a mí. Pero no sé cómo, Roberta. No sé cómo hacer feliz a una mujer salvo en la cama, ¿entiendes?

Mi alma llora de felicidad porque esta es la persona que quería ver desde el principio. Era ÉL. ESTE. El Bram de ahora.

—Ojalá pudiéramos empezar de cero. Ojalá pudiera borrar esa primera maldita noche que te traje a este… —aprieta los dientes— sitio. Jo-der.

Las lágrimas surgen en mis ojos mientras sonrío. Es extraño, porque me siento tan triste. Oh, Dios, tan triste, pero a la vez, tan feliz. Suspiro, con las lágrimas corriendo por mis mejillas, pero sé que son de felicidad.

—Empecemos de cero —susurro, apretando su bello rostro entre mis manos—. Aquí y ahora.

Esas palabras me salen de muy adentro. Son liberadoras. Demasiado profundas. Y suenan tan… jodidamente reales.

—¡Por Zeus! —completa él, con la misma mirada llorosa que la mía—. ¿De verdad? ¿Juntos aquí y ahora?

—Juntos… —suspiro contra sus labios.

Pero otro golpe en la puerta nos separa cuando estamos a punto de darnos un beso, y nos trae de vuelta a la realidad.

—Bueno, no hagamos a JB esperar más. Además, te tengo una sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—¡Vamos, rápido! —Se pone de pie y me desencadena las esposas de los tobillos.

Yo estoy exhausta, pero él parece que ha cobrado vida en un minuto. No sé cuándo me ayuda a vestirme, y yo le ayudo a él a colocarse esa toga que le quitaré encantada cada noche.

—¿Pero qué es?

—Shhh —dice travieso y me da un beso apretado en la mejilla—. Espera.

Sonrío, expectante y me quedo de pie, arreglándome el vestido mientras él corre hacia la puerta y abre.

—Solo una cosa antes. —Alza el dedo—. Dime… ¿qué serías capaz de hacer por mí?

Está chiflado. Pienso, con un dedo en la barbilla, y lo miro.

—No sé, ¿y tú? ¿Qué serías capaz de hacer por mí?

No me responde, tan solo me guiña un ojo como si estuviera impaciente por mostrarme su sorpresa.

CAPÍTULO 25



BERTA

Miro atenta hacia la puerta, frotándome las manos. JB aparece, pero no está solo. A su lado, empujado y cabizbajo, veo a un hombre atado, con la boca tapada y las manos esposadas a la espalda. Por un instante, mi cerebro no lo reconoce; después, el asco me sube al estómago.

Es el agente Taylor.

Ese rostro. Ese aliento de perro y esa mirada enferma. Me quedo petrificada y la sonrisa se me borra cuando veo al agente de policía delante de mí.

—¿Qué… es esto?

Bram no dice nada. JB empuja al agente hacia adelante y lo obliga a arrodillarse en la alfombra, frente a nosotros. El tipo tiembla, y yo contengo el aliento, con un sudor frío corriéndome por la espalda.

—Te lo dije —me sonríe él, mirándome orgulloso—. Te dije que nadie te haría daño sin pagar.

Le hace una señal a JB, que le arranca la cinta de la boca. Taylor jadea y escupe al suelo. Después levanta los ojos hacia mí con mucho miedo. Está sudando y su labio sangra. Entonces, Bram hace un gesto tosco con la mano y JB le tiende una pistola.

De repente, me la da a mí.

—Toma. Dale lo que se merece, reina.

El arma pesa en mi mano y el frío del metal me paraliza.

—No… —susurro, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué…?

—Hazlo. —La voz de Bram es más dura que nunca—. Hazlo y se acabó.

Los recuerdos me golpean: sus manos, su aliento, el asco, la humillación. Oh, Dios. Me encantaría hacerlo. Ese cerdo se lo merece, así que aprieto ambas manos en la pistola y lo apunto, tal y como aprendí en las clases de tiro.

Suspiro, temblando. No puedo creer que esto sea real, Bram ha traído al policía hasta mí y quiere que lo mate.

—Hazlo —dice—. Es fácil, aprieta el gatillo y…

—¡No puedo! —le grito, sintiéndome presionada.

—Tranquila —él me acaricia la espalda con suavidad—. Recuerda lo que te dije. Aquí solo sobreviven los fuertes, y yo no quiero una *ninfa* débil. Ese cabrón se lo merece y lo sabes.

Las lágrimas me arden en los ojos. Lo sé, por supuesto que lo sé, pero me está pidiendo que mate a una persona.

—Yo… —tartamudeo.

JB mira a Bram como pidiendo permiso, y este asiente.

—Déjalo que hable —ordena Bram.

El agente, ensangrentado, balbucea:

—P-por favor, perdón.

—Perdón *señorita* —recalca Bram con crueldad.

—Por favor, no lo haga, lo siento —el hombre llora—. Perdón, señorita…

Me estremezco, incapaz de respirar.

—Eres la *ninfa* de Hermes, Roberta —escupe Bram, los ojos verdes convertidos en acero—. Demuéstralo.

Aprieto la pistola, pero el temblor en mis manos es incontrolable. No puedo apartar la mirada del miedo que veo reflejado en sus ojos.

—¡No puedo, maldita sea! No puedo hacerlo. No puedo…

Él me mira desesperado cuando nota cómo bajo la pistola lentamente, completamente desbordada. JB mira al suelo, incapaz de sostener mi mirada. Pero antes de bajar la pistola, Bram me la arranca de la mano de un tirón.

—¡Míralo, reina! —exige, y cuando levanto la vista, sus ojos están llenos de odio—. Esto va por ti.

Sin más, apunta a la cabeza del agente de policía y aprieta el gatillo. El disparo retumba en la estancia como un trueno en medio del silencio. El cuerpo se desploma, y la sangre y fragmentos de cráneo salpican la alfombra y mi vestido.

Me llevo las manos a la boca, paralizada. Siento el asco, las náuseas, el pánico. Bram permanece de pie, inmóvil, con la pistola aún humeante y los ojos fijos en mí.

—¿Qué… qué has hecho? —balbuceo, sin poder respirar.

Él me observa, como un animal herido, con una sombra de dolor en su mirada.

—¿Pensabas que bromeaba cuando te dije que nadie podía hacerte daño? —suelta—. JB, apártalo ya de mi vista.

—Quizá poniéndole una denuncia…

—Bueno, ya no.

Las palabras me salen a gritos, desgarrándome la garganta, mientras mis manos tiemblan y me dejo caer al borde de la cama mirando fijamente a JB tirando del cadáver de ese hombre hacia fuera. Otro más va a ayudarle, pero yo ya no veo nada. No pienso, ni razono. Tan solo cambio mi vista al vestido manchado de sangre. Bram se arrodilla a mi lado, al verme así, la furia disolviéndose en un dolor crudo, casi infantil.

—Ahhh, bebé —dice con un suspiro profundo, arrodillándose y dejando caer la frente en mis rodillas—. Tienes que ser más fuerte y esa escoria te pegó y te intentó violar. No se merecía tu compasión.

Estoy en *shock.*

—¿Cómo sabes que fue él?

—Eso da igual.

El sonido de mi teléfono nos interrumpe. Apenas soy capaz de reaccionar, pero mi instinto me obliga a levantarme y buscar el bolso en la silla. Me tiemblan las manos. Necesito comprobar si es Aylin.

No le he escrito en toda la noche. Me fui de su fiesta de cumpleaños sin decirle nada, y ni siquiera sé si está bien.

Desbloqueo el móvil, esperando ver su nombre. Pero lo que veo es un mensaje anónimo, sin remitente. Solo un icono. No sé, parece un vídeo.

¿Un vídeo?

—¿Quién es? —pregunta Bram, acercándose.

No le contesto porque me temblaría hasta la voz. Solo pulso el botón de reproducción. En la pantalla, la imagen es borrosa al principio. Pero después la resolución mejora y la cámara se acerca. Parece una cámara de vigilancia de un cuarto. Cuando la escena se vuelve nítida, veo mi cara.

Soy yo.

Estoy desnuda, completamente expuesta, tumbada boca arriba sobre una cama extraña, rodeada de cuatro hombres enmascarados. Todos altos, fuertes, y la mayoría rubios. Sus cuerpos me rodean como una jauría, y sus manos recorren mi piel. Mis ojos están cerrados, aun así, muevo la cabeza de vez en cuando, como si estuviera medio dormida. Incluso me llevo una mano a la cara y me intento apoyar en un codo, completamente desorientada.

Me llevo una mano a la boca y todo se mueve a mi alrededor. Sigo mirando, sin poder creer lo que estoy viendo.

Uno de ellos me empuja la cabeza y me obliga a lamerlo. Otro me agarra de la cintura acomodándose entre mis piernas. Y por un momento, la cámara capta el brazalete de laurel dorado en mi brazo. Ese brazalete. Lo llevé hace una semana, en mi supuesta conversión. Pero ahí no pasó nada, no fue así. Recuerdo haberme ido a la residencia después.

Sin embargo….

Joder. También lo llevé en la fiesta de disfraces, al principio de curso. La copa de champán, la confusión. Los moratones inexplicables en mis muslos, al día siguiente. Despertarme en la

habitación de Bram, con dolor de cabeza, medio desnuda, sin recuerdos claros.

El móvil tiembla en mi mano y mi respiración se corta. Siento el asco quemándome por dentro cuando me doy cuenta de la realidad.

El vídeo dura solo unos segundos. Lo suficiente para mostrarme empalada sobre uno de ellos, las piernas abiertas, mis brazos sujetados por otros dos, mientras un cuarto me cubre la boca con la mano. Mis ojos, vacíos. No hay voz, solo música de fondo: la misma que sonaba en la fiesta del Templo.

Después, se corta y un mensaje de texto aparece sobre el vídeo, en letras doradas:

Dafne, mi nuevo juguete en El Templo.

Firmado: Hermes.

No puedo respirar. Me llevo la mano a la garganta y busco a Bram con la mirada. Estoy pálida, desencajada, muerta en vida. Bram me observa. El terror en mi rostro lo atraviesa como un rayo. Sin esperar, salta hacia mí y me arranca el móvil de la mano. Mira la pantalla y, por un segundo, juro que lo veo tambalearse. El teléfono se le cae al suelo, y la pantalla estalla en negro.

El silencio es absoluto.

Nos miramos.

—Yo no te he mandado eso.

Me río histérica. Está claro que él no me lo ha enviado. Pero sí lo provocó.

—Tú… —la voz me sale desgarrada—. Tú… me drogaste.

Me arde el estómago y me dan arcadas. Me cubro la boca y me inclino, luchando por no vomitar. Siento la sangre en mi vestido, el hedor a pólvora, y el peso del Infierno encima. Bram extiende la mano, como si pudiera arreglar el mundo con un solo gesto.

—Ohhhhh —dice, llevándose las manos a la cabeza—. No es lo que piensas. Déjame explicártelo, por favor, déjame…

Retrocedo horrorizada, tropezando con la mesita. Estoy tan conmocionada, que cojo la pistola que él ha dejado ahí minutos atrás. Le apunto, temblorosa, sin poder respirar. Tan solo llorar. Oh, Dios. Quiero llorar. Morirme. Desaparecer. Olvidar…

—Mi amor… —sus ojos se llenan de lágrimas.

—¡Atrás! —le grito, pero mi voz es irregular—. No me toques. No…me toques.

Las lágrimas corren en mis mejillas mientras él levanta las manos, mirándome desolado.

—No dispares, ¿vale? —suplica—. No es lo que crees. Y te juro que me arrepentí en el último momento. Pero ya era tarde. Juro por Zeus que fue un error. Yo…

—¡Cállate! —le grito, con los dientes castañeteando de rabia—. ¿Cómo pudiste?

Mi corazón se ha detenido por el dolor que siento. Él… es un monstruo.

—Déjame explicártelo, por favor… —Da un paso adelante.

No. No esta vez. No después de lo que ha hecho.

Aprieto el gatillo y al instante lo veo llevándose la mano al hombro, señal de que le he dado. La pistola tiembla en mi mano y abro la boca, consternada. ¿Qué he hecho?

Oh, Dios.

—¿Qué has hecho?

Él agranda los ojos cuando su mano se llena de sangre, pero no pierde el tiempo. Salta hacia mí y me arranca la pistola de las manos, luchando por contenerme mientras yo me desmorono contra su pecho y le empujo los brazos.

—Oh, Bram…

Me tiembla todo y he perdido la cordura.

—¡Maldita sea! —Su voz es un rugido y lucha por retenerme junto a él —. Por Zeus. Roberta, ¡yo te amo! Te amo tanto, tanto, mi

vida. Te amo, aunque me cueste aceptarlo —Me obliga a mirarlo a los ojos.

—¡Cállate, joder!

—Sé que mi amor por ti no es puro —me mira con ojos llorosos —. Es obsesivo, es maligno. Oscuro…pero es tuyo. Solo tuyo, bebé.

Yo sollozo contra su pecho, inmovilizada por su fuerza.

—Necesito que esta vez me creas —dice—. ¡Lo necesito!

—No puedo. No después de… ¿¡cómo pudiste, maldita sea!?

El dolor es insufrible. Siento su cuerpo temblar, sus manos apretándome, el peso del arrepentimiento ahogándolo. Y entonces, junto mis fuerzas, todas las que me quedan, y le doy una patada brutal en la entrepierna. Él se dobla, gimiendo, y yo escapo de su abrazo.

Salgo corriendo de la habitación sin mirar atrás, bajando a trompicones la escalera de caracol, con las lágrimas nublando mi vista. Agarro la falda blanca, que ahora luce un rosado sucio. El sonido de mis pies golpeando el frío mármol me envenena con un miedo que me oprime el pecho. Un miedo que es más que fundado, más que real. Es él quien me sigue. El hombre que me drogó y me entregó a unos extraños.

—¿Estás huyendo de mí? —grita detrás, su voz haciendo eco en mis oídos—. Eso me hará disfrutar aún más. Sabes que la caza es mi juego favorito.

Dios. ¿Qué pesadilla es esta? Es como si se estuviera volviedo loco.

—¡Dafneeeeeeeeeeeeeeeeee!

Su voz hace que mi pulso se dispare, helando la poca sangre que me queda. Cambio de dirección cuando oigo pasos en la escalera de caracol. Abro una puerta blanca enorme, e invado otra sala más grande que me resulta conocida. Pero está en la penumbra, solo veo delante de mí unas amplias escaleras. Me lamento, ya que los escalones se vuelven infinitos, como si nunca fueran a acabar. Mi falda se engancha en un hierro del pasamanos, desgarrándose al

tirar con fuerza, pero no puedo detenerme. Mi corazón late tan fuerte que lo siento en mis oídos, ensordeciéndome, mientras el miedo me impulsa a seguir adelante.

El penúltimo escalón me traiciona. Mi pie se tuerce y me desplomo, chocando contra el suelo. Mis rodillas impactan con fuerza, al igual que mi cabeza. Rujo de dolor, pero no hay tiempo para lamentos. Él ya está aquí.

—¡Detente, maldita sea! —me grita—. Te lo ordena tu dios.

Cierro los ojos con fuerza, las lágrimas amenazan con desbordarse, pero no voy a darle el gusto de verme derrotada. Lo siento, siento su presencia oscura detrás de mí. Su mano agarra mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás. Su respiración, ardiente y cruel, acaricia mi oído.

—¿Adónde crees que vas? —su voz es un cuchillo que se clava en mi mente. Mis labios tiemblan, pero no logro pronunciar palabra.

—A estas alturas deberías haber aprendido, Dafne... —su tono, casi burlón, me provoca náuseas.

Aprieto los dientes mientras un gemido de dolor escapa de mi garganta. El dolor en mis rodillas y rostro es insoportable.

—¡Te dije, te dije cuáles eran mis malditas normas! —me grita con una furia infernal—. Cuando yo hable, escuchas. ¿Me has oído? Te he dicho que necesito explicártelo, ¿vale? Y tú me escucharás.

—Vete a la… mierda —susurro.

—Oh, no sabes lo que siento… —dice dolido—. El daño que me estás haciendo.

No le respondo.

—¿Quién soy, mi amor? ¿Piensas que soy un gatito que corre detrás de un ratón rebelde?

—Eres un psicópata.

—No. Te lo diré yo. Soy un león y esto es la selva —susurra en mi oído—. Soy el rey de la selva, ¿comprendes? Aquel que todos ven como inofensivo, pero, en el fondo, saben que tengo el poder de devorar todo lo que se interponga en mi camino.

Se inclina más hacia mí, su aliento caliente rozando mi piel mientras sus dedos siguen apretando mi pecho. Sus ojos enrojecidos y oscuros me atraviesan como un rayo.

—Te amo, ¿vale? Dame una oportunidad.

—Ohhh —gimo, sin poder vivir con este sufrimiento que siento—. Ojalá no te hubiese conocido nunca.

—Ojalá yo no te hubiese conocido a ti, Dafne. Pero te conocí, y ya eres mía. Lo siento.

—Estás loco.

—¡Lo estoy! —ruge, a punto de llorar, y su grito resuena en la oscuridad del pasillo—. Ya sé que es tu palabra favorita, pero no la mía. Y sí, soy un maldito loco, pero uno que te ama con todas sus fuerzas. Uno que te ha dado una oportunidad. La oportunidad de ser parte de algo más grande, algo que jamás podrías haber imaginado…

Me empuja por la nuca y me obliga a mirarlo a los ojos. Hay un destello de locura en los suyos, algo que me hace temblar.

—Mira a tu alrededor, Dafne. Esto es tu vida ahora. —Aprieta su agarre, haciendo que una punzada de dolor surque mi cuerpo.

—Mi vida será la que yo elija…

—¿Crees que tienes alguna elección?

Mis ojos recorren el pasillo vacío, buscando una salida, un refugio. Pero no hay nada. Solo él, el león, y yo, su presa.

—Te amo. —Dos lágrimas se deslizan en ese rostro tan perfecto, pero maligno—. Es por eso que no quiero que seas diosa. No lo soportaría, además…

No puedo creerle. No puedo mirarle. Debo salir de aquí, aunque me duela. Al menos esta noche. Llorar mi pena en paz. No escucho nada de lo que me dice, solo muevo la cabeza buscando una salida. De repente, veo una puerta y un destello de esperanza me llena de energía. La empujo con todas mis fuerzas, sintiendo que la libertad está a un paso. Siento su mejilla rozando la mía y todo en mi interior se rebela.

De pronto, su mano se suelta de mi hombro. Abro los ojos justo a tiempo para verlo desplomarse a mi lado, tras recibir un puñetazo. Mi cuerpo cae también, y el mármol helado recibe nuevamente mis rodillas. Pero algo ha cambiado. Una presencia.

—¡Hermeeeeees! —ruge una voz ronca, profunda, que hace que me tense.

Alzo la mirada, intentando ver algo en la penumbra. Me encuentro con un par de sandalias de cuero negras, que abrazan unos tobillos fuertes. Mi mirada sigue el contorno de unas piernas poderosas, y sube por un torso cincelado. La tela blanca que cubre su cuerpo ondea a su alrededor, como si el mismo Templo de los Dioses obedeciera sus deseos.

—¡La quiero para mí esta noche! —declara el recién llegado, con una voz ronca. Demasiado ronca.

¿Qué? Mi mente se nubla. No sé quién es, pero la mera idea de pasar una noche más en manos de otro monstruo me aterra.

Cuando miro hacia arriba, veo algo. Un tatuaje.

Aprieto los dientes con miedo, tras identificar el triángulo invertido de los hedonistas en un lado del abdomen. Respiro profundamente, pensando que podría ser Apolo, pero no, lo reconocería. Parpadeo acelerada cuando veo un tridente dibujado en su pelvis, con una horca dorada de tres pequeñas puntas reinando debajo del triángulo.

Es un dios. Uno que no he visto antes.

El pánico me inunda de nuevo. Respiro acelerada, intentando recordar a qué dios pertenece ese símbolo. Mis pensamientos son un caos hasta que su voz profunda corta el aire de nuevo.

—No juegues con fuego, Poseidón —dice Bram enderezándose.

«Poseidón».

Mi corazón se paraliza y vuelvo a mirarlo. Pero no distingo sus rasgos, solo el antifaz dorado.

—Es mi chica, y mejor no metas tus narices. Podrías quedar huérfano, de repente. Tu madre podría morir esta misma noche. Un

paro cardíaco, ¿qué te parece?

El recién llegado carraspea, con los ojos clavados en los suyos.

—No me gustaría ser como tú, huérfano.

—¿Qué? —Bram lo mira, atónito.

—Tu madre está muerta, dios Hermes. Y a la mía… no la tocarás.

La tensión es palpable. Sé que Bram me dijo que su madre lo abandonó y se largó con un mafioso, hace muchos años, pero no sabía que estaba muerta. Y, al parecer, él tampoco.

—Mientes —dice.

Aprovecho su aturdimiento para ponerme de pie, pero mis piernas no responden.

—No.

—¡Lárgate!

—No sin ella.

Entonces siento una mano firme agarrando mi brazo, y justo cuando parece que todo va a explotar, ese hombre que acaba de llegar, me aprieta la cintura, atrayéndome hacia él.

—Esta *ninfa* es mía esta noche. Te guste o no.

BRAM

Por un instante, el mundo se detiene. Todo lo que soy, mi presente y mi pasado, vuelve a mí.

Ha dicho que mi madre está muerta. Muerta.

Reprimo el llanto mientras aprieto los labios en cólera, pensando en que ya no me queda nada, solo ella.

—Roberta… —susurro con miles de agujas atravesándome sin apartar la vista de esa puerta. Sin poder creer que ellos dos están saliendo ahora mismo de la Gran Sala del Templo y que yo…

Yo estoy aquí, sin oponerme. Mareado y débil, mirando cómo mi ninfa se aleja.

—¡Basta ya! —grita Jack en mi oído frenándome por ambos brazos cuando me sacudo con fuerzas.

No sé cuándo ha llegado el dios Apolo, a decir verdad. No lo sé, solo sé que, de repente, mi amigo ya estaba aquí, y que Poseidón se la ha llevado.

—Ya basta, tío. No irás detrás. Estás herido, ¿no lo ves?

—Roberta…

—Ahora tienes que escucharme.

Me giro, furioso, y lo fulmino con la mirada. Quiero destrozar algo, a alguien. Todo. Quiero destrozarlo todo.

—Suéltame o te juro que…

—Cállate —ruje en mi oído, sin soltarme—. Debes saber algo.

—¿¡Qué!? —le grito.

—Ya tenemos a la persona que buscábamos. Sabemos quién quemó el restaurante de tu *ninfa* y quién le mandó los mensajes. Tranquilízate ya, joder.

Lo miro pero no lo veo.

Solo pienso. Pienso en todo. En ese vídeo que Roberta acaba de recibir y que tengo grabado en la retina, como una marca al rojo vivo.

—Voy a matar a quien lo haya hecho —susurro, con la voz tan rota que apenas me reconozco—. Y mataré a Liam Welson y a toda su maldita familia. Por Zeus, Jack. Juro que voy a arrasar este puto mundo por ella. Nadie… nadie saldrá vivo de esto, te lo juro.

Cierro los puños. El Infierno está en su apogeo, y esta vez Hermes reescribirá las leyes.

Hermes no tendrá piedad.

Hermes… será Zeus.

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«Let the world burn» de CHRIS GREY

CONTINUARÁ…

LIBRO 3

LA CACERÍA LLEGA A SU FIN

Y SOLO UNO DECIDIRÁ EL DESTINO DEL TEMPLO DE LOS DIOSES

No te pierdas el final de la trilogía ÁLYMPOS.

Donde el precio del amor es la GUERRA



«¿Quieres saber qué es la crueldad? No es la tormenta que ves venir, sino la calma que llega después, cuando piensas que has ganado.

Es aquello que convierte a hombres en bestias y a dioses en leyenda.

Y yo me convertiré en ambas: bestia y leyenda»

—Liam Welson

(Poseidón)

«No respondo. Solo asiento, el gesto automático de quien finge que puede soportar una noticia así. Pero por dentro estoy ardiendo.

Camino a zancadas hasta la *Harley*, con el corazón roto en mil pedazos. Lanzo el casco contra el asfalto, que rebota y rueda hasta perderse en la oscuridad. Golpeo el manillar con tanta fuerza que me duelen los nudillos. El rugido de la moto ahoga el grito que necesito soltar. Acelero, quemando las ruedas, la rabia, y los malditos recuerdos.

La ciudad pasa a mi lado como una película borrosa. Semáforos, luces, sombras. No pienso en frenar, solo quiero llegar al mar, como si la orilla pudiera tragar toda la mierda que llevo dentro. Y cuando por fin llego, clavo la *Harley* al borde del paseo marítimo, me quito las botas, la camiseta y los vaqueros. El aire frío me cala, pero no importa. Me lanzo hacia el agua como si corriera hacia el infierno.

El frío es una hostia en la cara. Pero sigo. Me sumerjo, y ahí está el recuerdo: Mi hermano gemelo. *Dos gotas de agua*, decían. El agua se lo tragó sin pedir permiso. Yo esa solo un niño. Aun así, luché por sacarlo de la piscina. Recuerdo los gritos de mamá partiendo el aire, mis brazos pataleando en el agua espesa, la angustia de no llegar a tiempo. El pánico, la culpa, la puta rabia…

Nunca nadie me preguntó si dormía tranquilo. Porque nunca volví a dormir bien; con suerte, solo dormir El agua fue mi enemigo por mucho tiempo, pero aprendí a dominarlo y a convertirme en su dueño. A dejar de temblar. A domarlo y someterlo.

Ahora, con la piel helada y el pecho abierto, floto a la deriva.

El agua ya no me da miedo, aprendí a vencerlo porque me convertí en un monstruo peor. Perdí a mi hermano y perdí a mi madre, pero no pienso perder a nadie más.

Grito sin voz y sin alma.

Por Zeus. Ella no puede casarse con otro. »

EL PROFESOR

Y si disfrutaste el mundo *Álympos* y quieres conocer la historia de AYLIN VEGA y BRIAN ALEXANDER WOODS, prepárate para una SAGA BESTSELLER igual de intensa…





Pulsa aquí para descubrir más sobre la saga EL PROFESOR

AGRADECIMIENTOS

Diosas y dioses:

Gracias por seguir confiando en mí y en este universo que comenzó con ***Ninfa*** (aunque en realidad empezó mucho tiempo atrás, con las clases de Finanzas del enigmático profesor B. A. Woods), y hoy continúa con una segunda parte aún más oscura, intensa y arriesgada. Si el mundo *Álympos* os atrapó desde el principio, confío que en ***Hermes*** os haya devorado. Espero de todo corazón que os atreváis a seguir con la cacería hasta el final. Os prometo un desenlace salvaje y apasionante en el tercer tomo, ***Poseidón.*** Un final que el triángulo amoroso se merece.

Me gustaría aprovechar este momento para dar las **gracias** a quienes me habéis acompañado en cada paso del proceso creativo, que no sois pocos. Me considero afortunada y espero ser merecedora de vuestro cariño y apoyo. Pero, sobre todo, me gustaría agradecer a **Maite (@may_jones_mj):** por su ojo crítico, sus valiosos consejos, su apoyo moral a cualquier hora del día y esa capacidad única de mejorar cada página con cariño y profesionalidad. Nada de esto sería igual sin ti, querida amiga y compañera de letras.

Creedme, vuestra complicidad y pasión han sido el combustible de esta historia. Espero que la hayáis disfrutado, os haya removido y, sobre todo, que os haya hecho sentir.

Y ya que estamos, ¿ #teamhermes o #teamposeidón? ;)

Seguimos con la magia.

Hasta pronto,

Miss Red

(D.M.C. 07/09/25)

ACERCA DE LA AUTORA

Es **escritora de romance erótico y thriller y la autora de la saga de NOVELAS BESTSELLER, titulada *EL PROFESOR*,** además de formar parte de Amazon KDP All Stars. Siendo una persona creativa, emocional y empática, Miss Red se ha sentido atraída por las palabras desde una temprana edad. Así fue como ingresó en el mundo de la literatura mediante la lectura y estudiando una carrera de Filología, ya a una edad adulta. Años más tarde, concretamente en el año 2022, empezó a darle forma a sus escritos como una simple afición. En unos pocos meses, recibió comentarios positivos sobre sus novelas y tuvo una muy buena acogida entre los lectores. Un año después, decidió dar un paso más y autopublicarse.

Describe su trabajo como un cóctel de intriga, acción y romance, con toques de humor y una alta dosis de erotismo. La primera obra publicada fue la novela "El Profesor", obra que vio la luz como borrador en marzo de 2022 y la que, meses más tarde, dio paso a una segunda parte, intitulada "Ares". Finaliza la trilogía en diciembre de 2022 con la tercera y última parte, llamada "Afrodita". El 17 de octubre de 2023 publicó la primera entrega y, actualmente, **LA SAGA DE LIBROS EL PROFESOR se encuentra COMPLETA en la plataforma Amazon (Kindle y formato físico).** Otra de sus novelas, es ***Anker: Mi maldición*,** un thriller romántico sorprenderte, donde nada es lo que parece.

Una de sus citas favorita y la cual considera que describe a la perfección sus escritos:

«No hay barrera, cerradura, ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente» Virginia Woolf.

Por último, la podrás encontrar en las siguientes redes sociales para conocer más acerca de su trabajo y futuros proyectos:

- ***Instagram: miss_red_writer***
- ***Facebook: MISS RED Writer***
- ***Tik Tok: missred_writer***

---

[1] Traducción al español: *pequeña.*

[2] Traducción al español: *¡A la mierda!*

[3] Traducción al español: *pequeña.*

[4] Del inglés: *Truco o trago*

[5] Traducción al español: *Soy yo.*

[6] Traducción al español: *pequeña*

[7] Traducción al español: *¿Está bien? / ¿Vale?*

[8] Traducción al español: *Quiero que estés bien, ¿lo sabes?*

[9] Traducción al español: Mi corazón.

[10] Traducción al español: ¿entiendes?

[11] Traducción al español: princesa.

[12] Palabra transliterada del griego: reunión o asamblea.

[13] Traducción al español: *Por favor, mi reina.*

[14] Traducción al español: *Jódete/ Que te den.*

[15] Traducción al español: hermana.